FOLLETIN "DEL DIARIO DE CENTRO-AMÉRICA."

GONZALO DE CÓRDOVA,

O LA CONQUISTA DE GRANADA

ESCRITA

POR EL CABALLERO FLORIAN,

PUBLÍCALA EN ESPAÑOL

DON JUAN LÓPEZ DE PEÑALVER

NUEVA EDICIÓN

REVISTA Y CORREGIDA.

GUATEMALA.

TIPOGRAFÍA "LA UNION."—OCTAVA C. P. Nº 6.

1888.

536308

A DON

NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS.

SU AMIGO

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

¿A quién, querido amigo, deberé yo ofrecer estos ocios, fruto de momentos consagrados á la soledad y á la melancolía? Al que ha querido corregir la rudeza de mi pluma; al que ha hermoseado esta obrita con los versos que hay en ella; al que me estimuló á empezarla, á concluirla y darla á luz. Recibe, dulce amigo, esta corta ofrenda que, por mi mano, te hace la amistad.

GONZALO DE CORDOVA

ó

LA CONQUISTA DE GRANADA.

LIBRO PRIMERO.

Esposición. Ofrenda á la nación Española. Isabel y Fernando ponen sitio á Granada. Pueblos y héroes que los acompañan. Carácter de Fernando y de Isabel. Pintura de Gonzalo, embajador de Fez. Sus amores. Amistad de Gonzalo y de Lara. Descripción del Africa. El rey de Fez detiene á Gonzalo. El Héroe le obliga á firmar la paz. Peligro en que se ve Gonzalo. Sálvale un cautivo. Huye en una barca, que se rompe en una tempestad. Gonzalo arriba á un navío. Encuentro que tiene en él. Combate y victoria del Héroe. Sale herido del combate. Llega á Málaga.

Castas ninfas, que bañais las trenzas de vuestros dorados cabellos en las cristalinas ondas del Guadalquivir, y á la fresca sombra de los hojosos chopos, formais matizadas guirnaldas de las olorosas flores, que nacen continuamente en los verdes prados de la Andalucía; venid, enseñadme á celebrar los héroes de vuestras riberas: recordad los combates sangrientos, que vieron los muros de Granada, las vic-

torias de Gonzalo, sus amores y sus desgracias: contad como, preparada al soplo de la discordia, la ruina de gente Mora, el valor de Isabel y la prudencia de Fernando arrancaron la España á sus antiguos usurpadores. Adornad, ninfas bellas, vuestros acentos de aquellas gracias nobles y afectuosas, de aquella fecunda imaginación, que tienen su trono en vuestro suelo patrio: encubrid la frente austera de la verdad con las guirnaldas que ciñen vuestras sienes; y á par que brindais á los corazones tiernos con las penas y los placeres que algun dia probaron, recordad á todos los reyes del universo que los únicos apoyos del trono son la justicia y la virtud.

Generosos Españoles, nación valiente y magnánima, madre de los amantes finos, eternos modelos de las almas sensibles y constantes; tú cuyos invencibles guerreros, haciéndote señora de inmensas regiones, forzaron al sol á que jamás muriese para tu dilatado imperio, acepta mi tributo: yo te consagro en esta humilde ofrenda aquellos dos sentimientos, ídolo de tus grandes almas, sagrado honor, y amor ardiente.

Isabel reinaba en Castilla; y Aragón obedecía á Fernando. Los dos soberanos unidos por un himeneo feliz, habían entrelazado sus coronas sin confundir sus estados. Ambos en la flor de su edad, ambos igualmente inflamados del ardiente deseo de la gloria, veían con indignación los más hermosos países de España, bajo la dominación de los Musulmanes. Ocho siglos de victorias no fueron bastantes á arrancar de las manos de los hijos de Ismael, todas las conquistas de sus abuelos. A veces vencidos, pero nunca deshechos, aun poseían las deliciosas orillas que baña el mar de Africa, desde las columnas de Alcides hasta el sepulcro de los Escipiones. Granada era su capital, y solo los estados de Granada hacían á Boabdil un monarca poderoso.

El feroz Boabdil había provocado la cólera de Isabel. El desprecio de los tratados en las excursiones de la Andalucía, aceleró el día de la venganza, y la trompeta guerrera resonó, desde donde muere el Bétis hasta el nacimiento del Ebro. Toda la España se conmueve: Fernando acude con sus animosos aragoneses: el fiero Catalán, el fogoso Valen-

ciano y el Balear astuto siguen sus pasos: los agrestes Asturianos bajan de sus enriscados montes: el antiguo León junta sus falanges, los fieles Castellanos vuelan á las armas; y los esposos regios, dueños ya de casi todas las plazas, que impedían el acercarse á Granada, ponen sitio en fin á sus muros.

Jamás se vió una sola ciudad amenazada de tantos capitanes ilustres: jamás un mismo campo reunió tantos héroes. Allí se distinguian los Mendozas, los Núñez y los Medinas; Guzmán, el orgulloso Guzmán, fiero de su descendencia real; Aguilar que veía mayor antigüedad en la virtud que en la nobleza; Hernán Cortes, que, apenas salido de la infancia, manejaba por la primera vez el acero que había de domar á Méjico: el amable príncipe de Portugal, Alfonso, yerno de Isabel, Alfonso que había de costar tantas lágrimas á la desgraciada esposa condenada á sobrevivirle; el invencible Lara, amigo y apoyo de los oprimidos, Lara honor de su nación, caro á su patria, más caro todavía á la amistad, de que era modelo fiel; el venerable Tellez, bajo cuyas respetables canas ardía un ánimo juvenil, que cincuenta años admiraron al frente del escuadrón indomable de los caballeros de Calatrava, y una multitud de guerreros, la flor y gloria de España, que todos habían reconocido por jefe al feliz esposo de Isabel, todos habían jurado morir ó vencer bajo el mando de Fernando.

El monarca modera el ardor de los capitanes y quiere diferir los asaltos. Consumado en el arte profundo de dividir para reinar, de preparar la victoria antes de correr á la batalla, había fomentado en Granada las disensiones que la agitaban, procurando debilitar un pueblo que pensaba atacar prontamente. Impenetrable en sus designios, y constante en seguirlos en el silencio, camina por largos rodeos para adelantar el feliz éxito. No le irritan los obstáculos, porque su prudencia los ha prevenido todos: no le sorprende lo futuro, porque su sabiduría lo hace todo cierto. Activo, paciente, infatigable, rival del más bravo en la guerra, sin rival en los consejos, su brazo fijaría la fortuna, si su penetración no la hubiera encadenado.

La animosa Isabel sólo quiere vencer. Animada del amor

ardiente de su religión y de su pueblo, persigue al Moro, irreconciliable enemigo de su nación y de su fe. El honor le manda volar al combate: el honor es su única prudencia. Su alma grande no necesita jamás ocultar sus sentimientos. Acostumbrada á dar cuenta á Dios de los más secretos pensamientos, teme poco á los ojos de los hombres, y marcha con la frente serena, apoyada en su virtud. Generosa, magnánima, sensible, severa consigo misma, justiciera con todos, ejemplo é ídolo de sus vasallos, su consejo está en su deber, su fuerza en su ánimo, su esperanza en el ser eterno.

La sangre de ambos partidos había ya salpicado los campos, y desde el principio del sitio había el sol corrido la mitad de su carrera, sin que nada anunciase todavía, que Granada se debilitaba, antes bien parecía que recobraba nuevas fuerzas, desde que el más intrépido, el más temido de los españoles, Gonzalo, faltaba del campo; Gonzalo, que todavía no ha cumplido cinco lustros; á quien los capitanes ancianos consultan con respeto, Gonzalo, cuyo brazo terrible no ha encontrado un adversario que pusiese en duda la victoria, y en quien los mismos vencidos reverenciaron las virtudes. Nacido en Córdova, y criado entre las continuas guerras, que mantenía Granada con sus vecinos, los combates fueron sus juegos, y los despojos moros su patrimonio. Desde su tierna infancia supo vencer, y agradar con los dones de que la naturaleza pródiga le colmó. Cubierto de acero, su frente ceñida del morrión, la estatura, el aire magnánimo, la fuerza más que humana, el valor superior á la fuerza, son el espanto de los guerreros. Desarmado, la belleza y la gracia, las miradas dulces y pentrantes, las facciones de se hermanan la nobleza y la afabilidad, arrastran todos los corazones. Sus rivales celosos lejos de él, no se atreven á estarlo en su presencia, y la desesperación de la envidia se muda en la necesidad de amarle.

Gonzalo era entonces víctima triste de la más baja perfidia. El monarca de Fez, Seid, solicitado por los granadinos, había amenazado con las armas las orillas de Andalucía. Los reyes deseaban la paz con el Africano, por no distraerse de su meditada conquista. Ofrécenle las condiciones, pero

instruido por la fama del grande nombre de Gonzalo, Seid pidió que el Castellano viniese de embajador á su corte, negándose á tratar con nadie sino con tan célebre guerrero. Isabel vacila por mucho tiempo; pero el temor del nuevo enemigo, la esperanza de la pronta vuelta del héroe, la determinan al fin. Gonzalo instruido mucho antes en la lengua y costumbres de los árabes, va encargado por sus soberanos de asegurarles el reposo. Un navío le lleva á Fez, en donde el pérfido Seid, á ruego de Boabdil, le detiene bajo diversos pretextos, dilatando el firmar la paz, y dando de este modo tiempo á Granada para respirar.

Incapaz de desconfianza, pero irritado de tanta dilación, Gonzalo se queja de un honor que pone en inacción el valor. La gloria de que está ansioso no es sola la que hace suspirar su corazón: otra pasión más viva y menos feliz, le ocupa enteramente. El amor, el temible amor había sojuzgado aquella alma fiera, y el héroe había conocido su poder en el seno mismo de los combates y de la victoria.

Poco tiempo antes del sitio, Gonzalo, vencedor de los Moros llega al pié de los muros de Granada, triunfa de nuevo, entra en la ciudad esparciendo por toda ella el terror de la muerte. A su vista caen y huyen los Moros: un arroyo de sangre señala el lugar por donde ha pasado. En este día acabará Boabdil y su imperio, si los Castellanos hubieran podido seguirle. Zulema hermana del rey, hija del virtuoso Muley Hassen; Zulema que desde su aurora, eclipsaba todas las bellezas del Africa y la Iberia, sale en medio del pueblo aterrado, se desmaya á la vista de la carnicería, y temblando cae de rodillas en las gradas del palacio real. Tiende los brazos al cielo, y el rostro anegado en llanto, invoca al Todo-poderoso, pidiéndole afligida que alejase aquel terrible guerrero que camina acompañado de la muerte. En este instante se presenta Gonzalo, la espada en la mano, cubierto de sangre, abriéndose camino al través de las víctimas y de los fugitivos. Corre, vuela, llega la princesa.... su espada queda inmóvil, la mano detiene el fogoso caballo, y lleno de admiración contempla aquel rostro encantador, que el dolor hermoseaba, aquellos ojos en que el brillante azul enternecía y ardía á un tiempo, y la noble frente en

que estaban unidas la magestad y el tímido pudor, aquellas largas trenzas de ébano, la mitad flotando desordenada entre un velo de púrpura, y la otra mitad que bañaba en lágrimas cae y reposa sobre el mármol. Todas las gracias, todos los atractivos con que la naturaleza se complace en ornar la amable virtud, adornaban la hermosa Zulema. Tal y quizá menos bella se mostró la sensible Jimena, cuando vino á implorar á su rey contra un héroe á quien adoraba.

Gonzalo siente palpitar su corazón, y sacia los ojos con el dulce veneno del amor. Tiembla, suspira, se abrasa, y su alma entera está penetrada de un fuego devorador. Olvidándose de Granada, de la guerra y del riesgo en que está, va á saltar del caballo para tranquilizar á la princesa, pero los enemigos ya reunidos vienen sobre él, y le acometen por todos lados. Los innumerables golpes que descargan sobre sus armas, le arrebatan de sus tiernos pensamientos, y volviendo en sí, quiere pelear y no encuentra su primer ardor. En fin cede á la multitud, mirando siempre á Zulema, rechazando con débil mano los alfanges que le amenazan, y teniendo en poco la gloria y la vida como vuelva á mirar á aquella que no puede dejar, á aquella de quién en adelante dependerá su destino, saliendo al fin vencido y sojuzgado de la misma ciudad en donde poco ántes le habian visto penetrar como formidable conquistador.

Desde este dia el triste Gonzalo alimenta un amor sin esperanza, en los disgustos y la amargura. Ignorando el nombre de la que ama, tiembla si será esposa ó amante de algún héroe, y aun cuando fuera vano su temor, ¿cómo podía prometerse el verse amado, siendo el mayor enemigo de la religión de su pueblo, el terror de Granada, y presentándose delante de ella teñido en sangre de sus defensores? Cubierto con la visera, Zulema no podía haber leído en sus ojos su amor, su profundo dolor y el arrepentimiento de sus hazañas. Apenas se atreve á conservar la esperanza de volverla á ver; pero ocupado contínuamente el pensamiento en su imagen la lleva siempre consigo. En el combate, en el reposo, en el tumulto, en la soledad, ve siempre la imagen adorada: contempla aquella celestial belleza arrodillada delante del palacio, levantadas las manos y los ojos al cie-

lo; oye su voz dolorida, distingue sus tiernos acentos, y cree recoger de sus labios las lágrimas que cubrían su rostro.

La fortuna había concedido á Gonzalo, que la dulce amistad le acompañase en su infortunio. Lara, el sensible Lara ama á Gonzalo más que su propia vida, le ama como la gloria. Unidos desde la tierna infancia, criados en la misma ciudad ó más bien en los mismos campos de batalla, juntos aprendieron á pelear, y siguieron con igual paso la carrera de los héroes. Jamás experimentaron un sentimiento que no fuese común á ambos, y los intereses y deseos del uno ocupaban y atormentaban á su amigo más vivamente que así mismo, estimándose á sus propios ojos por las virtudes del que amaban. Lara no conocía el orgullo, sino cuando hablaba de Gonzalo: Gonzalo no dejaba de ser modesto, sino refiriendo los hechos de Lara: sus almas se buscaban continuamente, y no poseían todas sus facultades hasta haberse encontrado: nada podía conmoverlos hasta este momento feliz: los más secretos pensamientos eran una carga superior á sus fuerzas, y corrían á librarse de ella comunicándoselos. No de otra suerte dos tiernos olmos brotan de dos vástagos vecinos, se apoyan uno en otro, crecen juntos, confunden sus ramas pomposas, y dominan los bosques cercanos,

¡Ay! qué de lágrimas derramaron cuando fue preciso separarse! ¡Cuán tierna fué su despedida! Estrechándose mútuamente entre los brazos, se separaban y volvían á abrazarse, sus corazones ajenos de todo temor en los peligros más terribles, temían los menores acasos que pudieran amenazar á su amigo. Gonzalo pedía á Lara que no buscase los peligros en ausencia de su hermano; Lara suplicaba á Gonzalo el moderar su natural animosidad en la corte de un rey pérfido y cruel: ambos rogaban á Isabel que los dejase partir juntos; pero el ejército demasiado débil, necesitaba uno de los héroes. Gonzalo se vió en la necesidad de hacerse á la vela, y Lara desde este momento funesto, sin ardor y desanimado, se cree solo en medio del campo. Ya no le excita el sonido de la trompeta. ¿Para que vencer si su amigo no ha de gozar de la victoria? Solitario, adusto, fe-

roz, huye de sus reyes y sus compañeros, busca el silencio de las soledades, trepa por los montes encumbrados para tender la vista por el mar de Africa. Allí respira Gonzalo; allí es donde todavía más digno de compasión, desterrado lejos de su patria, lejos de su amigo, lejos de su amada, Ganzalo suspira, se irrita, cuenta los momentos que no puede acelerar, y despedaza sin cesar un corazón en que redobla el tiempo las heridas.

Cuanto mira al rededor de si aumenta sus tormentos. Sobre una tierra árida y ardiente, sembrada de algunas palmas, se ve un pueblo de esclavos sometidos á un déspota feroz. En vano el infeliz africano riega con el sudor de su frente los áridos surcos que alimentarán su familia. Apenas amarillean sus mieses, cuando espesas nubes de langostas vienen á devorarlas en un día, ó si se libra de esta plaga terrible, los visires, los gobernadores, reyes de las provincias, pasando rápidamente del trono al cadalso, de la diadema al cordón, se apresuran á cebarse en la sangre de los pueblos, y acumular inmensos tesoros para comprar sus delitos. El soberano de estos numerosos tiranos, adormecido en una indigna molicie, é infatuado con brutales deleites, no se acuerda de que es rey sino para ordenar una injusta muerte. Los más desenfrenados deseos, los más atroces caprichos, en su boca, son las leyes sagradas del imperio. Sus vasallos consagrados á la infelicidad trabajan y mueren á su antojo. Sus bienes, sus mujeres, sus hijos, le pertenecen: al menor indicio quedan despojados: á la menor sospecha saltan sus cabezas. En estas bárbaras regiones la sangre de los hombres se aprecia ménos que el agua de que el cielo se muestra tan avaro; y el monarca se regocija de ejercer las horribles funciones de verdugo.

Tal es la corte, en donde el más sensible y más generoso de los mortales se ve precisado á pasar los días, que quisiera borrar de su vida. En vano se indigna, amenaza, se queja á Seid, con aquella altiva libertad de que se alimentan las almas grandes. Seid le teme, huye su presencia, y se oculta en el fondo de su serrallo. Los visires, acostumbrados á la astucia y al fraude, aplacan al héroe con ofrendas, engañan al embajador con juramentos, y el invencible Gonzalo á quien

todo cede en las batallas;á quien no resiste ningún muro,se ve burlado de viles ministros,y cautivo de un rey que desprecia.

La luna había ya renovado dos veces sus luces, desde que Gonzalo arribó á las orillas de los Africanos. Cansado de tantas perfidias, quiere en fin obligar á Seid á romper aquel silencio que le ofende; é informado del día en que el monarca ha de ir á la mezquita, le espera solo en el camino. Descúbrele y se adelanta. El continente, el aire, la audacia del héroe intimidan á la guardia y se aparta. Parado delante de Seid, en una mano el tratado y en la otra la espada desnuda, con voz alta y firme le dice: rey de Fez, aquí tienes la guerra ó la paz: escoge al instante: cien mil cuchillas, iguales á esta que brilla en mi mano, solo esperan una palabra de mi boca, para venir á derribar tu trono y tus muros entre rios de sangre: todas están sobre tu cabeza; si vacilas van á descargar el golpe.

Seid turbado, le mira: su vista le atemoriza, é inclina la pálida frente. La corte tiembla, el pueblo huye y los soldados se disponen abandonarle. El rey de tantos esclavos, amedrentado al aspecto de un hombre libre, firma el tratads sin responperle. Gonzalo satisfecho se retira, y va á prepararse para partir.

Pero los visires de un déspota le persuaden con frecuencia el crimen; y los de Seid más irritados que el monarca mismo, le instan á tomar venganza. Gonzalo había despreciado su poder; Gonzalo merecía la muerte. Castigando á un temerario que ha ofendido al rey con su orgullo, Granada quedará libre, y la España perderá su más firme apoyo. La política y la venganza lo exigen: la muerte del héroe es justa, desde el instante que es útil; y los horribles consejeros determinan al monarca á hacerse asesino.

Al punto se mandan tomar secretamente todos los caminos por donde Gonzalo ha de pasar: mil hombres no les parecen bastantes para que perezca un guerrero solo. La astucia unida á la fuerza, escoge el lugar del ataque, corta todas las comunicaciones, y oculta cuidadosamente los preparativos, mostrando aquellos bárbaros más inteligencia en dirigir viles asesinos, que nunca emplearon para pelear contra sus enemigos.

La noche había ya tendido su manto, y Gonzalo sin recelo pensaba salir de Fez al rayar el día. Tranquilo en su palacio, gozaba de la dulce esperanza de abrazar pronto á su amigo, y derramar en su tierno corazón las penas que había padecido. Acercarse á los sitios donde habita la que amaba; poder acaso penetrar otra vez en ellos, y encontrarla cerca del palacio; defender y salvar su vida; obligarla al reconocimiento antes de declararle su amor; todas estas quimeras de que se alimentan los amantes,y las miran como verosímiles, entretenían á Gonzalo, cuando de improviso oye, cerca de su palacio, tocar un instrumento que el héroe reconoce, y recordándole su patria, cautiva su atención. El héroe esccucha, y una voz trémula cantó en castellano estas palabras:

Incautos hijos de Marte
Imprudentes amadores,
La fortuna en sus favores
Tal vez os pierde falaz.
Velad, velad.

Cuántas veces silenciosa
Va la traición siguiendo,
Con fementido semblante,
Al invencible guerrero!
Y cuando ya su inocencia
Y su gloria, sin recelo
Llevó al escondido lazo,
Le oprime en triunfo perverso.
Incautos hijos de Marte, etc.

El ruiseñor, paseando
De palma en palma su vuelo,
Las selvas llena de amores
Que lejos repite el eco.
Y el gavilán entre tanto,
Desde sus rocas cayendo,
Se arroja sobre él: ¡ay triste!
Que muere entre sus gorgeos!
Incautos hijos de Marte, etc.

Yo he visto al rey de las fieras
Que al cazador persiguiendo,
Llega al precipicio triste
En falsas ramas cubierto.
Las huella, cae; y al instante
Por más que ruja, indefenso,
De su triunfante enemigo
Perece al tímido esfuerzo.
Incautos hijos de Marte, etc.

Gonzalo admirado al oir su lengua, atento al sentido de las palabras; que se dirigían al parecer á el mismo, tiende los ojos por la plaza inmensa en donde se elevaba el palacio, y descubre á la claridad de la luna, un anciano, cuya blanca barba bajaba hasta la cintura, vestido de cautivo, arrastrando la cadena de la esclavitud, huyendo de los Moros atraídos por su voz.

Conmovido el corazón del héroe á la vista del anciano, baja á la plaza, se acerca al cautivo, y le pregunta en castellano si la España es su patria. Español soy, responde el esclavo, pero nos observan y no puedo hablar. Si Gonzalo ama á su patria, si quiere librarla de una horrible desgracia, que vaya al punto al jardín de las palmas.

El anciano le deja y desaparece, Gonzalo queda inmóvil y duda de lo que ha de resolver. Conoce la perfidia del Moro; se halla solo, desarmado, y en el silencio de la noche: vacila si seguirá al esclavo que no conoce. ¿Cómo puede estar en sus manos la suerte de la España?.... Pero el esclavo es un anciano, un español, un infeliz: Gonzalo se resuelve, y confundiéndose con la multitud del pueblo se dirige al jardín de las palmas, paraje solitario y desierto dentro de la misma ciudad.

El anciano le esperaba á la entrada, y apenas descubre al héroe, corre á él, se echa á sus piés: ¡O gloria de mi patria! le dice casi falto de aliento, valeroso hijo de mi señor! Al fin salvaré vuestros preciosos días. Ah! perdonad mi alegría, y permitid que mis tiernas lágrimas bañen vuestras manos triunfadoras. Pero, vos me mirais con admiración

fría, mientras que yo me sacio de la delicia de contemplaros. ¡No podeis conocerme, amandoos por tanto tiempo! Yo soy Pedro, yo soy criado antiguo del conde vuestro padre, á quien serví cuarenta años; yo le seguí en mil batallas; yo os vi nacer, Gonzalo, y os tuve en estos cansados brazos; pero, cuando los Moros me cautivaron, aun estabais en la cuna. Veinte años ha que soy esclavo, y en tantos días dolorosos, no ha pasado uno sin que Pedro vertiese lágrimas por la memoria de vuestro padre, sin que pidiese noticia de su digno hijo, á los españoles conducidos á estas mazmorras. Ellos me han contado vuestras hazañas, y me han ayudado á soportar la vida. Al fin os veo, al fin beso los piés de Gonzalo, y voy á librarle de la muerte. ¡Loado seas, Dios eterno! Este solo beneficio me hace olvidar todos los males que he padecido.

En diciendo esto, estrecha contra sus labios la mano del héroe, y Gonzalo enternecido le abraza, renueva la triste memoria de su padre, y pregunta á Pedro cual es el peligro que le amenaza.

Señor, le dice el cautivo, yo lo sé por ellos mismos; esos monstruos han revelado delante de mí su horrible secreto. Condenado á trabajar en los jardines, descansaba bajo una enramada de mosquetas, cuando el rey, acompañado de su visir, se paró en el mismo sitio. ¿Estás seguro dijo el monarca, que ese osado Castellano no escaprrá con la vida? Os lo juro por el profeta, respondió el atroz ministro: mil negros están ya apostados en los dos caminos de la mazmorra: las puertas de Fez están guardadas, y solo sus criadas pueden penetrar en su palacio. La muerte cerca á Gonzalo, y dentro pocos instantes pondré á vuestros piés su cabeza.

Temblando al oir estas horribles palabras; pero animado por mi celo, me resolví á salvar á mi señor. Dios, sin duda, ha guiado esta difícil empresa. En las pocas horas que me quedaban, he preparado vuestra fuga; y no pudiendo llegar hasta vos, mis acentos, en nuestra lengua, os han traido á mí. Lo demás está en vuestra mano, señor; pero yo os pido, yo os conjuro en nombre de nuestra amada patria, en nombre de vuestro augusto padre, que olvideis un día, un solo día es valor intrépido que ahora os sería fatal. Aban-

donaos á mi fe y seguid mis intentos: todos son lícitos para librarse de unos viles asesinos. Pero si mi ruego no os mueve, si vuestro valor os dicta arrostrar una muerte segura, inutil, funesta á vuestros hermanos y á vuestra patria, derramad primero la poca sangre que queda en mis venas, y así evitareis los horribles tormentos á que me condenarán estos bárbaros, y el dolor profundo de sobreviviros algunos instantes.

El héroe le tranquiliza, y le promete seguir sus consejos. El anciano le guía al fondo de un bosque solitario, adonde ocultaba un turbante, un vestido moro y un alfange africano. Perdonad, le dice, perdonad; pero solo esta vestimenta puede engañar los satelites que guardan las puertas. Rodeados de enemigos, distantes tres días del mar, no podemos ir á buscar vuestro navío: estando vos libre, vuestros criados serán respetados, y vuestra embarcación los conducirá á España. En cuanto á vos, el engaño es indispensable, y si vuestro gran corazón lo repugna, pensad que vais á Granada, adonde podréis mostrar, Gonzalo, á los Moros á los castellanos.

El héroe vacila, no obstante su promesa; teme empañar su frente ciñéndole con el turbante, y cree envilecerse disfrazándose con el vestido moro; pero instado de Pedro, cierto de que los caminos están tomados, deseoso de volver á su patria, descubre en su rostro el rubor, y al fin cede. Oculta en el lienzo sus largos cabellos, vístese á lo africano sin perder el aire guerrero, ciñe el alfange y examina su temple, y precedido del cautivo que le ha librado de la cadena, salen juntos del jardín de las palmas.

Sin ser conocidos ni observados, caminan á las puertas de Fez, pasando por en medio de las guardias. Aceleran el paso, y en pocos instantes llegan á las orillas del Subu, donde encuentra Gonzalo una barca amarrada, en la que Pedro había puesto una fuerte vela, y víveres abundantes, empleando en estos preparativos la corta cantídad de oro, que había juntado en veinte años de esclavitud. El anciano dice á Gonzalo que entre en ella, y tomando alternativante el remo y el timón, sus fuerzas se aumentan al mirar al héroe. Ayudada de un zéfiro suave, vuela la barca sobre

las rápidas olas. En doce horas llegan á la desembocadura del río, entran en el vasto piélago, y en viéndose distantes de la tierra, el cautivo se arrodilla para dar gracias al Omnipotente, y corre á echarse á los piés de su señor, bañándolos con lágrimas de regocijo.

Poco tardaron en estar á la altura de Arraix y de los deliciosos campos por donde el Lijos regaba en otros tiempos los amenos jardines, que Hércules conquistó. Azilia edificada por los Fenecios brilla y desaparece de sus ojos. Doblan el cabo Espartel, dejan á la derecha la antigua Tingis, donde reposan las cenizas de Anteo, y atravesando el estrecho, llegan á media noche enfrente del monte Calpe.

Las estrellas despedían su lánguida luz por el sereno azul de los cielos, en tanto que las ondas reflejaban los plateados rayos de la luna. Gonzalo, sentado en la proa descubre las orillas de España, y no pudiendo contener su alborozo, se levanta y exclama: ¡O cara patria! O Lara! ¡Llegó al fin el día de veros; de respirar en los mismos sitios en que respira la que adoro, entre mis animosos compañeros, cerca de mi rey, debajo de mis estandartes! O amor! O amistad O virtud! todos inflamais mi corazón á la vista de estas hermosas orillas.

En esto el anciano le muestra los anuncios de una horrible tempestad. Las estrellas desaparecen, la luna pierde su luz, y apenas penetran sus rayos el oscuro velo que la rodea: el medio día arroja grupos de nubes, trono de las tinieblas: las aguas se agitan al soplo de un vientecillo, que rápido huye de los impetuosos huracanes que le siguen: una profunda noche cubre las ondas, los relámpagos rompen las nubes, los truenos suenan á lo lejos. El ruido aumenta, los rayos se acercan, las ondas espumosas se agitan, los aquilones encontrados braman, las olas se elevan al cielo, y la barca ya suspensa sobre un monte de espumas, ya precipitada en el abismo, toca en un mismo instante las nubes y las profundas arenas del mar.

Tranquilo en medio de lo tempestad, Gonzalo anima al anciano, le da las esperanzas que no tiene, y le estrecha entre sus brazos. Pedro solo piensa en Gonzalo, y solo por él derrama copioso llanto. ¡O mi señor, exclama, al fin no pu-

de salvaros, y la naturaleza entera se conjura contra un héroe! O Gonzalo! si yo pudiese.... La tierra no debe de estar distante.... Venid, señor, yo os sacaré nadando á la orilla: Dios me volverá mis antiguas fuerzas; yo confío que no espiraré hasta dejaros sobre la arena.

En este instante la barquilla débil baja de lo alto de una ola con la rapidez de una flecha, y corriendo un espacio inmenso se estrella contra un navío, que corría la misma tempestad, deshaciéndose en mil pedazos. Gonzalo y Pedro tragan las amargas ondas; pero sin desampararse mutuamente, salen otra vez sobre las olas, se asen á un cable, suben por él, y saltan en el navío.

Qué espectáculo ofrece á su vista! Al resplandor no interrumpido de los relámpagos, Gonzalo descubre una mujer atada á un palo del navío, cubierto el rostro de lágrimas, esparcidos al viento los cabellos, cercada de soldados negros que la amenazan con las espadas, sin poder levantar las manos, ligadas con indignos lazos, la cabeza caida sobre las espaldas, los ojos fijos en el cielo, invocando con voz dolorida al Todo Poderoso, para perecer entre las ondas, antes de dejarle abandonada á aquellos crueles piratas.

Al oir aquellos acentos que traspasan el corazón de Gonzalo, al ver el rostro que descubrió un dilatado relámpago, el héroe sosprendido y fuera de sí, reconoce la que adora, la que vió en Granada, cuya imagen conserva en su cora-zón. Dudando todavía de su felicidad, corre, vuela á ella, quiere echarse á sus piés; pero el furor sofoca la alegría, y sacando el sable, rompe las cadenas de Zulema, sostiénela, prométele venganza, y amenaza con ojos airados á la tropa horrible que le rodea.

Los bárbaros suspensos al principio, vuelven en sí, murmuran y se irritan. El Etíope feroz que los acaudilla, cubierta la cabeza espantosa de un turbante blanco, acomete á Gonzalo, y le hiere con el puñal. El héroe le inmola de una sola cuchillada. Los clamores resuenan en todo el navío: los soldados y marineros unidos, blasfemando todos, armados de armas diferentes, arremeten todos á Gonzalo, llenando el aire de espantosos aullidos, al modo que sobre el Cáucaso se ve una nube de horribles cuervos atacar al paso

á una águila, que desprecia sola su vano furor.

Apoyado contra el palo mayor, sosteniendo con una mano á la princesa, y esgrimiendo con la otra la brillante espada, los espera el héroe sin temor. Caen á sus piés los primeros: los otros se estrechan y los reemplazan. Gonzalo acelera los golpes, y su alfange despide á lo lejos las armas y los miembros dispersos: corren arroyos de sangre por el navío, y se mezclan y confunden los ayes de los heridos, los gritos de Zulema y los clamores de los combatientes. El tumulto, la muerte, el terror, rodean por todas partes al héroe; y los relámpagos, las tinieblas, el rugido de los vientos, el estrépito de los truenos, aumentan el horror del sangriento combate.

Gonzalo, rodeado de enemigos, no puede pagar todos los golpes. Atendiendo á Zulema más que así propio, se descubre para preservarla, y recibe profundas heridas, poco atento á su defensa. El leal Pedro, peleando al lado de su señor, oye la voz de la princesa que le advierte que ponga en libertad los prisioneros que gimen en el fondo del navío; y sin ser notado, corre, baja, rompe las cadenas, y los cautivos ya armados, vuelan á socorrer á Gonzalo. Pedro llega, se pone delante de Zulema, y el héroe ya libre, semejante al león que rompió la cadena que le aprisionaba, descarga, inmola, disipa la vil tropa de asesinos, los persigue hasta la popa, los estrecha entre la espada y las olas, les presenta por todas partes la muerte, y ayudado de los cautivos, obliga en fin al resto de la bárbara tropa á precipitarse en las aguas. El hároe vencedor, y casi moribundo, discurre por el navío, y no encontrando más enemigos, vuelve á la princesa, va á hablar, y cae á sus piés sin aliento.

El mar estaba ya en calma, los vientes no agitaban las olas, y las nubes habían descubierto el brillante azul del cielo. Huyó la noche; y el oriente colorado de púrpura se inflamaba con los rayos del día. El navío desamparado se mantiene aun sobre las aguas: sin velas ni timón, permanece inmóvil en medio de las ondas.

Zulema, el leal anciano, los cautivos que ha libertado, todos cercan á Gonzalo, y procuran volverle á la vida; pero todos sus anhelos son vanos. Gonzalo inmóvil yace al la-

do de sus víctimas, el rostro pálido, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos al parecer cerrrados con el sueño de la muerte. Pedro le levanta llorando, los cautivos de rodillas le sostienen: la princesa aprieta entre sus manos las del héroe, despójase del velo que la cubre para detener la sangre que corría de las heridas, y contempla enternecida el rostro de su libertador.

Al fin Gonzalo entreabre los ojos, y los vuelve al punto á cerrar, despidiendo un profundo suspiro. Zulema y Pedro, llenos de regocijo, se entregan á la esperanza. Preparan prontamente un lecho para el héroe moribundo, prodigando los medios que puedan inventar el celo, el reconocimiento y la dulce amistad. Gonzalo recobra los sentidos, ve cerca de si á la princesa, y hace inútiles esfuerzos para hablarle. Sois vos?.... Sois vos?.... son las únicas palabras que puede pronunciar su boca. Zulema le suministra una bebida para fortificarle, le entretiene con tiernos discursos, y deseosa de que el sueño repare las fuerzas perdidas, se retira con el anciano.

Los cautivos, que Pedro reconoce por Bereberes, examinan el estado del navío. Del timón, solo quedaban astillas, los mástiles estaban sin velas, y las olas entraban en el buque. Pedro de lo alto de la tilla, descubre la tierra á corta distancia, y mostrándola á Zulema, anuncia que pueden abordar.

Apresuraos; dice la princesa, pues si mis ojos no me engañan estamos cerca de Málaga: entrad seguros en la rada en donde se obedecen los preceptos de la hermana del rey de Granada, hija de Muley-Hassen. En aquel palacio que se descubre en medio de esa selva, recibiré al héroe á quien debo la vida, en donde espero satisfacer el reconocimiento tan caro á mi corazón. Pero libradme de mi impaciencia y decidme quien es este generoso guerrero. ¿Es por ventura algún príncipe, algún rey de Africa? O si doy crédito á mi imaginación, es el mayor de los mortales.

El prudente anciano que los escucha, se enternece al considerar el peligro en que se ve su señor, y querría huir de aquella tierra enemiga en donde los Castellanos solo encuentran cadenas, en donde el nombre famoso de Gonzalo La

de excitar á la venganza un pueblo á quien venció tantas veces; pero el pronto socorro necesario al héroe, el deplorable estado del navío, la presencia de los Bereberes á quienes había puesto en libertad, le obligan á obedecer. Titubea, reflexiona sobre lo que ha de responder á la princesa, y sonrojado de engañarla, le dice: no errais en creer que este héroe venía de Africa: el nacimiento más ilustre es la ínfima de sus calidades. Emulo de las hazañas de tantos guerreros que se han distinguido en el sitio de Granada, venía á esta ciudad para vencerlos ó eclipsarlos. La tempestad rompió su navío, y el vuestro nos ha servido de asilo. Lo demás ya lo sabeis, y vuestro corazón sensible os dirá mejor que yo, sin duda, los deberes que teneis que cumplir.

Calló: Zulema suspira, y cree que Gonzalo viene á socorrer á su patria, aumentándose de este modo su reconocimiento. Su imaginación vuela, y piensa que un guerrero igal será el libertador de Granada, y podrá defenderla de los que la persiguen. Las hazañas que ha hecho en su favor, las pocas palabras que ha pronunciado, la mano que apretaba la suya, durante el combate terrible, todo se pinta en su memoria, causándole una secreta alegría. Zulema suspensa, experimenta una dulce sensación que no puede explicar, y sin atreverse á dar asenso á sus ideas, concibe lisonjeras esperanzas.

En tanto el navío se acerca, y da fondo en la rada. El pueblo que había acudido al puerto, reconoce á la joven princesa, y la saluda con festivas aclamaciones. Mientras conducen al héroe, Zulema no se aparta de él, y manda llamar dos ancianos célebres en el arte de curar las heridas, á quienes confía su libertador, y rodeado de los presos que libertó su valor, sobre las espaldas de los esclavos, los guía ella misma hacia su palacio.

FIN DEL LIBRO I.

LIBRO SEGUNDO.

Tiernos sentimientos de Zulema quien cree ser Gonzalo un príncipe africano.— Zulema le cuenta el origen de las desdichas de Granada.—Describe esta soberbia ciudad, el país delicioso que la rodea, las costumbres y amores de los Moros y el reinado de Muley-Hassen.—Descripción de la Alhambra y del Generalife.—Carácter de los Abencerrages y Zegríes.—Divisiones entre ámbas tribus.—Muley-Hassen ama á una cautiva.—Pintura de Almanzor y Boabdil.— Himeneo de Almanzor con Moraima.—Fiestas en Granada.—Juegos de los Moros.—Traición de los Zegríes.—Proclaman rey á Boabdil.—Fidelidad de los Abencerrages.—Muley-Hassen cede la corona á su hijo.

¡Cuan dulce es á un corazón generoso la necesidad de amar el objeto amado, y satisfacer á un tiempo su terneza y su virtud! El reconocimiento solo, tan caro á los corazones grandes, basta para su felicidad; pero cuando el ídolo en quien se emplea, le enlaza por otros motivos, juntándose una delicia interior á la tierna impresión, que dejan los beneficios, no hay felicidad capaz de igualar á la de estos dos sentimienfos: nada puede equivaler á la feliz armonía de un deleite puro y un deber sagrado.

Tal era la felicidad de que gozaba Zulema. En llegando con el héroe á su retiro pacífico, le coloca en el mejor apo-

sento y pensando solo en él pregunta continuamente á los ancianos, busca por si misma los simples que le indican y los prepara con sus propias manos. La debilidad impide á Gonzalo el demostrar la emoción de su espíritu; pero las lágrimas del regocijo corren por sus mejillas, estimando y bendiciendo sus heridas, deseando en su corazón que se dilatase la cura.

Los doctos ancianos quitan los primeros vendajes, y Zulema, embargado el aliento, fijando en sus ojos los suyos, manifiesta en el rostro el temor y la esperanza, sin atreverse á instarles á que se expliquen, temiendo y deseando que hablen; pero sabedora ya de que la vida del héroe no peligra, apenas puede reprimir el contento, prodigando presentes, promesas y dádivas. Penetrada de un sentimiento, que confunde con la gratitud, manifiesta descubiertamente una alegría, que mira como un deber.

Fortalecido Gonzalo con tan tiernas caricias, puede al fin hablarle, y mirándola con ojos enternecidos, levantando hacia ella sus trémulas manos, le dice con voz débil: ¿por qué os dignais de salvar mi vida? Si no he de poder consagrarla enteramente á voz, dejadme, dejadme morir.

Gonzalo no osa proseguir; pero la princesa entiende su silencio, y enternecida baja los ojos, procura ocultar la turbación, cubriendo de risa su semblante, le habla de su valor, le nombra su libertador, y le recuerda lo que le debe para justificar lo que siente.

El fiel Pedro no se aleja de su señor, y le instruye secretamente del nombre y clase de la que ha salvado, de los parajes que habita en su compañía, y del error en que está Zulema creyéndole un príncipe africano. El héroe vitupera el misterio, y su corazón no puede sufrir tal engaño, queriendo descubrirlo al momento; pero Pedro le conjura,le suplica de no exponerse al furor de un pueblo enemigo, que Zulema no podría reprimir. Los riesgos que amenazan su vida no le intimidan, pero cede al hablarle de los tormentos á que se vería expuesto su antiguo y leal servidor.

Pasados algunos días en la asistencia y auxilio de los ancianos, la princesa refiere á Gonzalo el estado en que se hallaba Granada, las turbulencias que la habían agitado, y los

crímenes del rey Boabdil. Sentada junto al lecho del héroe, que cree nacido lejos de España, se ofrece á contarle las divisiones y las desdichas de que fué testigo. Gonzalo con agradable y risueño semblante, pide saber la historia en que ha de estar interesada Zulema, y la joven Mora comienza sin tardanza.

No ignorais, le dice, la grandeza y gloria á que se elevó casi en su principio el imperio de los Arabes en España. Los Cristianos vencidos por nuestros valerosos abuelos, y acosados de nuestras armas triunfantes, no encontraron otro asilo que las montañas de Asturias. Ocultos en ellas por espacio de muchos siglos, las desgracias aumentaron sus ánimos, al mismo tiempo que la prosperidad nos corrompía. Nuestros reyes se hicieron tiranos, mientras los reyes cristianos eran héroes. Salen en fin de sus hogares, atacan á sus vencedores, y aprovechándose de las guerras intestinas de nuestros varios monarcas, no dejaron á los antiguos conquistadores más que los estados de Granada.

Esta célebre capital construida al pié de nevados montes, se levanta sobre dos colinas en medio de un país lleno de encantos. El Darro cuyas rápidas ondas pasean el oro sobre sus arenas, atraviesa la ciudad entera: Jenil cuyas aguas saludables son las delicias del ganado, viene á rendirle copioso tributo: por todas partes la rodea una vega deliciosa, en donde crecen casi sin trabajo las abundantes mieses, los bosques de naranjos, los olivos mezclados con las viñas, las palmas entre las encinas; canteras inagotables de jaspes, mármoles y alabastros, son el ornamento de los soberbios alcazáres y de los edificios magníficos, que se han multiplicado en la ciudad: surtidores innumerables refrescan el aire que se respira, hermosean las plazas inmensas, en donde diariamente viene á ejercitarse la juventud belicosa; y los jardines cubiertos de flores, llenos siempre de la sombra de los granados, los cedros y los rosales, forman de la ciudad más hermosa, la mayor capital de los imperios.

Centro de todas las fuerzas y de todo el poderío de los Moros, allí se elevó el templo de nuestras ciencias y artes. Desde los confines del Asia, desde las orillas del Nilo, del pié Atlas, los reyes, los guerreros, y los sabios venían á Gra-

nada á tomar los ejemplos y las luces. Las guerras frecuentes con una nación animosa, leal y generosa, mantenían entre el Arabe y el Español, una emulación continua de gloria. La juventud Mora, inclinada naturalmente al amor, había olvidado las máximas bárbaras del oriente, aprendiendo de sus enemigos aquel profundo respeto, la tierna veneración, la constancia eterna, que dominan los corazones de los amantes Españoles, les presentan el objeto adorado como el Dios de sus acciones, los hacen superiores á si mismos, dándoles todo género de virtudes fáciles ya por la esperanza de agradar. Las mujeres orgullosas con su imperio, le merecian por conservarle. Engrandecidas á sus propios ojos con la ofrenda pura que tributaban á su belleza, procuraban hacerse dignas del tributo precioso que le ofrecían. Incapaces de una flaqueza que le costaría su felicidad, eran castas para ser amadas, y fieles para permanecer dichosas.

Tal era esta corte brillante, asilo halagüeño del amor, de las bellas artes y de la urbanidad, cuando mi padre Muley-Hassen joven todavía, subió al trono. El nuevo rey, dotado de todas virtudes, las hizo más comunes y más caras á su nación con su ejemplo. Famoso ya por su valor, tomó la ciudad de Jaen, y forzó al altivo Castellano á firmar una paz duradera. Entonces volvió toda su atención á su pueblo, y nuestro gobierno despótico, tan funesto en tiempo de otros monarcas, fué para mi padre el medio más seguro para hacer felices á sus vasallos. Los grandes del imperio conocieron por fin que estaban sujetos á su justicia, y que esta era igual para todos; el labrador, oprimido hasta entonces, recogía en paz sus mieses: los ganados cubrían nuestras verdes montañas: los árboles y las plantas útiles se multiplicaron en los campos: la tierra tan fecunda en estos climas, ostentaba en todas partes sus tesoros: y el reino de Granada, favorecido por la naturaleza, gobernado por un príncipe sabio, cultivado por manos laboriosas, parecía un vasto jardín, cuyos frutos apenas podía consumirlos una innumerable familia.

Después de haber cimentado la felicidad de sus pueblos, enriquecido mi padre con la abundancia de que gozaban

sus vasallos, quiso distraerse con las artes, empleándolas en su gloria. Las mezquitas revestidas de mármol, los acueductos de granito se levantaban por todas partes. El famoso palacio de la Alhambra, empezado por Emir-Almunenin, le acabó Muley-Hassen, superando este monumento de magnificencia los prodigios de la imaginación. Millares de columnas de alabastro sostienen inmensas bóvedas, cuyos muros cubiertos de pórfido resplandecen con el oro y el azul: las aguas de mil fuentes, formando en medio de los aposentos cascadas de plata líquida, llenan los canales de jaspe, serpenteando por las galerías: el dulce perfume de las flores se mezcla con el de las aromas, que arden continumente en los subterráneos, y exhalándose por los pedestales de las columnas, embalsaman el aire que se respira: las claraboyas que miran á la ciudad, á las risueñas orillas de ambos ríos, á los montes nevados, ofrecen á los ojos continuamente admirables y variadas pinturas. Cuanto halaga los sentidos, cuanto el arte y la naturaleza, la magnificencia y el gusto pueden reunir para el deleite, se encuentra en esta bella mansión, unido á las grandes obras que encantan el entendimiento. Al lado de las bulliciosas aguas, en medio de suntuosas esculturas, están grabados sobre pórfido los versos de nuestros poetas Arabes. Encima de la puerta del inmenso salón, donde hace justicia nuestro rey, se lee esta inscripción:

"Palidece, O maldad: dó quier que huyas
Allí te seguiré. Con paso lento,
En pos va del deleite el escarmiento.
Ven, llega sin temor, huérfano triste,
Que aquí te espera el padre que perdiste."

A la entrada del aposento, en donde la reina junta las bellezas de su corte y los guerreros de nuestro ejército, se ven grabados, en letras de oro, estos versos:

El amor, honor y gloria
Aquí entre inocentes juegos

Nacen, y el pudor hermoso
Les da regalados premios.

No cuesta aquí la inocencia
El favor más lisonjero;
Ni en el amor hay flaqueza,
Ni furor en el guerrero.

Basta al valor la victoria:
Y á los corazones tiernos
Basta en amorosas lides
Poder triunfar complaciendo.

A este delicioso palacio le rodea un jardín ameno, que por su sencillez agradable, compite con el lujo de aquel: tal es el famoso Generalife, célebre en el Africa y el Asia, objeto de emulación de los poderosos Califas, que en el Cairo y en Bagdad han procurado igualarle. Allí nada sorprende: los ojos satisfechos no encuentran ni los esfuerzos del arte, ni los maravillosos prodigios, que agradan menos que admiran, recordando sólo la idea del poder y la riqueza. Todo ofrece la imagen de aquellos bienes fáciles, que se gozan sin admirarlos: los bosques de naranjos y mirtos cortan los verdes llanos, regados de transparentes aguas; y colocados con arte, ya ocultan, ya descubren las perspectivas distantes los pueblos comarcanos, los campos cultivados, la nieve acumulada sobre los montes, los palacios y monumentos de Granada: á cada paso sobre las colinas fértiles se encuentran las viñas, los olivos, los grandos entrelazando sus frutos y sus flores: ya una armoniosa cascada se precipita de lo alto de una roca, ya un arroyuelo tranquilo sale murmurando al pié de los rosales: aquí hay una gruta solitaria por donde se filtran mil hilos de agua cristalina: allí un bosque sombrío en donde vuelan mil canoros ruiseñores; y en todas partes, un aspecto diferente, una situación nueva, producen en el alma sentimientos dulces y un placer puro.

En este hermoso y soberbio asilo, reinó feliz por largo

tiempo, mi padre Muley-Hassen; pero el odio de las dos tribus llenó sus días de amargura,guiando al fin su imperio á las márgenes de su ruina.

Ya sabeis que los Moros, aunque juntos forman una nación, han conservado las costumbres patriarcales de los Arabes nuestros abuelos. Las familias no se confunden, sino que cada una es una tribu más ó menos poderosa, por su número, sus esclavos y sus riquezas; cuyos miembros unidos se miran como hermanos, se ayudan mutuamente, marchan juntos á la guerra, y no separan nunca sus bienes, sus intereses ni sus resentimientos.

Entre estas tribus, la más belicosa, la más ilustre y más estimada es la de los Abencerrajes descendientes de los antiguos reyes, que reinaron en el Yemen, de prendas superiores á su noble origen, invencibles en los combates, dulces y clementes en la victoria, siendo la delicia y ornato de nuestra corte con sus gracias y sus talentos. Los Españoles los respetan, y les prodigan su amor, por la bondad y los beneficios de que colman á los cautivos. Sus inmensas riquezas fueron siempre el patrimonio de los pobres. En las batallas, en los torneos, en los juegos, el premio del valor y la destreza perteneció siempre á los Abencerrages. Jamás se vió un vil cobarde en esta célebre tribu: jamás un amigo falso, un esposo infiel, un amante pérfido, ha marchitado la gloria de esta ilustre familia.

Sus únicos rivales en riquezas y tal vez en valor son los famosos Zegríes, descendientes de los monarcas de Fez. A pesar de mis justos resentimientos contra esta tribu criminal, no pretendo ocultar á vuestros ojos el resplandor de las acciones, que los han distinguido. Su valor invicto ha asolado repetidas veces las tierras de los Castellanos, adornando nuestras mezquitas sus manos victoriosas, con los estandartes enemigos; pero el furor y la sed de sangre deshonró tan gloriosas hazañas. Nunca los Zegríes tuvieron un cautivo; los vencidos perecen á sus manos. Ni la amistad, ni el amor suavizaron nunca su ferocidad. Desdeñando con orgullo las calidades amables del corazón, las gracias y los talentos del entendimiento, que estimamos en nuestra corte, reputan por flaqueza la dulce sensibilidad. Soberbios,

turbulentos, feroces, su gusto es el teatro de la muerte; y sin saber más que pelear y vencer, desprecian las demás artes.

Una violenta envidia los animaba tiempo había contra los generosos Abencerrages, viéndose muchas veces las dos valerosas tribus á punto de venir á las manos. La autoridad de Muley-Hassen pudo sola contenerlos; pero su odio era público, y las principales familias de Granada habian abrazado uno ú otro partido: los Almoradies y los Alabezes sostenian la causa de los Abencerrajes, los Gomeles y los Vanegas defendian la de los Zegries: las demás tribus más obscuras habían imitado este ejemplo: la corte y la ciudad estaban divididas, y mi padre temblaba, temiendo á cada instante el ver á Granada inundada de sangre.

El alma noble y tierna de Muley-Hassen, no estuvo vacilante acerca del partido que debía proteger. Sus propias virtudes le arratraban involuntariamente, hacia los Abencerrajes; pero esta preferencia, imposible de disimular, daba nuevo pábulo al odio de sus enemigos. Muley lo conoce; y para aplacar el descontento de los Zegries con un honor señalado, toma esposa de aquella tribu, y la hija de Almadan, Aija, fué reina de Granada. Aija era hermosa; pero la insensibilidad y el orgullo, que heredó de su familia, eclipsaban el resplandor de su belleza. Mi padre, no pudiendo amarla, se vió precisado á repudiarla, después de haber tenido de ella un heredero del trono, el fogoso Boabdil, que ahora reina en Granada, cuyo natural temible no tardareis en conocer.

El rey, desgraciado en su himeneo, no quiso volver á sujetarse á su coyunda, imposibilitándole más para ello el amor ardiente que tenía á una cautiva española. La hermosa Leonor había aprisionado su corazón; pero fiel á la religión de sus padres, sin esperanza ni deseo de reinar entre los Musulmanes, estimaba las prendas y no el poder de Muley, y llorando muchas veces con él las desgracias que trae consigo el reinar, le consolaba de los disgustos del trono, de la fatiga de las ofrendas, del vacío que deja la grandeza, y calmaba aquella pena interior, aquellas desazones dolorosas que esperimentan los que estan condenados á vivir sin amigos.

El primer fruto de su amor fué el generoso Almanzor, aquel que defiende hoy á Granada, y cuyas hazañas habrán sin duda llegado á vuestros oídos.

Le conozco, responde prontamente Gonzalo: conozco ese valeroso guerrero. ¿Dónde no habrá llegado el nombre del virtuoso Almanzor, la más firme columna de vuestro imperio, la gloria y modelo de vuestra corte? Quien ignora que ese príncipe, tan temible en las batallas, inspira á sus mismos enemigos la admiración y el respeto, lazos eternos que á pesar de la guerra, unen todas las almas grandes? Mi corazon le venera, y de todos vuestros Moros solo de él deseo ser émulo, solo á él quisiera igualar, pues superarle es imposible.

La princesa escucha con rogocijo el elogio de su adorado hermano, y mostrando á Gonzalo su agradecimiento en su risueño semblante, continúa su discurso.

Yo fuí la última prenda de amor, que el rey recibió de Leonor. Jamás hubo madre tan tierna que hiciese tanto por su amada hija. Sus pechos me alimentaron, y sin querer confiar á nadie el cuidado de mi infancia, dirigió sola mi educación. Al pensar en aquellos apacibles días, pasados en el seno de mi madre, apenas puedo contener las lágrimas. Mi hermano Almanzor nos acompañaba, y hallándose con algunos años más que yo, me explicaba las lecciones que aun no eran para mis alcances, enseñándome lo que él había aprendido: yo le escuchaba con reconocimiento, y sentía dentro de mi, aquel respeto tierno y confiado, que toda vía se conserva en mi corazon. Muley venia repetidas veces á tomar parte en nuestros juegos, olvidando entre nosotros los disgustos que le causaba Boabdil, y mi tierna madre encontraba su mayor felicidad, cuando el rey que adoraba, la visitaba en su retiro, y apretaba sus queridos hijos en sus paternales brazos.

Por desgracia, este feliz tiempo fué de corta duración. El Español atacó nuestras fronteras; y mi hermano, estimulado de la gloria, nos deja y vuela á la batalla, sin que su valor y sus heroicas hazañas nos consolasen de su ausencia. Siempre que salía triunfante, venía á ofrecer sus laureles á su madre: pero al punto volvía á dejarnos. Yo misma

me ví precisada á mostrarme en la corte, á vivir en medio del tumulto, suspirando por aquellos tranquilos años consagrados únicamente a la ternura, y muy presto otras penas más amargas me prepararon mis desdichas.

La Parca arrebató á mi madre, espirando en mis brazos, después de haber padecido largo tiempo. ¡O madre! O tierna y cara madre! Jamás te apartarás de mi memoria triste. Aun suenan en mis oidos las últimas palabras que dijiste á tu desgraciada hija. ¡Dirige, o dulce madre! dirige mis pasos, desde lo alto del cielo. No, tu hija no ha faltado á la promesa, que hizo en tus moribundas manos; sea del mismo modo fiel á los deberes que me enseñaste, é inspira en este corazón, donde habitas, las virtudes de que me diste el ejemplo.

El llanto no la deja proseguir, cubriendo el rostro inundado en lágrimas, con sus hermosas manos. Gonzalo tan enternecido como Zulema, la contempla atento, y el respeto que le inspira su dolor, no le permite interrumpir su piadoso silencio. Al fin la princesa vuelve á hablar, procurando afirmar su trémula voz.

El rey quedó desconsolado y solo mi hermano y yo pudimos hacerle soportable la vida sin su Leonor. Almanzor que se hallaba en el ejército, volvió lleno de dolor, á mezclar sus lágrimas con las de su padre, que no le permitió separarse de él. Boabdil, ocupado largo tiempo había, en sus criminales proyectos, se aprovechó de esta ausencia para ganar los ánimos de los soldados. A los dones de la naturaleza, unia Boabdil el valor heróico, que tan bien sienta á un príncipe joven, y la prodigalidad, grata á los cortesanos: calidades convenientes para deslumbrar al pueblo. ¡Ojalá que yo pudiese ensalzar otras virtudes de Boabdil! pero la falsa adulación corrompió su juventud, persuadiéndole desde la temprana edad, que no había más deberes que los que se debían á su clase. Creyéndose superior á las leyes, porque no estaba sujeto á sus penas, no veía que el castigo más terrible, el odio y el desprecio público, son el suplicio de los grandes, á quienes ellas no alcanzan. El hábito de satisfacer sus pasiones las transformó en vicios, y pronto perdió el remordimiento, último amigo de la virtud,

pasando rápidamente de los placeres á los excesos, de los excesos á los crímenes. ¡Miserable suerte de un príncipe, cuya vida entera depende de la elección de sus primeros amigos!

Boabdil se entregaba sin reserva á los Zegríes, quienes deseaban con ansia ver sobre el trono un monarca de su estirpe, y buscaban los medios de renovar los ejemplos, tan comunes entre nosotros, de padres destronados por sus hijos, de reyes depuestos por sus vasallos. Sus designios impíos de ganar el ejército, no encontraron obstáculo sino en los Abencerrajes. Estos fieles guerreros advirtieron de ello á Muley, y mi padre partió al punto, se mostró á los soldados, y su presencia restableció el buen orden; pero el mal había echado raíces tan profundas que la menor centella debia producir súbitamente un incendio voraz. El rey receloso de un hijo ingrato, que no se atrevía á castigar, hizo tregua con el Español, y desconcertó á los Zegríes, licenciando el ejército.

Vuelto á la capital, Muley procura calmar los ánimos y disipar las facciones de su corte, dando más noble pábulo á aquella fogosa inquietud, á aquella inconstancia perenne, características siempre de la gente mora; las fiestas, los torneos, los juegos tan frecuentes en otro tiempo, en Granada, se renovaron por sus órdenes. Entregado al profundo dolor, llorando siempre su amada Leonor, se negaba su corazón á tales regocijos; pero su sabiduría quería dar ocupación á la juventud belicosa, y evitar una guerra civil, cuyo solo pensamiento estremecia su corazón sensible y paternal.

El casamiento de mi hermano dió motivo á las fiestas. Largo tiempo había que el animoso Almanzor ardía por la hermosa Moraima, de la tribu de los Abencerrajes. Moraima amaba á Almanzor. ¡Y quién no hubiera aceptado la ofrenda del más valiente, más virtuoso de los príncipes! Moraima consulta á su madre, confiándole el secreto, y ella le permite declarárselo á su amante. Desde entonces, la tierna Moraima no respira, ni vive sino por el héroe, dueño de su corazón. La más leve sospecha, el más ligero enojo no turbó jamás sus constantes amores. Seguros el

uno del otro, penetrados ambos de una pasión fundada en la recíproca estimación, ciertos de que el universo se aniquilaría, antes que hubiese mudanza en ninguno de ellos, esperaban el himeneo con aquella dulce impaciencia, que templa la felicidad presente. No ignorando que llegarian á ser más felices, se contentaban con esta esperanza, con verse todos los días, con hablar de sus tiernos afectos, con animarse mutuamente á seguír la virtud. Tan dulces les eran estos placeres, que sus almas castas y puras no imaginaban otro ninguno que pudiese excederlos.

El rey quiso unirlos, y mostrar en este himeneo, toda su magnificencia. Moraima, cubierta de un velo lleno de perlas, vestida de tela de oro sembrada de preciosas piedras, sale por la ciudad según el uso de nuestra nación, sobre un soberbío caballo, acompañada de tropa de mujeres. La música la precede, siguiéndola multitud de esclavos, llevando en azafates guarnecidos de flores, los tejidos de Persia, los velos de la India, los ricos adornos de la joven esposa. De esta manera se trasladó á la mezquita, donde la esperaban los Abencerrajes. Almanzor vino acompañado de mi padre, rodeado de una espléndida corte, eclipsando á los demás guerreros su estatura, su aspecto, su gallardía, y aquel aire de magestad y bondad, que indica la feliz tranquilidad de que goza su alma grande.

El imán invoca al profeta, y el pueblo responde con aclamación, en favor de los nuevos esposos. De alli los conducen al son de atabales y chirimías, al palacio de la Alhambra, exhalándose exquisitos perfumes al rededor, durante la marcha. Doce doncellas vestidas de blanco precedían á la hermosa Moraima, y doce mancebos coronados de rosas marchaban delante de Almanzor. Ambas tropas esparciendo flores sobre el camino, cantaban estas palabras:

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende,
Y al himeneo tu querido hermano,
La hacha inmortal enciende.
¡Oh fecundo consuelo

Del hombre! de tu asiento soberano,
Baja en rápido vuelo,
Riendo con la cándida inocencia.
Todo florece; el aire se embalsama,
¡Cual encanto, cual Dios el pecho inflama!
¡Amor! oh! salve amor! es tu presencia,
¡Salve! Escuchó nuestro feliz deseo,
Cantemos el amor y el himeneo.

CORO DE MANCEBOS.

Cantad, la frente hermosa
De azucenas y rosas coronada
A la tímida esposa.
Su virtud, sus amores,
Doncellas del Jenil, dulces cantando,
Al cielo sus loores
Alzad: vosotras de su pecho ardiente
Los secretos guardais. Vírgen un día,
Los juegos y el placer con voz partía,
Y sus deseos os fió inocente.
¿Callais? cuál pena vuestro pecho anida
Que inunda en llanto vuestra faz caida?

CORO DE DONCELLAS.

Pudorosa y amante,
En nuestro coro virginal brillaba
Cual la palma triunfante,
A par de humilde helecho.
Tierna, modesta, la virtud dictaba
En su sencillo pecho,
El inocente amor que en este día
Premia himeneo. ¡Día malhadado!
¿Y la arrancas por siempre á nuestro lado
A nuestras inocencias y alegría?
¡Ah! más valiera libertad gozosa,
Que de himeneo la cadena hermosa.

CORO DE MANCEBOS.

El ruiseñor que ahora
Repite sus querellas amoroso,
Del ocaso á la aurora
Algún día contento
Su dulce libertad cantó orgulloso.
Amor le oía atento
Y en su pecho infantil adormecido
Crece con él, cual encubierta llama.
Sopla la juventud; amor le inflama,
Y á Dios libre reposo, ántes querido:
A Dios! más vale esclavitud amada,
Que estéril libertad desperanzada.

AMBOS COROS.

Amor, amor, desciende, etc.

CORO DE DONCELLAS.

Huyeron, ay! huyeron
Para siempre los días que á su lado
En delicias nos vieron.
Ya nos será la vída
Eterna soledad y desagrado.
Ella, en tanto, querida
Vivirá para amar. Ay! imitemos
Sus virtudes: tal vez tan virtuosas,
Nos veremos, cual ella, venturosas,
Y algún digno mortal! Ah! no hallaremos
Jamás otro Almanzor ¿Cuándo natura
Unió á tanto valor tanta ternura!

CORO DE MANCEBOS.

Dulce, respetuoso
En sus cariños, en el Marcio duelo

Su brazo inpetuoso
Muerte, pavor, congoja,
Cual rayo ardiente en africano suelo,
Irresistible arroja.
Vence y triunfa de nuevo perdonando.
¿De dó tanta virtud? De sus amores.
Sed Moraimas, seremos Almanzores
Que en ricos frutos se hermosea amando
La higuera ya feliz, que, antes cercada
De estéril soledad, fué desamada.

AMBOS COROS.

Amor, amor, desciende, etc.

CORO DE DONCELLAS.

Vivas, Moraima tierna,
Vivas dichosa, de tu esposo al lado,
En primavera eterna.
Cada naciente aurora
Te presté un nuevo amor y un nuevo agrado:
Y, siempre encantadora,
Más bella cada vez te halle tu esposo.
Fecunda oliva, tus hermosos hijos,
Siembren con sus pueriles regocijos,
Tu juventud de plácido reposo:
E! imagen paternal, allá en tu invierno
Cierren tus ojos en el sueño eterno.

CORO DE MANCEBOS.

Por siempre afortunado
Viva Almanzor en brazos de su esposa,
Volviendo coronado
De la batalla impía,
Una nueva virtud y gracia hermosa
En Moraima le ria;
Y en candor infantil sus hijas bellas

Su faz halaguen con la débil mano.
Tímidas crezcan, y el Jenil ufano
La imagen maternal retrate en ellas,
Y, madres faustas, en su prole hermosa
Vea muriendo renacer su esposa.

AMBOS COROS.

Amor, amor, desciende, etc.

Muley-Hassen había destinado la mañana del siguiente día para nuestros juegos nacionales, la sortija y las cañas. Previniéronse todos los guerreros, prodigando sus tesoros para distinguirse en armas riquísimas y en soberbios caballos. Las bellezas de la corte, ansiosas por ver á sus amantes vencedores, les envían lazos y divisas, y muchas les demuestran sus tiernos afectos por la primera vez; esperando animarlos de este modo, sacrificando su propio orgullo.

Apenas había el sol dorado las torres de los palacios de Granada, cuando una inmensa multitud, mezclada con los forasteros, que la noticia de las fiestas había atraido, ocupa las gradas que se habian colocado en la plaza Vivarrambla. En el medio de este vasto recinto, en donde pueden ponerse en batalla veinte mil guerreros, se elevaba una vistosa palma, cuyo tronco era de bronce y las ramas de oro, compitiendo en ella la escultura con la riqueza. Una paloma de plata, posada sobre una de sus ramas, la inclinaba hácia el suelo con su peso, y sostenía la sortija, objeto de la conquista. Al pié de la palma, se veia el circo destinado para los jueces, los timbales é instrumentos, que habían de anunciar la victoria. El rey, la familia real y la corte, tenian preparados varios balcones, colgados de telas preciosas, con pabellones magníficos; y una infinidad de ventanas adornadas con guirnaldas y llenas de jóvenes Moras, formaban al rededor de la plaza un espectáculo brillante y ameno.

Los jueces habían ya ocupado sus lugares, cuando Muley llega con toda la pompa del trono llevando por la mano á Moraima, que deslumbraba con la multitud de diamantes

que la adornaban. El pueblo seducido secretamente por los pérfidos Zegríes, no prorrumpió, al ver á su monarca, en aquellas aclamaciones de amor y alegría, que había acostumbrado hasta entonces. El alma de Muley quedó penetrada de dolor; y no pudiendo reprimir las lágrimas, vuelto hácia mi hermano que le acompañaba conmigo: hijo le dice, demasiado he vivido, cesaron de amarme. Nosotros apretamos sus manos con ternura, Muley se sienta entre nosotros, su corte le rodea, los balcones se llenan, y el sonido de las trompetas, que se correspondían de las cuatro barreras de la plaza, anuncia los campeones.

Entran pues por diferentes lados, divididos en cuatro cuadrillas. Los Abencerrajes, que formaban la primera, venían vestidos de túnicas azules, bordadas de plata y perlas, montados sobre blancos caballos, cubiertos los arneses de záfiros, llevando en el turbante la garzota azul, color que distinguía á esta tribu: y en los broqueles un león encadenado por una pastorcilla, con esta divisa célebre entre ellos: *dulce y terrible.* Todos en la flor de la edad, todos gallardos, brillantes, llenos de esperanza y de aquella noble animosidad que la urbanidad templa, se adelantan con ligero paso: mandados por Abenhamet, cuyas desgracias arrancarán pronto vuestras lágrimas, entonces ocupado solamente en vencer delante de Zoraida.

Formaban los Zegríes la segunda cuadrilla, vestidos de túnicas verdes, bordadas de oro, y en los turbantes la garzota negra, color siniestro de su familia, montados sobre negros caballos, cubiertos con mantillas sembradas de esmeraldas, la frente erguida, los ojos airados, siguen con paso tranquilo á Alí, al formidable Alí, jefe de esta tribu terrible; Alí á quien cuarenta años de victorias dieron el sobrenombre de *espada de Dios*, llevando en su broquel igualmente que sus compañeros, una cimitarra salpicada de sangre, con estas palabras: *esta es mi ley.*

Los Alabeces y Gomeles formaban las otras dos cuadrillas: los primeros, vestidos de encarnado con bordado de plata, montados sobre alazanes, con el mismo turbante de los Abencerrajes: los últimos, aliados de los Zegríes sobre caballos bayos, llevando túnicas de púrpura y garzotas ne-

gras. Las cuatro cuadrillas saludan al rey, una después de otra, hacen varias evoluciones, y ocupan los cuatro costados.

El príncipe Boabdil salió entonces sobre un fogoso caballo africano. Al verle, el pueblo prorrumpe en alegres vivas, y pasando con desdén por delante de los Abencerrajes, se coloca entre los Zegríes: Alí le cede el mando, pero el príncipe le rehusa. El rey da orden á los jueces para distribuir lanzas iguales á los que quieran disputar los premios.

Cada cuadrilla había de nombrar doce caballeros para correr juntos la sortija, y el dejar de acertar una sola, bastaba para perder el derecho de correr otra vez. El premio destinado al vencedor era una exquisita garzota de diamantes, reservando para consuelo de los ver cidos, otros presentes no tan magníficos.

La señal se hace, y el primero que se presenta es el famoso Abenhamet, que, saliendo disparado como un rayo del escuadrón azul, se lleva la primera sortija. El Zegrí Alí pretendía llevarse la segunda; pero Boabdil se adelanta, y turbándole el odio que profesa á Abenhamet, vuela, yerra el golpe, rompe furioso la lanza, y se oculta entre los Zegríes. Allí se presenta, y se lleva la segunda: Abenhamet, ligero como el relámpago, gana la tercera: Alí vuelve, y gana la cuarta, excitando el aplauso general: el Abencerraje corre otra vez, da con la lanza en la paloma, y salta al aire la sortija; pero antes que caiga al suelo, la enfila con destreza, excitando las aclamaciones del pueblo. Alí no osa volver á la lid, y los Zegríes, los Gomeles y los Alabeces corren inútilmente. Los más afortunados se llevan cinco sortijas, cuando Abenhamet había ya ganado veinte. Mil clarines anuncian la victoria, y los jueces le adjudican el premio, que recibe de rodillas de la mano de Moraima, y corre á ponerle á los piés de Zoraida, cuyo corazón le había estado deseando el triunfo y la gloria.

Preparánse los cuatro escuadrones para el juego de cañas, y armados todos de ellas, corren unos contra otros, las rompen contra los broqueles, las arrojan al aire, y las cogen en su carrera. Todos manejan con destreza caballos

más rápidos que el águila: se atacan, huyen, vuelven, se forman, se dispersan, se paran, se reunen con precipitación, engañando los ojos admirados, que no pueden seguir sus diversos movimientos: al modo que en el mar de Almería se ve una tropa de delfines hender la líquida llanura, mezclarse con mil vueltas y rodeos, perseguirse sin alcanzarse jamás, saltando sobre las espumosas ondas.

Pero la traición más horrible estaba preparada para ensangrentar las fiestas. Lo Zegríes abominables llevaban cotas de malla debajo de los vestidos dorados; y en el tumulto de los juegos, muchos de ellos cambiaron sus cañas por lanzas verdaderas. Avenhamet fué herido el primero, y lleno de furor al ver correr su sangre, acomete con sable en mano al Zegri que le había puesto así, y le deja tendido en el suelo. Los Zegríes sacan los alfanges, y los Abencerrajes instruidos de aquel atentado, vuelan á socorrer á su capitán: los Alabeces se declaran en su favor, y los Gomeles por los Zegríes: los cuatro escuadrones pelean con igual esfuerzo, profiriendo ambos partidos los nombres de traidor y alevoso. La sangre corre por la plaza, el pueblo se pone en fuga, y el odio, la venganza y la muerte se sacian en aquella atroz carnicería.

El rey, los jueces, mi hermano hacen inútiles esfuerzos para apaciguar aquel furor: ninguno conoce la voz de Almanzor: todos desprecian la autoridad de Muley: todos atropellan los jueces del campo. Los Abencerrajes que sienten rechazar sus espadas las cotas de los enemigos, conocen la traición, y corren á las barreras, para tomar sus corazas; pero los Zegríes los persiguen, y los asesinan en aquel estrecho paso. En este desastrado día, hubiera fenecido esta valiente familia, si mi hermano, que había ido á armarse, no se hubiera presentado de repente, en la plaza, y sosteniendo solo el esfuerzo de los vencedores, favoreciese á los Abencerrajes. Los Zegríes salen por otra parte, se esparcen por toda la ciudad, gritando: ¡al arma! Viva nuestro rey Boabdil! Acabe de reinar Muley-Hassen! El pueblo que ellos habían comprado, aumentaba la tropa rebelde, y Granada se subleva en un instante. Ciérranse las puertas de las casas; brillan en las calles millares de lanzas, y el aire se lle-

na de horribles gritos. Boabdil, en medio de los Zegríes, sopla el fuego de la rebelión; los facciosos le proclaman rey, y al punto se encamina á la Alhambra, seguido de un numeroso tropel.

Muley-Hassen se había retirado á aquel palacio, solo con su familia. Nosotros estrechándole entre nuestros débiles brazos, procurábamos tranquilizarle, al mismo tiempo que un espanto mortal nos embargaba la voz y las fuerzas. El generoso rey sin temer por sí, solo pensaba en sus vasallos, solo por ellos vertía piadosas lágrimas, solo por ellos invocaba al ser eterno. ¡Poderoso Alad! exclamaba tendiendo al cielo las manos trémulas: rompe mi cetro, pero salva á mi pueblo; perdónale su furor, pues le engañan, le precipitan en el crímen: ¡no le castigues, Dios piadoso!

Almanzor se prepara para defendernos: junta las guardias dispersas, da armas á los esclavos, manda cerrar las puertas de la Alhambra, coloca los flecheros en las torres, y puesto sobre la plataforma, se presenta apoyado sobre la lanza, que hace temblar á los Zegríes.

Al mismo tiempo ve llegar los valerosos Abencerrajes, armados de brillante acero, ardiendo en furor é indignación. Los Almoraides y Alabeces, tribus fieles á su rey vinieron á defenderle ó morir; y desdeñándose de esperar al enemigo detrás de los muros del palacio, se colocan delante de las puertas. Almanzor corre á ponerse entre ellos, y las aclamaciones se repiten al verle. Oyense al mismo tiempo otros gritos, y se descubren los Zegríes, los Venegas, los Gomeles, acompañando á Boabdil, seguidos de una multitud desenfrenada.

La vista de Almanzor los detiene. Un profundo silencio sucede al tumulto, y nadie osa poner las manos en el héroe de Granada, digno objeto de su admiración; pero animados por Boabdil, se forman en batalla, y bajan las lanzas. Las trompetas de una y otra parte iban á dar la horrible señal, cuando se abren repentinamente las puertas de la Alhambra, y Muley-Hassen trayendo en sus manos el cetro y la corona, se pone entre los dos ejércitos.

Deteneos, les dice, y no os hagais dignos de la cólera celeste, derramando la sangre de vuestros hermanos. No pro-

digueis esa sangre que necesitais contra los Españoles. Abencerrajes, Zegríes, vosotros mismos os quereis forjar las cadenas: olvidad esa fatal discordia, guardando el valor para emplearle contra vuestro común enemigo. Decís que estais ofendidos, y no ignorais que yo lo estoy; aprended de mí á vengaros.

Pueblo de Granada, mi reinado te cansa: desde este instante se acabó. Pues me niegas el amor, no quiero ya tu corona. Ven á recibirla, Boabdil: ven, toma ese cetro que deseas, y que tal vez encontrarás pesado: acércate, hijo mío, acércate y no te espantes: mira estas canas, y dime si pensaste acaso, que por los pocos días que me quedan de vida, permitiría yo que corriese la sangre de mis vasallos. ¡Ah Boabdil, Boabdil! tú no conociste jamás mi corazón: tú le has llenado mil veces de amargura; pero tu padre te perdona, si haces felices á tus vasallos, si tu justicia y beneficencia no los dejan arrepentirse de lo que ahora hacen por tí. Pronunciando estas palabras, el augusto anciano presenta á su hijo la corona y el cetro. Boabdil lleno de temor, queda inmóvil, sin atreverse á levantar los ojos á mirar á su padre, ni poder dar un paso hácia él. Muley le previene, se adelanta, ciñe su frente, llena de rubor, con aquella diadema objeto infeliz de sus deseos, y vuelto después hácia los dos partidos, que miraban atónitos, les dice: Abencerrajes haced salva al rey de Granada, y vosotros Zegríes, jurad la paz á vuestros generosos enemigos.

Entonces el pueblo lleno de gozo clama, ¡viva el rey Boabdil, vivan los Abencerrajes, los Zegríes y Muley-Hassen! Conducen con pompa á Boabdil al palacio de la Alhambra, mientras que mi padre, seguido de Almanzor, de Moraima y de mí, se retira al Albaizin, antigua habitación de los primeros reyes Moros.

FIN DEL LIBRO II.

LIBRO TERCERO.

Zulema cuenta las mudanzas, hechas en Granada, durante el reinado de Boabdil.—Corrupción de la corte y del rey.—Amores de Abenhamet y Zoraida.—Cautividad de Ibrahim.—Abenhamet le libra.—Boabdil, su rival, se opone al himeneo de los dos amantes.—Envía á Abenhamet contra los Españoles.— Vuelve vencido por Gonzalo.—El héroe penetra en Granada.—Las leyes condenan á Abenhamet á muerte.—Zoraida, por salvarle, da la mano á Boabdil.—Almanzor conduce á Abenhamet lejos de Granada.—Abenhamet vuelve.—Encuentra á Zoraida en Generalife.—Cuatro Zegríes los descubren mientras hablan, y dan aviso al rey.—Furor de Boabdil.—Muerte de Abenhamet.—Matanza de los Abencerrajes.—Combate en el palacio.—Dejan á Granada los Abencerrajes.

El más poderoso y feliz de los reyes, aquel á quien la fortuna y la victoria colman de sus favores, el que mira al rededor de su trono todo el esplendor y los gustos de la gloria, carece de la felicidad más pura y más cara á los corazones tiernos, la certidumbre de verse amado. Las ofrendas que le prodigan, las alabanzas con que le fatigan, y aun la fidelidad que le demuestran, esperan siempre la recompensa: el interés no dirige sus votos á su persona, sino

á su poder. Esta idea atormenta su espíritu, y una justa desconfianza se mezcla en los sentimientos de su corazón. ¡Infeliz del que pudiendo pagarlo todo, puede pensar que ninguno le da nada!

Pero Muley al bajar del trono, vuelto á la clase de los hombres, adquirió el derecho más excelente y más precioso de la humanidad, el de encontrar amigos. Su corte numerosa desapareció; pero le quedaron los Abencerrajes, aquella virtuosa tribu que le miró siempre como á su rey, tributándole más respeto, cuanto menor era su poder. Almanzor, su esposa y yo rivales en todos los oficios piadosos, que podían consolar su vejez, contentos en consagrar nuestros días en una ocupación tan cara á nuestras almas, no osabamos quejarnos de un crímen que nos había hecho felices, reuniéndonos en el seno del mejor de los padres. Si sentíamos la pérdida de su corona, solo era por su pueblo y por él: si Muley suspiraba por ella, solo era por sus vasallos y por sus hijos.

Entro tanto, el nuevo rey mudaba la haz de Granada. Retiráronse los antiguos visires, reemplazándolos jóvenes inespertos: los generales de los ejércitos, encanecidos en los campos de batalla, tuvieron el destierro por paga de sus trabajos y de sus heridas: una juventud, conocida solo por sus vicios ó por su favor, vino á mandar los soldados veteranos, compañeros antiguos de sus padres: la antigua disciplina, madre del valor, y la victoria, se olvidó en un momento, y el ejército se transformó en un tropel de mercenarios desenfrenados: osados contra sus capitanes, cobardes contra el enemigo: las fronteras, cometidas á unos gobernadores que vivían en la corte, sin conocerlas, las sorprendieron é invadieron los vigilantes Españoles; y para colmo de nuestra calamidad, en esta época fatal, suscitó el cielo contra nosotros, ese terrible enemigo de los Moros, ese invencible Castellano, cuyo nombre sin duda habrá llegado á vuestros climas lejanos, el valeroso Gonzalo de Córdova.

Ni sus hazañas, ni sus rápidas conquistas pudieron despertar á Boabdil de su vergonzoso letargo. Los criminales Zegríes eran sus consejeros, y el monarca solo pensaba en aquellos placeres tumultuosos, de que los aduladores cercan

á su señor, temerosos de que oiga los clamores del pueblo. Los magníficos juegos y las fiestas públicas , que estableció Muley, habían cedido el lugar á las asambleas misteriosas, á las danzas afeminadas, á los festines de donde estaban desterrados el pudor y la templanza: el amor tierno y respetuoso era el objeto de la insolente mofa, y en lugar de los afectos, que hicieron célebre á Granada entre todas las naciones, solo se encontraba la disolución y la licencia.

En medio de tantos vicios, présagos de nuestras desdichas, se encendió de nuevo en el alma de Boabdil, una pasión, que de mucho tiempo parecía haberla apagado la resistencia. La hermosa Zoraida, hija del anciano Ibrahim, era el objeto de tan funesto amor.

Zoraida era africana. Desde los primeros días de su vida, había conocido las desgracias, perdiendo á su madre aun en la cuna; y su padre primer visir del monarca de Tremezen, después de haber visto destronar á su infeliz soberano desterrado y despojado de sus bienes, vino con su hija á Granada, á implorar la piedad de Muley-Hassen. Mi padre le recibió en la corte, le dió el gobierno de la ciudad de Jaen, y mandó que Zoraida se criase en su palacio.

Apenas salía de la infancia, cuando ya su atractivo y sus gracias inflamaban nuestra guerrera juventud. Abenhamet, el gallardo capitán de los Abencerrajes, que ganó el premio el día del crímen de los Zegríes, niño aun como Zoraida, apenas la conoció, la eligió y la adoptó por su hermana. Su felicidad era estar cerca de ella, y repetirle mil veces el juramento de amarla toda su vida. La joven y sincera Africana se lo prometía igualmente, y le declaraba que á él sólo deseaba amar. ¡Dulce privilegio de aquella edad dichosa, en la que todavía perdonan los hombres la sencillez y el candor.

Así que Zoraida se acercaba á los tres lustros, aprendió á ser más cauta, y Abenhamet más tímido. Ya no se atrevía como en otro tiempo, á venir á su aposento á cualquier hora, ni osaba hablarle ni aun de amistad; pero más amoroso que nunca, sentía la fuerza de aquel primer amor, tan vivo y tan puro en los corazones tiernos, ocupándose con-

tinuamente en seguirla, en esperarla, en buscarla. En palacio, en la mezquita, en el jardín de Generalife, siempre seguía sus pasos, sin poder vivir sin su vista: pero al verse juntos, sus ojos miraban la tierra, el rubor cubría sus mejillas, las palabras eran trémulas y sin orden, quedando fuera de si, sin aliento y sin voz.

Por este tiempo fué cuando Gonzalo entró con su ejército en nuestro territorio, presentándose delante de Jaen, en donde gobernaba el anciano Ibrahim. Gonzalo toma por asalto la ciudad, después de una larga resistencia, y el padre de Zoraida queda prisionero. Su hija, bañada en llanto, va á echarse á los piés del rey: volvedme mi padre, le dice, y tomad todos los beneficios de que me colmais: á mi me vasta una choza con el autor de mi vida; ó si Gonzalo es inflexible, alcanzad á lo menos que yo vaya á acompañarle en sus cadenas, y consagrar en su servicio la vida que le debo.

Muley movido de sus lágrimas, le promete escribir á Gonzalo, y que el primer artículo de la paz será la libertad de Ibrahim, halagándola y añadiendo nuevas caricias para consolar su desgraciada suerte. Pero Amenhamet, que miraba sus lágrimas, y las sentía caer en su corazón, resolvía en su interior enjugarlas. Temiendo que si no se verificaba la paz se mantuviese Ibrahim cautivo por largo tiempo; no siendo todavía dueño de los muchos bienes, que con el tiempo había de poseer, sale á buscar á Gonzalo, y llegándose á él con la confianza que inspira la juventud y el amor: magnánimo guerrero, le dice, yo soy el capitán de los Abencerrajes. Mi edad no me ha dejado todavía medir mis armas eon las tuyas; pero espero que este feliz tiempo llegará. Bien conoces la nobleza de mi familia, y que te prodigarán el oro por mi rescate. El valeroso Ibrahim no tiene bienes: trueca ese anciano por mí; entrega ese desgraciado padre á una hija, que solo puede ofrecerte sus lágrimas, y recibe en su lugar al más rico de Granada.

Calló, y Gonzalo sintiéndose enternecido, le dice: Abencerraje, tú no debes ser cautivo mío, tu estimación, no tus riquezas es lo que quiero vuelve á Granada con Ibrahim: solo á tu pecho virtuoso lo concedo; y si este corto benefi-

cio merece tu reconocimiento, procura no encontrarme en las batallas.

¿Quién podrá explicar la alegría de Zoraida cuando Abenhamet le presenta su padre adorado? Dudando aun de su felicidad, se arroja al cuello del anciano, y le abraza, despidiendo continuos suspíros. Ibrahim le refiere al punto lo que debe al Abencerraje, y juntando las manos de los dos amantes, les promete en nombre de Alah que se verán unidos dentro de pocos días.

La acción de Abenhamet llenó de admiración á Granada: todos alabaron su valor y desearon el colmo de sus amores, admirando todos la magnanimidad de Gonzalo; y no puedo negar, que aunque ese soberbio Español sea acérrimo perseguidor de mi patria, aunque la sangre de mis hermanos ha manchado repetidas veces su brazo invicto, su noble proceder en la guerra, su dulce clemencia después de la batalla, le han grangeado el respeto de nuestra nación. El Guerrero conoce su valor, el cautivo su humanidad. Los Abencerrajes, queriendo tributar holocausto á sus virtudes, pusieron en libertad doce cautivos cristianos, escogieron doce caballos de Africa, y los enviaron al héroe Castellano, como una leve señal de su reconocimiento.

Muley-Hassen había aprobado el himeneo de Abenhamet y Zoraida, conviniendo en que se verificase después del de Almanzor; pero el fogoso Boabdil, enamorado de Zoraida, creyendo deslumbrarla con su nacimiento, se atrevió a pretender su mano. La hija de Ibrahim, sin faltar al respeto debido al heredero del trono, no admitió sus deseos. Zoraida se creía ya olvidada de un corazón que sabía tan poco amar, al tiempo que mi padre perdió la corona, pero lo primero en que empleó Boabdil su poder usurpado, fué en prohibir á Ibrahim el tomar á Abenhamet por yerno.

Ibrahim lleno de amargura conservaba la esperanza de mover el ánimo del monarca. Seguido del enamorado Abenhamet, se echa á sus piés, pidiéndole por único premio de su lealtad y de sus largos servicios, que le permita el ser reconocido, no obligándole á la edad de ochenta años, á faltar al honor por la primera vez. Boabdil no quiere oirle, y Abenhamet que callaba, esperando la sentencia

de su muerte, levanta á Ibrahim lleno de furor, y poniendo en el rey los ojos airados le dice: Zoraida es mía: la voluntad de su padre, la suya, todos los derechos del amor y de la amistad, esos son mis títulos, ¿Cuáles son los motivos que tú tienes para quitarme el bien que he merecido? Yo no doy cuenta de mis designios, responde el monarca enfurecido, ni mis vasallos merecen más de lo que mi bondad les quiere dar. Boabdil, le dice Abenhamet, tus vasallos han aprendido de los Zegríes á destronar un monarca justo; teme que aprendan de los Abencerrajes á castigar los tiranos.

El rey pone mano á su alfange: Ibrahim se echa á sus piés: yo, señor, yo solo debo ser castigado, pues yo soy quien le dió mi hija. Mientras yo respire, Zoraida es de mi libertador, arráncame la vida, Boabdil, para librarme de mi promesa.

Al decir esto, el anciano descubre el pecho lleno de cicatrices, y le ofrece á la cólera del monarca, excitando la compasión aun de los mismos Zegríes. Abenhamet, la mano en el puñal, está dispuesto para defender á su padre: y el rey confuso, puestos los ojos en el suelo, medita lo que ha de resolver. Receloso de los Abencerrajes, teme que un acto de crueldad derribe un trono mal asegurado, pero instruido de largo tiempo en la perfidia, dilata su crímen para asegurarle mejor. Compone en fin su semblante, y fingiendo domar su justa cólora: Ibrahim, le dice, tus virtudes han despertado mi clemencia: por ellas perdono al imprudente Abenhamet; pero tu hija es de tal precio, que una sola acción de valor es poco para merecerla. Yo mismo daré á su amente la ocasión de hacerse digno de ella. Jaen, que Gonzalo ha conquistado, era la llave de mis estados: si Abenhamet la recobra, Zoraida será la recompensa.

El Abencerraje, sin poder contener su alegría, se echa á los piés de Boabdil: tú me haces invencible, rey de Granada: toda mi sangre, derramada por tí, no podrá espiar las palabras, que profirió mi juventud. El monarca le levanta con falso agrado, proclama á Abenhamet su general, y ordena que, dentro de tres días, parta el ejército contra Jaen.

En estos tres siglos de espera, el valeroso y tierno Abenhamet prepara sus caballos y armas. Ibrahim quiere seguirle, honrándose de servir á las ordenes de su amigo: mi hermano debe también acompañarle: los Abencerrajes se disponen y el enamorado joven transportado de alegría, corre á abrazar las rodillas de Zoraida, pidiéndola que adorne su lanza con un lazo ó un velo que haya traído sobre ella. Zoraida procura encubrir la profunda tristeza que la devora, y le da una faja blanca, en la cual había bordado sus nombres entrelazados, leyéndose debajo de las cifras unidas, la palabra tierna de *siempre*. Zoraida se la ciñe llorosa, y sin atreverse á pedirle que no esponga su vida, ruega á su amante que cuide de su padre, y pide en secreto á este el moderar el valor de su amante.

La hora de partir llegada, el ejército se forma en batalla en la plaza: los Abencerrajes forman el ala derecha, cerrando los Zegríes la izquierda, Abenhamet aparece armado, bajo una túnica azul, de una coraza forjada en Fez, ceñido de la faja de Zoraida, llevando la garzota de su familía en el turbante forrado de acero; á su izquierda pende un sable guarnecido de diamantes, y con la mano derecha empuña una lanza mora, armada de hierros agudos por ambos estremos. Venía montado sobre un caballo blanco, cuyas largas crines besaban la tierra: contempla el ejército, llenos sus ojos de ánimo y de amor, confía la derecha al valeroso Almanzor, la izquierda al prudente Ibrahim, y va á dar la última señal, cuando el rey entra en la plaza con el estandarte del Imperio. Esta insignia tan respetada, en la cual había una granada de rubíes en campo de oro, no salía de la mezquita, sino en los lances más arduos. Boabdil la pone entre las manos de Abenhamet, diciéndole: Abencerraje, hazte digno de mi confianza y piensa en las obligaciones que te impone la presencia de esta insignia sagrada.

Abenhamet, lleno de ardor, toma con mano codiciosa el estandarte y jura al monarca morir antes de abandonarle. Llama al intrépido Octair, el más valiente de sus compañeros, y se le entrega. Octair, gozoso con tal honor, se pone al lado del general, de quien no debe apartarse un momen-

to, y las trompetas tocan á marchar. ¡O ciego Abenhamet! como corres al precipicio, sin saberlo! Los Zegríes lo habían preparado con el pérfido rey; asegurando sus intentos el estandarte de Granada. Nuestras leyes condenan á muerte al general que vuelve sin esta insignia de nuestra gloria, y con esta cruel esperanza la había confiado Boabdil á su rival.

Abenhamet entre tanto solo piensa en obtener á Zoraida: marcha con aire triunfante al frente de sus guerreros, sin poder contener su regocijo, y siguiendo el uso de nuestra nación cuando camina á pelear, cantan al son de los címbalos y añafiles, estas palabras guerreras;

La guerra tronó: los ecos
A su voz, Abenhamet,
Mil veces claman; y lejos:
¡Ay, ay! responde Jaen,
Mis fuertes torres
Van á caer.

El clarín sonó: guerreros,
Marchad, blandiendo las lanzas
Sobre el relinchante bruto
Qus el freno espumando tasca.
Allí donde fiero Marte
Acerada muerte os guarda,
Allí con sangre regado
Nace el laurel de la fama.
La guerra tronó; los ecos, etc.

¿Qué vale que cien provincias
Mueva contra vos España,
Si ocho siglos de heroismos
Se encierran solo en Granada?
Dó quier os cercan gloriosos
Las paternales hazañas:
Cien triunfos Moriscos yacen
Dó quier posareis la planta.
La guerra tronó; los ecos, etc.

¡Ay, que las tumbas se abren!
¿Ois que de ellas os claman,
Vencer ó morir? ¡perezca
Quien viva para la infamia!
Jurado está: el que á la muerte
Vuelva cobarde la espalda,
Amor será su enemigo,
Y su verdugo la patria.
La guerra tronó; los escos, etc.

Si os desalientan los rayos
De las diestras Castellanas,
Volved un punto la vista
A las torres de Granada.
Allí del Jenil las bellas
Os miran, y enamoradas,
Seguras de la victoria
Os tejen ya las guirnaldas.
La guerra tronó; los ecos, etc.

¿Será qué, en valdón vencidos,
Dejeis marchitar las palmas
Que en loor de vuestra gloria
Su amor ardiente prepara?
Lejos el temor. Doncellas
Tejed sin cesar guirnaldas,
Que Abenhamet es caudillo,
Y ordena triunfar Zoraida.
La guerra tronó; los ecos, etc.

Los Zegríes habían avisado secretamente á Gonzalo, que estaba en Jaen con Lara su fiel amigo, Lara el más famoso de los Castellanos después de Gonzalo, y casi tan fatal á mi patria como ese invencible guerrero.

No obstante que su ejército era poco numeroso, los dos Españoles no quieren esperar á los Moros y vienen á encontrarlos, maniobrando con tal arte, que atacan de im-

proviso á nuestras tropas antes de entrar en su terrirorio. Los soldados sorprendidos se llenan de terror, sin que todos los esfuerzos de Abenhamet sean bastantes á animarlos. Corre por todas partes, busca, llama á Gonzalo, le encuentra, le detiene pocos instantes, le hiere; pero Gonzalo con brazo más firme, le deja tondido en tierra. De allí va á acometer á Octair. y de un revés hace saltar la mano, que empuña el estandarte: Octair le vuelve á coger con la otra: Gonzalo se la divide. Entonces el leal Octair abraza con los trozos de sus brazos la insignia sagrada, apretándola contra su pecho, y de esta manera recibe la muerte, y el terrible Castellano se hace dueño del estandarte.

Almanzor corre á recobrarle al frente de los Abencerrajes; pero Lara vencedor entonces de los Zegríes, viene á cercarlos. El combate no es ya sino una horrible carnicería. Ibrahim bañado en sangre, espira llamando á Zoraida: Almanzor apenas puede sostenerse: los Abencerrajes engañados, abandonados de todo el ejército, caen, espiran al golpe de las espadas, sin que ninguno quiera rendirse, ni quiera ninguno alejarse un paso del cuerpo de Abenhamet, que yacia moribundo por tierra.

Gonzalo los admira, y suspende el primero su terrible brazo, mandando á sus Españoles que abran paso á unos enemigos que estima, á quienes quiere vencer, y no asesinar. Almanzor levanta á Abenhamet sangriento, le lleva en medio de sus hermanos, y se retira sin huir, sin desorden ni temor, volviendo hácia el vencedor la frente, que tantas veces había salido triunfante.

Los Zegríes habían llegado á Granada, y esparcido la nueva de la derrota. Las madres, las esposas, esperaban temblando, en las puertas de la ciudad, la vuelta de los Abencerrajes. Zoraida afligida pedía su padre y su amante á todos los que volvían del combate. Al fin descubre la valiente raza, reducida á un corto escuadrón, teñida en sangre, cubierta de heridas trayendo al moribundo Abenhamet. A la vista de este espectáculo, lanza un horrible grito, vuela, se arroja sobre Almanzor: ¡mi padre, mi padre! dice: ¿Lo perdí todo en este afrentoso dia? Las lágrimas fueron la respuesta de Almanzor. Zoraida fuera de sí busca

á Ibrahim, fija los ojos desencajados en el pálido rostro de su amante, mira á Almanzor enmudecido, entiende su silencio y cae sin sentido entre los piés de los caballos.

Todos acuden á socorrerla y la llevan al palacio. Almanzor camina hácia el Alhambra para dar aviso al fementido rey, del peligro que amenaza á Granada, miéntras los Abencerrajes lastimados llevan á depositar en su casa al desgraciado Abenhamet. Sus heridas eran muchas y peligrosas, pero sin embargo daban esperanzas de salvar su vida. Detienen la poca sangre que le queda en sus venas, y le curan con el precioso bálsamo, que nos suministra la Aravia. Abenhamet vuelve en sí, pero apenas se reconoce, que apartando á los que le rodean clama: ¡soy vencido ! soy vencido! Yo la perdí¡... La perdí para siempre!... Diciendo esto rompe las vendas que cubren sus heridas, corre de nuevo la sangre, volviendo al miserable estado primero.

Zoraida, en el palacio, nos tenía en igual inquietud. Un dolor profundo la abate, quitándole la facultad de llorar, y contemplándonos con ojos feroces, pronuncia sin cesar los nombres de Ibrahim y Abenhamet, los fija en tierra, repitiendo estos nombres tan caros á su corazon, y de improviso esta tranquildad aparente se convierte en gritos horribles y convulsiones espantosas. La fiebre ardiente se apodera de ella, y un delirio cruel la transporta en medio del campo de batalla: allí venga la muerte de su padre: allí defiende á su esposo. Todos los remedios son inútiles, sin que halla esperanza de sacarla de los brazos de la muerte.

Mientras que cada familia estaba sumergida en el dolor, Gonzalo victorioso se presenta delante de los muros de Granada. Mi hermano lo había previsto: mi hermano nuestra única esperanza, grita al arma á nuestros guerreros. Boabdil sale en persona con los Zegríes á pelear contra los Españoles: Almanzor seguido de los Abencerrajes rechaza á Lara lejos de nuestras murallas; pero el rey acometido de Gonzalo se pone en fuga y entra con precipitación en la ciudad. El intrépido Castellano viene en su alcance dentro de nuestros muros, y abandonado de los suyos, penetra hasta el Alhambra. Yo le ví: yo misma le ví, y su imagen,

que aun creo estar mirando, me hace estremecer. ¡Ah! ojalá que, sin ofender vuestro valor, no llegueis nunca á las manos con ese héroe! Solo, en medio de nuestra capital, despreciando todo un pueblo enemigo, destruyendo cuanto se le oponía, llegó no lejos de mi. Allí, sin duda, advirtiendo que no le acompañaba ninguno de los suyos, se detiene, queda inmóvil; vuelve á tomar lentamente el camino que había dejado sembrado de víctimas y sin pensar en defenderse contra la multitud que le acometía vuelve el rostro para examinar los sitios que ha de conquistar.

Pasados estos momentos de susto, volvimos á cuidar de los dos desgraciados amantes. Abenhamet y Zoraida desean en vano la muerte, que el vigor y la juventud rechazan. La esperanza de volver á ver, el consuelo de llorar juntos, los retiene en la vida, animándolos á resistir á su deplorable estado.

Boabdil esperaba este momento, y va solo á ver á la triste Zoraida, que ignorando su delito, le recibió sin horror. El pérfido rey honró la memoria de Ibrahim con sus lágrimas, prodigando los elogios á su valor, pero luego que pasaron algunos días, fingiendo tomar parte en el dolor de su hija, manifestó sus deseos de honrar las cenizas del desgraciado anciano, dándole un público testimonio de estimación y reconocimiento, ofreciéndole un augusto himeneo, como el único medio de pagar lo mucho que debía á Ibrahim.

Señor, respondió Zoraida, mis grandes desdichas no me dejarán disimular, que mi corazón está muy lejos de merecer ese himeneo. Este corazón no amará más de una vez, y Abenhamet es el objeto de su amor. Si los servicios de mi padre, si la sangre que ha derramado por vos, tiene algún precio ante vuestros ojos, si quereis dar algún consuelo á su sombra, cumplid sus últimos deseos, uniendo su hija á aquel que Ibrahim había escogido para yerno. Ibrahim lo verá desde el alto cielo donde habita, y se regocijará de haber dado su vida por un rey, que se digna de reemplazarle.

Al oir este discurso, Boabdil sin poder reprimir la cólera, Zoraida! dice con tono impetuoso, tú abusas de mi fu-

nesto amor: Abenhamet no puede ya esperar tu mano, pues las leyes le condenan á muerte. Solo yo puedo hacer gracia y esta depende tí.

Boabdil sale inquieto y airado, y sabedor de que el Abencerraje empezaba á recobrar sus fuerzas, manda que le pongan guardias y nombra los ancianos que le han de juzgar.

La ley pronunciaba su muerte. Abenhamet había perdido el estandarte sagrado del Imperio, y debía morir. Los jueces firman la sentencia con sus lágrimas, y el rey la lleva á Zoraida. Escoge, le dice, poniéndosela en las manos; escoge al punto; este solo instante se te concede; Abenhamet ha de morir, ó tú has de subir al trono; el altar y el cadalso están preparados.

Atónita al oir estas palabras,Zoraida quedó sin saber que resolver. Su primer movimiento fué arrebatarle el puñal, y librarse por si misma de la horrible elección que le proponía; pero la detiene el consdierar que la muerte de Abenhamet ha de seguir á la suya. Sin esperanza de mover el ánimo del déspota feroz, está vacilante y trémula, Boabdil la insta, y descontento de su silencio, manda que vayan á buscar la cabeza de su rival. Deteneos, exclama Zoraida, deteneos, víctima suya soy: aquí está mi mano; caminemos al templo.

Calló, y el inflexible rey la conduce á la mezquita, en donde todo estaba ya preparado para el triste himeneo. Zoraida pálida y moribunda se presenta en medio de un pueblo insensato, que aplaude su nueva reina, y le desea por largo tiempo la felicidad de que cree va á gozar. Pronuncia en fin con débil voz el juramento de ser infeliz, mil aclamaciones le responden, mil alegres voces mezcladas con el son de los sistros, ahogan sus tristes gemidos, y las fiestas más pomposas celebran aquel día de dolor.

El rey, fiel á su palabra, declara al día siguiente al himeneo, que la juventud de Abenhamet, su valor, el de su familia, le impelian á suavisar la severidad de los jueces, pero queriendo acordar el inviolable respeto que tenía á las leyes, con la distinción debida á los Abencerrajes, convertía en destierro la pena señalada á su jefe. Cuando el monarca

parece clemente ninguno se atreve á murmurar. Los aduladores viles ensalzaron su pérfida bondad.

Almanzor con ojos penetrantes comprendía el horrible misterio, y queriendo evitar los primeros efectos de la desesperación de Abenhamet, se va al lugar donde está preso, y apretándole entre sus brazos: amigo, le dice, en fin vivirás, el rey te destierra solamente de Granada; pero Zoraida.... Zoraida espiró? exclamó Abenhamet. Menos desdichada sería; escucha la verdad horrible, llama todo tu valor para soportarla, y piensa sobre todo, amigo, que si cedes al dolor, darás la muerte á Zoraida, á Zoraida.... á la esposa de Boabdil.

Al decir estas palabras, vuelve á estrecharle contra su corazón: para impedirle atentar á su vida; pero Abenhamet queda sin sentido entre sus brazos. Mi hermano, aprovechándose de este accidente, le hace llevar á una de sus casas de campo poco distante de Granada.

El generoso Almanzor, clavados los ojos en su amigo, procura descubrir en los suyos los movimientos de su alma. No busca medio ninguno de consolarle, sino calla, le sigue, le examina, le guarda como á un insensato. Abenhamet conserva un profundo silencio: los ojos enjutos, la cabeza doblada sobre el pecho, el ceño espantoso, los dientes rechinan con violencia, dando miradas siniestras á Almanzor, cuya presencia le causa, y se opone á sus intentos.

Tres días pasaron de este modo, sin que mi hermano le abandonase un instante ni se atreviese á hablarle de una amistad insuficiente para tan crueles desdichas. En fin Abenhamet rompe el silencio, y le dice reposado: no temas, Almanzor, mi dolor: conozco el alma de.... de aquella en quien puse tanto amor: la conozco, y solo por salvar mi vida, pudo resolverse la desdichada.... Párase, levanta los ojos al cielo, hace nuevos esfuerzos y continúa con amarga risa: mucho se ha engañado.... no importa, yo la perdono. Tomé mi resolución irrevocablemente; yo pondré entre los dos una barrera inmensa; yo iré á buscar otros climas, en donde el nombre funesto de Granada, ni del execrable Boabdil puedan llegar á mis oidos. Mañana partiré para el Africa, en sus desiertos encontraré la soledad que

necesita un infeliz en sus leones hallaré más piedad que en nuestros tiranos. Tú me conducirás hasta el puerto de Almeria; este es el último favor que te pido, y espero de tu amistad. No me atrevo á hablarte de mi reconocimiento: tú no lo dudas, ni piensas en ello.

Mi hermano engañado con estas palabras, creyó el valor de Abenhamet superior á sus desdichas. Aprobóle el intento, y aquel mismo día tomaron ambos el camino de Almeria, en donde varias embarcaciones destinadas para Tunes, solo esperaban un viento favorable. Abenhamet se mostraba tranquilo, y el nombre de Zoraida no se le oía salir de su boca. Siempre pensativo, pero al mismo tiempo afable, encomendaba á Almanzor su voluntad, le prescribía la repartición que había de hacer de sus bienes, y las recompensas de sus esclavos. En la tierra que voy á habitar, añadía, no es menester ser rico; lo que yo llevo me bastará, y mis parientes y servidores pensarán más en mí, gozando de la felicidad que les he proporcionado: el valiente Almanzor no me olvidará tampoco, y los beneficios que me ha hecho no me dejan duda de ello, pero siento que por mi causa se detenga aquí, lejos de su familia y de su esposa: Muley-Hassen y Zulema te esperan: Moraima suspira por tí; vuélvete, dulce amigo, vuelve á gozar de la felicidad tan rara de ser esposo del objeto amado; quizá ha menester que la cuides, sin duda necesita de tu presencia; tal vez el viento tardará algunos días; dilatar nuestra despedida, solo servirá para aumentar nuestro dolor y en fin fuerza es que me acostumbre á vivir sin nada de lo que amo.

Almanzor le escucha lloroso, mientras que Abenhamet con ojos enjutos le insta de nuevo á partir. Mi hermano deseoso de volver á ver á Moraima, cede á sus vivas instancias, le abraza, promete ejecutar su voluntad, y lleno el corazón de amargura, pero sin inquietud por la vida del desgraciado Abencerraje, toma la vuelta de Granada.

Abenhamet vió cumplidos los deseos, que por largo tiempo le poseían. Apenas se ve libre, se prepara para el designio terrible que tenía meditado: vístese de esclavo, un turbante asiático muda su rostro ya desfigurado por el dolor, se arma de un puñal, sale de Almeria, y vuélvese á Granada,

Llega y sube á la Alhambra, y vagando por los espaciosos patios de este inmenso edificio, se introduce en Generalife, caminando con paso temerario hácia el aposento de la reina.

La noche empezaba á cubrir de luto la tierra, cuando Zoraida sola en el jardín, lloraba por Abenhamet bajo un rosal. Desde el día del fatal himeneo, Zoraida no había sabido nada de su suerte, ni había pronunciado su nombre; pero todas las noches venía á gemir, al pié de aquel mismo rosal en donde, en tiempo más feliz, se había sentado tantas veces al lado de Abenhamet. Allí sola con sus memorias pasadas, con su amargo dolor y con su amor, creía ver á cada instante el objeto que tenía en su corazón. Cuanto Abenhamet había hecho por ella, las palabras que había dicho, la más leve risa, la más ligera circunstancia que las había acompañado, se pintaban en su imaginación. Su infortunio era menos doloroso, en estos instantes de ilusión, pero vuelto á su infelicidad, un llanto amargo salía de sus cansados ojos.

La reina ve acercarse á ella un esclavo: mírale, conócele, va á despedir un grito, pero el peligro de Abenhamet, el su yo propio, la triste memoria de lo que fué y de lo que es, la detienen: Abenhamet, dice con voz baja, Abenhamet.... ¿Eres tú?

Sí, responde el Abencerraje, yo soy quien te ha perdido: yo soy quien no puede vivir sin tí, yo soy aquel cuyos tristes días compraste con el más funesto sacrificio; quien viene ahora á devolverte el horrible presente que me hizo tu piedad.

Al decir esto, saca el puñal y levanta el brazo para herirse: Zoraida se arroja, y se lo arrebata, ¡ingrato! le dice, ingrato! crees que no soy ya bastante desdichada! ¿No he hecho todavía bastante en condenarme por tí al suplicio más cruel? El cuchillo del verdugo amenazaba tu cabeza, una mano infame iba á cortar tu vida, si Zoraida....

¡Ojalá! exclama Abenhamet fuera de sí, ¡ojalá que todos los tormentos que puede inventar Boabdil, hubiesen sacado gota á gota esta sangre que hierve en mis venas! Yo hubiera bendecido mis dolores: mis martirios me hubieran si-

do deliciosos, pensando que tu eras fiel, diciéndome á cada tormento que llevaba al sepulcro tu amor. ¿Y qué esperabas tú de tu debilidad? ¿Pensabas que yo soportaría los días horribles, que no puedo vivir para tí? que la alegría de librarme de la muerte, ahogaría esta pasión violenta que desde los primeros días de mi vida llena y penetra mi corazón? este amor eterno que me ha dado existencia y me hizo virtuoso? No, Zoraida, te engañaste; tú no hiciste más que dilatar mi muerte, haciéndola más amarga. Yo he querido que seas testigo de ella, para espiar el crímen, que cometiste contra el amor: para perdonártelo en mis postreros suspiros: para decirte, para jurarte por fin, que así que perdí el derecho de amarte no tuve fuerza para vivir.

Escucha, replicó Zoraida, yo no temo la muerte: si yo hubiera podido verte, hablarte un solo instante.... yo misma te hubiera llevado este puñal, y te hubiera dicho: muramos juntos, abre primero este corazón en donde están grabados nuestros juramentos, y líbrate después con él de la infamia que te preparan. ¡Pero delante de Bobdil! entre el tirano y tu cadalso!.... El bárbaro había ya pronunciado la órden de ir á buscar tu cabeza: el esclavo estaba ya en camino.... O! Abenhamet, lo que yo hice, tú lo hubieras hecho en mi lugar. Solo una palabra me queda que decirte. El honor me prohibe verte: el honor solo es lo que me queda, y no debo faltar á él. El honor me manda no amarte, Dios me niega la fuerza de hacerlo; pero si tu renuncias á la vida, si te atreves á atentar á unos días que me cuestan tan caros, juro por ti, por mi padre, que esta mano que te estaba prometida, castigará mi cobarde corazón por un sacrificio tan doloroso, que tu crueldad quiere inutilizar; y que no es más que una pérfida, si no sirve para salvar á mi amante.

Zoraida le entrega entónces el púñal: Abenhamet, sin ánimo para tomarle, la mira, la contempla y arrojándose á sus pies le dice: ¡Angel celeste! ¿Qué poder tienes sobre mí? una sola palabra de tu boca, una mirada, el sonido de tu voz, destruye todos mis intentos, y me hace mudar en un punto de pensamiento y de existencia. Viviré en fin pues que así lo quieres: te lo prometo: sufriré mis desdichas

mientras tu voluntad suprema me ordene el ser infeliz: Abenhamet no volverá á verte: ah! te conozco bien, te amo demasiado para esperar ni desear el mirarte; pero á lo menos apiádate de mi dolor, por ser la última vez que te implora: dime, dime, Zoraida, dignate de decirme solamente que conservas todavía tu amor á Abenhamet; que siempre habitará en tu corazón: que ni el tiempo ni la ausencia borrarán nunca aquel primero y dulce sentimiento que llenaba en otro tiempo tu alma. Si quieres que yo lo oiga de tu boca, viviré: si, te prometo cuidar de mi vida: entonces no la aborreceré, no la miraré con horror: la certidumbre de que tú me amas aplacará mi desesperación.

Abenhamet calla, toma con ardor, y suelta al mismo punto la mano de Zoraida. Ella infeliz vuelve el rostro para ocultarle sus lágrimas, vete Abenhamet, le dice, vete de este sitio terrible: no olvides la palabra que me has dado, no pidas que mi corazón descubra inútilmente lo que mi deber me prohibe: mira, reconoce este rosal.... Aquí llora Zoraida todas las noches.

Al decir estas palabras, cree oir ruido detrás de los rosales, levantáse pavorosa, obliga á Abenhamet á alejarse, retirándose ella al mismo tiempo á su aposento, de donde asomada á un balcón descubre al Generalife, y trémula y sin aliento escucha con atención, y examina los jardines, ayudada de la claridad de la luna. El silencio que reina en todas partes calma su agitación y susto, fijando los ojos en el rosal amado que distingue á lo lejos, se entrega á sus pensamientos melancólicos.

Pero el ruido que había oido, anunciaba en efecto sus desdichas. Mientras que el imprudente Abencerraje olvidaba; á los piés de Zoraida, el peligro que le rodeaba, cuatro Zegríes pasaban detrás de los rosales, y reconociendo la voz de Abenhamet, se paran, observan por entre las hojas, y ven al objeto de su odio, aquel que habían concertado perseguir, arrodillado delante de la reina, delante de la esposa de Boabdil. Sorprendidos al verle, pero llenos de alegría, meditan el más atroz delito, y arrebatándolos el furor, van y buscan al monarca.

Rey de Granada, le dice Mofarix, perdona á tus leales

vasallos, que vienen á afligir tu corazón, cuando de ello depende tu corona, tu vida y tu honor. Los Abenceraajes conspiran contra tí: Abenhamet, llamado por ellos ha hablado ya con sus compañeros, nosotros mismos le hemos visto en este instante, bajo un rosal del Generalife á los piés de tu criminal esposa, teniendo en sus manos el puñal que ha de abrir el corazón de su rey.

Boabdil queda suspenso y sin aliento; pero la cólera impetuosa ocupa luego el lugar de la sorpresa: morirán todos exclama, ninguno quedará de esta infame raza, y mi infiel esposa ha de recibir la muerte sobre sus cadáveres.

Véngate, señor, responde Mofarix; pero la prudencia debe asegurar la venganza. Si manifiestas tu resentimiento, Granada tomará las armas: los amigos de los Abencerrajes los defenderán. Sigue el consejo que me dicta el celo: que tus guardias prendan á Abenhamet en el Generalife: entre tanto una orden secreta llamará separadamente á cada uno de los Abencerrajes, y á medida que entren en la Alhambra, caigan al suelo sus cabezas.

Boabdil adopta el horrible consejo: las guardias corren á registrar los jardines, y los emisarios del rey van á llevar á los Abencerrajes la orden de venir al palacio. Los Zegríes vienen armados, los soldados toman todas las salidas del Generalife, y los verdugos, puestos en el patio de los Leones, esperan con la cuchilla en la mano á Abenhamet y sus compañeros.

El desgraciado Abenhamet, pensando más en Zoraida que en sí propio, huía lloroso por las enramadas sombrías, cuando los satélites del rey le descubren y le prenden. En vano quiere defenderse, y cargado de cadenas le llevan ante el monarca.

Traidor, le dice Boabdil á quien la cólera apenas dejaba articular palabras, ahora pagarás tu abominable fingimiento y tus detestables amores. La infame Zoraida te seguirá pronto: pronto se cumplirán vuestros deseos de veros ambos reunidos, y allá podreis juzgar si sé castigar la perfidia.

Tirano, responde el Abencerraje, la muerte era el único

beneficio que deseaba. Ven á beber de mi sangre, y sacia tus feroces ojos en un espectáculo digno de tí. Pero Zoraida esta inocente: lo juro delante del cielo, delante de aquel Dios ante quien voy á verme: jamás la casta.... No acabó, y su cabeza cae al suelo saltando tres veces sobre el mármol, repitiendo confusamente el nombre de Zoraida.

Gonzalo al oirla, lanza un espantoso gemido. Ah! replicó la princesa, esta muerte solo fué el preludio de los furores de Boabdil. Apenas había espirado Abenhamet, cuando los Abencerrajes llegan sin recelo por diversas partes, é introducidos uno á uno en el fatal patio de los Leones, al momento que se presentan, los asen, los arrastran á la pila de alabastro. Allí sin hablarles del crímen de que les acusan, sin responder á sus preguntas, sin anunciarles la muerte, vuelan sus cabezas, yendo á manchar las aguas de aquella fuente tan célebre por esta horrible alevosía.

Mi lengua no puede acabar esta abominable historia: mis miembros, se cubren de horror al acordarme de tantos delitos. ¡Gran Dios! Hasta donde pueden precipitar á los reyes la cólera y los funestos consejos! Boabdil,señor,Boabdil, el hijo de mi virtuoso padre hizo asesinar delante de sus ojos treinta y seis heróicos jóvenes, la esperanza, la defensa de Granada, que venían de derramar su sangre por salvar la capital,sin más delito que ser compañeros de Abenhamet.

En aquella desastrada noche pereciera toda esta ilustre familia, sin un tierno infante criado por el amor de Yezid, el cual no abandonaba nunca á su señor, y le siguió hasta el palacio. Aprovechándose de la obscuridad y de la turbación, compañera del delito, entra, y llega con Yezid hasta el patio de los Leones. Apenas había echado los ojos sobre la sangre de que está inundado, ve dar la muerte á su señor. El terror le sorprende y reprime sus voces: sale con precipitación horrorizado, bañado en llanto, creyéndose perseguido de la mnerte, y corre á refugiarse entre una tropa de Abeneerrajes, que venían á obedecer las ordenes del rey.

No os acerqueis, les dice, no os acerqueis, compañeros

de Yezid. Yezid, mi señor, mi dulce amo, delante de mí le degollaron: esta que veis aquí es su sangre: el rey, los Zegríes, los verdugos, os esperan junto á la pila: más de treinta están tendidos por el suelo: no os acerqueis, Abencerrajes, mirad que han matado á mi amo Yezid.

Los Abencerrajes se informan de este testigo fiel, y al través de sus llantos y gemidos descubren la traición. Al punto salen en busca de sus compañeros, que iban llegando por todos lados, les dan parte del atentado, se juntan, toman las armas, y penetrados de dolor vuelven con ánimo de reducir á cenizas la Alhambra.

Rompen las primeras puertas, y las guardias caen bañadas en su sangre: corren como tigres furiosos, y llegan al patio fatal.... ¡Qué espectáculo! Treinta y seis de los suyos, tendidos sobre el mármol: el rey y los Zegríes en medio de los verdugos, pidiendo todavía más víctimas; y las cabezas de sus infelices compañeros, amontonadas en la pila, en donde se agitan y nadan entre las ondas de espuma y de sangre.

El horror deja inmóviles á los Abencerrajes, se miran, y despidiendo gritos horribles, se arrojan sobre Boabdil. Los Zegríes superiores, en número, iguales en valor, se ponen delante del monarca. La noticia corre por la ciudad: los Gomeles, amigos de los Zegríes, convocan al pueblo en defensa de su rey: treinta mil Moros armados llegan, y viendo á su monarca acometido por la terrible raza, ignorantes de su delito, se ponen en su defensa, reuniéndose á los Zegríes.

Los desgraciados Abencerrajes no pueden defenderse contra tantos contrarios, y á pesar de sus hazañas y de su valor, después de un largo combate, se ven precisados á dejar el palacio. Cubiertos de heridas, faltos de sangre, perseguidos por los vencedores, cuyo número se aumenta continuamente, los echan fuera de la ciudad, y detestando la ingrata patria, qne así trata á sus defensores, se alejan de ella, y juran no volver á entrar.

De esta manera perdimos aquella tribu valiente, y esta noche desastrada deshonró para siempre á Granada, y quizá preparó su cautividad. Pero el implacable Boab-

dil solo pensaba en su venganza: su esposa vivía todavía, y había de experimentar su furor. Las fuerzas me faltan para continuar esta horrible historia: descansad las pocas horas que quedan del día.

Calló Zulema, y no obstante los ruegos de Gonzalo, dejó para el día siguiente la historia de las desventuras de la reina, que empezó de esta manera.

LIBRO CUARTO.

La reina comparece delante del pueblo.—Los cuatro Zegríes la acusan.—Sale condenada á perecer entre las llamas, si algún guerrero no toma su defensa.—Estado deplorable de Zoraida.—Consejo de Ines.—Escribe á Gonzalo.—Respuesta de Lara.—La reina va al suplicio, esperando á sus defensores.—Llegan cuatro Turcos.—Combate de éstos con los Zegríes.—La reina queda justificada.—Rehusa el volver con Boabdil, y deja á Granada.—Los Españoles se acercan á la ciudad.—Muley-Hassen va á aplacar á los Abencerrajes.—Respuesta de esta tribu.—Quien era Alamar amante de Zulema.—Fuga de la princesa.—Préndenla los Africanos y líbrala Gonzalo.—Concluye Zulema su historia.

¡Desgraciada de aquella que, víctima de un deber cruel, se vió precisada á sacrificar una pasión dulce, la esperanza y apoyo de su vida! Después de un sacrificio tan doloroso, pensó que el tiempo remediaría á su flaqueza y tal vez aliviaría sus males. ¡Vana ilusión! El tiempo se detuvo en la época de su infelicidad. Si quiere con el tumulto del mundo distraerse un instante de su largo padecer, cuanto vé le aumenta. Dos esposos felices arrancan sus lágimas: una madre rodeada de sus hijos oprime su corazón. Si retirada en la soledad hace nuevos esfuerzos para sacar el dardo que

la aflige, aumenta inútilmente y ensancha la herida profunda, entregándola totalmente el silencio á sus tristes recuerdos. La virtud sola es su asilo, y ella es su enemiga: ella la obliga á amar al objeto adorado por quien suspira, y la reprende por haber faltado á su primer juramento.

Tales eran las tristes reflexiones de Zoraida en el instante en que los Zegríes la acusaban á Boabdil. Ignorarte de las amargas desdichas que le amenazaban, sola en el balcón de donde se descubria el Generalife, creía que Abenhamet había tenido tiempo para ponerse en fuga, por lo que daba gracias al cielo; y sin poder apartar la vista de aquel rosal, testigo fiel de sus conversaciones inocentes, le dirigía estas palabras:

Rosal, Rosal ¿dó está el tiempo
Que me oyó tu sombra amiga
Jurar un amor eterno
Al que el suyo me ofrecía?

Cuando en tí fijaba
La risueña vista
¡Con qué amor tus rosas
Su prisión cerrada abrían!

Hora, sin amparo
Qué harán? afligidas
Del pagizo trono
Para siempre caen marchitas.

Cuántas veces! ay ! tu tronco
Nos vió en amantes caricias
Darle en cristalinas aguas
Su frescor y hermosa vida!

Arbol infelice,
Mi recreo un día,
Ya tu solo riego
Serán las lágrimas mias.

Muerte son tus galas:
¡ Pluguiese á mi dicha
Que, al caer, tus hojas
Cubriesen mi tumba fría!

Al acabar estas palabras, oye á lo léjos ruido de gente; y ve llegar presurosa su esclava Ines, jóven cautiva Española, que la había servido por mucho tiempo, confidente de sus penas, y la más tierna amiga que tenía en su corte. La sangre corre por la Alhambra, le dice Ines con voz turbada: los Abencerrajes acometen y reducen á cenizas el palacio: yo quise llegar al parage en donde se da el combate, pero las guardias cercan vuestro aposento, y nadie puede entrar ni salir ¿Qué nuevas desdichas nos amenazan? A lo menos, perezca yo á vuestro lado.

El ruido crece, óyense las espadas de los guerreros, los gritos de los Abencerrajes y las voces de sus enemigos: la reina pálida y yerta cae en los brazos de Ines, sin habla ni fuerzas, y solo puede llorar y estremecerse. Pasó la noche en este horror, y apenas los rayos del día habian al parecer vuelto el sosiego, los satélites de Bobdil se presentan á Zoraida, con prden del rey para que se transfiriese al punto ante la asamblea del pueblo.

Turbada y llena de espanto, les pregunta la ocasión de aquel mensage: pero los duros ministros guardan el silencio. La reina obedece al punto, se apoya sobre su cara Ines, y escoltada por los soldados, marcha con trémulo paso hacia la plaza. Llega y pasa entre el pueblo, enternecido con su aspecto, busca al rey que al fin descubre entre los Zegríes, alza el velo, y con voz tímida pregunta á su bárbaro esposo, cual es su delito.

Sabráslo, responde Boabdil con voz airada, y volviéndose al pueblo que atento le escucha: Musulmanes, les dice, en esta memorable noche, creisteis librar sólo mi vida, cuando habeis salvado al estado. Sabed los pérfidos designios de los alevosos Abencerrajes, que acabais de echar fuera de vuestros muros. Un vil tratado con los Españoles les había prometido mi cabeza. Vosotros mismos los habeis visto atacarme en el seno de mi palacio, y en habiéndome

sacado el corazón, Granada debía de ser pábulo de las llamas que ardían en sus manos.

La patria os debe su salud: vuestro rey os pide su honor. Abenhamet, el ingrato á quien mi bondad perdonó la vida, era el asesino escogido por sus compañeros. Mi esposa criminal era cómplice, y esta misma noche la encontraron con Abenhamet en el Generalife. El pudor no me deja decir lo demás. Musulmanes, yo acuso á Zoraida delante de vosotros: vosotros vengareis el ultraje cometido contra la religión, contra las leyes, contra vuestro monarca.

Zoraida enmudece sorprendida y horrorizada. El confuso murmullo del pueblo indica que no la juzga culpada. Entonces se presentan Mofarix, Alí, Sahal, Moctader, cuatro de los más valientes Zegríes, y declaran haber visto á la reina entre los brazos de Abenhamet, bajo un rosal del Generalife: todos cuatro lo juran, y desnudando los alfanges prometen mantenerlo. Zoraida los escucha, fija en ellos la vista indignada, levanta los ojos al cielo, y cae sin conocimiento.

Llévanla al palacio, en donde su aposento le sirvió de cárcel. Nombráronse al instante diez jueces, y el rey mandó traer ante ellos la cabeza de Abenhamet, el puñal que le encontraron y el vestido de esclavo con que venía disfrazado, funestos indicios, que, juntos con el ataque del palacio, la fuga de los Abencerrajes, y el testimonio de los temibles Zegríes, persuaden ó intimidan. Ninguno se atreve á defender la causa de Zoraida, y la fugitiva piedad del pueblo se desvanece del mismo modo, que nació. Las leyes, los testigos, las pruebas del crímen, fuerzan en fin á los jueces á pronunciar la horrible sentencia, desterrando para siempre de Granada la tribu de los Abencerrajes, y condenando á la reina á perecer entre las llamas, si dentro de tres días no encuentran quienes triunfen de sus acusadores.

El palacio de Albayzin, que mi padre habitaba con su familia, está en la cima de una alta colina, distante de la Alhambra. Nosotros fuimos los últimos que supimos tantas desdichas. Almanzor, acusándose la muerte de Abenhamet, vuela al aposento de la reina, y pide hablarle. Boab-

dil no se atrevió á negarlo á Almanzor. Muley-Hassen, Moraima y yo seguíamos á mi hermano, y llegamos al punto en que la desgraciada Zoraida oía la sentencia de los jueces y la muerte de Abenhamet.

No pretendo, señor, pintaros su lastimoso estado. Tendida sobre el mármol, los ojos desencajados, los cabellos dispersos, el rostro desfigurado, lanzaba sordos gemidos, mal articuladas palabras, que nada tenían del humano acento: las manos y piés, todo el cuerpo, le agitaba un horrible temblor. La fiel Ines, anegada en llanto, sentada á su lado, sostenía sobre el seno su cabeza, regándola con sus lágrimas, procurando contener sus manos que las convulsiones le arrancaban continuamente. Corrimos á ella; pero apenas nos reconoce. Sin responder ni defenderse de nuestros halagos, se deja llevar sobre una alfombra, en donde, cercándola todos, la sosteníamos en nuestros brazos. El venerable Muley pone sobre sus blancas canas el rostro de Zoraida, y Almanzor, juntas las manos, la contempla inmóvil y pensativo.

Pasó el día sin que pudiese entender nuestras palabras, y su esclava nos pidió que la dejásemos reposar. Mi hermano, resuelto á cumplir el generoso intento que había meditado sale á buscar en en el patio fatal de los Leones, los despojos sangrientos de Abenhamet, y en un valle distante de la ciudad les tributa sus últimos deberes, y oculta en un bosque espeso el sepulcro del desgraciado amante.

Mientras que cumple estos oficios tristes, Muley-Hassen vuelve con Moraima á su palacio, y no obstante las instancias de Ines me quedé á asistir á Zoraida sin desampararla un punto. Ines entonces echándose á mis piés, manifestándo en su rostro el regocijo, me dice: vos que tomais tanto interés en la desgraciada suerte de mi señora, vos que me ayudaríais sin duda, si pudiese salvar su vida, juradme, por todo lo que sea más caro á vuestro corazón, que no descubriréis el secreto que voy á confiaros.

Levántola y prometo eterno silencio. Entonces toma mi mano, y juntándola con la de la reina las aprieta ambas contra su corazón y nos dice oidme, y ojalá aprobeis lo que el cielo me dicta! Dos días quedan á Zoraido para en-

contrar cuatro guerreros que la defiendan. Sus detestables acusadores, siendo el terror de Granada y los privados del rey, ningún Moro se atreverá á oponérseles: los más valientes temerán la cólera de Boabdil y el poder de sus adversarios: Zoraida perecerá, si esperamos su defensa de los Granadinos. Yo soy Española y cristiana; conozco los caballeros de mi nación, y sobre todo conozco á Gonzalo, á cuyo nombre tiemblan vuestros ejércitos, en quien las virtudes y la humanidad exceden con mucho al valor. La reina ha de escribir á Gonzalo, tomando al cielo por testigo de la justicia de su causa, y poniéndola entre sus manos. Gonzalo llegará al momento: solo ó acompañado de otros héroes le vereis triunfar, y dar á mi señora la vida y el honor que quieren arrebatarle.

Esto dijo la amable Ines: Zoraida la escucha apenas: Dejadme morir, responde, yo deseo y pido la muerte; yo soy la causa de la muerte del hombre más tierno y virtuoso; Abenhamet feneció por mí; yo deseo, yo quiero seguirle, yo debo.... Debeis salvar vuestra gloria, responde la joven cautiva, debeis bajar al sepulcro pura y honrada como habeis vivido. ¿Queréis que vuestra memoria quede manchada de la sospecha de un delito? ¿Queréis que acompañe la ignominia vuestros últimos momentos, y el nombre horrible del adulterio empañe la lápida de vuestro sepulcro? Hija de Ibrahim, vuestra es la vida; pero el honor es Dios, y debeis dar cuenta de él á los hombres. Reconozcan vuestra inocencia, publíquenla, respétenla, y luego morid si quereis.

Admirada de estas palabras, pronunciadas con tono fuerte, la reina abraza á su cautiva, y se entrega á sus consejos. El temor del deshonor le vuelve las fuerzas perdidas. Examinamos juntas el osado proyecto de Ines, y pesamos sus dificultades. La guerra estaba declarada: Isabel y Fernando se acercaban para sitiarnos: Gonzalo podía llegar á nuestros muros, sin esponerse á sumo riesgo: su brazo terrible quizá no era suficiente contra cuatro esforzados Zegríes: el temor de disgustar á sus reyes detendría á los Castellanos, sin poder encontrar otros tres compañeros que necesitaba. A pesar de estas tristes reflexiones y de la poca esperanza del socorro, la reina aprueba el intento, y aprovechando los

instantes preciosos escribe á Gonzalo estas palabras:

"Vos sois enemigo de los Moros: yo soy su desgraciada "reina, y vengo á implorar vuestro amparo. Hállome con- "denada á muerte, y pongo por testigo al Dios que adoro "y el que vos adorais, que jamás tuve culpa alguna. Den- "tro de dos días espiraré entre las llamas. Mi suerte no "puede evitarse, sino venciendo cuatro guerreros, los más "valientes de los Zegríes. Yo he escogido á Gonzalo por "defensor mío. Si este héroe se niega, por la primera vez, á "socorrer la inocencia, creeré que el cielo quiere mi muer- "te y la sufriré sin quejarme. – Zoraida,—reina de Gra- "nada."

Cerrada la carta, busco un cautivo Español que el oro puso en libertad, pidiéndole solamente, en prueba de su reconocimiento, el entregarla á Gonzalo, aumentando su celo, confiándole la importancia del mensaje, é instruyéndole en lo que ha de decir para mover al Castellano. Aquella misma noche le llevé hasta las puertas de la ciudad, en donde ya le esperaba un caballo, sin dejarle hasta haberle visto tomar el camino del campo de los Cristianos.

Vuelvo entonces más tranquila, aunque siempre con sobresalto, y doy cuenta á la reina de lo que había hecho. Llorosa me abraza, su esclava la consuela, prodigándole tiernas caricias, la anima, examinando el tiempo que necesita el correo, el que gastará en venir Gonzalo, y segura de que no hay obstáculo que detenga á aquel héroe, nos anuncia, y nos afirma que le veremos en Granada al principio del tercer día.

El cautivo, fiel á su palabra, llega al campo al despuntar la aurora, y pregunta en alta voz por Gonzolo; pero ¿cuál fué su dolor al oír que Gonzalo había partido de allí? Gonzalo nombrado Embajador de Fez,surcaba los mares de Africa. El Español derrama copioso llanto, quejándose al cielo de su suerte. Un soldado movido de su dolor, le exhorta á ver al compañero del héroe, al valiente y generoso Lara. Al punto corre á su tienda, le habla en secreto, le confía lo que había de deeir á Gonzalo, y le entrega la carta que traía.

Lara la abre y al leerla, su rostro se anima, sus mejillas

se encienden, se inflaman sus ojos: amigo, dice el cautivo, vuelve al instante á la reina; dile que Gonzalo está ausente, pero que dejó aquí otro Gonzalo. Mañana me verá Granada con tres de mis compañeros. Gonzalo deja siempre á mi cargo todo el bien que él no puede hacer, y si su corazón conociera la envidia, solo sería cuando yo voy en su lugar á defender á los oprimidos.

Al oir esto, Gonzalo conmovido no puede reprimir su admiración. La amistad recoje las lágrimas que caen de sus mejillas: Gonzalo pide perdón á la princesa, y Zulema perdona facilmente todo lo que prueba que el héroe es sensible.

El cautivo, prosigue diciendo, vino á traer la repuesta de Lara. Vuestros acusadores están vencidos, exclamó Ines: Lara, igual á Gonzalo, Lara sería su rival en la gloria, si no fuera su más fino amígo. Mañana, mañana se descubrirá vuestra inocencia, y obtendrá justa venganza la sangre de los Abencerrajes.

La alegría saca de sí á la cautiva: besa las manos de la reina, nos cuenta todas las hazañas de Lara y todos los hechos de armas, que ilustraron á los caballeros de su nación. La esperanza, que arde en su corazon, se comunica á Zoraida: su llanto cesa, y su alma goza de un instante de reposo, brillando en sus ojos una alegría débil y fugitiva.

La mañana siguiente estaba señalada para el combate. La ciudad entera lloraba á Zoraida; pero ninguno se atrevia á defenderla. Desde la partida de los Abencerrajes, no tenian apoyo los infelices. Almanzor vino ántes de rayar la aurora: reina de Granada, dice, el día fatal ha llegado. Ni mi diligencia, ni mi celo, os ha encontrado defensores: me avergüenso por mi patria, pero no por eso dejaré de hacer lo que debo. Yo solo pelearé contra los cuatro Zegríes: yo solo basto para salvaros, si, como mi corazón lo cree, el Dios del cielo protege la inocencia. Venid, reina, declarad que poneis en mis manos vuestra causa; y tú, hermana, si yo perezco, á ti te encargo á Moraima y á Muley-Hassen.

Al oir estas palabras, pronunciadas con el sosiego de un alma grande que cree cumplir un simple deber, Zoraida toma las manos de mi hermano, y con repetidos sollozos le

dice: generoso Almanzor, siempre esperé de vos estas nobles demostraciones de heroismo y de bondad; pero sería digna de mi suerte, si por salvar mis tristes días espusiera los del apoyo de Granada, del hijo único de Muley-Hassen, del tierno esposo de Moraima, del héroe cuyas virtudes desarman el Ser Eterno, pronto á castigar esta inicua ciudad. No, señor, no, yo debía buscar unos defensores que, después de la victoria, pudieran despreciar la venganza de Boabdil. Estos los encontré, y pronto llegarán. Solo os pido, os conjuro por la suma sensibilidad, que habeis mostrado en mis males, por aquel amor de la justicia, norma eterna de vuestras acciones, que veleis con vuestros amigos, con los míos, si todavía me queda alguno, en la seguridad de mis defensores, para que no tengan que temer dolor alguno, y que la lealtad presida el combate. Perdonad, señor, estas sospechas: Zoraida puede justamente recelar de los Zegríes.

Almanzor maravillado me mira, y respeta el secreto de la reina: prométele guardar el palenque y ser él mismo el juez del campo, y va á prepararse al instante.

En tanto Zoraida ve acercarse la hora, se recoge algunos instantes, y puesta de rodillas ante el Ser Eterno, le dirige una fervorosa súplica, le implora en favor de sus defensores, disponiéndose á parecer en su presencia, si así es su voluntad. Levántase con semblante tranquilo, me da gracias por el consuelo que de mí había recibido, me habla de su reconocimiento, y pide al Todo-poderoso me haga más feliz que ella ha vivido.

Mientras yo enjugaba mis lágrimas, ella vuelta á su cautiva, le presenta un cofrecillo en donde estaban sus joyas: cara mía, le dice, recibe, delante de Zulema, la libertad y estos tristes presentes, vestigios únicos de mi fatal grandeza: acéptalos, fiel Ines, como la última prueba de mi ternura, y el único beneficio que puede hacerte tu reina. Si el cielo ha resuelto mi muerte, ellos traeran á tu memoria Zoraida; en tu patria te facilitarán un retiro pacífico, en donde alguna vez pensarás en mí. Sobre todo modera el dolor. El único poder que conservo sobre tí, es para mandarte que vivas: para pedirte que te acuerdes que solo á tu tierno ce-

lo á tu fina amistad, debí los únicos momentos dulces que pasé.

Al acabar estas palabras la abraza: Inés se echa á sus piés, estrecha sus rodillas, é inunda en llanto á su señora. Yo reprimo mis sollozos y los separo, dando fin á una escena tan tierna, capaz de agotar las fuerzas que tanto necesitábamos. Zoraida penetra mi pensamiento, le aprueba con sus miradas, deja los brazos de Inés que la sigue afligida, y entra á ponerse un vestido de luto. Un espeso velo oculta su rostro, y un manto negro la cubre hasta los piés. La cautiva y yo, resueltas á acompañarla, nos ponemos igualmente el lúgubre vestido, y esperamos en silencio que vengan á buscarnos las guardias.

Llegan en fin, precedidas de los jueces. La reina los recibe con respeto, sin afectar una tranquilidad que podía parecer orgullo ni mostrar el abatimiento que solo conviene á los delincuentes. Síguelos y sube en el carro; yo me coloco á su lado. Inés se pone á sus piés. Seis caballos, cubiertos de fúnebres velos, nos conducen lentamente á la plaza, llena de un gentío inmenso. En ella estaba preparado un gran palenque circundado de barreras: cerca estaba el cadalso cubierto de negro: más allá se veía una hoguera. A su vista, la reina trémula cayera desfallecida en mis brazos: pero Inés la sostiene, y recogiendo todas sus fuerzas, llega en fin al cadalso, siéntase sobre los lúgubres asientos que estaban preparados, estrechando mis manos entre las suyas, suplicándome con voz baja que no la abandonase. Las lágrimas ahogaban mi voz, sin dejarme responderle.

Los jueces leen la sentencia, los gemidos del pueblo se escuchan al oirla, y al son de las trompetas aparece el terrible Alí, Mofarix, Sahal, Moctader, montados sobre soberbios caballos, vestidos de resplandecientes armas, atravesando la multitud, mirándola con ojos feroces, pero al llegar delante de la reina, apartan ó bajan la vista. Zoraida los mira y se acerca más á mí. Los Zegríes entran en el palenque, mi hermano sale entonces cubierto de una coraza brillante, acompañado, de una tropa de Alabeces armados cierra la barrera, y le proclaman guarda del campo.

Los imanes, el pueblo, los jueces, conservan profundo si-

lencio. Inmóviles todos en sus lugares, puestos los ojos en Zoraida, en los Zegríes, en la hoguera, esperan impacientes los defensores de la que excita la compasión universal, y la dejan parecer. La reina cuenta los instantes, vuelve la vista hácia la puerta de España, y no viendo venir á ninguno, mira á Ines y suspira, Ines pálida, atenta, acongojada, teme ya que algún desgraciado accidente haya detenido al valeroso Lara. El tiempo vuela, el reloj suena, y cada vez que se oye, se levantan los jueces, van á los cuatro lados de la plaza, preguntando, en voz alta, por los defensores de la reina, volviendo á sentarse en medio del lúgubre silencio. Cinco veces repitieron su demanda, y cinco quedó sin respuesta. Almanzor me mira lleno de horror, va, vuelve, marcha, se inquieta, manda traer su caballo, pide su lanza: tres veces va á abrirse la barrera á sí propio, tres veces se detiene, escucha, me muestra con los ojos el sol cercano al horizonte.

Las cinco habian ya dado, cuando al estremo de la plaza, opuesto á la puerta de España, se oye ruido de caballos que excita los clamores del pueblo. Abre el paso la multitud, y entran cuatro guerreros, puestos á la turca, con vestidos y armas de Asia, montados sobre ligeros caballos. El uno entraba apenas en la adolescencia, los otros dos estaban en la flor de su edad, y el último mostrando en su blanca barba sus largos años, sostenía un fuerte escudo, que manejaba sin pesarle. Páranse delante de Zoraida, salúdanla respetuosamente, y aquel que parecía el jefe se echa con ligereza al suelo, y pide á los jueces, en lengua turca, licencia para hablar á la reina. Almanzor le observa atentamente, y le dice se explique en arábigo. El guerrero lo ejecuta, y mi hermano, de orden de los jueces, le conduce al cadalso, en donde el estrangero, arrodillado delante de Zoraida, alza la voz y dice:

Reina, nosotros somos vasallos del invicto monarca que rige dentro de los muros de Stambol, que íbamos á Tunes á llevar las ordenes de Su Alteza. Una tempestad nos arrojó sobre èstas costas, en donde la fama nos ha instruido de que vas á padecer horrible muerte; víctima de la calumnia. Acepta el socorro que te envía el cielo: dígnate de confiar-

nos tu causa; que toda nuestra sangre, derramada por tí, hará ver tal vez á Granada, que los Asiáticos saben vencer ó morir por defender la virtud.

En diciendo esto, el aplauso general se escucha, y el guerrero de Oriente se inclina hasta la tierra, cruza los brazos sobre el pecho, y deja caer á los piés de la reina la carta que escribió á Gonzalo. Ines toma el papel, le reconoce al punto; y sin poder casi reprimir su alegría, dice con voz baja: este es Lara, estos son nuestros amigos. Lara la oye, da una mirada, y acaba así de convencer á la reina, la que disimulando el contento le dice: yo os acepto, y os miro como enviados del mismo Dios, y pido á él que espire al instante, si vais á defender á un delincuente.

El guerrero se alza, mi hermano le guía, y manda á abrir la barrera. El turco montado sobre su caballo, blandiendo la lanza terrible, y seguido de sus tres compañeros, entra en el palenque y vuélvele á cerrar Almanzor.

Los cuatro valientes caballeros eran el invícto Lara, el joven Fernán Cortés, digno discípulo de Gonzalo, el animoso Aguilar, pariente de este héroe, y el venerable Tellez, gran maestre de Calatrava. Lara los había elegido para asociarlos á su noble empresa, y temerosos todos de que Fernando se opusiese á sus intentos, habían salido del ejército en secreto. El parecer de Tellez les hizo disfrazarse en Turcos, habiendo de ir á una ciudad enemiga, en que el derecho de la guerra podía hacerlos prisioneros. El tiempo necesario para estos preparativos, el rodeo que habían tomado para llegar por el lado de Murcia, habían causado su retardo.

Los ocho guerreros están ya en el palenque, midiéndose con los ojos, examinándose algunos instantes para elegir sus adversarios. Lara se pone delante de Alí, el más formidable á su parecer; el anciano Tellez delante de Mofarix, autor de la abominable calumnia; Aguilar se encara con Sahal, y Cortés con Moctader. Dase la señal, los ocho convatientes se avanzan.

En el primer choque, ninguno cae por tierra; pero el caballo de Cortés recibe una herida mortal, y conociendo su desfallscimiento se echa prontamente al suelo, cúbrese con

el escudo, y espera con la espada en la mano á su enemigo, que aprovechándose del acaso, vuelve para atropellarle. Cortés se retira con ligereza, y envaina la espada en el vientre del caballo. Moctader cae, va á levantarse, y ya está herido, aumentando su furor la sangre que derrama. El joven Español, menos robusto que el Moro, procura evitar los golpes, se retira, huye al parecer para que Moctáder persiguiéndole se fatigue, pierda el vigor, y le entregue al fin la victoria.

En este tiempo, el valeroso Aguilar había hendido la cabeza de Sahal. Con ánimo sereno, cerca de su víctima, tiende la vista hácia sus compañeros, y ve al venerable Tellez, debilitado con dos heridas profundas, acosado de Mofarix, que levanta el sable para herirle. Aguilar despide un grito terrible: Mofarix vuelve la cara, Tellez se aprovecha de este movimiento, hiere á Mofarix por debajo del brazo. El Zegrí cae, el anciano se arroja sobre él, le vuelve á herir, le desarma, dejándole de propósito algunos instantes de vida. En este punto, Cortés perseguido se para delante de Moctader, le presenta el filo de la espada, y le pasa la punta por las entrañas, cerrando sus ojos eterno sueño.

Pero el formidable Alí sostenía un combate más igual contra el magnánimo Lara. A los primeros golpes, habian volado por el aire los cascos y los petos. Las heridas les inflaman la cólera, y no pudiendo desde sus ligeros caballos, descargar sus golpes tan cerca como quisieran, se echan al suelo á un mismo tiempo, y se atacan más enfurecidos. La victoria estaba dudosa todavía, el pueblo guardaba profundo silencio, Zoraida, Ines y yo, los contemplábamos pavorosas, cuando Alí, turbado á la vista de sus compañeros inmolados, sintió debilitarse su valor. Lara cobra nuevo ardor, é indignado de ser el último en triunfar, para con el sable los tajos que amenazan su cabeza, saca con la mano izquierda el puñal, se arroja á su enemigo, le aprieta entre sus fornidos brazos, le mete dos veces el acero en el pecho, y le aroja sobre el polvo.

El pueblo prorrumpe en alegres aclamaciones, y la reina se desvanece entre nuestros brazos. Mientras nosotros procuramos volverla á la vida, Almanzor corre, abraza á los

vencedores, y les ofrece su palacio para descansar. Príncipe le dice el anciano Tellez, mostrándole á Mofarix cerca de espirar; haced llevar ese Zegrí delante de los jueces, que quizá tocado del arrepentimiento confesará su delito, dando honor á la verdad. Mofarix le oye, abre los ojos, los jueces se acercan, y dice: yo he merecido mi suerte: Zoraida estaba inocente, Abenhamet solo pretendía morir á sus piés. Su conversación funesta no fué criminal: el Dios del cielo me perdone, y los Zegríes, aprovechándose de este ejemplo terrible.... No acabó, y la dura parca le arrebata. Los jueces publican su última confesión.

Los cuatro vencedores se disponen para volverse, y sin embargo de sus heridas, no obstante los ruegos de Almanzor, saludan á la reina, cuyas lágrimas manifiestan su reconocimiento, y cubiertos de sangre y de gloria, admirados y bendecidos por el pueblo, se encaminan por donde vinieron, acompañándolos Almanzor y los Alabeces hasta las puertas. Allí los dejan los cuatro Españoles, y marchan á la espesa selva, en donde los esperaba la gente de su séquito.

Boabdil, sabedor del suceso y de la tarda confesión del Zegrí viene á la plaza, y sube al cadalso, Zoraida le descubre, se estremece, aparta la vista y cae en nuestros brazos. Boabdil arrodillado delante de ella, implora el perdón de tantos ultrages, jurando repararlos con eterno respeto, y le suplica que venga á la Alhambra á reinar sobre su pueblo y sobre él mismo.

Al oir esto, la indignación vuelve á Zoraida las fuerzas. ¿Qué osas proponer? le dice: Dios y este pueblo son testigos de que me has entregado á la ignominia, de que me has condenado á muerte. El cielo descubrió mi inocencia; la ignominia ya no la temo, pero si he de vivir bajo tu poder, si he de volver á las manos de un verdugo, pronta estoy, que enciendan esa hoguera: yo renuncio el triste beneficio, debido á esos estrangeros. Granadinos, entregadme á las llamas, ó libradme de este tirano.

Dijo, y óyense en todas partes los clamores, gritando que la reina está libre, que los lazos del himeneo se rompieron. Los jueces y los ancianos se acercan, y declaran á Boabdil que Zoraida libertada del suplicio, murió para su

esposo. El mónstruo guarda el silencio, sin atreverse á irritar á sus vasallos, temiendo ofender las leyes que tantas veces habían ocultado sus delitos. Forzado por la primera vez á refrenar su cólera, va á ocultar en la Alhambra su despecho, sin poder desvanecer los remordimientos.

Zoraida lo conoce y quiere al instante salir de Granada. Almanzor le ofrece su carro, y con los Alabeces la acompaña hasta Cártama, en cuya ciudad se habían refugiado los desgraciados compañeros de Abenhamet. En habiéndola puesto entre sus manos, vuelve Almanzor y nos avisa que, á dos millas de nuestras murallas, se hallaban los Españoles.

El comun peligro apagó los odios. Los Alabeces y Almoradíes, olvidando sus resentimientos, se reunen á los Zegríes, y todas las tribus reconciliadas van á jurar á Boabdil morir por la patria. Mi hermano, nombrado General, prepara la defensa más terrible, el venerable Muley, pensando solo en salvar el imperio, abraza las rodillas de su hijo, y le suplica que repare la injusticia hecha á los Abencerrajes, llamándolos á nuestros muros.

El temor obligó á Boabdil á consentirlo, nombrando los embajadores que habían de llevar á la tribu valiente las disculpas y los presentes del rey, convidándoles á volver á tomar posesión de sus bienes, sus empleos y sus dignidades. Mi padre se encargó en persona de ser el jefe de los enviados. Parte, llega á Cártama, junta la noble familia que, á su vista, manifiesta la alegría y el amor. Muley se humilla por Boabdil hasta los ruegos más sumisos, se lastima de la triste suerte de los reyes, rodeados de engañosos aduladores, disculpa la corta edad de su hijo, les habla del riesgo en que se ven la religión, las leyes, la patria y emplea en favor de un ingrato aquella elocuencia del alma, único arte que sea lícito á la virtud.

En acabando su discurso, Zeir, nuevo capitán de los Abencerrajes, recoge los votos de sus compañeros, y se encarga de responder en nombre de todos. Rey de Granada, le dice, pues nosotros solo á tí reconocemos por rey, en este punto acabas de recibir la prueba más patente de respeto, la más difícil á nuestros corazones; todos te hemos escucha-

do hasta el fin, óyenos ahora á nosotros. Todos estamos prontos á morir por la religión y por tí; pero si hubiera un Abencerraje tan indigno, tan vil, que perdonase á Boabdil, le inmolaríamos al momento. Boabdil.... Gran Dios! su nombre solo excita nuestro furor. Muley no vuelvas á pronunciarle, y procura no recordarnos que tú fuiste tan desgraciado, que diste el ser á ese mónstruo.

Pero los tiranos pasan, y la patria queda. La patria está en peligro, todos pereceremos por defenderla. Cártama es nuestra, nosotros sabremos conservar esta plaza inespugnable; en ella viviremos independientes, y muchas veces saldremos para ir á pelear debajo de vuestros muros y derramar nuestra sangre en defensa de nuestros asesinos. No pidas más, Muley; jamás los Abencerrajes entrarán en Grana, mientras Boabdil infecte el aire que allí se respira.

Así habló Zeir; sus compañeros le aplauden, apartando, llenos de horror, los presentes que les traían, y mandan á los embajadores que salgan al punto de la ciudad. Muley resiste á los tiernas instancias con que quieren detenerle, vuelve á dar al rey la respuesta de la soberbia tribu. Yo pregunto por Zoraida, pero ya no estaba en Cártama, y acompañada de Inés había desaparecido. La inquietud fatigó mi corazón, y las lágrimas corrieron de mis ojos. ¡Más ay! cuán pronto debía yo llorar mis desdichas!

Boabdil había enviado por toda el Africa á solicitar el socorro. Las tribus errantes de los Bereberes, pueblos pastores del pié del Atlas, enviaron seis mil hombres de á caballo, capitaneados por el joven Ismael y su esposa Zora, amantes felices y amables, cuyas costumbres dulces y puras, cuya unión tierna debería servir de ejemplo á todos los mortales. Acompañábalos el príncipe Alamar, famoso en Etiopia por su valor y fortaleza, el cual acudió con diez mil negros á defender nuestros muros. Boabdil le recibió como á su Dios tutelar, prodigándole caricias y promesas, y la conformidad de los genios los unió muy pronto con estrecha amistad.

Yo tuve la desgracia de agradar al feroz Alamar. Incapaz de aquel respeto tierno, de aquella tímida delicadeza que hacen contagioso el amor, el temerario Africano osó

declararme sus deseos. Alamar no nació para que le perdonasen tanta audacia: los ojos ardientes y feroces, su agigantada estatura, el negro rostro, solo podía inspirar el horror. Me estremezco al oírle, y su valor sanguinario despreciando el cielo y los hombres, había excitado en mi alma una aversión insuperable. Respondíle con la fiereza que convenía á mi nacimiento, y sobre todo á mis sentimientos, procurando no ofender al aliado de mi patria, el temible amigo de Boabdil.

Por este tiempo la reina Isabel, después de haber reunido su ejército al de Fernando, sentó su campo delante de nuestros muros, anunciándonos que había resuelto perecer ó tomar á Granada. La respuesta de Boabdil fué enviar al príncipe africano á atacar el campo español. Alamar llevó el terror hasta la tienda de la reina, venció cuantos guerreros se le opusieron, hizo una matanza horrible de cristianos, y volvió glorioso pidiendo á Boabdil mi mano en premio de su victoria. Boabdil se la concede gustoso, y trae él mismo al Africano al palacio de mi padre, declara al infeliz Muley que ha prometido su hija, diciéndome que al día siguiente seré esposa de Alamar.

Mi padre no tenía autoridad para defenderme; Almanzor se hallaba en las Alpujarras juntando tropas. Sin más apoyo ni más auxilio que mis lágrimas, inútiles con mis tiranos, mi única esperanza era mi valor, y la desesperación me dictó lo que había de hacer.

Busco á la joven Zora, aquella valiente amazona, venida con los Bereberes á defender nuestra patria. Desde los primeros días, sentía al verla aquella inclinación involuntaria que nos inspira la virtud. Zora conocía y se lastimaba de mis desdichas: ella aborrecía á Alamar. Confíome á su celo, pidiéndole su socorro, y la piadosa estrangera dispuso mi fuga, mandó que me acompañasen treinta de sus valerosos Númidas, les tomó juramento de defenderme, de morir antes de abandonarme, y fiada en su fidelidad, me abrió, en el silencio y la obscuridad, la puerta que custodiaba. Salgo de Granada, rodeada de mi escolta, sin saber todavía á donde guiaría mis pasos. La ciudad de los Abencerrajes era el asilo más seguro; pero su jefe Zeir y dos de sus her-

manos suspiraban por mí, y yo no quería confiar mi vida á mis amantes, aun siendo virtuosos. El palacio solitario de Málaga, que mi padre Muley-Hassen me había dado en otro tiempo, me pareció que podría ocultar mis días á las pesquisas de Alamar, y desde allí instruir á mi hermano de la violencia que se hacía á mi voluntad. Tomo pues este camino, andando solo de noche, de miedo de ser sorprendida, rogando al cielo que me librase de caer en manos de mi enemigo.

Mis ruegos fueron vanos; pues apenas había llegado á las orillas del mar, cuando me ví cercada del escuadrón de Alamar. Los valerosos Bereberes se oponen y me defienden; pero el número los vence, los asesina ó los carga de cadenas. El capitán de los horribles negros me lleva desmayada á una nave, que le esperaba no lejos de la orilla, y me anuncia que su señor, queriendo asegurar su esposa, mandaba me llevasen á sus estados.

Mis desdichas habían llegado al colmo, y solo la muerte podía librarme de la suerte infeliz que me aguardaba. Yo quise buscarla en las olas, durante la tempestad, pero los soldados me ataron al mastil de la nave. Los demás ya lo sabeis: vuestro valor sobrehumano me salvó de aquellos bárbaros, pero mi desgracia nos ha traído á los estados de Boabdil. Los peligros que me amenazan me estremecen; sin embargo no sé qué secreto consuelo siento dentro de mí, cuando pienso que vos me defendeis.

Así acabó la hermosa Zulema, y Gonzalo, gozoso de haberla oído, apenas puede contener su alegría. Agitado de pensamientos varios, entrega su alma á la esperanza, á la tristeza y al temor, y Zulema le deja enagenado en sus sentimientos.

FIN DEL LIBRO IV.

LIBRO QUINTO.

Impresión que hace en Gonzalo la narración de Zulema. —Situación de los dos amantes.—Las heridas detienen á Gonzalo.—Continúase el sitio de Granada.—Preparativos de Fernando.—Fiestas que da Isabel al ejército.—Sueño y terror de Moraima.— Vigilancia de Alamar.—Almanzor parte con Alamar para sorprender á los Cristianos durante la noche.—Ataque é incendio del campo de Isabel.—Hazañas de Alamar y Almanzor.—Muerte del príncipe de Portugal, y desolación de su esposa.—Almanzor no quiere entrar en Granada, y planta su campo enfrente de los Cristianos.—Pavor de los Españoles.—Discurso religioso de Isabel para animar á las tropas.

Tiernos corazones que sabeis amar, vosotros no habeis olvidado aquel día, en que el objeto de vuestra ternura os hizo palpitar por la primera vez. El placer dulce, el sentimiento delicioso que os poseía, le turbaba el temor de que un rival más dichoso se hubiese anticipado, y que otros lazos encadenasen á la que pretendiais agradar. Tan hermosa, tan llena de virtudes, os parecía que mortal ninguno la viera sin inflamarse su corazón. Antes de osar decirle lo que vuestra turbación había ya publicado, cuantos eran vuestros

esfuerzos para descubrir, llenos de susto, su interior! Una palabra os atemorizaba, una mirada os traía pensativos; y luego que con repetidos rodeos y discursos vagos, descubristeis que su alma libre y pacífica no conocía dueño ninguno, y que podiais aspirar á la dicha, á la felicidad suprema de gozar del primer amor.... ah! tierno amante, recuerda lo que entónces sentiste, y consagra los días que te queden á gozar de tan dulce instante.

Gonzalo gozaba de esta felicidad. La princesa Mora hablando de la aversión que tenía al feroz Alamar, refiriéndole la historia de su vida, le había manifestado no haber conocido el amor. Gonzalo abre su pecho á la esperanza, y poseido continuamente de sus discursos, los tiene siempre en la memoria; y en el silencio de la noche, ve y escucha á Zulema. La imagen del Africano, que osaba aspirar á su afecto, irritaba su furor, y le encendía en deseos de hallarse delante de Granada, de ver, de encontrar aquel famoso guerrero, de vencerle y castigar su audacia criminal. Su corazón se admiraba de conocer el odio; y la cólera contra Alamar le movía á desear el dejar prontamente al objeto de su cariño.

Otros pensamientos más dulces, aunque igualmente tiernos, agitaban á la jóven princesa. Cierta del amor de aquel estranjero sin haber osado desearle, resuelta á consagrarle su vida, sin confesar que le amaba, forma el designio de volver con él á la casa de su padre, creyendo que á su lado nada tenía que temer. Muley, Almanzor, Boabdil, el mismo Alamar, todo el pueblo Moro, respetaría ó temería aquel héroe: su valor podía libertar á Granada, y á la hija de Muley-Hassen era la única recompensa digna de tantas virtudes. Tales eran las quimeras que alimentaban á Zulema; pero como las heridas de Gonzalo le habian de detener mucho tiempo, la princesa envía secretamente un esclavo para advertir á Muley-Hassen del lugar que habita; y mientras vuelve el mensagero fiel, emplea todos sus momentos en cuidar de su libertador, atenta siempre á los progresos de la cura, siempre á su lado, llenando de dulzura, con sus discursos, la soledad grata á ambos.

Mientras corre el tiempo necesario para recuperarse Gon-

zalo de sus perdidas fuerzas, el ejército español delante de Granada se queja de la ausencia de su héroe, y humillado con las hazañas de Alamar, arde por vengarse. Los jóvenes guerreros, Guzmán, Cortés, el príncipe de Portugal, los soldados, los capitanes piden á voces el asalto; pero Fernando no está todavía dispuesto, y se opone á sus deseos. Granada rodeada de mil torres, demasiado espaciosa para el bloqueo, comunica por la parte del Oriente con las Alpujarras, en cuyas montañas encuentra víveres y soldados. Cártama por el medio día, edifieada sobre inaccesibles rocas, guardada por los Abencerrajes inquieta á los Españoles. El pueblo inmenso y belicoso, los aliados numerosos y valientes, defienden la ciudad, y el ánimo fogoso de Alamar, el tranquilo valor de Almanzor, preparan la resistencia de que solo el tiempo puede triunfar.

El rey de Aragón, instruido por su padre en sus largas guerras contra los Franceses, envía destacamentos á las Alpujarras para sorprender é interceptar los socorros, cortando toda comunicación, para que el hambre pelee por él. Su penetración se extiende más allá de estos límites, é instruido en el arte terrible que pone el rayo en las manos del hombre, y hace inútiles la fortaleza y la astucia, Fernando abre estrechos snbterráneos hasta los muros de Granada, en donde el salitre y azufre inflamados, hagan volar por el aire las fuertes torres, abriendo á los sitiadores ancha y fácil entrada. Empléanse todos los preparativos, todas las máquinas que inventó la guerra; pero para asegurar el instante, es fuerza suspender la ejecución. Aguilar alaba su prudencia, el anciano Tellez aprueba su lentitud, y el intrépido Lara da á entender, con su silencio, que no se puede vencer sin su amigo.

En esta larga inacción, capaz de desalentar al ejército, Isabel procura, con juegos guerreros, distraer la ardiente juventud. La gran reina conoce cuanto aumenta el valor del Español la presencia del objeto amado, y sabiendo que en su nación, el amor, el ardiente amor, es el más fuerte incentivo de la gloria, quiso que la siguiesen las damas de su corte, viéndose en su campo las más hermosas Castellanas. Blanca de Medina-Celi, Leonor de la Cerda, Serafina de Mendoza,

Leocadia de Fernan-Núñez, y otras muchas bellas, ídolo cada una de un héroe, rodean a la reina, compitiendo unas con otras en gracia y hermosura; pero entre todas sobresale la princesa de Portugal, hija de Isabel, gloriosa de su nombre, digna de él por sus amables prendas, y aun más por sus virtudes. Adorada del dichoso Alfonso que acaba de recibir su fe, la tierna princesa solo piensa en reprimir el valor imprudente de su esposo. Celoso de la fama de Almanzor, honor y columna de Granada, Alfonso manifiesta sus deseos de medirse con él. Su esposa atemorizada no osa disuadirle, pero un fatal presentimiento arranca en secreto sus lágrimas, causándole espanto el nombre solo de Almanzor.

En medio del campo hay un espacioso circo, rodeado de innumerables gradas, en donde la augusta reina, diestra en el arte dulce de ganar los corazones de su pueblo facilitándole sus placeres, convida á sus guerreros al espectáculo más grato á los Españoles. Allí la juventud, deponiendo sus corazas, con un sencillo vestido de seda y una lanza en la mano, sobre veloces caballos, viene á atacar y vencer á los toros salvages. Otros á pié, en una mano un velo carmesí, en la otra una aguda flecha, esperan el feroz animal. Los reyes, rodeados de su corte, presiden los juegos, y el ejército entero ocupa el anfiteatro, mostrando con alegres voces y aclamaciones repetidas, su amor excesivo á estos antiguos combates.

Las trompetas suenan, la barrera se abre, el toro sale precipitado, y al ruido de los instrumentos, á los gritos, á la vista de los espectadores, se para inquieto y turbado, mirando hácia todas partes, mostrando la sorpresa y el furor que le dominan: acomete á un caballo, y el caballero le hiere, huyendo veloz al otro lado; el toro irritado le sigue, escarba la tierra con ambas manos, y arremete al velo purpúreo que le presenta un luchador á pié, pero el diestro joven, huye el cuerpo, enreda entre sus astas el velo ligero, y le clava una flecha aguda, corriendo de nuevo la sangre. Herido de tantas lanzas, y de tantas flechas, cuyas puntas corvas no las dejan caer, el animal salta sobre la arena, lanza rugidos horribles, corre agitado por el circo, sacude las

numerosas flechas clavadas en el cuello; vuelan los pedazos sangrientos de púrpura, corren ríos de espuma enrojecida, y cae en fin cediendo á los esfuerzos, á la cólera y al dolor.

En uno de estos combates, el temerario Fernan Cortés se vió cerca de perder una vida, destinada á hazañas tan memorables. Deseoso de agradar á la hermosa Serafina de Mendoza, montado sobre un caballo cordobés, hería y huía de un toro furioso. El amante, sin hacer caso del peligro en que está, miraba la belleza que adoraba, al tiempo que ve caer en la arena el ramo de azahar, que adornaba su seno. Cortés se arroja al suelo, corre, se baja, vuela el toro y va á embestir al imprudente amante, un grito de Serafina le advierte del peligro, Cortés recoge la flor, dirige su lanza con pulso seguro á la espalda del animal, y le deja espirando sobre la arena. Oyese el universal aplauso, é Isabel quiere coronar á Cortés, quien, rehusando la corona, enseña la flor preciosa, que pagara con la vida, la llega á su boca, la pone sobre su corazón, rompe la lanza, y sale del circo.

De esta manera se pasaban los días, y apenas la noche tendía su manto bordado de estrellas, las hachas encendidas reflejadas por el cristal, iluminaban las suntuosas tiendas de la reina. Las bellezas de la corte, cubiertas de oro y piedras preciosas, sin más adornos en las cabezas que sus cabellos largos y esparcidos, dejan en medio un vasto espacio, en donde los instrumentos llaman á la juventud guerrera. Vienen todos vestidos ricamente, cubiertos de una exquisita y corta capa, sostenida con gracia por un gancho de oro, el sombrero redondo coronado de plumas atadas con un lazo de diamantes, los cabellos ensortijados caen sobre sus espaldas y el ligero vello de ébano, que dejan crecer encima de los labios aumenta la gracia de sus rostros dulces y guerreros.

Cada uno ofrece la mano á la que prefiere su corazón: los instrumentos suenan, y en una danza noble y mesurada, en que la gravedad no quita nada al placer, y la decencia aumenta la gracia, los dos amantes excitan la atención de todos sin mirar más que así mismos. Luego otros nuevos sones se oyen, y todos se mezclan, se juntan, se separan, vuelven con precipitación al lugar que habían dejado, huyen

otra vez para volver de nuevo, pintando con sus movimiento la alegría, la tierna sorpresa y la dulce languidez del amor.

Luego que la severa Isabel daba fin á estas diversiones, y las bellas jóvenes retiradas en sus asilos, consagraban á las tiernas memorias las horas destinadas al sueño, sus amantes, que igualmente velaban, vagan al rededor de la tienda feliz que encierra el objeto de sus amores. En una de estas noches, cuando el silencio reinaba en todo el campo, convidando la obscuridad al reposo, sin oírse más que las quejas de los pechos amorosos, Almanzor rendido á las fatigas continuas del día, gozaba al lado de Moraima, de la dulzura del tranquilo sueño, sin conocer su alma intrépida otras pasiones que la gloria y su esposa. Después de consumir el día en reconocer las murallas, fortificar los puestos, animar con su ejemplo á los soldados, volvía con las sombras de la noche á ver á la solitaria Moraima, á calmar sus inquietudes, y buscar entre sus brazos las recompensa pura que da el casto amor á la virtud.

Mientras que en lo más recóndito de su palacio, reposan ambos en un lecho de púrpura, Moraima lanza un grito horrible, despertándose bañada en sus lágrimas; y turbada, falta de aliento, se arroja en los brazos de Almanzor, le estrecha contra su corazón, inundándole con su llanto.

Cara esposa, le dice el héroe, ¿de donde viene este imprevisto terror? ¿Qué te espanta? Aquí estoy yo, tierna Moraima; mío es este corazón contra quien palpita el tuyo: tu Almanzor es quien te habla, quien te guarda, quien te defiende.

Ah! esposo mío, responde, ¡qué horrible sueño, me llena de terrer! Yo ví.... me falta el aliento: mis fuerzas me abandonan.... Yo andaba por esa espaciosa llanura que nos separa de nuestros enemigos, cuando ambos ejércitos estaban á la vista: los Moros circundaban nuestros muros.... Yo te ví, despidiendo luz resplandeciente del fuego del acero, adelantarte solo, desafiar y pelear con Gonzalo. Yo te ví vencedor, pero cubierto de un velo que te ocultaba entre sus negros dobleces. Nadie se atrevía á acercarse á tí: yo corro á encontrarte, voy á echarte mis débiles bra-

zos, el velo se extiende sobre mi cabeza, y ambos caemos en un lago de sangre.... Ah! esposo mío! amado mío! bien se que no puedo intimidar tu alma grande, pero te pido, te suplico que te acuerdes que no hay más que tú en el universo para Moraima. Mi familia toda ha perecido, mi padre y mis hermanos cedieron al poder de Boabdil, el dolor ahogó á mi madre, los Abencerrajes que quedan están desterrados de Granada: todo lo he sufrido: el cielo me dejaba á Almanzor y he vivido. En tí he reunido todos los amores que había perdido, tú has heredado de mi corazón todos los sentimientos que conoció. ¿Querrás quitarme el único bien, que me dejó el destino? ¿Querrás condenar tu á Moraima?.... Moraima moriría al instante: espiraría del mayor, del más horrible suplicio. Apiádate de mí, Almanzor valeroso, prométeme no salir de nuestros muros, ciñéndote á defender estas torres que no tienen más apoyo que tu brazo; promete no abandonar á tu esposa, tu Moraima, yendo á prodigar tus días en esa fatal llanura, en defensa del pérfido rey, que detesta tus virtudes, y tal vez te entregará al verdugo así que hayas salvado su imperio.

Moraima, responde Almanzor sin poder detener las lágrimas: tú me eres más cara que la vida; pero mi deber lo es todavía más. Conozco bien á Boabdil, ni tú ignoras que tengo siempre un medio terrible de librarme de su furor, en el tósigo que encierra esta sortija. Yo no peleo por ese mónstruo, sino por mi religión, por mi patria, por dejar sobre mi sepulcro un nombre que sirva á mi esposa de respeto. ¡ O esposa digna y fiel! no intentes hacer titubear mi virtud; tú sola la criaste en mi alma, tú la alimentaste con santos ejemplos, tú la hermoseas con tu puro atractivo. Para dejar de amarla, habia de dejar de adorarte. Sosiegate, Moraima: yo no pretendo salir de nuestros muros, cuando el interes de mi nación me lo prohibe: contigo quedo, con aquella que, con una mirada, con una palabra, me recompensa de todas mis fatigas. Enjuga tus lágrimas: el Dios de los combates dará fin pronto á nuestras miserias. Tal vez mis esfuerzos obtendrán una paz feliz. ¡Qué gloria, qué felicidad mayor, si el pueblo, libre por mi, dice al verte pasar, esa es la esposa, el dueño de nuestro libertador.

En pronunciando estas palabras, la abraza, la sosiega, le promete no salir fuera de los muros, y Moraima le pide repita estas halagüeñas palabras. Moraima cree, Moraima creyó siempre cuanto le decía Almanzor; pero su pecho no se sosiega, ni se agota su llanto. Al mismo tiempo, óyese el sonido de las trompetas cerca del palacio: Almanzor se levanta confuso, pone el oído: el ruido de las armas se confunde con el de los caballos; toma su espada pónese el ancho turbante, viste su impenetrable coraza, y sin escuchar á Moraima,corre á informarse de la causa de este movimiento.

Apenas llega á la plaza, ve en medio de las hachas, al frente de los negros Africanos, á Alamar, al feroz Alamar, sobre un caballo de Suz, cubierto de una piel de serpiente, cuyas impenetrables escamas le defienden, revolviéndose en su verde turbante la cabeza horrible y sangrienta.

Príncipe de Granada, le dice el bárbaro, tú duermes y yo voy á pelear: tú reposas al lado de tu esposa, y yo voy á poner fuego á las tiendas de Fernando. Boabdil me ha dado sus órdenes, y solo con mis soldados atacaré esos fieros Españoles, quienes creyéndonos cobardes para sorprenderles, esperan entre mil regocijos que el hambre nos haga cautivos. Yo turbaré sus fiestas magníficas; yo inundaré en sangre esas tiendas, en donde habitan los placeres. ¿Almanzor se atreve á seguirme?

Dijo, y el héroe le mira con risueña indignacion. Sosiégate, le responde, Almanzor irá delante de tí. Al punto manda juntar los Zegríes y Alabeces, pide un caballo, toma su pesada maza, vuela al lado de Alamar, semejante al Dios de las batallas, manda desfilar en silencio los tres escuadrones reunidos, y sale por la puerta de Elvira.

Ya van marchando por la espaciosa llanura, y antes de llegar á las guardias avanzadas, consultan Almanzor y Alamar el orden que ha de observarse. Los Zegríes mandados por Maas, marcharán al centro del campo, en donde los guerreros de Castilla guardan á su reina Isabel: Alamar con sus Africanos atacará por la izquierda, defendida por Tellez y los caballeros de Calatrava: Almanzor y sus leales Alabeces se dirigirán por la derecha, en donde está el rey Fernando en medio de sus Aragoneses.

Las órdenes dadas, se separan y marchan con paso igual, rápido y sin tumulto. Las tinieblas favorecen á los Moros, y el descuido de sus enemigos asegura el suceso. Inmolan las primeras guardias: las segundas tienen la misma suerte: llegan á los retrincheramientos, y pásanlos los caballos africanos: los soldados de Alamar alzan gritos espantosos, los de Almanzor le responden, y los Zegríes desde el centro repiten los clamores. Los Moros inundan el campo por tres partes á un tiempo, y semejantes á los leones de Getulia, cuando encuentran en el desierto un rebaño de tímidos corderillos, así se arrojan sobre los Españoles, los persiguen, degüellan á los que huyen ó resisten, amontonan los cuerpos moribundos, y temen que sus brazos cansados no basten á su furor.

Alamar sediento de sangre, sólo y lejos de los suyos, en el tumulto y las tinieblas, discurre por el cuartel de Tellez, deshaciendo, inmolando, á su rabia cuanto se le presenta. El anciano Tellez al primer ruido, manda tocar la trompeta, y sin escudo ni casco, con la espada en la mano, precedido de algunas hachas, corre, llama á su caballería. Alamar le oye, corre á él, tiende por el suelo los que le rodean, ase al anciano por sus blancas canas que respetaron más de cien combates, y de un solo golpe, separa la venerable cabeza. El Africano, sin pararse, acomete al escuadrón de Calatrava que entonces se juntaba desordenado, obedeciendo á la voz de Tellez; Alamar llega como un rayo: ahí teneis, le dice, vuestro jefe; y arrojándoles la cabeza sangrienta, se precipita entre el escuadrón, le deshace, le pone en fuga, cubriendo la tierra de cadáveres.

Al mismo tiempo, el valeroso Almanzor llenaba de terror el cuartel del rey. Los Aragoneses atemorizados perecen ó se dispersan. En vano Aranda y Montalván, sus jefes, quieren reunir los fugitivos: los Alabeces guardando sus puestos, semejantes al mar cuando colérico embiste las riberas, avanzan, destruyen, deshacen cuanto los podría detener. Almanzor los dirige sin turbación ni furor, y desdeñándose de dar muerte á los vencidos, piensa más en el fruto de la victoria, que en la sangre que ha de comprarla. Dase la orden, enciéndense las hachas, arden las tiendas, los torrentes de espeso humo se levantan, vomitando largas

llamaradas que crecen en sinuosas ondas. Alamar y sus Africanos lo descubren, y el fuego corre por el cuartel de Tellez. Caen las tiendas, rebienta el incendio, y las dos llamas se elevan á un tiempo, amenazando su reunión dentro de pocos instantes.

Fernando casi desnudo, á las primeras voces, toma la espada y corre veloz á buscar á Isabel, encontrando á la reina, rodeada del príncipe de Portugal, Lara, Cortés, Aguilar, de todos los héroes de Castilla. Tres veces habían sido rechazados los animosos Zegríes; y su jefe Maas, perseguido de Lara, cedía estremecido la victoria. La augusta Isabel iba en persona á socorrer al rey, cuando el monarca llega en su busca, temiendo su peligro. Su presencia sosiega á Fernando, y va á acabarse de armar para pelear con Almanzor.

Al oír este nombre, á la fama de sus hazañas, á la vista del basto incendio que esparce una luz horrorosa, el príncipe de Portugal, el impetuoso Alfonso, vuela como el tierno ciervo que va á buscar la flecha mortal. Las voces del terror son su guía: corre por entre las llamas, llega, encuentra á Almanzor, dirige á él la lanza, rompiéndose en la coraza del Granadino. Almanzor, se para, vuelve hácia el Portugués, los ojos ardiendo en ira, va á descargar su enorme masa, pero viéndole á pié y casi solo, la generosidad vence á la cólera, salta del caballo, saca el alfange, y se va hacia á Alfonso, que le espera con la espada en la mano.

Las espadas cruzadas centellan, y las armas resisten á los repetidos golpes, Almanzor recibe en el brazo una profunda herida: Alfonso grita alegre; pero Almanzor empuña con la otra mano el alfange, y atacando de más cerca á su enemigo, de un revés abre el pecho del intrépido Portugués, y Alfonso cae, haciendo inútiles esfuerzos para amenazar al vencedor. La voz y la vida le faltan en un momento.

¡Desgraciada Isabel, esposa, amante infeliz del héroe que acaba de espirar! en este instante te decían como el temerario Alfonso estaba peleando con Almanzor. Las voces de la reina, ni los ruegos de Fernando detienen á la tierna Isabel que, pálida, desordenado el cabello, corre al través de las llamas, gritando Alfonso, Alfonso.... Llega, ve á

su esposo, ya despojado del casco, volviendo los ojos entre abiertos hácia Almanzor que se alejaba. Alfonso mío! exclama, arrojándose sobre el cuerpo, Alfonso, espera á tu esposa: el dolor va á unirla contigo. ¿Es este el dulce himeneo que había de asegurarnos una vida feliz? ¿Son estos los dichosos lazos que nos unían para siempre? Alfonso, mío, ¿no te basta el amor de Isabel? Ay! yo no merecía el ser tu esposa más tiempo; el destino bárbaro, no lo quiere, pero á lo menos el no podrá separarnos. Entonces se levanta llena de desesperación, coge la espada de Alfonso para meterla en su seno, cuando la reina y Fernando llegan y la detienen. En vano quieren desviarla del sitio funesto, todos los esfuerzos son inútiles; y desconociendo la voz maternal, desecha sus tiernas caricias, vuelve á arrojarse sobre el cuerpo de Alfonso, estrechándole entre sus débiles brazos.

Almanzor la ve desde lejos á la luz del fuego devorador, y sin poder reprimir las lágrimas, ¡infeliz de mí, dice, ¡qué es lo qué he hecho! ¡Mi brazo inmoló el esposo de aquella viuda desconsolada! ¡Yo fuí la causa de la desgracia de aquel corazón amante y desesperado. Ah! Moraima, Moraima tal vez muy pronto.... Al decir esto se aumenta su llanto, pero apartando tan melancólicos pensamientos, y pro, nunciando el nombre de su patria, sigue su rápida carrera dilata, aumenta el incendio, y llega á Alamar, que, cubierto de sangre, cansado del sangriento espectáculo, venía á encontrarle caminando sobre montones de cadáveres.

Los dos héroes regocijados conciertan nuevos designios. A la claridad del fuego, ven un batallón erizado de lanzas, formado lejos de las ruinas del campo, de ancianos Castellanos, tres veces vencedor de los Zegríes, que Maaz llamaba á retirarse. En medio, la reina Isabel, sentada sobre un escudo, sostenida por Fernando, tiene en los brazos á su hija desmayada, la estrecha en su seno, la baña con su llanto, y procura recordar á la inconsolable viuda, que todavía le queda una madre.

Al rededor, están Aguilar, Cortés, Guzmán y Lara, jefes, héroes del ejército, enternecidos á la vista de tal espectáculo, indignados contra la fortuna, derramando lágri-

mas de cólera y compasión, ardiendo por atacar al Moro, pero sin poder alejarse de aquel recinto, último refugio de sus reyes, último asilo de sus banderas. La venganza y la rabia los hace estremecer, llevándolos más allá de sus puestos, para ir en busca de Almanzor, pero el monarca los llama y vuelven pesarosos á su voz. No de otra suerte, el animal valiente, nacido en las rocas de los Pirineos para defensa del rebaño, atado con fuertes cadenas al lado del redil, viendo á lo lejos al lobo devorador, se eriza, amenaza, llena el aire de espantosos aullidos, muerde la cadena que sus fuerzas tienen tirante, oyéndose el rechinar de los dientes que afila unos con otros.

Tranquilo en el seno de la victoria, teniendo en poco el suceso mientras Granada no está libertada, Almanzor propone el reunirse para acometer á la invencible falange, y acabar la guerra destrozándola; pero las fuerzas del grande Almanzor no obedecen á su valor, y la sangre que corre abundantemente de su herida, el dolor que disimula, aumentando con un instante de reposo, no permiten al valeroso príncipe volver al combate. Los Alabeces, temiendo se desgraciase su preciosa vida, se niegan en voz alta á seguirle; los Africanos, el mismo Alamar, satisfechos de las hazañas de la noche, claman por volver á Granada. El héroe lo escucha pensativo, meditando un nuevo medio de conservar la ventaja, y aumentar la consternación de los vencidos. Conociendo cuan importante es, en la guerra, inspirar el terror, y que á veces las ceremonias suntuosas imponen más que la victoria, llama al fiero Alamar, junta al rededor de sí sus capitanes, y tomando aquel noble ascendiente que da á los hombres grandes su propia conciencia, al fin cedo, les dice. Almanzor consiente en descansar; pero ninguno consentirá en perder el fruto de la victoria, ni volver fugitivos á entrar dentro de los muros todavía amenazados. Amigos, juremos todos de no volver hasta haber echado esos bárbaros, y esterminando nuestros enemigos: levantemos aquí nuestras tiendas, y campemos todo nuestro ejército: opongamos el campo de los vencedores al campo derrotado, y al lado el Español esperimente ahora los males que tanto tiempo nos hizo padecer.

Los soldados aplauden, Alamar aprueba el grande intento, y parte en busca del rey Boabdil, para conducir las tropas y los auxilios necesarios. Llega a la Alhambra, esparce la nueva feliz, y el pueblo prorrumpe en aclamaciones alegres. Abrense las puertas de la ciudad, y Boabdil, seguido de Alamar, sale al frente de sus batallones. El campo se inunda de Moros, cargados de armas y víveres; el ejército rodea á Almanzor llamándole su Dios tutelar, su héroe, su libertador, y el rey mismo confirma estos gloriosos renombres. Elévanse millares de tiendas, en el espacio circunscrito, levantándose en el centro la suntuosa mansión destinada para Boabdil. Almanzor y los Alabeces se retiran á la derecha, Alamar y los Africanos se colocan en la izquierda. En pocas horas se establece el ejército, ocupando los puestos avanzados tropa fresca y numerosa; y seis mil lanzas, puestas en fila delante del campo, presentan las cabezas sangrientas, que los feroces Africanos trajeron del combate.

Los rayos del día descubren este espectáculo, y ofrecen á los Castellanos la imagen horrible de tantas degracias. Las tiendas consumidas, los almacenes humeando bajo montones de ceniza, millares de cadáveres esparcidos, nadando en arroyos de sangre; aquí algunos infelices palpitan todavía bajo las ruinas, allá los soldados desnudos recibieron la muerte durmiendo. Cada uno busca el hermano, el amigo que le falta, quedando engañado su dolor piadoso, al aspecto del cuerpo mutilado, y viendo á lo lejos, en la punta acerada de una lanza, la cabeza del que busca lloroso. La ve, aparta la vista, y se estremece de horror y de espanto.

Fernando, Lara, todos los jefes, se miran, sin osar resolver nada: la augusta Isabel palidece: los Castellanos intimidados guardan un silencio pavoroso: el terror se ve en sus rostros: el desorden marcha por el campo: todos tiemblan y se disponen á la fuga: pero Isabel la sabe precaver. Isabel conoce las costumbres, el genio de sus Españoles, y llama á la religión en socorro de su extinguido valor. Acompañada de dos santos pontífices, precedida de la cruz, sagrado estandarte del ejército, discurre por entre las filas, y con acento fervoroso que inspira la esperanza: amigos, les dice, adoremos la mano que nos humilla; ella nos ensalzará.

El Dios de los ejércitos está con nosotros: no creais que entregará la victoria á los enemigos que le ultrajan. El quiere probar sus soldados, quiere que os hagais dignos de la recompensa que os destina. Los que ahora llorais, la poseen ya: si, aquellos que cortó la segur en esta desastrada noche, nos contemplan desde lo alto del cielo que habitan, mostrándonos la palma inmortal, que los ángeles, han puesto entre sus manos. Dejad ya, Cristianos, dejad de regar con llanto sus cenizas. Ellos no han menester vuestras lágrimas, y nosotros necesitamos su socorro. Invoquémosle: volvamos los ojos, con respeto y confianza, hácia esos despojos sangrientos, que ahora mirais con espanto. Esos son los despojos de los mártires, las reliquias sagradas á que deberemos la victoria. Ellas aseguran la perdición infalible de los bárbaros Musulmanes, y atraen, sobre esos impíos, la cólera del Todo Poderoso, que jamás deja sin castigo el ultraje hecho á sus santos.

Los religiosos Españoles responden con sollozos, jurando morir por su Dios á los piés de su amada reina, invocando al Ser supremo, bendiciendo el nombre de Isabel, y animados de nuevo valor quieren marchar contra el enemigo.

Fernando modera su ardor, pero sabe aprovecharle. La mitad de la tropa queda sobre las armas, mientras la otra recoge los heridos y da sepultura á los muertos. La reina les prodiga fúnebres honores, y entretanto Lara traza más allá del campo destruido, un ancho y vasto recinto, cercándole de un foso profundo. El día se pasa en estas tristes ocupaciones, mientras el ejército abatido deja las armas solo para trabajar; pero la firme constancia, la sumisión, la frugalidad de los Castellanos, lo sufre todo sin murmurar. Retíranse á las trincheras, guardando la entrada soldados escogidos. Todos duermen sobre la tierra, la cabeza apoyada sobre el escudo, las lanzas en la mano, prontos á pelear en oyendo la señal. Los jefes reposan al lado de los soldados: pero los reyes, aun más dignos de compasión que sus desgraciados vasallos, no osan entregarse al sueño.

FIN DEL LIBRO V.

LIBRO SESTO.

Isabel junta sus generales.—Discurso y proyecto de la reina.—Ejecuta sus vastos designios.—Trabajos de los Españoles.—Convalecencia de Gonzalo.—Sus amores con Zulema.—Llega Muley-Hassen con tres Abencerrajes.—Nueva que trae uno de ellos.—Zulema es prometida al vencedor de Gonzalo.—Hablan la princesa y Gonzalo, y se revelan sus secretos.—Zulema da armas á Gonzalo.—Parte con los Abencerrajes y descúbrese.—Combate el héroe con tres Moros.—Sale vencedor, y va á unirse á su ejército.

¡Religión! cuán grande es tu poderío! Cuántas virtudes te deben los hombres! Dichoso el mortal que, penetrado de tus sublimes verdades, halla en tu seno, asilo perpétuo contra el vicio, refugio contra la adversidad! Mientras la inconstante fortuna sonríe á sus inocentes deseos, pasando días tranquilos y serenos, tú aumentas su hermosura, y añades nuevo placer al bien que hace á sus semejantes, exaltando las delicias de una acción virtuosa. Tu severidad misma es un beneficio; pues quitando de la felicidad lo que pudiera corromperla, no prohibes querer, sino lo que el rubor impide amar. Pero si la suerte contraria oprime á

una alma obediente á tus leyes santas, entonces es cuando le sirves de más apoyo. Sin prescribir la insensibilidad, que la naturaleza hace imposible, tu nos enseñas á soportar los males, permitiéndonos afligirnos, y bajas á los corazones angustiados á calmar sus penas mortales, presentándoles la esperanza última, sin ahogar nunca aquel sentimiento puro de donde nacen á un tiempo el padecer y el vivir.

La noble y piadosa Isabel solo encuentra en su religión fuerza para sostener sus penas. Llena de dolor por la pérdida de un yerno, por la desesperación de una hija, por la desgracia de sus armas, se refugia en el seno de su Dios, y este le manda pensar en su pueblo. La desgraciada madre encarga á Serafina y Leocadia la viuda de Alfonso, haciéndolas retirar á Jaen, y libre ya de este cuidado, dando treguas al llanto, junta al rededor de sí su esposo y sus principales jefes, y les dirige estas palabras:

Compañeros, en otro tiempo de mi gloria, hoy de mis desdichas, vosotros á quienes debí tantos triunfos, á quienes la fortuna no ha desamparado sino una sola vez, ya veis los tristes efectos, del ataque imprevisto de los infieles. Los Españoles han perecido entre sus manos; los almacenes están abrazados, nuestras tiendas consumidas, el enemigo glorioso reposa delante de sus muros, y nosotros velamos con la espada en la mano, sobre las cenizas ensangrentadas de un campo destruido. Ya es preciso escoger, valerosos Castellanos, ó una paz vergonzosa, que cubra de oprobio el nombre cristiano, ó una constancia heróica, que nos vuelva nuestro honor. ¿Y en qué ocasión, justo cielo, iriamos á pensar en una paz vilipendiosa? Cuando los tesoros acumulados en largo tiempo, me evitan el dolor de nuevos impuestos; cuando mi himeneo con Fernando dobla mis soldados y mi poder; cuando la discordia conduce á los Moros á su ruina. Un rey cruel y pusilánime vacila sobre el trono usurpado, los Abencerrajes han abandonado al tirano pérfido y feroz, la Francia es mi aliada, el Africa tiembla á mi nombre, mis armadas cubren sus mares, Gonzalo en fin va á llegar. ¿Qué ocasión más favorable se nos ofrecerá jamás para libertar la España, vengándola de ocho siglos

de afrentas? Amigos, yo deseo más que vosotros la dulzura de la paz; se que el primer bien es el reposo de la nación, necesario para las tareas de un buen rey; yo pretendo asegurarlo á mis descendientes. Ellos tendrán, mejor que yo, los talentos y las virtudes grandes que hacen florecer los estados; pero no tendrán sin duda los dignos héroes, que yo tengo, que saben conquistarlos. Conozco toda nuestra pérdida, veo todas las desgracias que nos afligen; pero poco ha que los Musulmanes eran todavía más dignos de lástima. La desesperación los ha salvado. La vista de sus tiendas ha desanimado á nuestro ajército: una empresa grande á de desanimarlos ahora. Si ellos han formado un campo, yo quiero edificar una ciudad, y que nuestras murallas se opongan á las de Granada, anunciándoles una espaciosa plaza, que esta tierra es desde ahora nuestra patria.

Dijo, y los jefes admirados guardan el silencio. Fernando mismo suspenso no osa aplaudir sus intentos arrojados. Isabel, ayudada de la elocuencia y la razón, explica sus vastos designios. Las canteras abundantes, los bosques espesos que rodean á Granada, los ríos que serpentean por los valles, suministrarán materiales para construir una ciudad: cien mil brazos, empleados en el trabajo, guardados de veinte mil guerreros, cercarán, en poco tiempo, de torres el recinto destinado á este fin; y al abrigo de ellas, acabarán los Españoles las habitaciones de los ciudadanos. Dueños de los caminos de Andalucía, se apoderarán facilmente de Granada; y los Moros deshechos cerca de una plaza fuerte, poblada de soldados veteranos, perderán la esperanza de sacudir el yugo de los vencedores.

Fernando, Lara, todos se rinden á tales razones, y admirando á Isabel, todos quieren que la ciudad tenga el nombre de la augusta reina. La modestia no le deja aceptar esta ofrenda: yo agradezco, responde, vuestros deseos; pero no he llegado á merecer este honor: todos peleamos por la fe; por extender su imperio van á elevarse estos muros: llamésmosla *Santa Fe*, y este nombre asegura su duración.

Ya van todos á cumplir los deseos de Isabel. La reina escoge el sitio, y á su vista se trazan los muros: los correos

parten á Castilla, Valencia y Andalucía, pidiendo víveres, soldados y trabajadores: el rey de Aragón atrincherado, no teme nuevo ataque: el ejército se dispone para trabajar, y Lara se regocija interiormente, viendo que esta empresa dará tiempo á Gonzalo para llegar y vencer.

Gonzalo empezaba á recobrar la vida y las fuerzas. Las gracias de la juventud habían vuelto á su rostro, y la palidez le adornaba á los ojos de la que no ignoraba la causa. Zulema siempre á su lado, venciendo su timidez, le preguntaba por su nacimiento, su patria y sus hazañas. El héroe baja los ojos y calla. La princesa no quisiera insistir; pero este silencio y el del cautivo Pedro turbaban la felicidad de que se lisonjeaba.

Pasaron algunos días llevando cada mañana la amable Zulema á Gonzalo, apoyado sobre su brazo, á la sombra de los mirtos y los naranjos. Sentados á la orilla de un cristalino arroyuelo que atravesaba el bosque, ambos gozosos de la dicha de verse juntos, alargaban estos dulces ratos, preciosos á los amantes, en que nada de lo que hablan es importuno, en donde el interrumpirse á sí propio no impide el ser entendido, en donde se afecta hablar de todos los objetos indiferentes, sin dejar de hablar del único objeto que interesa. Lo plácido del sitio, la calma del aire, el perfume de las flores que coronaban sus cabezas, el murmullo del agua rápida que corría por sus piés encima de las arenas de oro, el zumbido de las abejas volando sobre los iris sembrados por la orilla, todo aumentaba la suave languidez que los dominaba. Las pláticas empezadas, las cortaba á veces un profundo silencio. Los ojos mirando al suelo, se encontraban al levantarlos, apartándose de nuevo. A veces una lágrima, un suspiro de Zulema, animaban á Gonzalo á hacer alguna pregunta, que quedaba sin respuesta, y Gonzalo no se atrevía á quejarse sino con sus suspiros. Zulema que llevaba siempre consigo su laud, temerosa á veces de oir lo que no ignoraba, solia cantar al héroe aquel antiguo romance de los amores desgraciados de Fernando y Elzira.

Vencido en infausta guerra,
De un príncipe moro esclavo,

Al triste son de los grillos,
Suspiros lanza Fernando.

No las delicias perdidas
Lamenta de aquellos campos,
Donde por la vez primera,
Le vieron del sol los rayos.

Ni le amarga la memoria
De sus padres, que entre llantos
Sin esperanza le llaman,
Desde el oriente al ocaso.

Elzira, la hermosa Elzira,
Hija del rey africano
Es la que llorar ordena
A su pecho enamorado.

¡Amor, amor! ¿quien resiste
A tu omnipotente brazo?
Desde el pastor al monarca
Triunfante arrastra tu carro.

Dígalo la tierna Elzira,
Que en la llama de Fernando
Ardió; y dijéron sus ojos
Lo que callaban sus labios.

Yo te amaré eternamente,
Dice en su mirar Fernando:
Y el de Elzira le responde:
Ama, que el premio te guardo.

Se entienden; y amor los guía
A sus templos solitarios,
De donde terrible ahuyenta
Al insensible profano.

Allí, dó entre áridos montes
En precipicios tajados,
Se despeñan estruendosos
Torrentes mil espumando.

El amor les dá su copa,
Y en deleitosos letargos,
En la márgen del abismo
Los va adormeciendo falso.

Ya la prudente cautela,
Ya su opinión olvidaron:
Amor dó quier los rodea;
Y es ciego el Amor é incauto.

¡Ay! que sus tristes amores
Resuenan ya en el palacio!
¡Ay! que el iracundo oído
Hieren del rey africano!

Del rey, que el pecho de bronce
Ni amante jamás, ni amado,
En pos de los amadores
Vuela respirando agravios.

Ministros de sus venganzas
Le rodean sanguinarios
Cien inflexibles sayones
De horrendas muertes armados.

Dispertad, salid, ó amantes,
De ese funeral letargo,
Antes que rotas las nubes
Descienda mortal el rayo.

¿No escuchais la herrada planta
De los fogosos caballos,
Que hacen que temblando giman
Los ecos allá lejanos?

Elzira asustada atiende,
Vuelve, registra, y: Fernando
El Rey.... exclama, y sus voces
Murieron en un desmayo.

Fernando, se alza, duda,
Vaga con inciertos pasos,
Arde en furor y resuelve
Arrojarse á sus contrarios.

Iba ya, cuando de Elzira
Se acuerda, y lleno de espanto
Torna, y la ve desmayada,
El rostro en sudor bañado.

Su palidez sostenía
Sobre un abismo un peñasco
Que va á caer, y hondo espera
Un torrente siempre opaco.

La ve, y palpita el amante:
Tres veces la nombra en vano,
Recoge su aliento, y posa
En su corazón la mano.

¿No vuelves? clama: y oyendo
De un céfiro el soplo manso
Ver á su amada imagina
Entre bárbaros soldados.

Lanza mil trémulos gritos,
Y con el sinistro brazo
Estrecha á Elzira, en la diestra
Un corvo alfange empuñando.

Ella entretanto volviendo
Lentamente va: sus labios
Mueve, suspira; entreabre
La vista, y mira á Fernando.

La revuelve, y en el cielo
  La clava: y luego posando
  En su amador la cabeza,
  Prorumpe en amargo llanto.

Llora, y te perdí, le dice....
  ¿Nos perderán?.... ah!.... muramos,
  No hay más partido.... la muerte
  Dulce me será á tu lado,

Oh Fernando!.... única gloria
  De mi corazón! te amo,
  Y te amaré.... aquí llegaba
  Cuando el monarca africano
  Parece, grita, amenaza:
  Más con valor desgraciado
  Su hija sobre la roca
  A su querido abrazando;
  Tened, tened, le responde,
  Os juro que á un solo paso
  Que adelanteis, al instante
  Nos vereis precipitados
  En las sombras de la muerte
  Buscarémos el descanso,
  Y el amor que aquí nos niegan
  Vuestros pechos inhumanos:

Túrbase el Rey, y dudoso
  Para: mas, ay! que entretanto
  Ansioso del premio, á Elzira
  Un sanguinoso soldado
  Corre.... Deten, infelice,
  Dó vas? gran Dios! se lanzaron
  Los tristes: los vió el torrente,
  Y abrió sus ondas bramando.

Dió allí á sus amores tumba,
  Y de entonces solitario,
  Sin cesar oye á la roca
  Clamar: Elzira y Fernando.

Gonzalo oía llorando la triste y lamentable historia, que oprimía su corazón con las reflexiones que originaba. Suspenso, clavados los ojos en la princesa, la contemplaba en silencio; pero sus lágrimas y sus miradas explicaban sus sentimientos. Zulema igualmente pensativa, apartaba la vista poco á poco, volviéndola otra vez á él. Ya había acabado de cantar, pero el héroe la escuchaba todavía. Turbada y regocijada por la emoción que había ocasionado, ocultaba con una mano el rubor que salía á sus mejillas, y con la otra, corriéndola por el laud, hacía sonar alguna cuerda, cuyos sonidos aumentaban la tierna melancolía y el suave placer que bañaba sus sentidos. ¡Feliz situación de los amantes en que el encanto, el atractivo, la delicia del silencio recíproco, del recogimiento del alma, deja á ambos en libertad de conocer, de gozar de sus sentimientos mutuos, comunicándolos sin decirlos.

De este modo corrían los días de Gonzalo y Zulema, entre placeres puros y suaves dichas, culpándose ambos de no haberse confiado sus secretos. Gonzalo ocultaba que era Gonzalo: Zulema no osaba revelar un misterio no menos importante; temiendo cada uno caer en desgracia de su amante, y atrer su aborrecimiento. Este temor era el mayor suplicio, y al fin ambos resolvieron á un tiempo declararse.

Princesa, dice el héroe, en viéndose solo con ella: sin duda voy á perder hoy la dulce amistad, que vuestro corazón se dignó concederme; pero más quiero perder vuestra gracia que engañaros; sabed en fin lo que mil veces he querido descubriros, faltándome el ánimo para ello; y aun ahora mismo me veo indeciso, cuando pienso que dentro de un instante, tal vez aborrecereis y echareis de vuestra presencia al que no puede vivir sin vos, al que desde el primer día en que os vió, sintió encenderse en su alma....

Señor, responde Zulema, temiendo la declaración del amor, que quiere sentir, pero no oír: honor y vida os debo, y creo que muy pronto Granada os deberá su libertad. Tantos títulos os han asegurado el reconocimiento más vivo, que prescribe la virtud, y que es inseparable de ella. Mi padre llegará pronto, y sabrá que vuestro valor salvó su hija:

su amistad y la de Almonzor, serán premio de este beneficio, y ¡ojalá que los lazos más tiernos nos unan á los tres para siempre! Este es el deseo más grato á mi corazón, el único que puedo manifestaros. Pero ya es tiempo de declararos el secreto, que mi padre ignora, ni Almanzor mismo supo nunca. Solo á vos he de confiarle: y en habiéndole oído quizá no tendreis nada que decirme.

Gonzalo suspenso, el rostro pálido, no duda que la hermosa mora haya entregado su corazón á algún rival. Temblando, espera en silencio la sentencia, y la princesa iba á continuar, cuando un esclavo llega á avisarla que su padre Muley-Hassen venía acompañado de dos guerreros.

Zulema deja á Gonzalo para ir a recibirle. El anciano la abraza, con las lágrimas en los ojos: ¡al fin te vuelvo á ver! exclama: ¡al fin, al fin tengo en mis brazos á la que tanto he llorado! Mi muerte era cierta, Zulema, si tu ausencia hubiera durado más. Sabedor por tu esclavo, de que el impío Alamar había enviado sus soldados para encontrarte, salía todos los días con el animoso Zeir, jefe de los Abencerrajes, y el valiente Omar que ves aquí, y el generoso Velid que ha de venir dentro de poco. Estos leales amigos, los únicos que nos quedan, han recorrido nuestros montes y playas, siguiénndome hasta aquí en donde veo á mi hija amada, en donde encuentro el consuelo de todas mis desdichas.

Zulema le abraza, le cuenta el motivo de su fuga precipitada, y como los satélites de Alamar, habiéndola conducido á una nave, un príncipe Africano que el cielo le envió, en medio de la tempestad, solo contra tantos enemigos, la había librado de su furor.

¿En dónde está? pregunta Muley: ¿en dónde el que salvó mi hija, el que salvó mi vida? Al decir esto, la deja, se aparta, busca fuera de sí y la princesa viendo, llena de alegría, tan vivos y tiernos sentimientos, llama á Gonzalo, y apenas se presenta, Muley se arroja en sus brazos. O mi bienhechor! le dice, inundándole con su llanto! vos me habeis vuelto mi Zulema: ¿qué podré yo hacer por voz? Ah! en otro tiempo era rey, poseía una corona, con que tal vez

hubiera podido pagaros; pero ya la perdí, y solo me queda un corazón sensible.

El héroe recibe sus caricias con afable modestia, llenándole de rubor los elogios á que se ha hecho digno, se ofrece respetuoso al padre de su amada, y mirando inquieto á los jóvenes Abencerrajes, cree ver en ellos sus rivales. Omar y Zeir le miran, y la historia de lo que ha hecho llena sus corazones de una secreta envidia. El mirarle al lado de Zulema los turba; pero su generosidad no niega los justos elogios que se le deben. El héroe los oye con disgusto; Zulema los escucha, clavados los ojos en tierra, y el rubor y la turbación confirman á los Abencerrajes y á Gonzalo, lo que sus pechos temían.

Mientras que tristes é inquietos se entrega cada uno á sus melancólicos pensamientos, la princesa que había visto de una mirada el corazón del héroe, conduce al palacio á Muley y los Abencerrajes, esperando hablar á Gonzalo, y terminar con una palabra el suplicio que le ve padecer; pero Muley no quiere dejarla, teniéndole la mano puesta sobre su corazón; é ignorando las últimas hazañas de Almanzor, habla á Gonzalo del peligro de Granada, de la esperanza que concibe de su valor. Gonzalo, puestos los ojos en Zulema y en los Abencerrajes, responde apenas á sus preguntas; y los dos Moros, guardando el silencio, se miran y suspiran.

La noche había ya cubierto la tierra, cuando Zulema, su padre y los demás, sentados sobre tapices de Persia, junto á un estanque de agua cristalina, en medio de un salón de mármol, tomaban juntos la última comida del dia. En este instante, Velid, compañero de Zeir y Omar, llega de Málaga, y presentándose, dice: Rey de Granada, la novedad que te traigo es grande, pues vengo á anunciarte un enemigo más formidable que Alamar. Tu hija está libre, Muley, pero la patria va á perderse: Gonzalo ha vuelto de Fez, y está en nuestras playas.

Al oír el nombre de Gonzalo, se ve el terror en el rostro de Muley: Omar y Zeir se levantan; la princesa se acerca voluntariamente á su libertador.

Oidme, prosigue Velid: una embarcación africana acaba

de llegar al puerto, la cual iba al alcance de Gonzalo, que se escapó, por la noche, de los lazos que le preparaba Seid. El capitán de la embarcación nos ha dicho que la barca frágil, que traía á ese guerrero, ha llegado sin duda á esta playa, pues la familia del Castellano, que han dejado salir de Fez, le espera en vano, días ha, en las playas de Algeciras. Compañeros, llegó el dia de vengar y salvar la patria. Busquemos ese Español formidable, llamémosle cada uno al combate, y la lanza de un Abencerraje libre á Granada de su azote.

Dijo: Omar y Zeir aplauden, Zulema tiembla, Gonzalo se sonrie. Amigos, interrumpe Muley, esta ocasión importante ha de estinguir para siempre vuestras discordias. Los tres ardeis tiempo ha por mi amada Zulema, los tres sois dignos de ella; pero hasta hora su corazón no ha mostrado á quien dé la preferencia. La gloria decidirá hoy lo que no ha dicidido el amor. Id en busca de Gonzalo, atacadle cada uno de por sí, como conviene á los Abencerrajes, y sea el vencedor el esposo feliz de Zulema.

Los tres se echan á los piés de Muley, quien volviéndose á su hija le pide su consentimiento Zulema calla, da una mirada á Gonzalo, que tenía los ojos clavados en tierra, duda, titubea, en fin llena de rubor, con voz turbada, dice: Padre, no ignoro que dependo de vos, y mi sumisión á vuestra voluntad será siempre igual á mi ternura. Estimo, y amo á los Abencerrajes, á quienes su fidelidad á mi padre les asegura mi corazón: pero aunque siempre me acuerde de lo que vos les debeis, ¿podré olvidar lo que yo debo á ese generoso estrangero? No temo confesar que me ama, pues sus virtudes y su valor le hacen digno de ser rival de los nobles Aencerrajes. Como ellos pretende mi mano, como ellos puede vencer á Gonzalo; y yo consiento en ser el premio de esta difícil empresa, si mi padre y estos guerreros le permiten el acometerla.

Así habló Zulema, que temía haber dicho más de lo que debía. El anciano aprueba el designio de su hija, y Gonzalo inmóvil espera que Zeir hable para responder.

Vuestro reconocimiento es justo, dice el jefe de los Abencerrajes, y el amor de este valiente estrangero no de-

be ofendernos ni admirarnos. Nosotros le aceptamos por compañero, y si volviese vencedor, lo veriamos con dolor, pero sin envidia; esta pasión, tan baja para nuestras almas, no entra en los corazones en donde vos reinas. Pero ha mucho tiempo que Gonzalo es nuestro enemigo mortal, y nunca ofendió á ese guerrero: el combate con el Español nos pertenece antes, y como jefe de mi tribu, pido ser el primero que pelee con el Castellano.

Zeir, respondió Gonzalo sin ser dueño de moderar su acento, sociégate: yo te prometo que tú serás el primero. Mañana al nacer el día nos pondremos en camino. Yo os juro de presentaros á Gonzalo, y sin disputaros el lugar, me atrevo á prometer que los tres quedareis satisfechos.

Los orgullosos Abencerrajes manifiestan su admiración al oír aquellas palabras; pero el prudente Muley corta el discurso, y confirma su promesa. Los cuatro guerreros, después de haberse dado palabra de estar prontos al despuntar la aurora, se separan, y van á entregarse al sueño.

Gonzalo inquieto no pudiera gustar de su dulzura. El amor de los tres Abencerrajes, el temor de que algunos de ellos fuese amado, el secreto que la princesa iba á revelarle cuando Muley vino á interrumpirles, todas las especies de terror que inventa el amor, ocupaban su corazón. Agitado de mil pensamientos, querría ver un instante á Zulema, para despedirse, para encontrar en ella ó perder todas sus esperanzas: levántase, sale del palacio, y á la claridad de la luna, se dirige á nn bosquecillo espeso de mirtos.

Zulema igualmente inquieta, asustada por el grave peligro en que ella misma ha puesto á su libertador, temiendo el brazo de Gonzalo que mira como invencible, piensa en que á lo menos las armas impenetrables ayuden al valor del que envía á pelear. Va y pide á su padre la antigua y soberbia armadura, que Muley había quitado en otro tiempo al valiente conde de Simancas, colgada como monumento de su gloria, en la mezquita de Málaga: cuatro esclavos reciben orden de traer el mejor caballo de los venidos de Africa, que pacian en la primavera en las orillas del mar: todo hubo de estar pronto para la aurora.

Zulema inquieta busca la soledad, y la casualidad, ó más bien el amor, la conduce al mismo bosque á donde Gonzalo se había dirigido.

A la vuelta de una arboleda sombría, se encuentran ambos, y ambos se quedan admirados: sois vos, le dice el enamorado Gonzalo con voz turbada; aun puedo veros, y deciros á dios por la última vez: aun puedo juraros por fin que vuestra imagen adorada no saldrá de mi único pensamiento, la memoria grata y dulce de los momentos pasados al lado de Zulema.

¡Qué oigo! interrumpe la princesa; ¿y vos me hablais de verme por la última vez? ¿Vos creeis ir á morir yendo á pelear con Gonzalo? ¡El héroe que ví yo solo hacer horrible carnicería de un tropel de enemigos, el que yo ví triunfar de una multitud de bárbaros, se cree ya vencido por ese Español! Ah! culpa es mía de haberos exagerado su gloria! ¿Qué hubiera yo dicho si os hubiera pintado en aquella embarcación, acometida de los vientos, rodeada de los rayos, derribando con vuestro alfange aquellos formidables Africanos? Jamás una hazaña semejante ilustró al famoso Gonzalo. Si él la hubiera visto, él temblaría en vuestra presencia. Príncipe, á pelear vais por la misma causa, y la recompensa será más dulce; pensad que os espera mi mano; pensad que el himeneo ha de unirnos para siempre. Nada oculto yo en este instante; por vos solo me intereso: con vos va mi corazón, mi esperanza, mi felicidad. Si la victoria os abandona, Zulema no quiere vivir; mi vida vais á defender. El honor tal vez me mandaba dilatar estos acentos; pero es menester vencer á Gonzalo; y el odio á ese Español, y el reconocimiento que os debo, no me dejan disimular. Acometed á ese guerrero, que solo la opinión hace invencible, librad á mi patria de su mayor enemigo, y acordaos de que si el triunfo pertenece al amante correspondido, vos solo debeis vencerle.

Calló, admirada al ver que el héroe la escuchaba reposado. El silencio reina en ambos, y Gonzalo, inclinada la cabeza, fluctuando entre el temor y la alegría, no se atreve á aventurar su felicidad á una sola palabra. Pero engañar á la que adora, disimular á la que reina en su corazón, es ma-

yor tormento que el temor: arrójase á los piés de Zulema, y presentándole su espada, le dice: pues aborrecereís á Gonzalo, y deseais que acabe su vida, creedme, no confieis á otras manos lo que las vuestras pueden hacer: abrid vos misma el pecho de ese enemigo aborrecido: el desgraciado Gonzalo está á vuestros piés. El es quien salvó vuestra vida, él es quien os adora desde el punto en que vencedor de Granada, os vió cerca de la Alhambra; él es quien hasta ahora, gloriándose de un nombre que la victoria quizá ha ilustrado, no osaba pronunciarle á vuestro oído, deseando mil veces ser el más oscuro de los mortales, pero no ser objeto de vuestro odio.

La princesa duda si los sueños la engañan. Gonzalo dejó ya de hablar, pero ella no responde, mira, contempla á la luz de la luna, aquel guerrero tan grande y famoso, que cree ver por la primera vez: fija los ojos en el acero que le presenta humilde, admirada de oír el nombre de Gonzalo sin horror. Al fin dudando si es él quien habla con tanta dulzura, se informa, y el héroe le cuenta el modo como salió de Africa, y como el leal Pedro creyó necesario el ocultar su nombre. Esto es, añade, el secreto importante que quería hoy comunicaros, cuando vino vuestro padre á ofreceros por premio de mi cabeza. Dispensad á esos tres guerreros los esfuerzos que os son más fáciles, librad vuestra patria, y castigad á un infeliz por haberse atrevido á amaros.

Gonzalo, responde la princesa después de un largo y triste silencio, mi corazón me enseñó siempre mi deber; y nunca me ha engañado; él será mi única guía en el peligro que corre mi virtud; pero antes he de merecer vuestra noble confianza, declarándoos lo que iba á descubriros al llegar mi padre. Conoced en fin á Zulema; yo soy cristiana, Gonzalo vos solo lo sabeis. Criada por mi digna madre, mi alma adoptó su fe. En sus últimos instantes, le prometí morir fiel á su culto, y nada hay que pueda hacerme faltar á un voto tan santo. Vos venis á hacérmele más amable, conociendo por la segunda vez de mi vida cuan dulce es adorar al Dios que adora el objeto amado. Pero no creais que ni mi religión, ni mi amor, me hagan olvidar un solo ins-

tante ni mi patria, ni mi padre. No, Gonzalo: todo os lo debo; yo os amo, y este amor no se apagará jamás: jamás otro mortal será esposo de Zulema: yo os lo juro por el Dios del cielo; pero tambien os prometo que nunca mi mano se entregará al enemigo de Granada. Zulema pensará siempre en vos, llorará sin vos, padecerá cuanto hay que padecer por conservaros su fe; pero mientras dure esta guerra fatal, no espereis obtener de mí señal ninguna de mi amor. Id, Gonzalo, id á cumplir vuestro deber, como yo quiero cumplir los míos; id á socorrer á vuestros compañeros: el honor lo manda, y Zulema no os pondrá á fluctuar entre ella y el honor. Solo úna gracia exijo, y pido á vuestro amor, que no puede negármela sin ser criminal: bien sabeis cuanto respeto, cuanto estimo á Almanzor; mi hermano lo es ya vuestro: huid siempre, huid de un combate impío que me haría espirar de horror, que nos haría á ambos enemigos implacables. ¡Nosotros enemigos!.... Ay Gonzalo! un frío mortal cubre mi cuerpo al pronunciarlo. A dios á dios libertador mío, esposo mío, único amigo mío, emplead con vuestros reyes la recomendación que deben dar tantas virtudes y tantos servicios, para restablecer la paz de que yo seré recompensa. Hasta este momento deseado, tened confianza en mí, sed fiel, acordaos alguna vez de Zulema.... Zulema llorará lejos de vos.

Al decir esto, quiere irse, y el héroe echado á sus piés, la detiene, le promete mil veces vivir y morir por ella, y mirar á Almanzor como á su hermano querido. Zulema lo acepta, le repite á dios entre sollozos, le echa el velo de púrpura que ceñía sus hermosos cabellos, y angustiado el corazón, bañado en lágrimas el rostro, marcha á ocultar su dolor.

Gonzalo fluctuando entre el pesar de dejar lo que ama y la dicha de verse amado, aprieta contra su pecho el velo de Zulema, forma de él su banda querida que no ha de desamparar jamás, y entregándose á la lisonjera esperanza de ver restablecida la paz entre ambas naciones, querría ya estar en el campo para trabajar en este intento, para persuadir á Isabel, para proteger los prisioneros Moros y enviarlos á Znlema.

Mientras esto, ve colorearse el oriente, y piensa en los Abencerrajes; dispierta al leal Pedro y le manda prepararse para partir. En esto, dos esclavos llegan á poner á sus piés el magnífico presente de la princesa. La armadura de resplandeciente acero le defiende todo el cuerpo: el casco, coronado de plumas encarnadas, cubre su cabeza sin quitarle nada de su gracia: el escudo redondo y ligero, armado con una aguda punta, lleva por emblema un fenix con estas palabras: *no tiene igual.* Gonzalo cuelga la tajante espada del velo de Zulema, sujeto al hombro por una presilla de oro, descansado así sobre su corazón: toma la pesada lanza, y conducido por el anciano va á buscar el caballo que le espera. El animal, al verle, relincha y alza la cabeza: la crin ondosa baja hasta las rodillas, los ojos llenos de fuego consideran á su señor, las narices despiden un humo espeso, se abren, y se sierran con precipitación. Gonzalo salta sobre el caballo, y el animal obedeciendo al héroe, reprime el ardor que le transporta, mordiendo el freno cubierto de blanca espuma.

Zeir, Omar y Velid, vienen sobre caballos andaluces, cubiertas de preciosas piedras las largas colas. En los escudos se distingue la divisa de los Abencerrajes: un alfange, atado á la cintura por una cadena de oro, cae sobre los pliegues innumerables de la tela rica y brillante que baja hasta sus pies, un ancho turbante defiende sus cabezas, teniendo en la mano derecha la lanza teñida muchas veces en la sangre de los Cristianos. Los tres llegan á Gonzalo, se admiran al verle vestido á la cristiana, pero sin preguntar la causa, parten al momento.

Los cuatro guerreros caminan en profundo silencio. Creyendo á Gonzalo preferido de Zulema, los Abencerrajes no se atreven á hablar de la pasión que domina en sus almas, y Gonzalo, pensando en la que adora, olvida á sus compañeros. Pasadas dos horas, llegan á un espeso bosque, en donde el camino se divide en dos diferentes. Paránse, y Zeir toma la palabra y dice: estranjero, tú no has prometido llevarnos á donde encontrásemos á Gonzalo: dinos si tu promesa es cierta: ¿sabes donde está ese Español? habrémos de ir siempre juntos ó será menester separarnos?

Será menester que te prepares para el combate, responde el Español con voz terrible. Yo he prometido entregarte á Gonzalo, ya he cumplido mi palabra: aquí la tienes.

Los abencerrajes quedan atónitos al oirle. Sí, continúa el héroe, yo soy, yo soy vuestro enemigo, yo soy además vuestro rival. Yo adoro á Zulema, ninguno de vosotros, nignuno en el mundo puede esperar su mano, sin arrancarme ántes la vida. Vosotros mismos le habeis puesto ese precio; venid pues á merecerla, venid juntos, ó separados, á probar vuestras fuerzas con este Gonzalo, que buscabais con tanta impaciencia, y que habeis ya encontrado por vuestra desgracia.

Cristiano, respondió Zeir, en tu orgullo reconozco el soberbio Gonzalo y tu arrogante nación; pero mal conoces la nuestra, si crees que se reunirán tres Abencerrajes contra un Castellano. Mi brazo quizá bastará para librar á Zulema del amor de un infiel, enemigo de su padre y de nuespatria.

Los dos guerreros bajan las lanzas y se acometen. El valiente Zeir apenas mueve al héroe: la lanza de Gonzalo hiere al Moro; y le derriba en tierra. Gonzalo se para, y con voz sosegada dice: valeroso Omar, aquí te espero.

Omar furioso, arroja la lanza, saca su ancho alfange, y manejando con destreza un caballo más ligero que el viento, ataca al Español, le rodea velozmente, y descarga sobre sus armas repetidos golpes. Gonzalo solo puede pararlos; siéndole inútil la lanza contra un enemigo que le acomete tan de cerca: hace vanos esfuerzos; pero Omar evita sus golpes. Indignado de tardar tanto en vencer, arroja la lanza corre sobre el Moro con los brazos abiertos, le ase, le saca, de la silla, se arroja al suelo con él, poniéndole la espada en el descubierto que deja la coraza. Mía es tu vida, le dice; pero sólo quiero la victoria. Tampoco exijo que dejes de amar á Zulema, pues sé que ese olvido seria más horrible que la muerte.

El joven Velid se acercaba entonces á pié con el alfange en la mano. Gonzalo saca la espada, y cubiertos ambos de sus esudos se acometen, descargan, paran, y redoblan los golpes. La astucia guía á la fortaleza, la ligereza engaña al

valor. El acero de Velid amenaza siempre la cabeza de Gonzalo, el del Castellano vuela al rededor del pecho de Velid: al fin el héroe, dando un fuerte revés al sable de su enemigo, le hace saltar de la mano, corre, le toma, y presentándole á Velid, le dice: créeme, y no me fuerces á derramar la sangre de un Abencerraje: sabe que siempre fué preciosa para mí. Id, compañeros valientes, volved á Muley-Hassen, decidle cuanto me duele el error en que le dejé, que mis intenciones eran puras, que voy á solicitar de mis reyes una paz dichosa: aseguradle que en este Gonzalo, que mira como enemigo, Muley hallará siempre el respeto y el tierno afecto, que todos deben á sus virtudes.

En habiendo dicho estas palabras, el héroe monta á caballo, saluda á los Abencerrajes y toma el camino del campo español.

FIN DEL LIBRO VI.

LIBRO SEPTIMO.

Situación de Gonzalo.—Continúa su camino por sendas ocultas.—Los Españoles continúan edificando la nueva ciudad.—Almanzor herido no puede oponerse al trabajo.—Lara vela durante la noche, para asegurar el reposo al ejército.—Encuentra á Ismael, y le hace prisionero.—Sn humanidad con el cautivo.—El Numida le cuenta su historia, las costumbres de los Arabes pastores, sus amores, su himeneo con Zora, su venida á Granada, su separación y los celos que le atormentan.—Lara le lleva al campo, y va á pedir su libertad.—Zora viene á desafiar á Lara.—Combate y muerte de los dos esposos.

¿Habrá quién no haya probado las virtudes que al soplo del amor brotan en los corazones sensibles? quién al primer acento de su voz no haya sentido la elevación de su alma? El hombre insensible, en la triste paz de una perpétua indeferencia, puede respirar días puros, al abrigo de los vicios y lejos de los malvados; pero si halla el dulce objeto que ha de ser el dueño de su vida, si arde en fin en la llama pura que consume y da la existencia, desde este día dejó de ser el que fué, la esfera de sus deberes se engrandece, su ser se eleva, la perfección á que aspiraba no basta ya

á sus votos, y el que antes se contentó con imitar, ahora nada menos desea que sobrepujar á cuanto admira: sus esfuerzos son placeres, sus penas motivos de esperanza, las leyes santas de la naturaleza, el sagrado amor de la patria, los oficios compasivos de la humanidad, le dominarán constantemente; y cuanto más fiel se preste á sus voces, tanto más agradará al ídolo, por cuya estimación anhela. Si tierno y sumiso, se inmola á los autores de su vida, si animoso arrostra la muerte por salvar un hermano, si sus riquezas le abandonan para acudir á los ayes de la indigencia, su amante lo sabrá, y todo se lo facilita esta idea. Una voz secreta les dice continuamente: ella te mira, ella te oye, ella es testigo de tus acciones y de tus más secretos pensamientos. Al punto huyen de su corazón los sentimientos que le corrompieran: al punto se anidan en él todas las virtudes, al rededor de la imagen que le llena y le purifica.

Gonzalo, al separarse de la princesa, sintió aumentado su ardor por la gloria; pero ya no le bastaba la de los combates.

Cierto de ser amado, su corazón más amoroso experimenta la necesidad de aquella gloria dulce y pacífica, que tal vez desconoce la fama, y que, hermana inseparable de las buenas acciones, no siempre es compañera de las ruidosas hazañas. Forzado á vivir lejos de Zulema, no puede engañar el dolor de la ausencia, sino empleándole en ser el más generoso, el mayor de los mortales. En habiendo dedicado su brazo, sus días, su valor, su ser entero, al objeto más virtuoso que adorna al universo, no quiere ya contar los instantes sino por hechos virtuosos. El amante querido de Zulema debe ser superior á todos los mortales: habrá de ser más que un héroe para igularse con su suerte.

Lleno de estas nobles ideas, Gonzalo, en compañía del leal Pedro, se encamina á Granada por las montañas de las Alpujarras. El prudente anciano le obliga á buscar sendas estraviadas, que los escuden contra unos enemigos, que el impetuoso Gonzalo desprecia. En aquella rústica región, el espectáculo de un anciano respetable, de un desgraciado menesteroso, de un oprimido á quien puede defender, detiene la planta del héroe. Reparte entre los indigentes el

oro de que la princesa colmó al cautivo, pelea y triunfa para favorecer á los débiles, retardan su carrera los beneficios, disculpándose con el anciano, que le reprende con ternura y llora de admiración.

Mientras se internan en los montes de Alhama, el esposo de Isabel lo había todo preparado para cumplir los intentos de la reina. Los pinos de los montes cercanos, los álamos erguidos, los inmemoriales robles, las soberbias encinas, han doblado su cerviz al hierro de los Castellanos: transpórtanse al medio del recinto, condúcense las rocas, la cal hierve en los lagos cubiertos de espeso humo, y mil manos forman una cadena para despojar al Darro de sus arenas de oro.

Al mismo tiempo, llegan de Valencia y Andalucía, víveres, armas y tropas: la abundancia reina en el campo, é Isabel prodiga las riquezas. Una parte del ejército, puesta sobre las armas, proteje el trabajo de la otra. La reina preside á las obras, excita, anima sus guerreros, y anunciando á todos una segura victoria, persuade á cada uno que la espera de su valor.

Los capitanes valientes coadyuvan á su celo. Lara no deja un instante las armas. Durante el día, al frente de los Castellanos, ordena sus batallones, y se admira de que los Granadinos permanezcan ocultos en sus tiendas, ignorando que las heridas de Almanzor no le dejan pelear, y los moros temen la derrata, guiados por otro General: por la noche, acompañado de otros guerreros, se pasea al rededor del recinto: sus velas son el descanso del ejército; y siempre en Gonzalo su memoria, tal vez lleva sus pasos hacia el mar.

En una de estas noches, en que Lara, fija la mente en su amigo, iba acompañado de cien ginetes, se aparta de los retrincheramientos, y soltando las riendas á su caballo, marcha entre el silencio de las sombras. La luna de lo alto de su carro lanzaba tremulante su luz plateada, en tanto que confusos los ecos prolongaban el lento gemido con que turbaba los aires el ave de la noche. El sociego reinaba en el solitario campo: y mientras que las obscuras tinieblas cubrían el horizonte de fantásticas sombras, tal vez á lo lejos

brillaba de repente el desmayado resplandor de algunos fuegos errantes. En esto, el héroe sorprendido, oye los acentos de una voz melodiosa, que cantaba estas palabras:

Al fin, yo vuelvo con la noche fría
A ser feliz en la que el alma mía
Cual Deidad señorea.
A verla tornaré, y en tiernos lazos
Estrecharán mis brazos
Aquel cándido seno palpitante,
Dó mora la virtud, casta y hermosa.
Sus dulces labios de azucena y rosa
Los míos libarán, y oiré anhelante
Su voz enamorada
Por el amor tal vez interrumpida:
Entonees, ay! con lánguida mirada
Me inflamarán sus ojos elocuentes....
O, cuánto amor! o, cuántas inocentes
Caricias guardará! Tal vez ahora
Al rayo de la luna silencioso
Espera, de su esposo
Las memorias queridas repasando.
Tal vez cuenta llorando
Los instantes que tardo á sus amores:
Y en los días mejores
Piensa, cuando la via
El Atlas enriscado
Gozar siempre á mi lado
Amor inalterable y alegría.

Sombra fugaz, volaron
Tan florecientes días,
Y en pos de sí llevaron
Mi paz y mi placer.

¿Dó estás pasada gloria?
Dó estás? ay triste! yaces
En la infeliz memoria
Que siempre clama: fué.

Fué mi fatal ventura,
Y para siempre fué. Discordia impura
De la guerra infeliz soplando fuego,
Sin esperanza me robó el sociego.
De las tranquilas chozas paternales
Nos trajo á los horrores, á la muerte,
Y.... oh! peor que el morir son los fatales
Vicios que esta región brota do quiera.
Osman pérfido Osman!.... ah! teme, teme
Mi venganza rabiosa....
¿Osástes á mí esposa
Declarar tu pasión? En vano, en vano
Tu pecho reventó la impura llama:
Mi esposa es la virtu, Zora me ama....
Más ¿quién sabe, gran Dios, si en este instante
Jura el pérfido ser su eterno amante?....

Huye su vista, Zora,
Huye, y de mí se acuerda:
Por siempre, fiel me adora,
Seré dichoso en tí.

Oh¡ si por dicha mía
No tan hermosa fueras!
Mi amor igual sería.
Empero más feliz.

Lara entiende, examina atento, y á la claridad de la luna, descubre un jóven caballero, cuya cabeza rodeaba un turbante negro. Apénas cubre su cuerpo una corta túnica, ceñida con una cadena de plata, de la cual pende un ancho alfange. Adornada con brazaletes de oro la desnudez de sus piernas y brazos, en su izquierda embraza un escudo, mientras su diestra empuña tres flechas. Su caballo, blanco como la nieve, no lleva ni silla, ni freno: y rápido como el viento, no deja de obedecer á su dueño, y á su voz modera ó precipita sus pasos. Lara le reconoce por uno de aquellos Bereveres, venidos de los desiertos del Africa en socorro

de Boabdil, y manda á doce de su compañía que se apoderen de él, miéntras los demás forman un cordon, cortándole la retirada.

El númida para, espera á pie firme á los españoles, y al acercarse, arroja en un instante las tres flechas, derribando cada una un caballero. El africano parte como un relámpago; huye, y separa los que le persiguen; pero no hallando salida, vuelve al lugar del combate, se baja hasta el suelo, toma una flecha que atravesaba el pecho de un Español, y arrojándola otra vez inmola otra víctima.

Lara se adelanta solo, detiene su gente que ya iba á echarse sobre el moro les manda guardar sus puestos, y dirigiéndose al africano, le dice: basta valeroso estrangero, entrégame tus armas sin hacer una inútil resistencia; y ya que apenas puedo contener á mis soldados, déjame siquiera el gusto de salvar tu vida.

Mi mucha infelicidad me prohibe amarla, responde fieramente el númida, y antes de que ser cautivo prefiero morir á tus manos. Dice, y desnuda el alfange; Lara, arrojando la lanza saca la espada y marcha hácia él. Ya se acercan, y se tiran mil golpes sin herir ninguno á su contrario. El moro, aunque sin coraza, opone su escudo á la tajante espada del castellano. El veloz caballo, atento á los movimientos de Lara, se desvía, salta, preve los golpes que amenazan á su dueño, y le libra repetidas veces de la muerte. Pero las fuerzas de los guerreros son desiguales: la espada del Español corta el escudo del Moro, le hiere en el pecho, y le derriba bañado en sangre. El caballo númida relincha de dolor, procurando defender al que no pudo sacar vencedor, le rodea, le escuda con su cuerpo, levanta al aire los piés, amenazando al triunfador, y viendo venir á los castellanos, huye por el campo y desaparece.

Lara se llega á su prisionero, le da la mano para levantarle, examina la herida, poco profunda, manda darle un caballo, y tributándole todo el respeto debido al valor desgraciado, marcha con él á las trincheras. El moro le sigue caída la frente, sin que sus labios se abran a una palabra ni á un quejido: solo se abren á los profundísimos suspiros, que, mientras corren lágrimas de sus ojos, exhala en-

trañablemente su corazón. Lara que lo observa, conoce fácilmente que algún pesar violento le oprime; pero no quisiera aumentar sus dolores con preguntas indiscretas. Al fin, no pudiendo resistir á la sensación tierna que produce en su alma la vista del infortunio, le dice: valeroso númida, el acaso y las tinieblas me han favorecido sin duda: mi victoria no iguala las hazañas que te he visto hacer: perdona á la suerte de las armas, que yo no quería probar, y sufre con serenidad una desgracia comun á todos los guerreros: harto dolorosamente me culpan tus lágrimas el favor que me dispensó la fortuna; pero creo que no soy yo la única causa de tu llanto. ¿La desdicha acaso arrancó á tus brazos algún amigo? Ah! ninguno mejor que yo podría compadecerte, ninguno más bien que yo debería esforzarse á calmar tu pesadumbre. Si acaso puede confiarse, yo merezco saberla. Y porque no creas que estás en poder de algún bárbaro, mañana al nacer el día, Lara te dará libertad, si Fernando lo permite.

El númida, al oír pronunciar el nombre de Lara, alza la cabeza, y lleno de admiración y alegría dice: ¡soy prisionero de Lara! ¡El héroe grande, á quien nuestros moros no menos estiman que temen, es el que hoy me hace el más infeliz de los mortales! Ah! tu triunfo te sería amargo, si supieras lo que me cuesta tu victoria.

El virtuoso Lara le insta á que le confíe sus pesares. El interes tierno que le manifiesta, la sensibilidad que reina en sus discursos, el atractivo recíproco que experimentan las almas virtuosas, determinan al joven africano, esperando que su historia acelerará el instante de su libertad, ó que á lo menos, su confianza agradará al generoso vencedor. Ambos se adelantan un trecho de la tropa, y el númida habló de esta manera:

¡Dichoso el mortal oscuro que, sin grandeza, sin bienes ni nacimiento, no conoce más deberes que los de la naturaleza, más placeres que amar, más gloria que ser amado! Insensible al vano orgullo de que hemos hecho nuestra primera necesidad, no deja su patria por buscar, en climas lejanos, los peligros ó los tormentos que no le estaban destinados; no vive lejos del objeto de su ternura, ni añade, á

las penas inseparables del amor, la más cruel de todas, la ausencia de que la naturaleza le había preservado: pasa tranquilo sus días, en los lugares en donde comenzaron: descansa al lado de su esposa, bajo el árbol donde jugó niño, y donde dormirá anciano. La choza que le vió nacer, ve nacer á sus hijos. Nada se muda, nada se mudará para él: el mismo sol le alumbra, los mismos frutos le alimentan, el mismo verdor regocija su vista, y la misma compañera, cada día más amada, le procura los beneficios de la naturaleza, las delicias del amor, y el placer de la paz.

Tal debía ser mi suerte, y tal era antes de la guerra de Grannada. Yo nací entre los pueblos pastores, que sin ciudades, ni habitaciones fijas viven en tiendas con sus ganados, trasladan su campo de prado en prado, vagando por los desiertos, desde el pié del Atlas hasta las fronteras del antiguo Egipto. Los primeros Arabes, salidos del país de Yemen, acaudillados por Yafrik, vinieron á someter estas vastas regiones, y les dieron el nombre de su jefe. Los vencidos fueron desterrados á las ciudades: los vencedores, respetando y amando siempre la vida pastoral, guardaron para sí los campos, y esparcieron sus tribus por el inmenso país de las Palmas.

En él hemos conservado las costumbres de nuestros mayores. Cada tribu separada encierra sus ganados y sus riquezas en un recinto rodeado de tiendas, hiladas de pelo de los camellos. Libres, pero sometidos á un cheik, el campo forma una repúplica, que se fija ó se muda, decide la guerra ó la paz, por el parecer de las familias. Nuestro cheik nos hace justicia, reduciéndose el código de nuestras leyes á estas solas máximas: *ser feliz sin hacer daño á nadie.*

Nuestros bienes consisten en camellos, cuya celeridad infatigable puede transportarnos, en un día, á doscientas millas de nuestros enemigos: en caballos, apreciables por la bravura, la inteligencia, la fidelidad á su dueño, de quien son leales compañeros: en ovejas, cuyas lanas finas son nuestro único vestido, y su deliciosa leche nuestra única bebida. Contentos con estos dones del cielo, despreciamos el oro y plata que nos darían nuestros montes, si nuestras

manos, tan codiciosas como las europeas, se bajasen á cavar nuestras minas. Los verdes prados, las llanadas de cebada y arroz, nos parecen preferibles á esos metales peligrosos, origen de las desgracias mundanas, y que vosotros mismos, á lo que he oído decir, haceis arrancar de la tierra por los brazos de vuestros delincuentes, sin duda para que os anuncien los crímenes que han de producir.

La paz, la amistad,la concordia, reinan en el seno de cada familia. Fieles á la religión que nos dejaron nuestros padres, adoramos un solo Dios, y tributamos honor á su profeta. Sin fatigar nuestro débil espíritu en comentar su libro divino, sin ostentar el delincuente orgullo de interpretar sus máximas santas, estamos ciertos de seguirle ejerciendo las dulces virtudes que grabó la naturaleza en nuestras almas, antes que las prescribiese el sublime Corán. Nosotros creemos que una acción buena vale más que muchas oraciones: que la justicia y la limosna son más sagradas que el Rhamadán; y precisados en nuestros desiertos arenosos á no ejecutar algunas abluciones, procuramos suplirlas con la caridad, la beneficencia, y sobre todo con la hospitalidad. Fieles, cuarenta siglos ha, á este deber fácil á nuestros corazones, le reverenciamos como el primero, le amamos como el más dulce. El estrangero que huella el umbral de nuestras tiendas, aun cuando sea enemigo, es para nosotros un objeto sagrado: su vida, sus bienes, su reposo, nos parecen un depósito precioso, que nos confía el Ser Eterno. Cada día le pedimos que nos conceda este favor y los jefes de nuestras familias lo ambicionan. Ninguno de ellos come nunca en su tienda: la mesa está siempre á la entrada, los asientos dispuestos, y el dueño no se sienta hasta haber dicho antes tres veces en voz alta: "En nombre de Dios, pa-"dre de los humanos, si hay aquí algún viagero, algún in-"digente, algún infeliz, que venga á comer mi pan y á con-"tarme sus penas."

Entre estos hombres sencillos, que han conservado las mismas costumbres desde el nacimiento del hijo de Agar, en medio del desierto de Zab, vine yo al mundo para amar á Zora, la más casta, la más hermosa de mi tribu. Zora, encargada á mi padre desde su infancia, criada conmigo, no

se separó de mí un instante, amándome desde el punto que yo la amé, sin que pueda decir cual fué el momento en que empezó nuestro tierno amor. Mi padre, cheik de mi tribu, vió nacer y alimentó nuestro inocente cariño. El nos estrechaba en sus brazos, nos llamaba sus hijos, y nos acariciaba igualmente. Antes de saber lo que era ser esposo, Zora me daba este nombre, yo la llamaba también mi esposa; y mi padre, juntando nuestras manos, me decía: Ismael, hijo mío, ama siempre, ama toda tu vida á la hija de mi amigo: creced juntos, amándoos como las dos palmas, que una á par de otra se levantan delante de mi tienda: vosotros consolareis mi vejez, y sostendreis mis pasos trémulos en la bajada rápida, que ya me arrastra al sepulcro: el himeneo os unirá pronto; y algún día repetireis á vuestros hijos lo que ahora yo os digo con tanto gozo.

Antes de cumplir doce años, mi padre me había enseñado á manejar el arco, á regir un caballo sin freno, á correr sobre él por la arena. Zora, por no dejarme, había aprendido los mismos ejercicios creyendo amarlos porque me amaba. Vestida de una túnica corta, atada con presillas de oro, el arco en la mano, la aljaba sobre sus espaldas, seguía siempre mis pasos. Ya dejábamos nuestros ganados para perseguir el rápido avestrus, el peligroso chacal, ó los gatos monteses, atravesándoles Zora con sus flechas, celebrando yo sus victorias; ya montados sobre veloces caballos, armados de dardos, y al frente de un escuadrón de guerreros de nuestra edad, ibamos á buscar en su cueva al temible león, le hacíamos salir al campo con nuestras jabalinas, y al son de nuestras trompetas se descubrian los ocultos ecos. El animal furioso, rugiendo, turbado con el belicoso ruido, se arrojaba á los caballos, acometía, derribaba los cazadores, pero yo cuidaba de Zora, y puesto entre ella y el león, hubiera sido despedazado ántes que Zora fuese herida, mil veces hubiera perdido la vida ántes que la suya estuviera en peligro. El monstruo, atravesado por todas partes espiraba bañado en su sangre; y la jabalina de Zora llevaba sus sangrientos despojos.

¡Dichosas y amargas memorias de aquellos venturosos tiempos! ¡Cuanto placer siento, al contar las costumbres de

mi querida patria! La memoria de los bienes perdidos, es el último bíen de los desgraciados. Todas las mañanas al nacer la aurora, Zora y mis hermanos, ibamos delante de la tienda del amado autor de nuestros días, á esperar en silencio el instante en que despertaba. Así como ninguno de nosotros se entregaba al sueño, sin haber recibido su bendición, del mismo modo la deseaba para volver al trabajo. Puestos de rodillas al rededor del venerable anciano, después de haberle escuchado orar, é invocar por nosotros al Soberano del cielo, le rodéabamos tiernamente con nuestros brazos. A veces se dignaba venir con nosotros, á conducir á los frescos pastos, los camellos, los carneros baladores, los caballos y los tiernos corderos que llamaban á sus madres. Mientaas resuenan por el campo las flautas de los pastorcillos y los cantares de los amantes dichosos, nuestras mujeres en las tiendas practican los oficios confiados á su sexo, hilan la lana de nuestros ganados, preparan nuestro alimento, ponen en orden nuestra habitación, educan é instruyen á nuestros hijos en bendecir y respetar á su padre, como la imagen augusta de Dios; y al volver nosotros al anochecer, sus brazos nos descansan, sus deseadas caricias nos parecen más dulces, con la corta ausencia que las dilató. Nuestro amor siempre vivo, aunque siempre satisfecho, procura espresarse con nuevas y repetidas pruebas: el joven esposo, el joven amante, cuenta á la que ama lo que ha hecho durante el día, y le canta la canción en que celebra su belleza. Tomamos juntos la cena; y son nuestros manjares, arroz cocido al humo, el cabrito sobre las ascuas, los datiles frescos, bastando esto á nuestra salud robusta y á nuestros deseos moderados. Después de esta comida frugal, los ancianos, sentados en medio del corro, cuentan las historias de los tiempos pasados, las hazañas del valiente Kaled; la bondad del sabio Almamón, ó las desgracias de dos amantes, que la fortuna quiso probar. Tribútanse lágrimas á su suerte, dándose con una mirada el parabien de no padecer las mismas adversidades. Una oración hecha en comun, anuncia la hora del reposo: danse gracias al cielo por la felicidad del día que acaba de espirar, y se goza de un sueño tranquilo, á qne ha de seguirse un día feliz.

Mi himeneo con Zora colmó mi felicidad. Zora sobre un camello, en una pirámide de gaza, fué paseada por todo el campo, al son de los timbales y flautas. Al traves del velo que la ocultaba, se distinguía la hermosa Zora vestida de una túnica blanca, las orejas, las piernas y los brazos, llenos de anillos y brazeletes de oro. Condujéronla á mi tienda, mi padre la puso en mis brazos, y nuestros amigos y hermanos, delante de mi pabellón, celebraron hasta el otro día, el amor del feliz esposo, la virtud de la tímida doncella.

Pero el sonido de la trompeta sucedió á tan dulces cantares. Concluido apenas mi himeneo, los embajadores del rey Boabdil llegaron pidiéndonos, en nombre del profeta, que tomásemos las armas por la causa de Dios.

Hijos de Hagar, nos dicen: vuestros hermanos de Granada os imploran: aquella soberbia capital, único resto de vuestras conquistas, va á caer en poder de los cristianos. De los estremos de España, los enemigos de nuestra fe se han reunido debajo de sus muros. Dueños de nuestra ciudad, pasarán al Africa, vendrán á incendiar vuestras ciudades poderosas, reducirán á cenizas vuestras mezquitas, matarán vuestros sacerdotes, ultrajarán vuestras mujeres, y penetrando hasta vuestros desiertos, llevarán á sangre y fuego vuestros campos pacíficos. Cuando intenteis rechazarlos, sus victorias los habrán hecho invencibles. Entonces invocareis el Ser Eterno; pero él os castigará por haber abandodonado á vuestros hermanos, por haber olvidado tanto tiempo, que solo os puso sobre la tierra para prodigar vuestra sangre en defensa de su ley.

Estas palabras inflamaron la juventud, y persuadieron á los ancianos. Mi padre, junto con los demás, decide que la flor de nuestros guerreros marche á socorrer á Granada. Al punto se oye resonar por todo el campo: ¡al arma, musulmanes, al arma! á caballo, hijos de los desiertos! El celo de Dios os guíe! La victoria siga vuestras lanzas!

A esta voz, diez mil guerreros saltan sobre sus veloces caballos; de los cuales escogió mi padre seis mil, y me confió el mando. Zora, temblando y fuera de sí, viene á echarse á sus piés, pidiéndole la deje acompañarme. Diestra en el ejercicio de las armas, era digna de acompañarnos y de

mandarnos. Mi padre titubea, pero las voces de mis compañeros, las lágrimas que ve sobre mi rostro, los ruegos de todo el ejército, deciden en fin su ternura á que Zora venga cónmigo.

No contaré la triste despedida de mi padre, con el dolor que le afligía por esta cruel separación. Mis lágrimas corren todavía al recordar aquel anciano venerable, apartándose de mí para abrazar á Zora contra su seno, dejándola para volverme á abrazar, encargándonos á ambos que nos mostrásemos dignos de él, dignos de nuestra patria, pero sin buscar peligros superiores á nuestras fuerzas. Zora entonces, me decía llorando, sin fuerzas para seguirte, no obstante te seguirá. Tú serías causa de su perdición, y tú no sobrevivirías, y tu imprudencia llevaría al sepulcro tu esposa con tu padre. Respeta tus días, caro Ismael, piensa que sus ojos paternales te seguirán en las batallas, que no te apartarás un instante de su alma, y que la lanza que amenace tu corazón, atravesará al mismo tiempo el suyo.

Mientras decía estas palabras, cuando ya mis guerreros á caballo, solo me esperaban á mí para partir, un negro cuervo desde lo alto de una palma hacía resonar el aire con sus fúnebres acentos. Mi padre que le vió, quiso suspender mi partida, pero haciendo poco caso de estos vanos presagios, respetados de mi nación, disipé su temor, suplicándole no diese oído á su sensibilidad, y abrazándole por la última vez, monté á caballo siguiéndome la hermosa Zora.

Llegamos en poco tiempo á la ciudad de la Victoria, en donde los bajeles de Boabdil recibieron mis seis mil guerreros. Desembarcados en el puerto de Almería, nos encaminamos á la famosa ciudad, en cuyo socorro veníamos. Boabdil nos colmó de caricias, alojó á los bereberes en las casas más ricas; y quiso que su palacio mismo sirviese para habitación de mi esposa.

Pero en poco tiempo vino á serme odiosa la mansión en Granada. El espectáculo de un déspota feroz, rodeado de cortesanos corrompidos, el desprecio público de las costumbres, de aquellas costumbres tan reverenciadas, tan santas en nuestra nación, repugnaban y horrorizaban á Zora, cuya alma tímida y casta, acostumbrada á no ver al rededor de

sí sino la inocencia y la dulce paz, temblaba á la vista del vicio, como la gacela delante de la serpiente, y suspirando por el Africa, me rogaba cada día que la sacase de aquella corte impía, ó que á lo menos la alejase de un rey, que ya no conocía ni freno ni remordimiento.

Al fin se presentó la ocasión. Almanzor nuestro general, el único digno de mi estimación, supo que los castellanos intentaban atacar á Cártama, ciudad en donde se había refugiado una célebre tribu. Cártama aunque inespugnable, necesitaba socorros. Los abencerrajes que la defendían, irritados tiempo había contra los granadinos, no querían recibir en sus muros sino tropas estrangeras. Almanzor me pidió que mi esposa partiese con mil bereberes. Estremecime al pensar en separarme de Zora: ni podía abandonar el resto de mis tropas, ni vivir lejos de mi esposa; pero el deseo que mostraba de alejarse de Boabdil y su corte, lo mucho que elogiaba á Almanzor las virtudes de los abencerrajes, la fidelidad de sus campañeros que todos morirían por Zora, me determinaron al fin. Conduje pues mi esposa á Cártama, y Osmán, el pérfido Osmán, gobernador de aquella ciudad, le mostró el mayor respeto, convidándome á venir á menudo á ver el objeto de mi amor. Yo vivia tranquilo vuelto ya al lado de Almanzor, y casi todas las noches salía de Granada sobre mi infatigable caballo, para irme á pasar algunos instantes con mi esposa querida, y darle cuenta de mis pensamientos, oír y repetir nuestras promesas.

De esta manera se suavisaban un poco las penas de la ausencia, y se calmaban los dolorosos tormentos de existir lejos de Zora. Pero otro tormento todavía más horrible vino á aumentar mis males. En este mismo día, he sabido que el gobernador de Cártama, que uno de estos abencerrajes que Almanzor me había pintado como héroes, que Osmán en fin, el infame Osman, se atrevía á amar á mi esposa y le había declarado su amor.

No, señor, vos no sabeis ni podeis concebir el funesto, el terrible imperio que ofrece sobre nosotros la pasión de los celos, la más viva, la más violenta, que se conoce en nuestros climas ardientes. Ningún crimen, ningún atentado,

iguala, á nuestros ojos, al de mirar á nuestras esposas, á nuestras amadas; ningún género de venganzas se prohibe para castigar esta horrible afrenta. Liberales de nuestros bienes, pacíficos, afables, hospitalarios, somos más bárbaros, más feroces, más sanguinarios, que los leones de nuestros desiertos, luego que alguno intenta aspirar al objeto de nuestra ternura.

Apenas supe el crímen de Osmán, resolví ir á Cártama para estar al lado de Zora, para buscar la ocasión de pasar mil veces esta espada por el corazón del insolente Osmán. Ya estaba en camino.... ah! y pensaba que nuestra última victoria, el incendio del campo español, me aseguraban hoy mi marcha más que nunca. La idea do ver á Zora, de no volverme á separar de ella, la esperanza de vengarme de un traidor, llenaban mi alma de alegría cuando vuestros guerreros me asaltaron de repente por todas partes. Tal vez sin voz hubiera escapado de sus manos; pero vuestro invicto brazo triunfó de mis esfuerzos, y vuestra victoria me cuesta los momentos más caros de mi vida.

Esta es la causa de mis lágrimas: Zora me espera, y yo estoy cautivo: Osmán está cerca de Zora: Ismael está entre las cadenas de los españoles.... ¿Admirareis ya mi llanto?

Enjugadle, responde Lara, que yo repararé el mal que hice. Yo pediré á mi rey que os vuelva la libertad de que yo solo no soy dueño: mi propio caballo te llevará á Cártama, y al amanecer vereis á Zora, y si en premio de mi celo quereis honrarme con vuestra amistad, ella me será más grata que todos los laureles de la gloria.

En esto llegan á las trincheras. Lara conduce su prisionero á su tienda, emplea todo género de socorros, y mientras cuidan del númida y sus heridas, Lara marcha en busca de Fernando para darle cuenta de su excursión nocturna.

El rey de Aragón y su augusta esposa estaban á la sazón en el consejo. Un estrangero, un incógnito, protegido solo por Isabel, cuya penetración había descubierto, en aquel hombre oscuro, un hombre grande, esponía á los dos reyes sus grandes designios. Colón proponia el descubrimiento y

conquista de un nuevo mundo, pidiendo solo un navío. El consejo entero dudaba en concedérsele; pero Isabel no dudó.

Lara llega y toma asiento; pero los grandes intereses que se agitan no le dejan hablar al rey. El tiempo corre, se adelanta la noche, y el impaciente Ismael desea ansioso la vuelta de Lara.

Pero el caballo del bereber, huido del sitio del combate, tomó el camino que tantas veces había corrido, y aguijado del terror, vuela hácia Cártama, en donde Zora suspira inquieta, y espera á su esposo, viendo pasar las horas, y contando los tristes instantes. Figúrase los peligros que pueden amenazar al que ama, y auméntalos su imaginación, fatigándola las más funestas ideas. Un espanto mortal se apodera de su espíritu: un horrible presentimiento la hace llorar y estremecerse. No pudiendo soportar el horrible tormento que siente, quiere ir en busca de su caro Ismael, pareciéndole que padecerá ménos, buscando el objeto que su corazón desea; que su temor será menor, esponiéndose á los peligros que él corre.

Para no ser detenida por las guardias, Zora toma un vestido guerrero, semejante al de los abencerrajes, atraviesa la ciudad á caballo, finge ser mensagero de una orden de Osmán, sale y marcha hácia á Granada, preguntando con sus ojos, por su esposo, á cuanto descubría.

En esto oye correr un caballo, párase atenta, pone el oido, reprime el aliento, óyense las pisadas, acércase el caballo hiriendo igualmente la tierra haciendo, repetir al eco el ruido sordo de sus pies; inmóvil palpitando, descubre Zora el caballo: el color blanco, las largas crines, estremecen á la tierna Zora; vuela, llama á Ismael.... A este nombre, el caballo alza la cabeza, relincha y se llega á Zora. Zora le le examina: él es, él es el caballo de su esposo: solo, teñido en sangre, su dueño pereció sin duda, su dueño espiró entre las manos de algún bárbaro español.

El dolor, el temor y el amor, la sacan de sí, arrójase sobre el caballo sangriento, abandonándose á él, acusando al cielo, implorándole, jurando de vengar á Ismael. El inteligente animal vuelve atras, aumenta su celeridad, y llevan-

do á Zora al sitio mismo en que cayó su amante, se para. Zora mira, y ve los cuatro españoles que inmoló el bereber. Ya no duda de su desdicha: busca el cuerpo de Ismael, reconoce su roto escudo, ve la tierra humedecida con la sangre. Entonces despide lamentables gritos, cae desmayada sobre apuellos despojos, y la desesperación horrible la revuelca sobre la arena.

En medio de estas tristes quejas, oye gemir uno de los cuatro españoles, y levántase, corre: el infeliz respira todavía: Zora le socorre, procura volverle en sí, y luego que ha recobrado el habla, le pregnnta acerca de su combate, de sus heridas; por aquel escudo que había quedado por tierra, por aquella sangre de que está cubierto. Zora le pide, le conjura que no le oculte nada, y aumente ó disipe el tormento horrible que la aflige.

El soldado, agradecido á su socorro, pronuncia algunas palabras para explicarse, y mostrándole sus compañeros, le dice, que un bereber, solo, acometido en el camino, los ha dejado por el suelo; pronuncia el nombre de Lara, repite que Lara los ha vengado, que hizo pedazos aquel escudo, que aquella sangre es la del bereber derramada por la mano de Lara.

Zora sin responder, tiende la vista airada al rededor, pensando en dar fin á sus días en aquel instante, en el sitio en donde pereció Ismael. Pero el deseo de vengarle detiene su brazo: toma, aprieta la mano del soldado español, y con voz interrumpida le dice: amigo, enséñame el camino del campo, del campo en que respira Lara, ese Lara.... No temas, amigo, yo te enviaré tus compañeros: yo volveré á socorrerte, si el cielo quiere que vuelva.

El soldado admirado le indica el camino que ha de seguir. Zora toma su caballo, se entrega á su celeridad, le excita, vuela llega á las trincheras, las guardias quieren detenerla, pero Zora no oye sus voces. Id, les dice, id á comunicar al cruel Lara, que el gobernador de Cártama le desafía y le espera aquí: decidle que nada tema, que vengo solo, y si lo quiere, yo pelearé cercado de vosotros: que no tarde un instante, sino es el más cobarde de los hombres.

Las guardias se pasman de tanta osadia, y dudan si deben

obedecer; pero el respeto de los españoles á un guerrero que pide la lid es para ellos una ley sagrada. Uno va á dar aviso á Lara, y entre tanto la joven africana, sin olvidar, en medio de su furor, los deberes de la santa humanidad, envía dos soldados en busca del compañero herido.

Lara no había todavía vuelto, é Ismael le esperaba impaciente. El mensagero, sabedor de que está en el consejo, no se atreve á turbarle, y entre tanto habla con el númida, contándole que ha venido á desafiar á Lara el gobernador de Cártama.

A este nombre, se levanta Ismael, encendidos en furor los ojos ¡Dios justo! exclamó, tú le traes á mis manos: el pérfido viene á perseguirme, viene á pedir mi cabeza á mi vencedor generoso. Cristiano, ¿permitirás tú que tu valiente general, fatigado del combate y de la excursión de la noche, vaya á exponerse contra ese traidor? No! si amas á Lara, si te dignas de escuchar la voz de un cautivo, á quien él honra con su estimación, si quieres merecer de mí los beneficios que excedan á tu esperanza, préstame tus armas, ponme delante de ese abencerraje que viene aquí con siniestros designios, y te deberé la suprema dicha de esponer mi vida por un héroe amado de mi corazón, amado de vuestro ejército.

El soldado titubea: Ismael le conjura, le insta, le entrega los brazaletes de oro que adornan sus brazos y piernas, promete por el Dios del cielo de disculparle con Lara, responde todo con su cabeza, y el soldado en fin se despoja de sus armas, é Ismael se las viste con precipitación. La herida le atormenta bajo la pesada coraza; pero el odio contra Osmán, los celos ardientes, la necesidad de vengarse, le hacen olvidar el dolor: monta sobre el caballo de Lara, baja la visera de su casco, y guiado por el soldado, el acero en la mano, lleno el corazón de rabia, corre al sitio en donde su esposa irritada con la tardanza, se indigna, amenaza, se agita, arde por bañarse en sangre.

Apenas se descubren, engañados por la noche, ciegos de furor, llenos de implaeable odio nacido de su propio amor, se arrojan uno contra otro. Ninguno pronuncia una sola palabra; ambos temen igualmente ser conocidos: ambos tienen

igual interés en ocultarse. Las espadas, cubiertas de sangre, no paran los golpes contrarios, solo buscan el paso al pecho del enemigo: morir no es nada, si matan. La astucia ejercitada tantas veces, se olvida en este instante: el valor no es más que rabia feroz. Descúbrense para herirse mejor, acércanse para que sus heridas sean más profundas, se abrazan en fin, se levantan de los caballos, caen juntos, se vuelven á levantar, vuelven á abrazarse, temerosos de que su acero yerre el camino del corazón.

¡Desgraciado Ismael! Desventurada Zora! Qué funesto error os domina! Qué horrible delirio os transporta! Ay! vuestras manos furiosas se tocan, vuestro aliento se confunde, ambos os estrechais entre vuestros brazos, y nada os advierte, nada os anuncia que teneis delante el objeto de vuestra adoración! ¡Vuestros tiernos corazones palpitan uno junto á otro, y no se reconocen! ¡Vosotros que entendiais una sola mirada, un solo suspiro, vosotros que no podiais existir sino reunidos, ahora lo estais, ahora os abrazais, y es para daros la muerte! ¡Deteneos crueles, deteneos: calmad ese atroz furor, suspended esos golpes impíos, hablad una palabra, una sola palabra, y os postrareis ambos de rodillas, lavareis con vuestras lágrimas las heridas que habeis hecho, fijareis vuestros labios moribundos sobre el seno que despedazais!

¡Deseos inútiles! Vanos lamentos! El furor en su colmo nada ve, nada escucha. Enardecidos en su venganza, rabiando de celos y dolor, Ismael hiere dos veces á Zora, y quiere volverla á herir: Zora abre dos veces con su espada el pecho de Ismael, y busca por donde envainarla más profundamente. Al fin falto de sangre, debilitado ya por su primer combate, Ismael empieza á ceder, y Zora se arroja, redobla sus esfuerzos, le acosa, le hiere, le derriba, y metiéndole la espada hasta el puño: muere, le dice, bárbaro; pero antes de espirar, sabe que mueres á manos de una mujer: Zora te da la muerte, Zora, la esposa de Ismael que venga al esposo que adoraba.

Al oir estas palabras, al sonido de la voz, levanta Ismael la cabeza, recoge sus espíritus fugitivos, y juntando sus fuerzas desfallecidas, Zora! dice, Zora..... y tú eres

quien me quita la vida! y contra tí mi mano!

No acabó: Zora se arroja, desata el casco, mira.... Los primeros rayos del día le muestran el rostro pálido de Ismael.

Pálida como él, muda, inmóvil, traspasada de dolor, le considera atentamente. Querría, pero no puede dudar de su delito. Sin pronunciar una palabra, sin poder hacer ningún movimiento, permanece absorta y yerta, los cabellos erizados sobre la frente, los labios blancos entreabiertos, los ojos asombrados fijos sobre los ojos de Ismael, quien, con mano trémula, busca y toma la mano de Zora.

¡Oh dulce amiga mía! le dice: oh amada esposa, calma tu horrible desesperación, perdónate tu error, como Ismael te le perdona. Tú querias vengar mi muerte, y yo creía castigar al pérfido Osmán: tus manos sangrientas están puras: el golpe mortal que me has dado, me prueba tu amor. Yo espiro mirándote, estrechando tu mano querida, apoyándola sobre mi corazón: mi muerte ya no es dolorosa En nombre de nuestro amor, oh tierna Zora mía, en nombre de nuestro digno padre, que no tendrá más hijos que tú, prométeme vivir para consolarle: prométemelo al instante: la implacable muerte me cerca, ya llega; ... yo la siento.... adios, Zora, bien mío.... adios, único amor mío.... Ismael te perdona su muerte, concédele á lo menos tu vida.

Su voz desfallece, sus ojos se cierran, inclina la cabeza, y la mano fría suelta la de Zora. Ella inmóvil le mira aun algunos instantes. De improviso, tiémblanle las rodillas, los brazos caídos, rechinan sus dientes, se inclina, se acerca al rostro de Ismael, busca sus labios, apriétalos con fuertes convulsiones, se abraza al cuerpo helado, y exhala el último aliento.

FIN DEL LIBRO VII.

LIBRO OCTAVO.

Dolor de Lara, quien tributa los últimos oficios á Ismael y su esposa.—Llega Gonzalo.—Alegría del ejército y de los dos amigos.—Terror de los moros, que quieren huir á la ciudad.—Almanzor los detiene.—Llama á Gonzalo á la lid.—Isabel acepta el duelo.—Tormentos del héroe.—Viene á buscarle un trobador.—Halla á Zulema en un bosque.—Su virtud vence al amor, y vuelve al ejército.—Asáltanle los bereberes.—Combate y muerte de Almanzor.—Batalla general.—Hazañas y generosidad de Gonzalo.—Victoria de los españoles.

¡Oh muerte! ¡Muerte, terror de todos los hombres y su único reposo! Ninguno te miraría como una desdicha, si descargases tus golpes, á un tiempo, sobre los amigos fieles y sobre los tiernos amantes. Dejar de existir no es doloroso; separarse es el mayor de los males. No es desdichado el que á los últimos ó á los primeros días de una gloriosa carrera, satisfecho de sí mismo, desciende con su gloria al descanso del eterno sueño; pero la amante, el amigo, que recogen sus cenizas, no conservando otra cosa de la vida sino la facultad de padecer, esos son verdaderamente desdichados, esos merecen nuestras lágrimas. Inútil, estranjero

en el mundo, semejante al triste viajero perdido en las regiones lejanas, el que sobrevive al objeto amado, se cree en medio de un pueblo salvaje. Habla, y nadie le entiende: le hablan, y no puede responder. Su corazón ignora el lenguaje de la indiferencia: los hombres que ve, no son sus hermanos, pues no lloran con él. Inaccesibles aún á las dulces emociones de la virtud, la mira como una obligación, sin acordarse de que es un placer. Solo desamparado en el universo, vaga por un desierto inmenso, donde nada interesa á su vista, y donde sus ojos fatigados nada buscan sino un sepulcro. El es el objeto á que se dirigen sus pasos; él es el suspirado término de sus deseos, de los cuales huye alejándose continuamente. Oh Zora! Oh tierno Ismael! á lo ménos perecísteis juntos! ¡Vuestras almas siempre reunidas, irán á amarse en los altos cielos! Ay! vuestra suerte, aunque tan llena de horror, la envidia el corazon solitario, que ya solo vive en sus amargas memorias.

Los dos desgraciados esposos habian terminado su vida, y la guardia española los rodeaba, inclinadas las cabezas, cruzadas las manos, en el silencio que inspira la piedad, cuando Lara salía del consejo después de haber obtenido del rey la libertad de su cautivo, y venía reclamando el combate que le usurpó Ismael: ¡Qué espectáculo se presenta á su vista! Los dos amantes, tendidos sobre la yerba teñida en su misma sangre, las manos frias enlazadas, los rostros pálidos vueltos uno á otro, y los labios entre abiertos, como si buscasen su postrimer suspiro.

Lara despide un profundo gemido, y los castellanos le cuentan el error fatal de los esposos. El héroe se estremece, derramando copioso llanto, y atribuyéndose con amargo dolor la causa de su muerte, quiere á lo menos, honrando sus cenizas, tributarles la última ofrenda de su triste amistad. Un mismo sepulcro, encerró aquellos despojos, sobre los cuales plantó la mano de Lara dos mirtos entrelazados: "Creced les dijo árboles del amor, creced, en " la tierra, en donde reposan dos desdichados á quienes " el amor dió la muerte. El viajero, el guerrero sensible, " que pose á vuestra sombra sentirá latir su corazon, y cor- " rer, á pesar suyo, sus lágaimas: los esposos de esta comar-

"ca pronunciarán, bajo vuestras ramas, sus tiernos jura-
"mentos; y los perjuros, si los hay, se apartarán llenos de
"rubor, sin atreverse á hollar la yerba que cubra este se-
"pulcro sagrado."

En habiendo cumplido estos tristes obsequios, Lara vuelve al trabajo de la nueva ciudad. Ya los profundos fosos están revestidos de fuertes murallas; los terraplenos dominan los llanos las puertas giran en los goznes, las obras avanzadas son ya defensas, las barracas hechas á la ligera muestran solamente el lugar en donde se levantarán los edificios, sirviendo de asilo á los soldados, á los capitanes, á los reyes mismos, quienes no quieren otro palacio que el de la Alhambra, contentos con vivir en las sencillas habitaciones que ocupan sus guerreros.

Los moros, admirados al ver su ciudad en lugar de un campamento derrotado, pierden la esperanza y la audacia, que les había inspirado la victoria. Boabdil, privado de Almanzor, á quien sus heridas no permiten pelear, no pudo oponerse á la empresa de Isabel, ni osa fiar á la suerte de las armas el destino de su imperio. Los alabeces y almoradíes rodeaban continuamente al héroe, contemplando en su augusto semblante, para saber si estará pronto en estado de guiarlos á nuevas victorias: todos los soldados, penetrados de respeto y ternura cercan de rodillas su tienda, pidiendo al Ser Eterno que les vuelva su amparo, su padre, el objeto de su reconocimiento y veneración.

Solo Alamar, envidioso de la gloria de Almanzor, de quien por lo menos se juzga igual, indignado de que el ejército se crea sin general, mientras Almanzor no puede pelear, Alamar medita, en el retiro de su pabellón, nuevos crímenes. Ardiendo siempre en un amor feroz, por la hija de Muley-Hassen, sabía que la princesa estaba de vuelta en Granada, y que Almanzor y Muley han prometido protejerla y defenderla de su furor. Contando poco con la palabra del inconstante Boabdil, el africano discurre en su interior entrar por la noche en Granada, arrebatar á Zulema de su palacio, y ocultar su presa en los estados que obedecen á su poder.

El sol estaba en medio de su carrera, cuando de impro-

viso se oye en la ciudad española un gran tumulto, y las voces y alegres aclamaciones anuncian algún feliz acontecimiento. Las centinelas de las murallas quieren dejar sus puestos, las guardias avanzadas, instruidas por emisarios, participan de la pública alegría, vense sobre los muros los capitanes, los soldados abrazarse unos á otros, darse el parabien, rendir gracias al cielo, y amenazar, con los ademanes y las palabras, las torres soberbias de Granada.

Gonzalo, entre mil peligros, había atravesado las Alpujarras y veía en fin la nueva ciudad. Muéstrase, y en siendo reconocido, millares de voces resuenan por los aires, repitiendo su nombre glorioso. ¡Nuestro héroe! el gran capitán! El cielo nos vuelve nuestro salvador! Españoles, corred todos, venid á ver al invencible Gonzalo.

Los soldados salen precipitados, amontonándose al rededor del héroe, le cercan, le estrechan, y el tropel detiene su caballo. Este quiere tocar y besar sus armas, aquel aliviarle de su peso, todos le piden, le obligan á bajar, le levantan entre sus brazos, y disputándose este honor, le llevan en triunfo á los generales, á los capitanes, que venían á encontrarle.

¡Dichoso Lara! Tú los precedías á todos: á tí buscaba Gonzalo. Apenas se ven, ambos corren, se abrazan, juntan sus corazones por largo tiempo, lloran sin poder explicarse: luego se miran, y sus ojos no se sacian del placer de verse: sus lenguas balbucientes articulan algunas palabras que ahogan los sollozos; pero ambos se entienden, ambos se responden, y abrazándose otra vez parece que temen el volverse á ver separados. ¡Valeroso Gonzalo! animoso Lara! ¿qué laureles, qué victoria igualó jamás la felicidad de este momento?

En habiendo satisfecho el primer movimiento de sus almas, Gonzalo, sin soltar la mano de su amigo, responde á las muestras de afecto que le manifiestan los demás guerreros. Aguilar, Cortés, Medina, Guzmán, le dan el parabien. El héroe, rodeado de insignes capitanes, va hacia donde está la reina, siguiéndole todo el ejército, que llenaba el aire de alegres cantos.

Isabel sale á recibirle con Fernando: Gonzalo dobla la

rodilla, la reina al punto le levanta, le manda sentarse á su lado, recibe de su mano el tratado que el pérfido rey de Fez quiso sellar con un crímen, y se estremece al contemplar los peligros que amenazaron á su embajador. El rey de Aragón habla de venganza: Isabel solo habla del héroe. Pensemos, dice, en lo que debemos á Gonzalo: nuestro poder no alcanza á satisfacerle; pero la estimación de su patria, la veneración del ejército en sus señales de alegría y amor que habrán llenado su corazón, esta es su digna recompensa. Gran capitán, tú estabas ausente; el moro nos venció, muéstrate, y Granada cae. Tus reyes, tus soldados, tus iguales, todos confiesan con orgullo quo tu brazo manda á la victoria.

Dijo, y deja á Gonzalo con el fiel Lara. Los dos héroes, robándose á la multitud que les rodea, se retiran á un mismo asilo, y entregándose en libertad al sentimiento que ocupa sus corazones, multiplican las preguntas, quieren responder á un tiempo, y cada uno hablando de sí, se interrumpe á si propio para hablar de su amigo. Empiezan repetidas veces la historia de lo que ha padecido uno sin otro: lloran de alegría al acordarse de sus propios peligros; de ternura al saber los riesgos que ha corrido su amigo. Lara quiere ver y abrazar al fiel Pedro que libertó en Fez á Gonzalo, le llama, va á buscarle, le apellida su bienhechor, le estrecha entre sus brazos, le pide que le cuente las hazañas de Gonzalo en la embarcación, colma al anciano de caricias, y disputa á su generoso amigo el derecho de la recompensa.

Luego escucha en silencio los sucesos que interesan á Zulema. Instruido, tiempo había, de la pasión de Gonzalo, oye sin admiración que la ama. Los beneficios de la hermosa mora, su tierno reconocimiento con su libertador, excitan la gratitud de Lara; pero menos ciego que un amante, no se atreve á esperar que el dulce himeneo sea el premio de una paz que mira como imposible. Lara sabe los designios de Isabel, el voto que ha hecho de perecer ó apoderarse de Granada: oculta sí á su amigo este voto, finge, por no afligirle, que toma parte en su falsa esperanza, y respetando su amistad delicada una ilusión que ha de durar poco, prepara el consuelo para los pesares que preve.

Entre tanto, la fama veloz había llevado, hasta el campo de los moros, la noticia tan temida de la llegada de Gonzalo. Un súbito terror se apodera de los granadinos: los unos recuerdan pálidos la victoria que ganó á Abenhamet: los otros, su entrada en Granada. Todos tiemblan, amedrentados, corren al pabellón del rey, rodean á Boabdil, pidiendo á voces el volverse detrás de sus muros, amenazándole de abandonar el campo, si el monarca quiere detenerlos.

Boabdil, Muley-Hassen, los jefes de las tribus, Alamar mismo, no son bastantes á aplacar el pavor: nadie escucha sus discursos, ninguno reconoce su autoridad: el temor fomenta la sedición entre los soldados, les hace perder el respeto á su rey, vuelven en tumulto á sus tiendas, cargan sobre sus hombros lo que cada uno tiene de más valor, y creyéndose ya perseguidos por Gonzalo, huyen hácia la ciudad. El campo quedara desierto, si el grande Almanzor no se hubiera presentado.

Almanzor, advertido por su padre, sale medio desnudo del lecho en que le tenía el dolor de las heridas toma una lanza que ayuda á sus tardos pasos, y sin turbante, sin alfange, cubierta la frente de palidez, cargado de la gloria del heroismo, viene á presentarse delante de los fugitivos, ¿dónde correis, hijos de Ismael? les dice con voz terrible: ¿qué funesto delirio os domina, y qué pensais evitar? La muerte? vosotros mismos la vais á buscar, y la llamais sobre vosotros. El español de lo alto de sus muros bajará en un momento, se arrojará sobre vosotros degollándoos como un vil rebaño. No os hablo del honor, que nada puede en vuestros viles ánimos:no os hablo de vuestra patria, del Dios á quien faltais, de vuestras mugeres, de vuestros hijos que sin duda habeis vendido: solo os imploro por vosotros mismos, por esa vida que tanto amais y que vais á entregar al enemigo: deteneos, ó perecereis. Esperad á lo menos que la noche pueda no ocultar vuestra ignominia, sino asegurar vuestra fuga: esperad que la oscuridad retarde por algunos instantes esa muerte que mirais con tanto terror, y que un guerrero asegura desde el punto en que empieza á temerla. ¿Dudais? Temeis todavía que antes que acabe el día venga Gonzalo á acometeros? Sosegaos: yo solo pelearé, yo solo

bajaré al sepulcro, ó libraré al ejército del enemigo que le atemoriza. Rey de Granada manda que vaya un heraldo á desafiar en mi nombre á Gonzalo, anunciándole que mañana al amanecer, en presencia de los dos ejércitos, le llamo á duelo de muerte. Y vosotros, cobardes granadinos, que en otro tiempo no me abandonabais, ¿querreis antes de huir, verme morir ó triunfar?

A estas palabras se detienen los moros, los soldados llenos de rubor consienten en permanecer en el campo: Boabdil envía al heraldo: Muley-Hassen, bañado en llanto, guarda un profundo silencio, estrecha á su hijo entre sus trémulos brazos. Alamar encubre su rabia debajo de vanas lisonjas; y los jefes, inclinada la cabeza, no se atreven á entregarse á la alegría.

El heraldo marcha, precedido de dos trompetas; llega á las puertas de Santa Fe, los puentes se bajan, véndanle los ojos, y le conducen á la presencia de los reyes. Gonzalo entonces, con todos los generales estaba al lado de Isabel, persuadiendo á la reina las ventajas de una dichosa paz. Anuncian el heraldo de los moros: entra, y doblando la rodilla, dice: Reyes de Castilla y Aragón, yo vengo, en nombre de Almanzor, á llamar á desafío á Gonzalo de Córdova. Mañana al amanecer, delante de nuestro ejército, el príncipe de Granada, le esperará en la llanura, y solo la muerte de uno de los dos podrá separarlos

Gonzalo lanza un doloroso suspiro, que la reina cree efecto de su gozo, y sin darle tiempo para hablar: Heraldo, dice al enviado, Gonzalo acepta el desafío: Fernando le conducirá en persona, nosotros damos nuestra real palabra: ve á llevar mi respuesta.

Entonces vuelta á Gonzalo, que procura ocultar á sus ojos la turbación que le agita: Columna de mi trono, le dice, mis votos fueron al fin oídos. Cuando ese bárbaro dió la muerte á mi yerno, lo único que pedí al señor fué que le entregara á tus brazos: el Todo Poderoso me oyó. ¡Oh hija mía! alégrate: la muerte de Alfonso quedará vengada.

Fernando la escucha regocijado, despójase de su terrible espada, la misma que en las manos del Cid, vengó á su patria y su padre, conquistó á Jimena y Valencia, y guarda-

ban los soberanos de Aragón, como un tesoro precioso. Oh tú, dice á Gonzalo, tú que tanto semejas á Rodrigo, recibe esta su espada. A mí me pertenece por mi corona; á ti te toca más por tu valor. Castigue este acero al matador de Alfonso, haga triunfar á la España, y quede para siempre en las manos más dignas de traerle.

Todos los generales aplauden, todos rodean al héroe, celebran su victoria, anuncian la pérdida de Granada en faltándole su defensor, y entregándose á la alegria de ver triunfar á un rival en la gloria, manifiestan que los corazones generosos saben admirar sin evidia.

Gonzalo turbado, abatido, apenas puede responder á la reina, á Fernando, á sus compañeros: va á hablar para decir que Zulema salvó su vida, que los lazos más dulces y más estrechos le unen á la princesa, que su hermano es sagrado para él; pero el honor, el severo honor, el ídolo de las almas grandes, el honor que en nada estima las penas de los corazones sensibles, impone silencio al héroe. ¿Como ha de negarse á un duelo? ¿Como pudiera engañar la voluntad de sus reyes, la esperanza de todo el ejército, y sacrificar al amor su deber, su patria y su gloria? Combatido de estos encontrados pensamientos, se aparta del tropel que le cerca, retirándose en compañía de Lara.

Entónces arrojándose entre los brazos de su fiel amigo, baña su rostro con sus lágrimas, y le repite mil veces el juramento que hizo á su amada de respetar siempre á Almanzor: le hace presente el obstáculo insuperable que su victoria opondrá á su himeneo con la princesa; el dolor, la rabia de Muley-Hassen, la amenaza de Zulema de ahogar para siempre su amor si derramaba la sangre de su hermano. Ella dejará de amarme, dice con desesperación: amigo, no, tú no puedes comprender, no puedes concebir la desdicha, la horrible desdicha de no ser amado de Zulema. Yo sufriré su ausencia, padeceré todo género de penas todos los tormentos de los celos, arrastraré mi triste vida, esperando un siglo entero la felicidad de verla un momento, pero faltar á la fe jurada! hacer correr sus lágrimas! atraerme su odio! gran Dios! el odio de Zulema! . . . . No, amigo: moriré primero, perderé mi estéril gloria; quítame tú mis-

mo la vida, antes que yo cometa tan horrible delito.

Lara le escucha en silencio: Lara no necesita recordarle lo que debe á su patria: las lágrimas de Gonzalo manifiestan que no lo ha olvidado. Lara le abraza, le estrecha sobre su corazón, y temiendo que se lo niegue, propone, con voz tímida, el pelear por su amigo. El héroe desecha esta oferta, que humilla su valor, y atemoriza su amistad. El peligro es grande con Almanzor: Gonzalo no puede cederle.... ¡Gonzalo exponer la vida del mortal que más quiere! esta idea le estremece: manda á Lara, que no vuelva á instarle, se arrepiente de haberse explicado demasiado, y resuelto á cumplir su deber, piensa en desplegar toda su fuerza, toda su astucia, para preservar su vida sin atacar á su enemigo.

Mientras concibe esta quimérica esperanza, la noche que se adelanta con las estrellas, obliga á los dos amigos á tomar un sueño ligero, cuando de improviso los despierta uno de los soldados que guardaban las puertas. Gran capitán, le dice, venid á oír un trovador de estos que vagan por España, cantando las hazañas de los héroes y las penas de los amantes fieles, que sólo del otro lado de las trincheras, pide el hablaros.

El enamorado Gonzalo, que cree que todo el universo ha de hablarle de Zulema, se levanta con precipitación, pide á su amigo que no le acompañe, y va á las puertas con el soldado. Apenas está en lo alto del muro, descubre á lo lejos el trovador envuelto en una ancha capa, junto al foso, cantando con dulce melodía, escuchando atentos los centinelas.

El sonido de la voz que Gonzalo quiere reconocer, y el misterio que muestra el estranjero, excitan la curiosidad del héroe: manda abrir las puertas, y va á hablarle: mírale á la claridad de la luna, y reconoce bajo este traje á Amina, la fiel Amina esclava de Zulema. Su alegría le hace despedir un grito, é inquieto le pregunta, en donde respira la que adora. En este bosque está, le responde la esclava, mostrándole una colina que se distinguía desde el pié de la muralla; por veros y hablaros ha salido de Granada: por orden

suya vengo así disfrazada, para llegar hasta aquí, para buscaros y llevaros á su presencia.

El héroe marcha, deja atrás la esclava que le había de guiar, corre, llega al bosque, ve a la princesa y se arroja á sus piés; quiere hablar, y las lágrimas interrumpen sus palabras: aprieta la mano querida llegándola á su boca; pero Zulema la retira dulcemente, y afirmando la voz que su emoción había alterado, le dice: ¿Qué he oído? ¿qué horrible voz me ha obligado á dejar á Granada, á buscaros, sola, de noche, en medio de este bosque desierto, á faltar por vos á mis deberes, á mi padre, á mi patria y á mí misma? ¿Es cierto que mañana habeis de perecer, ó matar á mi hermano? ¿Es cierto que la espada de que yo os armé, ha de atravesar el pecho de Almanzor?

Zulema, le responde Gonzalo, no aflijas á un desdichado: Almanzor me llamó á la lid, mis reyes recibieron su cartel, mis reyes y todo nuestro ejército han puesto su causa en mis manos. ¿Podía yo negarme á sus deseos? ¿Debía yo declarar nuestros secretos, ó dar que sospechar de mi valor? No tú no lo hubieras permitido: tú misma me hubieras estorbado envilecerme á los ojos de mi patria, y merecer su desprecio. Pero calma, sociega tu corazón: mi lanza y mi espada solo servirán mañana para mi defensa: mañana espiraré antes que amenazar la vida de Almanzor: espiraré dichoso, moriré por lo que más amo por el honor y por Zulema.

Escucha, dice la princesa, yo no soy más que una mujer débil, poco instruida en las bárbaras leyes que guardan los héroes en sus lides. Tal vez me sería lícito recordarte tus juramentos, y preguntarte si el honor, el honor sagrado de las almas puras, que no siempre es el de los guerreros no te prohibe volver tu espada contra el hermano de tu amante, faltar á las más santas promesas, dar la muerte á mi virtuoso padre entre las lágrimas y la desesperación; pero yo te adoro, Gonzalo, y todo lo que contribuye á tu gloria, es respetable á mis ojos. No temas que yo venga aquí á darte consejos indignos de tu valor, á abusar del dominio que sobre tí tengo, para pedirte una vileza: no, Gonzalo, no lo temas: yo vengo á jurarte otra vez, que tú eres el único que

he querido: que hasta el último instante, no querré sino á tí solo: vengo, cierta de mi muerte, á decirte por la última vez....

¡Cielos!.... interrumpe el héroe, quereis?.... Quiero que me oigas, que conozcas mis desdichas, y que tú mismo juzgues si puedo soportar la vida. Yo debo darte cuenta de los motivos que tengo para acabar unos días que te pertenecían á tí solo. Sabe lo que ha pasado: sabe que desde la cima de la felicidad, me veo repentinamente sumida en el abismo del infortunio. Yo había hablado á mi padre, le había contado todo, y había movido su corazón sensible. Advertidos secretamente que el impío Alamar osaba amenazarme todavía, íbamos á salir de Granada, y huir para siempre de Boabdil. Una nave cargada con nuestras riquezas, debía llevarnos á Sicilia. Allí tu hubieras venido, luego que la paz ó una tregua te hubiera permitido separarte de tus reyes: allí tranquila entre los cristianos, profesando tu religión santa, tanto tiempo ha la mía, te hubiera dado mi fe delante de tus altares: mi padre amado lo consentía: allí, pacíficos, incógnitos, olvidados del restro del mundo, ocupados solamente en agradarnos, en hacer feliz ese digno anciano, en gozar continuamente de aquellos placeres suaves de que solo juntas disfrutan dos almas puras, hubiéramos visto correr nuestros rápidos días, los pocos días que el cielo concede á los humanos para la ternura y la felicidad. En este instante en que yo contemplaba las dulzuras con que me lisonjeaba la esperanza, vienen á comunicarme que mañana tú matarás á mi hermano, ó recibirás de él la muerte. Porque no te alucines Gonzalo, no creas que podrás, con Almanzor, evitar la muerte sin dársela: mi hermano tan valiente como tú, tan ejercitado en vuestro terrible arte, ha prometido perecer ó inmolarte. Mi hermano cumple sus palabras: su causa es mejor que la tuya: el quiere libertar á su pátria, tú quieres sujetarla: el pelea por salvar á su esposa, tú peleas para perder á tu amante, para imposibilitar para siempre el himeneo, aquel tierno himeneo, tan difícil ya por tantos obstáculos, cuya ilusión me consolaba, y mantenía mi existencia. Si la fortuna es igual, si el cielo es justo, tú serás vencido. ¿Y piensas que yo podré vivir des-

pués? Si tú triunfas, debo aborrecerte, y la muerte me es fácil. Adiós pues, desdichado amigo; adiós, pues que puedo todavía darte el dulce nombre de amigo, hablarte, mirarte, apretar sin delito esta mano querida, que yo esperaba unir á la mía; esta mano que dentro de una hora.... Adiós, Gonzalo, adiós para siempre.

En pronunciando estas palabras, un temblor se apodera de ella, suelta con violencia la mano de Gonzalo, pronuncia adiós sollozando, quiere alejarse, y cae privada de sentido. El héroe la levanta, la esclava acude á socorrerla; pero nada la vuelve en sí; y ya los primeros fuegos de la aurora empezaban á brillar en el horizonte.

Gonzalo, fuera de sí, le enagena el amor, le oprimen los sollozos, descubre el día sin poder dejar á su amante, la ve pálida, sin vida, caída de cabeza, esparcidos los cabellos; sostiénela en sus brazos, siente correr por sus manos trémulas las lágrimas, que salen aun de los párpados de Zulema. Su razón le abandona, y ya no piensa en el combate aplazado; solo piensa en su amante, solo ve á Zulema en el universo. El tiempo corre, la hora se acerca, olvida.... y de repente su vista se dirige á su espada, á la espada del Cid que le acababa de dar su rey. Entonces queda inmóvil: el nombre, el nombre grande que le viene á la memoria, el uso para que le fué dada, la sangre del padre Jimena que derramó Rodrigo á pesar de su amor, todo en un instante recuerda á Gonzalo los deberes á que iba á faltar. El rubor colora su rostro, y un frío sudor discurre por sus miembros: la imagen de Lara se ofrece á su vista, Lara que le espera que responde al ajército por el honor, por la gloria de su amigo.... ¡Y la aurora ha salido ya!.... y quizá se duda!.... Gonzalo lanza un horrible grito, pasa á los brazos de Anima el cuerpo amado que sostenía, toma la mano de Zulema estampando en ella sus labios, parte, vuelve veloz, encarga su cuidado á la esclava, toma otra vez la cara mano que baña con sus lágrimas, llama todas sus fuerzas, se arranca en fin del lado de su amada, y temeroso de volver los ojos, apresura la marcha hácia Santa Fe.

Aun no había salido del bosque, cuando oye voces y gemidos, y ve una tropa de gente de á caballo, dispersa por

el monte, llenando el aire de sus fúnebres acentos. Los tristes bereberes, que dejó en Cártama Zora, inquietos sin saber la suerte de la joven esposa, la buscaban desde el día anterior, y acababan de saber que había perecido junto á los muros de la ciudad cristiana. Penetrados de dolor, ardiendo en deseos de venganza, apenas divisan á Gonzalo, sedientos de la española sangre, se reunen para acometerle. El héro saca la espada, y poniéndose al abrigo de los árboles para defenderse de tantos, mantiene á pié, sin coraza, el peligroso combate. Caen muchos á sus golpes; pero precisado á huir de árbol en árbol, ve con desesperacion, que otro nuevo enemigo sucede al que acaba de vencer. Corre el tiempo, aparece el sol, ya brilla en los cielos: Gonzalo dobla sus esfuerzos, procura apoderarse de un caballo; pero ellos huyen, y no conocen más que á sus dueños: quiere abrirse paso al través de las lanzas; pero los berebe res ligeros como el aire, le cercan y lo estrechan por todas partes.

En este tiempo el valeroso Almanzor, al despuntar los primeros rayos del día, había pedido sus armas. Débil por sus heridas, pero sostenido por su virtud, por el amor á su patria; se cree con todas sus fuerzas, y jamás se sintió con más ardor. Vístese la reluciente coraza, cubriéndola con una cota de malla, impenetrable al más agudo acero: ciñe su cabeza con el turbante, forrado con tres hojas de acero, sujetándole y asegurándole con una cadena de metal: un manto purpúreo desciende hasta la cintura, en donde está pendiente de anchos anillos de oro, un alfange templado en Damasco: toma la lanza y el escudo, y antes de salir de su tienda, hinca la rodilla ante el Ser Eterno, y alzando la voz dice: Dios de la victoria y la justicia, Dios que miras en lo más profundo del corazón de los hombres, tú sabes la intención que me anima; tú sabes que tu ley santa, tú culto que intentan destruir, mi patria que quieren esclavizar, es lo que hoy me lleva á pelear con el más formidable guerrero. Haz que mi fuerza iguale á mis animos, haz, á este tu soldado, digno de tu causa, y sostenme con tu brazo poderoso. Si mi hora ha llegado, si mi destino se cumplió, Dios de bondad, cuida de mi cara esposa; guárdala desde lo

alto de tu trono, estorba que la postre el dolor. Oh Alah! yo no sentiré morir, si Moraima vive.

Despues de pronunciadas estas palabras, acompañadas de algunas lágrimas, levántase el héroe con augusto continente, marcha con planta veloz, monta sobre el caballo que tenían cuatro esclavos, y se endereza tranquilamente al lugar señalado para el combate.

El ejército de los moros, mandado por Boabdil, Muley-Hassen y Alamar, le sigue formando sus escuadrones por aquellas llanuras. El anciano Muley, montado sobre un fogoso caballo, viene á abrazar al generoso hijo; y sin poder hablar, sus corazones se comprenden. El venerable anciano se aparta para ocultar sus lágrimas, y el grande Almanzor en medio del palenque espera, con semblante indignado, á su enemigo.

Los españoles salían al mismo tiempo de la ciudad, y Fernando en persona, mandando los batallones, forma un frente igual al de los moros, reparte á la caballería en las dos alas al mando de Aguilar y de Medina, y confiando el centro á Fernan-Núñez, se coloca con los caballeros de Calatrava en frente de Boabdil. Isabel de lo alto de los muros, anima á los soldados con su presencia, y solo esperan á Gonzalo para dar la última señal.

Lara inquieto le busca, sin atreverse á preguntar por él; discurre por la muralla, mira los dos ejércitos, divisa á Almanzor solo, esperando y buscando con los ojos al enemigo, oye que llaman á Gonzalo, y ninguno responde. Los moros prorumpen en injuriosas voces, los españoles se admiran, los reyes, los jefes, los soldados, se quejan en voz alta, y ambos pueblos de concierto acusan á Gonzalo.

Lara desconsolado, arde en cólera, y en oyendo ultrajar á su amigo, nadie puede detenerle: corre á la tienda en dónde el héroe había dejado sus armas, se las viste con precipitación, toma el escudo famoso en donde se distingue el inmortal fenix, monta el caballo de Gonzalo y calada la visera sale á carrera abierta, y se pone delante de Almanzor.

Los castellanos muestran su alegría, los moros guardan el silencio: Almanzor se apresta, las trompetas se oyen. Al

modo que dos águilas furiosas parten del Norte y del mel dio día, hienden el aire con las veloces alas, y caen al encontrarse; así los dos héroes se arremeten, se juntan en emedio de su carrera, y al golpe caen los caballos. Levántanse al punto, la espada en la mano, acércanse, y descargan sus brazos: el acero corta el hierro, y sus corazas despiden vivo fuego. El moro, más corpulento y más astuto, menudea los golpes terribles: el español, más fuerte y mejor armado, se cubre y no prodiga los suyos: ambos, sin perder terreno, agitándose en el mismo sitio, buscan los parages indefensos, amenazan al pecho, tiran al casco, paran, atacan, avanzan, se retiran en un instante, siempre se oponen los escudos, siempre penetran sus mutuos intentos, los eluden, los previenen, y ninguno puede aprovecharse del movimiento que había previsto. La vista no puede seguir las espadas que, ora levantadas, ora bajas, se revuelven, se cruzan en lugar de descargar. Aun no corre la sangre, la victoria está incierta, y sólo la fatiga podrá declararla.

El impaciente Almanzor, que consiente en morir en triunfando, arroja el escudo, da hácia atrás tres pasos, empuña con ambas manos el formidable alfange, y volviendo como un rayo, descarga sobre su enemigo, partiendo el escudo de Lara, corta la coraza, y la punta abre en el pecho una ancha herida, de donde mana la sangre. Lara cae con una rodilla en tierra: el moro lleno de esperanza, quiere asegundar, y el español observa el instante en que el movimiento de los brazos levanta la cota de malla, le dirige un golpe certero, dejando su espada en las entrañas del héroe.

Almanzor le hiere de nuevo, y Lara palpitante cae sobre la arena. El príncipe de Granada vencedor, queda en pié algunos momentos, vacila, cede, y va á medir la tierra al lado de Lara, bañado en su propia sangre. Ambos procuran levantarse, ambos con débil mano buscan en vano sobre el polvo la espada que perdieron; cuando un guerrero cristiano se muestra en el campo, despidiendo gritos y sollozos, y llega volando, abriendo los hijares del polvoroso caballo, invocando el honor, la justicia y la amistad.

Los castellanos piensan reconocer en el escudo, en campo

de gules, al animoso Lara; los moros creen ver un traidor, que viene á inmolar á Almanzor. Avanzan pues hácia él, los españoles le siguen, los dos ejércitos se acercan, se atacan con furor, se mezclan, crujen las armas, la sangre corre en arroyos, los guerreros caen, el campo se cubre de muertos.

Gonzalo era quien, libre en fin de los bereberes, no había encontrado otras armas que las de su amigo: ve á Lara, se arroja al suelo, le levanta, siente palpitar aun su corazón, le confía á los castellanos para llevarle á Santa Fe. Luego corre hácia Almanzor, á quien los alabeces socorrían. En vano lanza gemidos dolorosos al verle privado de vida. Detiene los aragoneses que iban á arrojarse sobre él, defiende de los suyos el cuerpo del héroe que causa sus lágrimas, protege, asegura la retirada de los alabeces, que le llevan sobre sus escudos, y en viéndolos distantes toma el primer caballo, saca la espada del Cid, se arroja entre el tropel, desesperado y fuera de sí, lleno de amor y de cólera busca el peligro con ojos codiciosos, con ansia de perecer, acomete, desune, derrota los espesos batallones, vuelve al medio de las lanzas, inunda de sangre la tierra, pide la muerte, la provoca, la implora y la desprecia á un tiempo.

Fernando, Cortés, Aguilar, se exceden en esta memorable jornada; pero sus hazañas desaparecen al lado de las de Gonzalo. Ligero y temido como el rayo, discurre por el ejército enemigo, sembrando la muerte y terror: inmola, disipa, desbarata cuanto intenta oponérsele, abrese un ancho camino en donde sus víctimas caen amontonadas, y aguija el fatigado caballo, que apenas puede pasar sobre las armas y los cadáveres.

En medio de la horrenda carnicería, del tumulto, de los gritos de los fugitivos, el héroe descubre á Muley, á quien acometían cuatro españoles, defendiendo su cansada vida, pronunciando entre sollozos el nombre del hijo que había perdido. Esta vista lastimosa aumenta los males de Gonzalo, y volando á su socorro, dispersa aquellos enemigos, da su caballo al anciano, se pone á su lado cubriéndole con su cuerpo, le guía por entre el tropel, le muestra á lo lejos Granada, y le abre el camino.

Entretanto Alamar, el terrible Alamar, que venía de dar muerte á Velasco, á Zúñiga, á Marensa, á Girón; Alamar, cubierto de sangre, se presenta delante de Gonzalo. Ambos se paran, ambos se miran, jamás se vieron y se reconocen en su odio. Gonzalo está á pié, y el feroz africano, guía sobre él su caballo: el español le evita al paso, y de un revés desjarreta al ímpetuoso animal. Alamar cae, Gonzalo descarga el brazo sobre él, y la piel de serpiente resiste á sus golpes: el héroe ase á Alamar, le aprieta, le estrecha con todos sus miembros, lucha, rueda con él por la arena, y oprimiéndole con todo el peso de su cuerpo, va ahogarle, cuando los zegríes y los africanos llegan por todas partes, y se reunen contra Gonzalo: Gonzalo suelta la víctima, y resiste solo á la multitud. Apoyado sobre un montón de cadáveres, cubierto con su escudo acribillado, puesto un pié sobre cuatro africanos que mueren mordiendo la tierra: enhiesta la cabeza, el brazo levantado, mostrando su reluciente espada, los insulta, los amenaza, dando tiempo á Fernando para llegar con la caballería. Los moros se ponen en fuga, llevándose á Alamar entre sus escuadrones, corren, se precipitan, se atropellan, pasando al través de su campamento, sin esperanza de defenderle; y dejando á sus enemigos las tiendas, las riquezas, y los víveres, van á refugiarse á sus muros.

FIN DEL LIBRO VIII.

LIBRO NONO.

Angustia de Gonzalo.—Tregua cancedida á ruego suyo.—Tristeza del pueblo de Granada.—Dolor de Muley-Hassen y de Zulema.—Estado deplorable de Moraima.—Muerte de esta princesa.—Funerales de Almanzor y de su esposa.—Gonzalo va á buscar á Zulema.—Préndenle, y échanle en una mazmorra, para llevarle un tósigo.—Justifícase Gonzalo.—Alamar viene á sacar al héroe para llevarle al suplicio.—Los españoles dan el asalto.—Hazañas de Alamar.—Socorro inesperado que reciben los moros.—Derrota de los españoles.

El hombre virtuoso ultrajado, el inocente oprimido, encuentran, en el fondo de su alma, consuelo en sus penas contra la adversidad. La conciencia, aquel juez supremo é infalible, cuya severidad no perdona cosa alguna, cuyo descontento es un castigo, los pone al abrigo de los remordimientos, único suplicio que temen sus corazones. Pero el verdadero amante, en el seno de la victoria, en medio de los triunfos, es el mortal más digno de compasión, si teme alguna queja de la que ama. Poco le importan las lisonjas vanas, las ofrendas, las muestras de respeto de todo el mundo: el voto de su amada, su aprobación sola necesita. Si

ella no le da su estimación, él no está cierto de merecer la suya propia. Su alma toda en el ídolo adorado, ve y juzga por ajenos ojos; y su virtud, fiera é independiente en presencia de todo el universo, tiembla y no osa creerse inocente, si puede sospecharla el dueño querido.

Gonzalo, cubierto de gloria, sufría este doloroso tormento. La hermana de Almanzor creía á Gonzalo matador de su hermano: Lara tal vez va á espirar, y Gonzalo ha causado su muerte. Estos tristes pensamientos le ocupaban en la batalla, y le llevaron á buscar con tanto ardor el peligro y la muerte. Indignado contra sí propio, despechado contra su fortuna, en viéndose sin enemigos, deja á sus compañeros y sin hablar á Fernando, sin descubrirse al ejército, va á buscar á Lara.

Isabel estaba con él. Al oír que sus heridas no son mortales, Gonzalo no puede contener su alegría. Infórmase repetidas veces, estrecha entre sus brazos á su amigo inundándole en sus lágrimas, y mezclando entre sus tiernas caricias las doloridas reprensiones. Puesto de rodillas al lado del lecho, apedillándole su Dios tutelar, cuenta y publica en voz alta, lo que le había hecho emprender la amistad, y declara deberle el honor.

Luego el héroe se retira con Isabel para instruirla de su violenta pasión, de sus promesas, de su secreto; cuenta á la augusta reina como los beneficios y el reconocimiento han unido para siempre á Gonzalo con la hija de Muley-Hassen, y como habiendo sido llamado por ella la noche anterior, fué asaltado por los bereberes, y se retardó su vuelta. No habla de sus hazañas contra los innumerables enemigos, exagerando su falta para aumentar la gloria de su amigo.

Isabel le escucha admirada y enternecida, le consuela, y promete emplear sus esfuerzos para justificarle con su amada, para extinguir el odio injusto que animará al anciano Muley. Desde este instante, la sensible reina siente inclinarse á Zulema, á aquella que salvó la vida de Gonzalo, á aquella que adora el Dios de los cristianos; y dándole el nombre de hija, desea ya unirla al héroe.

En tanto, el rey de Aragón, después de haber entregado al saqueo el campo de los moros, conduce sus tropas á San-

ta Fe. Boabdil envía embajadores, pidiendo la paz y sometiéndose á pagar el tributo. Los reyes la niegan: Gonzalo implora á Isabel: la reina á sus ruegos concede una tregua de algunos días.

Más la pérdida de Almanzor aseguraba la ruina de los moros: y esta sola infelicidad los dejaba insensibles á todas las demás. Hombres y mujeres, ancianos y niños, cubierta la frente de ceniza, desgarran sus vestiduras, llenan las plazas públicas, se acercan gimiendo, se miran lanzando doloridos ayes, y se abrazan y confunden sus lágrimas: el soldado, pálido y tremulo, huye del ciudadano que le ultraja por haber dejado perecer á su general: estos quieren abandonar á Granada falta ya de su más fuerte muro; aquellos insultan al cielo, acusan á su falso profeta, unen las blasfemias á las quejas, todos anuncian á Boabdil el fin de su reinado impío, mirando la muerte de Almanzor como castigo de sus iniquidades.

Zulema, más digna de compasión, Zulema que no duda que su amante dió la muerte á su hermano, quisiera espirar de dolor; pero la memoria de Muley la encadena á la vida, no pudiendo abandonar sin ser criminal, un anciano de quien es el único apoyo. Encerrada con él en el Albayzin, devorando la mitad de sus lágrimas, oye al desgraciado padre pedir mil veces al cielo el hijo, objeto de su ternura, aquel hijo que era el único consuelo en todos los males que había padecido. Perdida su Leonor, usurpada la corona, vió perecer sus amigos: pero á lo ménos le quedaba Almanzor: le llama, y no puede creer que no exista, en medio de su delirio, le ve le oye, va á abrazarle, abrazando á su desconsolada hija, y luego que advierte su error, la aparta, se arranca las blancas canas, y arrojándolas con mil imprecaciones, pide sus armas para ir á pelear y arrancar el corazón al bárbaro Gonzalo, á cuyas manos feneció el hijo amado. El nombre de Gonzalo le horroriza, y sus sentidos debilitados no pueden soportarle, y cae sin aliento en los brazos de su hija, ya sin fuerzas para resistir á tanto dolor.

Más, ¿quién podrá decir el fatal golpe que descargó sobre la tierna Moraima? ¿Quién podrá esplicar lo que sintió, al informarla sus propios ojos de su horrible desdicha?

Durante la noche que precedió al funesto combate, postrada al pié de los altares, Moraima invocaba á su profeta, pidiéndole quo protegiese al héroe defensor de su ley, que con tantas sublimes virtudes honraba su religión santa, rogando al Todo Poderoso que conservase su más digna obra, y dejase por largo tiempo á la tierra un ejemplo de justicia y de honor. Inútiles ruegos! Moraima salía de la mezquita, y bajaba lentamente, cuando vé.... Eterno Dios! ¿pruebas tú así la virtud? Ve á su esposo sangriento traído por los alabeces. El rayo no obra con más prontitud, que la vista de este horrendo espectáculo. Sin poder arrojar un solo ay, ni hacer movimiento alguno, cae, rueda por el mármol, su cabeza toca tres veces las gradas, la sangre corre por tres heridas, y el cuerpo inanimado va á detenerse en los piés de los alabeces.

Levántanla y le suministran inútiles socorros: llévanla con Almanzor, pálida, sangrienta y desfigurada, semejante al héroe que ya no existe. Sus lívidos rostros se tocan, sus cabellos mezclados arrastran sobre la arena, la sangre confundida colora sus vestidos, y parecía que un mismo golpe acababa de inmolarlos á ambos.

Al cabo de algunas horas, Moraima abre en fin los ojos, más no para derramar lágrimas. Rodeada de esclavos, de mujeres, de amigas, que curan sus dolorosas heridas, padece en silencio, se deja abrazar con indiferencia, responde con débiles signos á las tiernas palabras que le dicen, parece recojerse en sí misma para resignarse con su suerte, y pide con voz sosegada que la dejen ver á su esposo.

En vano la ruegan que renuncie á este triste deseo, y no aumente los graves males que la afligen. Ella insiste con dulzura, manda con sus ruegos, y marcha con planta serena hacia el asilo, en donde yacía el cuerpo del héroe sobre un lecho de púrpura.

Moraima se para delante de él, le mira largo tiempo con ojos atentos, sin pronunciar una palabra, sin despedir un suspiro. Sus esclavas, espantadas de tan horrible silencio, apartan las armas de que podría apoderarse. Moraima lo nota, y las mira con risa amarga: acercase luego á su esposo, tómale la mano y la besa, saca de ella un zafiro que Alman-

zor traía siempre consigo, y dueña ya de la sortija, mira con ojos más serenos el rostro del héroe, se inclina dos veces delante de él, estampa los labios sobre sus labios, fijándose allí por largo tiempo: luego se retira con paso lento, vuelve la vista á mirarle, inclina la cabeza, y parece decirle con semblante dulce que esta ausencia no será larga.

Vuelve á su aposento, y allí sola, permanece encerrada largas horas. Las esclavas inquietas, no se atreven á entrar: al fin rompen las puertas, y encuentran á Moraima yerta, rodeada de los horrores de la muerte. Todo socorro es inútil; ya espira, ya no existe. La sortija de Almanzor suministró el veneno, que el héroe llevaba siempre consigo por el temor de Boabdil.

Esta nueva desgracia no puede aumentar la desolación de Granada. El rey y el pueblo consternados se aprovechan de la tregua para las exequias de los dos esposos. El mismo sepulcro los espera en un bosque lejos de la ciudad, en donde reposan las cenisas de los guerreros y de los ciudadanos. La infantería abre la marcha: los soldados silenciosos, la cabeza inclinada sobre sus escudos, el rostro bañado en lágrimas, bajas las armas, marchan con paso igual y lento, que rigen los lúgubres sonidos de los enlutados tambores. La caballería los sigue arrastrando sobre el polvo los estandartes. Los esclavos llevan de la mano los tristes caballos de Almanzor, envueltos en largas y negras cubiertas, cargados del turbante, la lanza y el alfange del héroe. Aquellos caballos, fogosos en otro tiempo cuando llevaban á su señor al combate, como si conocieran su desgracia, bajan la frente hácia el suelo, levantan penosamente las tardas plantas, barriendo la arena con sus crines largas y espesas.

Cien mancebos, coronados de cipres y blancas rosas, llevan vasos llenos de perfumes, cien doncellas los siguen, arrojando flores sobre Almanzor y Moraima que, en un mismo féretro, son conducidos en hombros de los jefes de la tribu de los alabeces. Marchan después los imanes, rogando con voz baja al ángel exterminador, que guíe aquellas almas puras á la mansión venturosa de los mártires. El rey Boabdil, rodeado de su corte, de Alamar y de los zegríes los siguen y fingen al menos verter lágrimas. El

venerable Muley, la desgracia Zulema, murieran si los acompañaran, y quedan solos en la ciudad. El pueblo, vestido de luto, con triste silencio sigue á paso lento los miserables despojos del último apoyo que le quedaba.

Llegados al monte solitario, llamado el Bosque de las Lágrimas, depositan los cuerpos sobre el sepulcro. Los imanes invocan al profeta; las vírgenes luego, con voz dolorida, empiezan el himno de la muerte. Todos, clavados los ojos en tierra, las manos cruzadas sobre el pecho, escuchan el canto doloroso.

CORO DE DONCELLAS.

¿Dónde está nuestra gloria,
Oh hijos de Ismael? El marchitado
Lauro romped, que un día,
Os ciño la victoria
Esclava de Almanzor ¡infortunado!
Le holló la muerte impía!
Venid, y de cipres la sien ornada,
En lágrimas regad su tumba helada.

CORO DE MANCEBOS.

Cubrid entristecidas,
Oh hijas de Ismael, vuestra hermosura
De dolor y de muerte.
Ay! ay! ya orfanecidas,
Vuestras trenzas cortad, y sin ventura
Llorad al Grande, al Fuerte,
Al que héroe entre los héroes relucía,
Como en el cielo el luminar del día.

AMBOS COROS.

El cedro, que orgulloso
Alza á las nubes la pomposa frente,
Cae, y braman temblando
Al caer estruendoso

Las selvas, y á los cielos inocente
Pide el pastor llorando
Su sombra. Oh Almanzor! cedro caído
Tu sombra paternal hemos perdido.

CORO DE DONCELLAS.

Vírgenes desamadas,
Siervas tal vez: del Tajo la ribera
En llanto regaremos.
Allí desperanzadas
Y ansiosas de morir, oh! si viviera
Almanzor! clamaremos,
Nuestra Patria nos viera venturosas
De un guerrero amador tiernas esposas.

CORO DE MANCEBOS.

¿A quién nos volveremos
Que nos pueda salvar cuando el cristiano
Alce la ardiente espada?
Almanzor! clamaremos,
Y Almanzor callará: y el fiero hispano,
Oh patria desdichada!
Hollando nuestros miembros palpitantes,
Derrocará tus muros vacilantes.

AMBOS COROS.

Guarda, oh tumba sombría,
En paz le guarda con su esposa al lado,
Echad polvo, y doliente
Alzad la losa fría.
¡Vale, vale Almanzor desventurado!
Ay! vale eternamente
Y pueda un día la infeliz Granada
Desagraviar tu sombra ensángrentada!

Mientras se canta el fúnebre himno, los imanes acaban la ceremonia. La tierra encierra los cuerpos de Almanzor y Moraima: una misma lápida los cubre, y sus nombres grabados sobre ella, hacen este sepulcro más sagrado, que jamás lo fueron los suntuosos mausoleos.

Pero el vivo dolor, las quejas amargas y eternas, que se oyen en todo el pueblo moro, abaten el alma de Gonzalo, quien quisiera comprar con sus días los del héroe que ya feneció. El pensamiento de que Zulema le creerá culpado, el temor de que la venzan sus angustias, de que aborrezca al que solo respira por ella, todos los tormentos de la desesperación que la incertidumbre reviste de horror, le asaltan á un mismo tiempo. Culpa á toda la naturaleza; y resolviendo en su interior mil proyectos desvariados, ora quiere ir á Granada y ofrecer á sus enemigos su cabeza, ora piensa en dejar el sitio y desterrarse á un desierto. Rodeado así de mil termentos, en el delirio de una imaginación ardiente, que enciende una pasión aun más viva, se agita, se inquieta, suspira, trueca á cada instante de designio, toma el que abandonó desecha el que iba á seguir, y para colmo de su desventura, no se atreve á confiar sus pensamientos á su amigo, que se ve entre los brazos de la muerte, á aquel amigo, cuyo valor fué la causa inocente de su aflicción: más no pudiendo ocultarle el violento pesar que le ahoga, le da otro motivo, engañando á la amistad por delícadeza, y le disimula sus males, temeroso de afligirle.

Al fin sus penas vencen á sus fuerzas, y el héroe no puede ya resistir. La muerte, los suplicios, la ignominia, son menos terribles que el odio de Zulema: todo lo atropellará por evitarle. Las treguas juradas le dan esperanza de penetrar en Granada, y aún sin ellas su amor se lo haría emprender. Toma el vestido y la vara blanca, distintivo de los heraldos; no busca ni coraza, ni espada: ¿qué le importa la vida si no puede justificarse? Sin instruir á nadie de su designio, se oculta al leal Pedro, y solo, antes de amanecer, marcha á las puertas de Granada.

Las guardias, engañadas á su vista, no ponen impedimento á su paso: Gonzalo se dirige al Albayzin, pregunta por Zu-

lema, se nombra enviado de Isabel, y pide hablar á la hija de Muley. Obsérvanle, le hacen repetidas preguntas, y sufre largas dilaciones. Su constancia, su dulzura, su aspecto franco y leal vencen en fin las excusas. Dos esclavos le conducen á una galería antigua, en donde la princesa, al nombre de Isabel, cree deber responder al enviado. Cubierta de un largo y fúnebre velo, viene sostenida por la joven Amina, y se adelanta con trémula planta. Apenas la ve el héroe, se arroja á sus piés: ¡oh tú, le dice con lágrimas! tú á quien no oso mirar....

A esta voz, á su aspecto, Zulema trémula y turbada, aparta la vista y quiere huir. Escucha, le dice Gonzalo, ó manda que me den la muerte. A buscarla vengo; yo la deséo, y te la pido á tus piés: la muerte mil veces menos horrible que tu odio ó tu desprecio. Puras están estas manos, Zulema, dígnate volver á mí tus ojos, dígnate de mirar un infeliz que no ha faltado á su promesa. Sabe que.... Un tumulto espantoso impide al héroe el proseguir. Boabdil, el rey Boabdil, llega acompañado de los zegríes. Los soldados, con espada en mano, acometen á Gonzalo, le derriban y cárganle de cadenas.

Gonzalo, atónito y turbado, no piensa en defenderse: las fuerzas le faltan delante de Zulema. La princesa despide lastimosos ayes, Muley-Hassen llega, ve á su hija en medio de la gente armada, reconoce á Gonzalo, y queda inmóvil. Boabdil le dice estas palabras: Al fin cayó en mis manos el terrible enemigo, que abrió el pecho de Almanzor; el que llenó á Granada de luto, y había de cautivarla. Muley, ahí le tienes ante tus ojos, ese es el soberbio Gonzalo, el altivo castellano que nos miraba á todos con menosprecio. Sin duda sus intentos criminales le han traído hasta aquí: el traidor creía engañarnos; pero dos leales zegríes, prisioneros en otro tiempo de este bárbaro, le reconocieron. Muley, contempla entre cadenas al vencedor de los abencerrajes, al que dió sangrienta muerte á tu hijo: modera el horror de mirarle, pensando en tu venganza. Mañana espirará en el suplicio el perseguidor del nombre musulmán: mañana lavará la sangre de ese bárbaro el sepulcro del grande Almanzor; pero antes de morir, quiero que ese vil cristiano,

que se cree tan grande, sea entregado á los insultos del pueblo, y esperimente el furor y la rabia del último de mis vasallos.

Dijo: Zulema se estremece, Gonzalo calla y mira al tirano con vista serena, Muley le responde con voz tranquila: Boabdil, ninguno de los dos ha de perdonar al cruel Gonzalo, que no supo perdonar á un hijo mio. El usó del derecho de la guerra, tú ahora debes hacer lo mismo. Mi dolor eterno tal vez tendrá alivio, al ver espirar al matador de Almanzor sobre su sepulcro. Yo asistiré á este espectáculo; pero su muerte nos basta, sin ultrajar á nuestro enemigo. Hagámonos merecedores del supremo beneficio que nos concede el cielo, sin irritar su justicia, que parece al fin aplacarse; y aun detestándole, respetemos al vencedor del mayor de los hombres.

El sanguinario Boabdil escucha apenas estas palabras. Los zegríes excitan su ferocidad, y parte con su prisionero. Ordena que doblen sus cadenas, le pone triple guardia, manda cerrar las puertas de la ciudad, y acompañado de Muley, que procura calmarle, toma el camino de la Alhambra.

El rumor de dicha tan inesperada corre al punto por Granada. Los soldados y los ciudadanos levantan al cielo mil alegres voces: todos corren á ver el héroe famoso, el guerrero formidable, á cuyo nombre tiemblan y se llenan de terror. El tropel crece al verle pasar, fijando atentos la vista en un cautivo, que ya no temerán, y no obstante vuelven atrás al menor ruido que hacen sus cadenas. No de otra suerte los cazadores tímidos que cogieron en sus redes al temible león que atemorizaba los campos, se atropan todos al rededor del que antes los obligaba á huir, entregándose á la alegría y la venganza, pero sin poder mirar sin un horror secreto, al que por tanto tiempo los hizo temblar.

Hay en el palacio una estrecha mazmorra, impenetrable á los rayos del día, á la cual conducen tres puertas de metal. La roca, en que está cortada, no deja al aire más paso que un largo y tortuoso respiradero, cerrado con diez rejas de hierro. Allí echan á Gonzalo, mientras preparan el cruel

suplicio: allí cargado de pesadas cadenas trabadas con la horrible roca, oye cerrar las fatales puertas de bronce, quedando solo con la infelicidad, la incertidumbre y la desesperación.

Su alma grande no se abate, antes resiste al destino. Ve la muerte, la ve horrible; no duda que todos los tormentos se emplearán contra él, pero su valor los sostendrá todos, y cierto de espirar como héroe, seguro de que su gloria no queda manchada, mira con ánimo sereno la muerte y los dolores. Más morir sin ver á Zulema, sin probarle su inocencia.... esta idea es terrible, este es el único suplicio á que no puede resistir.

La desgraciada princesa, sola en el Albayzin, apenas puede recobrar sus sentidos. Yerta de horror y de pasmo trae á la memoria lo que había visto, recuerda las últimas palabras, los tiernos juramentos de Gonzalo, la justificación que había empezado, los riesgos á que se ha espuesto por hablarla, y todo le dice, todo le persuade que su amante está inocente. Pero sin embargo, va á perecer, y no hay fuerzas humanas que puedan salvarle. No le bastaba á la desventurada Zulema haber perdido su apoyo, su único defensor; verse condenada al tormento de luchar continuamente contra un amor que ocupa siempre su alma, y arrancar lentamente de su corazón la adorada imagen que le llera: no le bastaba tener que sufrir la ofrenda odiosa de Alamar, y temer á cada instante el verse entregada á aquel bárbaro: aún es preciso que vea á su libertador, al mayor, al más magnánimo mortal, terminar su gloriosa vida en el dolor y en el oprobio.

Oh hermano mío! exclamaba: si tú respirases ahora, tú te opondrías á los horrores de que va á cubrirse tu patria: tú salvarías un héroe, semejante á tí por tantas virtudes. Su muerte y la mía son inevitables; y cuando mi amor pudiese olvidar lo que debo á tus manos y á tu sangre vertida, la vigilancia de mis tiranos, las precauciones que tomaría su barbarie, inutilizarían mis críminales esfuerzos. Pero no, yo no ofenderé tu cara sombra, yo no faltaré á mi deber, ni á los nudos sagrados que nos unían: arrancaré á lo menos á la ignominia el enemigo que estimaba tu corazón.

Oh hermano! Yo te imploro: ven, ayúdame á aventurarlo todo por libertar de un crimen á tu patría, por salvar tu gloria de una venganza, que tu alma pura y sensible miraría con horror.

Entonces, sin escuchar más que su desesperación corre á los alabeces para que le abran la puerta de la mazmorra de Gonzalo. Sus esfuerzos son inútiles, y el día entero se había pasado sin que la tierna Zulema pudiese concebir la esperanza de cumplir su generoso designio. La noche llega y, animándola las tinieblas, marcha la princesa á la mazmorra. Allí implora, suplica á los soldados que la dejen penetrar un instante en aquella horrorasa mansión. Al fin, lo pide en nombre de Almanzor, y este glorioso nombre, sus ruegos, sus lágimas, el amor y el rospeto que siempre inspiró la virtuosa Zulema, mueven las almas duras de los satélites de Boabdil. Las puertas se abren, y vuelven á cerrarse detrás de la princesa; entra, llevando en una mano una copa que ocultó á los ojos de todos, y en la otra, una débil luz: marcha con trémulos pasos, y se presenta ante el héroe.

Gonzalo le dice con voz dulce, tú me estimabas mucho para esperarme en este lugar. Si solo hubiese sido preciso salvar tu vida, mi virtud no lo consintiera; y segura de morir después de tí, hubiera dejado perecer al que no perdonó á mi hermano, al que no temió sacrificar ni su amante ni sus promesas; pero el oprobio y la infamia te amenazan, y yo no debo olvidar que Gonzalo me preservó de ella. Tú me conservaste el honor, y vengo á pagarte mi deuda: tú me has probado bastante, cruel, que ese honor te es más grato que el amor. Menos delincuente y más infeliz, cumplo con lo que debo á mi misma, trayéndote este tósigo. Toma esta copa, Gonzalo, luego que yo beba la mitad: este es el único y triste socorro, que te puedo ofrecer contra nuestros tiranos: tu muerte es cierta, el ultrage y los tormentos te aguardan: líbrate de los verdugos, muriendo conmigo. Tu vida se debe quizás á las cenizas de mi hermano, la mía espiará el delito de no poder dejar de amarte.

En diciendo estas palabras, llega la copa á los labios; pero un grito de Gonzalo detiene su mano. Vuelto apenas de

su admiración, de su alegría, de su susto, el héroe levanta un poco sus cadenas, toma la copa, y postrado de rodillas le dice: ¡felice yo pues que te veo, y puedo hablarte! pues que puedo justificarme á tus piés del delito que no cometí! Ah! descargue sobre mí Boabdil su venganza y su barbarie, apuren las fuerzas de los verdugos los más horribles tormentos! Zulema! tú aquí? ¿Tú te dignas buscarme hasta en la mansión del crímen? ¿Tú me creíste el matador de Almanzor, y no me aborreciste? ¿Qué pueden ahora contra mí todos los tiranos de la tierra? Tú me amas! y yo te he visto! ¿Qué importa ahora el morir? Pero no conserves ese fatal error, no creas que mis manos pudieran derramar la sangre de tu hermano. Yo iba á pelear con él, es verdad: fiel al honor, pero más fiel á tí, iba á morir á las manos de Almanzor, cuando acometido por todos los númidas, no pude llegar á mi campo. Un héroe, un amigo, cuidó de salvar mi gloria, se mostró con mis armas, peleó por mí, y cuando iba á perecer, su espada fatal....

¡Gran Dios! exclama Zulema: alábote Dios eterno, y te rindo humildes gracias. Mi corazón me lo había anunciado. Oh hermano! no te ofendas si dejo de gemir un instante, al recobrar el dulce derecho de amar al que siempre adoré. Gonzalo, yo no dudo de lo que tu boca me dice; pero explícame este prodigio. Ah! ¿cómo podré esperar que se cambie tu suerte? Boabdil tiene interés en castigar tus proezas ;pero á lo menos yo iré á prevenir á mi padre; yo iré á dispertar su piedad; yo emplearé con Boabdil, con el pueblo, con Alamar mismo, todos los esfuerzos, todo los medios de que puede valerse el amor; yo avisaré á tus reyes del peligró en que te ves; todo lo intentaré por salvar tu vida; y si no lo logro. gloriosa de amarte, de poder confesarlo sin delito, vendré á morir contigo, hablándote de mi ternura, renovando las promesas, que nunca he olvidado dándote el nombre de esposo, el cual, si juzgo por el placer que siento al pronunciarle, nos hará á ambos insensibles á la muerte más dolorosa.

En diciendo esto, arroja la copa y levanta á Gonzalo. El héroe penetrado de alegría, de reconocimiento, de amor, toma la mano de la hermosa mora, empieza, interrumpe la

historia que ha de justificarle: los sollozos ahogan la voz; pero estimulado por el tiempo, iba á acabar cuando un rumor repentino se escucha, las puertas se abren de improviso. Alamar se muestra rodeado de hachas, Zulema cae desmayada, Gonzalo la sostiene en sus brazos, el príncipe africano queda inmóvil.

Pero pronto el furor se pinta en el rostro del bárbaro; junta las cejas de ébano, que cubren dos globos de fuego; una espuma horrible se ve sobre sus labios; y su lengua balbuciente, pronuncia á Gonzalo estas terribles palabras: ¡traidor, aún osas ultrajarme! vil cristiano, que ha desatado el infierno, para llevar al último exceso mi cólera y tu insolencia! Ven á pagar tus horrendos atentados; ven á espirar lentamente en los dolores que te preparo y tu sangre derramada gota á gota, satisfaga sin estinguirle el odio que te tengo.

El héroe, sin escucharle; atiende solo á la princesa. Alamar manda á sus satélites la arranquen de sus brazos. Gonzalo intenta defenderla, y levantando sus manos cargadas de hierros, arroja sin vida los dos primeros que se acercan, pero cediendo al número le arrastran fuera del calabozo. Zulema vuelta en sí, quiere seguir á Gonzalo; Alamar manda detenerla; Alamar, á quien implora arrodillada, se niega á escuchar sus ruegos, la impele, la llena de baldones, manda á sus soldados la rodeen, los hace responsables de ella hasta la vuelta, y ciego de furor parte con el castellano.

El día no mostraba aún su luz, cuando un tránsfuga avisa á Boabdil que los españoles inquietos por la ausencia del gran capitán, extrañando ver las puertas de Granada cerradas con precipitación, temían algún ardid de los moros, y querían romper la tregua con un asalto. Atónito con tal noticia, cediendo á las instancias de Muley-Hassen, Boabdil había resuelto inmolar á Gonzalo antes de la aurora. Alamar, que aspiraba al honor, al horrible honor de atravesarle el pecho, se había encargado de conducirle al punto al sepulcro de Almanzor, y el desgraciado Muley seguido del escuadrón de alabeces, esperaba en las puertas de la Alhambra, que el africano trajese la víctima.

Así que Gonzalo llega, Muley aparta la vista. El héroe procura hablarle, y el anciano se aleja, y le huye; los alabeces le rodean con sus lanzas, le estrechan entre sus espesas filas, y el cruel Alamar toma con ellos el camino del sepulcro.

Apenas había salido de Granada por la puerta de Oriente, la única que no estuviese espuesta á ser acometida de los españoles, oye sonar á lo lejos los rayos de Fernando. Los muros tiemblan; gritan al arma por todas partes, el sonido de las trompetas estremece los aires; el relinchar de los caballos y la vocería de los sitiadores anuncian el terrible ataque.

Alamar admirado se detiene, Boabdil envía á pedirle que corra á los muros: duda, titubea, Granada ha menester de su brazo; su odio necesita la sangre de Gonzalo. El africano le degollará al momento, si Muley y los alabeces no se opusieran á su furor, porque desean, y han resuelto que el matador de Almanzor pierda la vida sobre su sepulcro, mirando este sacrificio como deuda del héroe. Alamar no puede llegar al corazón de Gonzalo, que cubren sus escudos, guardándole para su propia venganza, y el ruido del asalto que crece, las ordenes retiradas de Boabdil, las promesas del anciano Muley, á quien interesa vengar al hijo que llora, fuerzan en fin al feroz africano á confiarle su víctima y volar al combate.

Su presencia anima á los moros que ya temblaban. La brecha estaba abierta en los muros; Aguilar, Cortes y los castellanos, avanzaban en orden sobre las ruinas: Guzmán y los aragoneses escalaban las murallas. Cortés hiere á Boabdil, y le llevan á la Alhambra. Los almoradíes, y los vénegas abandonan precipitadamente sus puestos, los zegríes ceden al bravo Aguilar, Guzmán toca ya las almenas; los catalanes cubren las escalas; Fernando de lo alto del glasis dirige y anima la gente; todos huyen á la vista de los españoles: Granada toca á su ruina, Granada va á rendirse; Alamar se muestra, Granada se salva.

Alamar semejante á un rayo corre, llega, y ataca á Aguilar. El acero corta su casco, y divide la frente del héroe. Hollando el cuerpo palpitante, siguiéndole los zegríes ya

animados, Alamar se arroja sobre los castellanos dando espantosos gritos. Su sable los abate como la cortadora hoz el florido trébol. Acomete, derriba, deshace sus filas; inmola á Uceda, á Salinas, á Núñez, y al amable Mendoza, Mendoza que cedió sus derechos, sus prerogativas, sus bienes, á su menor hermano, para que casase con el ídolo de su corazon. Alamar le atraviesa el corazón, en el instante en que nombraba á su hermano. Allí se sacia de sangre y de carnicería: derriba de lo alto de la brecha los batallones de Castilla, y viendo al orgulloso Guzmán, que ya sobre los muros llama á sus aragoneses, vuela, agarra una roca y la arroja sobre él; Guzman rueda con la peña Alamar corre á las almenas, corta con su espada la escala que se dobla bajo los catalanes, y cae con los soldados. El africano furioso discurre veloz por los muros, derriba las escalas, llena los fosos de cadáveres, y presentándose cubierto de sangre en lo alto de una torre, muestra á los cristianos su alfange, los llama, los desafía, blasfemando el nombre de su Dios.

Fernando, Cortés y Medina, juntan los soldados dispersos: el rey de Aragón los conduce, los forma en falange sobre el glasis, los anima, se pone al frente para hacer el último esfuerzo; pero al ir á dar la señal, oye detrás de sí una confusa gritería, mira y ve llegar, en una nube de polvo, un numeroso escuadrón de moros, que atacan el flanco de sus batallones. Lo castellanos solos resisten. El escuadrón ligero y terrible se reune, se rompe, se desplega, se divide en un instante, acomete por cuatro partes á los escuadrones de Castilla, los rompe, los pone en fuga, y más rápido que el relámpago, cada uno persigue á los fugitivos. Los españoles, llenos de terror, se precipitan hácia la ciudad: Cortés, Medina y Fernando van entre ellos; Isabel manda abrir las puertas, y recoge con rubor y despecho sus soldados perseguidos por todas partes. La tierra queda sembrada de muertos, y el formidable escuadrón, que solo hizo tanto destrozo, en viéndose dueño del campo de batalla, se forma en un instante, y se acerca á los muros de Granada, en donde el pueblo se había juntado. No lejos de los baluartes, el escuadrón se para, el jefe se adelanta, y dice estas palabras á los granadinos:

Musulmanes, en otro tiempo nuestros hermanos cuya injusticia rompió los lazos que nos unían estos son los abencerrajes. Tal vez les perdonareis el verlos aquí, no obstante vuestra orden. Nosotros venimos á teñir con nuestra sangre los muros de donde fuimos espelidos, y volveremos otra vez á defenderlos, pero jamás entraremos en ellos. Juzgad, juzgad, por esta victoria, de lo que hubiera hecho por vosotros nuestra tribu mandada por Abenhamet. Vosotros quitasteis la vida á aquel héroe: vosotros quisisteis entregar á las llamas á la inocente Zoraida: estos son los horribles delitos que no olvidaremos jamás. Por nuestras ofensas personales, ya veis granadinos, como se vengan los abencerrajes.

Así habló el valiente Zeir. Su noble escuadrón se rompe al punto; parte á todo el correr de los caballos, y toma el camino de Cártama.

Los españoles, vueltos á la ciudad, no pueden turbar esta retirada brillante, y no osan levantar su frente humillada. Aguilar, Guzmán, los principales jefes quedaron en el campo. Las proezas, los triunfos de Alamar, la súbita llegada de los abencerrajes, quienes pueden venir cada día á acometer á los sitiadores, las heridas del valeroso Lara, la ausencia del gran capitán, todo aumenta su consternación. Ya hablan de abandonar el sitio, de aceptar la honorífica paz que ofreció Boabdil. Los reyes mismos inquietos, turbados, determinan esperar detrás de las murallas, á que Gonzalo ó Lara vuelvan al ejército. Pero el invencible Lara que Isabel creía detenido por sus heridas, Lara no estaba en Santa Fe.

FIN DEL LIBRO IX.

LIBRO DECIMO.

Lara va en busca de Gonzalo.—Encuentra á Zoraida.—Sabe el peligro en que se ve el héroe.—Corre al sepulcro de Almanzor y encuentra á Gonzalo á punto de perecer.—Combate de la amistad.—Lara salva á su amigo.—Vuelven ambos al ejército.—Fernando envía á Gonzalo á tomar á Cártama.—Vuelve el héroe triunfante.—Ultimo asalto.—Hazañas de Gonzalo.—Toma de Granada.—Combate del héroe y Alamar.—Pone en libertad á Zulema y á su padre.—Entrada de Isabel.—Himeneo de Gonzalo y de Zulema.

Hija del cielo! tesoro del alma! origen de nuestros más gratos bienes! santa amistad! ven á hermosear los últimos rasgos de mi pluma, mezcla en el fin de mis discursos aquel atractivo que arrastra siempre y nunca admira, que oprime el corazón sin despedazarle, hace verter deliciosas lágrimas tan semejantes á las del amor. Más qué digo? ellas son mucho más dulces. El amor vivo, apasionado, capaz de todos los esfuerzos, ennoblecido por todas las virtudes; este ídolo de la juventud, necesita del velo del misterio. Su culto, por puro que sea, se esconde, huye de la vista, y su recompensa es un sacrificio de que el honor manda un eter-

no secreto. La amistad, al contrario, se complace en mostrarse á los ojos de los mortales: sin menos delicadeza y con más valor, no teme revelar sus penas y sus gustos, sus inquietudes y sus placeres, antes bien encuentra en ello su delicia, y su gloria de publicarlas. El amor se avergüenza de ser descubierto; la amistad se jacta de servir de ejemplo.

Lara cuya alma tierna y sensible existia solo para la amistad, Lara herido y casi á las puertas de la muerte, solo pensaba en Gonzalo. Pásase un día entero sin verle, ignora el sitio donde se halla; la inquietud de los peligros en que se ve le atormenta más que sus males. En la misma noche del día en que había desaparecido el héroe, Lara manda traer su caballo, no obstante su debilidad. La coraza le abrumaría, y el peso de la lanza es enorme para sus fuerzas. Pálido, vacilante, sin aliento, echa menos la sangre y las fuerzas, pero más echa menos á su amigo. Sin armas, sin defensa, fajado todavía con los cendales que sujetan sus heridas, Lara acompañado del fiel Pedro, que llora la ausencia de su señor, se pone en marcha sin tardanza. Ambos se meten en la espesura del bosque, en donde pocos días antes había Gonzalo encontrado á la hermosa Zulema, pensando que aquel debe de ser el camino que tomará el héroe: y dejando al cielo el cuidado de guiarlos, vagan por los espacios sombríos.

Las tinieblas cubrían ya la tierra, y la noche en medio de su carrera huía hácia el Occidente, cuando ambos viageros llegan al pié de un alto monte coronado de lúgubres pinos. El ruido de un copioso manantial, que formaba una cascada entre las rocas, se mezclaba con el sonido lento de las hojas, movidas al soplo ligero de los vientos, y con los fúnebres ecos de de las hijas de la noche, sentadas sobre los altos riscos.

El héroe se detiene junto á la corriente para que su caballo beba. Pedro mira atentamente á la cima del monte, y el débil resplandor de una luz que vacila al través del verde sombrío, le da indicios de que algún solitario habita aquel hórrido desierto.

Al punto propone á Lara subir hasta la ermita, y reposar en ella algunos instantes, Lara complace su voluntad,

buscan y hallan una senda; pero la rapidez de la cuesta les obliga á bajar de los caballos. Lara corta una gruesa rama, y sirviéndole de apoyo á sus fatigados miembros, precede al anciano Pedro.

El héroe llega y descubre, en medio de las rocas, una humilde y pobre choza, de donde salía un débil resplandor. Un susurrante arroyuelo corría por la puerta, y delante había una piedra, cubierta de musgo y juncos marinos.

Apenas llega, Lara se detiene para oír una voz melodiosa, que cantaba estas palabras:

Del amor víctima triste
Mi dulce y sola esperanza,
Vivid, vivid, yo os lo ruego,
O eternas hareis mis ansias.

Si cual decis, por do quiera
Vuestro corazón me ama,
Ved que sois su único apoyo
De esta mujer desdichada.

Vos sola sois mi universo,
Vos: ¿y con mísera planta
Correis á buscar la muerte,
Dejándome abandonada?

¡Que no cargará en mi sola
La pena que así os quebranta!
Vivid, vivid por mi vida,
Si ya la vuestra os amarga.

La voz calló, y otra voz diferente respondió con sollozos: oh amiga mía! deja de probar el consuelo que me enternece sin aliviarme: tú sabes si mis lágrimas pueden tener fin: tú sabes si ya puedo olvidar las desventuras que he padecido, y las desdichas de que he sido causa: déjame, déjame ali-

mentar mi dolor: conténtate con los penosos esfuerzos de mi tierna y viva amistad. Hasta este día he vivido: bastante es, única amiga mía. ¿Crees que, sin tí, me hubiera yo aprovechado del triste beneficio de Lara.

A estas palabras, al oír admirado su nombre, Lara hace ruido, se adelanta, y pide la hospitalidad. Dos mujeres atemorizadas, que ve, no responden y se ponen en fuga. El héroe las sosiega, las sigue hasta la puerta de la choza: una de ellas vuelve en una mano una tea, mira á Lara, y llena de regocijo, vertiendo lágrimas, le dice: sois vos, señor? Vos á quien no esperábamos ver más? Vos que salvasteis á mi señora, y me volvisteis el bien que más estimo? Ah! Zoraida, venid á abrazar á vuestro libertador.

Lara reconoce entonces á la desgraciada reina de Granada, vuela delante de ella, y le estorba el echarse á sus piés: besa respetuosamente su mano oponiéndose á los respetos que quieren tributarle; pero no puede impedir los estremos de la sensible Inés, quien le lleva al fondo de la humilde choza. La reina le ruega que descanse, presentándole un rústico asiento, que Inés cubre con juncia, corriendo después á buscar leche y los frutos secos de aquellos montes. Llena un vaso de madera en el cristalino manantial, y le ofrece al héroe, sintiendo por la vez primera, no tener los vinos perfumados de las orillas felices de la Andalucía.

Lara, lleno de admiración y tierna piedad, considera atentamente á la reina, y apenas puede reconocer sus facciones. Aquellos ojos brillantes do el agrado temblaba el resplandor; la frente modesta y magestuosa, en donde se unían el pudor y las gracias; todo desapareció: la eternal palidez cubre la pesarosa frente las lágaimas continuas estinguieron el fuego de los ojos: Zoraida no conserva más que su amor y sus virtudes. Lara mira suspirando la mansión que habita la reina, los muros cubiertos de musgo, el techo de cañas y ramas, todo le admira y le confunde. La reina lo nota y se sonríe.

Estos no son los salones de la Alhambra, le dice con voz dulce; pero; pluguiera al cielo que Zoraida no hubiese conocido otros palacios! Cuando vuestro valor me salvó, creí poder vivir en Cártama, en medio de los abencerrajes, mis alia-

dos y amigos; pero pronto experimenté que un infeliz apenas puede sufrirse á sí mismo, y que un desierto es el único asilo en que el dolor debe esperar la muerte. Inés á quien pedí inútilmente se volviese á su patria, me acompañó en mi fuga, y metiéndonos por la espesura del monte, dirigí mis pasos, á pesar mío, hácia la fatal Granada, y llegué al Bosque de las Lágrimas, en donde sabía que el valeroso Almanzor dió sepultura á las reliquias de Abenhamet. Gracias á mi anhelo y al de Inés, que no perdonó fatigas ni cuidados, descubrí al fin el lugar en donde reposaba el desgraciado amante.

Mi corazón sintió en este acaso feliz un placer más vivo, y más suave que cuando vinisteis á librarme de las llamas. Resolví, pues, no dejar este sitio grato á mi ternura, con la esperanza de que Inés uniría pronto mis despojos fríos á los de Abenhamet; pero el temor de que me encontrasen en esos montes vecinos á la ciudad,el horror de volver á las manos bárbaras de Boabdil, me forzaron á buscar otro retiro más oculto. Mis lágrimas solas señalaron el sepulcro, segura de encontrarle siempre, como el ave que, en las selvas, encuentra siempre el árbol de su nido. Inés descubrió estas rocas, y fijó aquí mi habitación; ella formó este techo de cañas: ella dispuso este retiro sencillo en que os recibo. Las frutas silvestres que ella coge bastan para nuestro alimento: las aguas de este arroyo apagan nuestra sed: ella duerme sobre el lecho de juncia, y yo lloro sobre estas hojas secas. Todas las noches, á la hora que las tinieblas ocultan mis tímidos pasos, voy al sepulcro de Abenhamet á tributar nuevas lágrimas á su muerte, á repetir las antiguas promesas á que no ha faltado mi corazón, y pedir al Dios todo poderoso que abrevie este largo suplicio.... No lloreis generoso Lara: Dios oirá mis ruegos.... Yo espero, yo estoy cierta de que en pocos días iré á unirme con aquel, á cuya muerte dí causa. Dulce es á mi afligido corazón el veros hoy antes que llegue el deseado instante, el hablaros de mi reconocimiento, é informarme por vos mismo, de si vuestras virtudes os grangean la felicidad.

Ah! le responde Lara, la felicidad no debe ser para las almas sensibles. El amor causó vuestras desdichas, la amis-

tad sola causa las mías. Separado largo tiempo de Gonzalo, del héroe ilustre, tan respetado del universo, tan querido de mi corazón, volvía á verle y gozar de su compañía. Gonzalo desapareció de improviso, sin que nadie sepa su destino. Un sordo rumor se ha esparcido que le han aprisionado los moros; pero yo no lo creo: Gonzalo no es un guerrero á quien se pueda tomar cautivo. Yo, herido, doliente, pudiendo apenas sostenerme, vengo á buscar á mi amigo. Si es menester, iré á Granada, á donde temo le haya conducido su funesto amor: iré, no á defender su vida, pues mi debilidad no me deja esta esperanza, sino á esponerme á los mismos riesgos, y á lo menos moriré con él.

Cielos! exclama Inés: mi corazón se atemoriza! oid lo que esta misma noche me dijo un pastor de estos montes: guárdate, Inés, guárdate de ir al Bosque de las Lágrimas, que está lleno de soldados, que vienen al sepulcro de Almanzor, en donde mañana han de inmolar á el más cruel, el más terrible, el más formidable de los cristianos. Esto dijo el pastor; Zoraida no se ha atrevido á salir, y temo que el gran Gonzalo sea el héroe que ha de perecer.

Aún no había acabado Inés, Lara trémulo llama á Pedro, pide su caballo, y sin poder casi despedirse de la desgraciada reina, monta con precipitación, y guiado por la amable Inés, que enseña al anciano una senda fácil, vuela al Bosque de las Lágrimas.

El Oriente empezaba á teñirse de púrpura, cuando Lara divisa, al través de los árboles, las luces, los sables y las lanzas. Acelera entonces su carrera, llega sin poder alentar, pasa por medio de los saldados, y ve.... santo cielo! qué espectáculo! Ve á su amigo cargado de cadenas, apoyado contra el sepulcro, la cebeza desnuda é inclinada, la cuchilla levantada sobre ella, y Muley ordenando descargar el fatal golpe.... Lara arroja penetrantes suspiros y gritos, salta en tierra, detiene la espada, y volviéndose á Muley que le mira con atención: padre infeliz, dice con el acento enérgico de la virtud y la amistad, tú quieres vengar la muerte de tu hijo, yo apruebo tu justa venganza; pero derrama la sangre del culpado, y no mancilles, en un día, la gloria de tu larga vida sacrificando un inocente. Gonzalo no peleó

contra Almanzor; lo juro por los manes del héroe, que me oyen de lo profundo de este sepulcro; lo juro por el Dios del cielo, por mis reyes, y los caudillos cristianos. Yo soy, yo solo fuí quien triunfé del más valiente de los moros: yo fuí quien, cayendo al golpe de su brazo, le abrí la mortal herida. Yo tomé las armas de Gonzalo, yo me valí de un momento de ausencia para deslumbrar los ojos de tu hijo, para engañar los de ambos ejércitos, para probar mis fuerzas con un guerrero cuya gloria me llenaba de celos. Rey de Granada, ya conoces mi delito, solo vengo á espiarle; conoce ahora lo que ha hecho Gonzalo, y dale el debido premio. El es quien entregó el cuerpo de tu hijo á estos alabeces que me escuchan: él es quien te encontró solo, acometido de cuatro españoles, quien te salvó de su furor, quien te dió su propio caballo, quien te abrió el camino de Granada. Muley, todo lo sabes ahora: que tu justicia pronuncie.

Ya ha pronunciado, responde Gonzalo: su decreto es irrevocable. Moros, no creais á ese héroe. Este es mi amigo, mi compañero, y solo se acusa para salvarme. Yo soy á quien Almanzor llamó á la lid: yo quien debí darle la muerte. Vengaos; acelerad mi suplicio; pero dejad libre al generoso Lara. Acordaos que su valor sacó de la hoguera á Zoraida: acordaos, animosos amigos, de los desgraciados abencerrajes; Lara venció á los zegríes, tributadle el respeto, el honor que todo mortal debe á sus virtudes, admirad sin creerle el sublime artificio de su amistad. Y tú, Lara, perdona á un amigo que descubre tus intentos.

Muley y los abencerrajes mandan que Lara se retire. No, responde con desesperación, no acabareis de consumar este crímen, y sereis menos bárbaros que ese ingrato. ¿No veis que solo desea la muerte, por libertar á su amigo? Moros, yo os lo juro por el Ser Eterno; yo soy quien mató á Almanzor; yo solo merezco la muerte; y si todavía dudais, si el odio contra Gonzalo prevalece contra mis juramentos, acordaos del funesto combate de que todos fuisteis testigos: acordaos que el vencedor quedó tendido por tierra, bañado en su sangre, y reconoced al vencedor. Acercaos, mirad mis heridas, ved este pecho sangriento. Estas heridas son

de Almanzor: así salí de sus formidables manos: mirad los testimonios recientes de mi dolorosa victoria, que ese cruel no podrá mostrar.

Dijo y descubre el pecho, desgarra las vendas, muestra las heridas, y pide arrodillado la muerte. Gonzalo, fuera de sí, echa los brazos á su amigo, le inunda, le cubre con sus lágrimas; quiere hablar, insistir en declararse culpado, pero Lara le interrumpe con sus voces.

Muley era virtuoso: los alabeces no eran feroces. Todos se enternecen, todos lloran al ver el combate de la amistad. El anciano sin poder resistir á la conmoción de su espíritu, lee en los ojos de sus compañeros el consejo que debe adoptar. Manda quitarle á Gonzalo sus cadenas, ordena á Lara levantarse, y fijando en ambos los ojos llenos de tristeza, les dice: uno de vosotros mató á mi hijo, yo quiero ignorar el culpado: uno de vosotros salvó mi vida, yo quiero debérosla á ambos. Yo pagaré un beneficio horrible, dándoos la libertad, que ha de ser funesta á mi patria; pero en este instante oigo la voz de Almanzor que me lo ordena. Id, modelos de la amistad, que excitais mi admiración y mi aborrecimiento; id, decid á los españoles, que por vengar á mi hijo, por honrar más dignamente sus cenizas, he sacrificado mi odio al deseo de imitarle. Si este beneficio excita vuestro reconocimiento, temed el atacar los muros en donde yo he de perecer. Yo os prometo aquí, en nombre de Dios, en nombre del hijo, por quien lloro, que siempre me hallareis sobre la brecha, que delante de esas espadas iré á ofreceros el anciano que hoy salva vuestras vidas, y no entrareis en Granada, sino hollando con vuestros piés, tú, Lara, al libertador de Gonzalo, tú, Gonzalo, al desdichado padre de la sensible Zulema.

En diciendo esto, sin querer escuchar á ninguno de los héroes, parte Muley con los alabeces. Gonzalo y Lara se abrazan, sin creer todavía que se ven juntos. Pedro, lleno de regocijo, mezcla sus lágrimas con las de ambos, y dando su caballo á su señor, toman el camino de Santa Fe.

¡Quién podrá explicar la alegría que en todo el ejército causó su vuelta! Al verlos, olvidan los soldados todas sus fatigas. Ambos héroes están con ellos; en adelante son in-

vencibles. Ni Alamar, ni los abencerrajes les dan temor; desde este instante Granada se rindió: nada puede impedir su ruina, y todos piden á voces el marchar al punto á las murallas.

Gonzalo agradecido, aprueba y siente el mismo ardor. Pensando siempre en Zulema, y en el peligro en que la había dejado, teme que el furioso Alamar se entregue á los mayores excesos. Arde por venir á las manos con el furioso rival, y librar la tierra de un monstruo, cuyo nombre solo inspira horror; pero la amenaza que le hizo Muley de presentarse donde quiera á Gonzalo, de cubrir siempre con su cuerpo la brecha que él ataque, deja yerto el héroe sensible, y le obliga á temer el asalto.

Mientras que con su amigo proyecta llamar á duelo al príncipe africano, y sacarle fuera de los muros, Fernando viene á interrumpirlos, hablándoles de esta manera: Heróica juventud, honor de los españoles, yo no me atrevo á quejarme del destino que no me deja vencer sin vosotros; pero él me obliga á separaros de nuevo. Los abencerrajes, dueños de Cártama, han venido á pelear hasta debajo de nuestros muros. Quizá pueden volver otra vez, y antes que derribemos esas torres ya vacilantes, es preciso apoderarse de Cártama, destruir ó cautivar todos los enemigos que pudieran venir á turbarnos. Gonzalo, á tí te he elegido para esta importante conquista. Las heridas de Lara le impiden acompañarte. Escoge los guerreros que quieras, y marcha con ellos á Cártama: dueño eres de todos los medios que puedan entregarte sus muros. Dentro de seis días me has de entregar sus llaves: este término basta á Gonzalo. Yo le he prefijado, no por la fortaleza de la plaza, sino por las prendas de mi general.

Gonzalo, al oír estas palabras, siente renacer su ardiente pasión por la gloria, y promete al rey obedecer y partir á la la mañana siguiente. Su amor gime en secreto al alejarse de Granada; pero su valor le da la esperanza de volver antes de los seis días. Las rocas escarpadas defienden por todos lados á Cártama: solo una sorpresa puede entregarle aquellos empinados montes; y después de meditar el de-

signio que ha de asegurar su victoria, pide que le acompañen los fieles asturianos.

Seis mil infantes le bastan, todos escogidos por Gonzalo, todos hijos de los pirineos, todos fueron pastores ó cazadores en las gargantas y los precipicios de las montañas de Liévana. Allí, en las rocas que se ocultan en las nubes, sobre los blancos picos de hielo, sobre las cimas inaccesibles en donde la nieve, mudada en diamante, resiste á los ardores del sol persiguieron desde su infancia las águilas y las bicerras. Cubiertos solamente de una piel de lobo, ceñidos con un ancho cinto, del cual penden tres ganchos de acero, los piés armados de puntas de hierro, y en la mano derecha un dardo con dos puntas, llevan al lado dos agudos puñales, y una ancha honda al rededor de sus sienes. Osados, ligeros, infatigables, todos de corpulenta estatura, de una fortaleza sin igual, se creería ser aquellos fieros gigantes que intentaron escalar el cielo.

El valeroso Peñaflor los manda; aquel cuyos abuelos pelearon al lado de Pelayo; aquel en quien no ha degenerado el antiguo valor. La formidable tropa, vanagloriosa de verse elegida por el mágnanimo Gonzalo, se forma bajo el antiguo estandarte de los primeros reyes de España. El general se muestra entonces acompañado de Lara, gimiendo al separarse de nuevo: Gonzalo le abraza, y da la señal para partir.

Marcha, llega antes de la noche á corta distancia de Cártama, oculta su tropa en un bosque, les ordena descansar; y solo, puesto sobre una colina, examina á lo léjos la plaza, y la descubre en medio de una roca que domina los montes circunvecinos. Una senda estrecha y empinada, por donde apenas puede subir un caballo, guía á sus puertas de bronce: las almenas, cortadas en la piedra, se elevan sobre precipicios que la vista no puede medir: un torrente impetuoso rueda con estrépito al pie de la roca que sostiene á Cártama: su cima inmensa se pierde entre las nubes, y se adelanta por encima de la ciudad, como queriendo defenderla de los ataques del cielo.

Gonzalo fija su vista en aquella roca espantosa. Todo lo cree posible el valor, y conoce el de sus asturianos. Obser-

va la posición de los montes: sigue, sin verle, en sus rodeos el rápido curso del torrente, juzga donde la madre ensanhándose puede hacer fácil el paso: y, cierto de lo que presume, vuelve, á buscar á sus soldados.

Nobles descendientes, les dice, de aquellos venerables cristianos que, retirados en las cavernas, sin más auxilio que Dios y sus corazones, salvaron nuestra patria del yugo de los moros, este Dios justo permite que esos usurpadores se vean en fin reducidos al asilo que entónces teniais. Yo os he eligido entre todo el ejército, para arrojarlos de él, para asegurar la ruina de Granada; para que el mundo diga que la España debió siempre sus tirunfos á los invictos asturianos. Mirad aquel inmenso peñasco que coronan las nubes, en donde el águila teme fijar su vuelo; allí habeis de ir á vencer. La mitad de vosotros quedará conmigo, y la otra, guiada por Peñaflor, irá á tomar la vuelta de la montaña, por el camino que yo le señalé, A aquella cima habeis de llegar: ¿y dónde no llega la constancia? Allí encendereis tres hogueras para avisarme de vuestra llegada; allí preparareís las piedras para vuestras hondas, y esperareis mi señal.

Los asturianos, llenos de ardor, prometen ganar la cima de la roca; todos quisieran tener parte en la empresa; pero el héroe los sosiega, prometiendo otros peligros á los que se queden. Luego lleva á Peñaflor á la colina, de donde se descubren las sinuosidades del torrente, y le explica sus osados intentos: Peñaflor escoge tres mil hombres, los más fuertes y más ágiles, manda que tomen víveres para dos días: y, en poniéndose el sol parte con sus soldados.

Gonzalo consagra esta noche y el día siguiente al reposo, después de haber calculado el rodeo que ha de tomar Peñaflor, los obstáculos que puede encontrar y el momento de su llegada. Inquieto y desvelado la segunda noche, la pasa sobre la colina, puestos los ojos en la roca, pero nada se ve, todo es sosiego. La luna resplandecía en lo alto del cielo; y su luz favorecía el trabajo de los asturianos, debiendo acelerar su buen éxito. El héroe entre tanto teme y suspira; pero al fin, antes de amanecer, ve encendidas las tres hogueras, y lanzando un grito de alegría, corre á su tro-

pa, forma sus soldados, y marcha á la senda.

Pasa á nado el torrente, siguiéndole los asturianos; y al ruido acuden los abencerrajes á las almenas. Una nube de flechas cae á los piés del héroe. Solo y cubierto de su escudo, se adelanta, sube encima de una roca, corta un ramo de olivo, le pone sobre la cabeza haciendo señal de que pide hablar.

Al punto Zeir manda á sus tropas suspender la flechas. Las puertas de la ciudad se abren, y Omar, acompañado de otros guerreros, baja por la senda empinada, marcha hácia Gonzalo; pero en reconociendo su rostro, se para, duda, titubea, sin saber si ha de oirle.

Acércate le dice el héroe: en otro tiempo conocí tu valor, y él debe asegurarte de mi estimación. Yo no pretendo pelear por el interés de mi corazón, sino vengo en nombre de Fernando á ofrecerte una paz necesaria, digna de los abencerrajes, cuyas condiciones dictará esa noble tribu. Yo soy árbitro del tratado....

Tú no lo eres de Cártama, interrumpe Omar con voz altiva; y aunque pereciera Granada, nosotros, dentro de nuestros muros, despreciariamos á tus reyes, á tu ejército, y á tí mismo. Mira los fundamentos en que reposa nuestra libertad: mira esas rocas terribles, esos muros inespugnables, esas torres á que la vista apenas puede llegar y da alas á tus soldados antes de hablarnos de paz.

Mis guerreros no las necesitan, responde Gonzalo sereno; mira aquel risco que domina la ciudad, allí están mis soldados. Mira mi tropa numerosa que va á arrojar sobre vosotros los peñascos que os defendían, y solo esperan mi señal para destruir el único asilo que os quedaba. Escoge pues al instante, ó perecer todos entre vuestras ruinas, ó firmar la paz gloriosa que os ofrezco como á amigos.

Omar admirado, mira el monte, y ve la cima coronada de tres mil asturianos. Apenas da crédito á sus ojos; y turbado, inmóvil, cree estar en un sueño funesto. En fin, precisado á dar fe al intento que no concibe, responde al héroe, menos orgulloso, pidiéndole algunos instantes para dar parte á sus compañeros.

Los muros quedan desiertos, y un silencio melancólico

reina en la ciudad. Gonzalo impaciente manda tocar las trompetas, y se prepara para trepar por el monte, cuando ve salir por las puertas de Cártama á Zeir, Osmán, Omar, Velid, con los principales abencerrajes, que se acercan sin armas y con semblante magestuoso. Gonzalo va al encuentro, y Zeir le dirige estas palabras: Venciste, Gonzalo; pero cree que sabríamos morir, si nuestras mujeres y nuestros hijos pudieran evitar nuestra suerte. Cedemos á la naturaleza, á la fortuna, á tu acendiente: todos venimos á entregarte á Cártama; solo pedimos la libertad; que nuestras familias puedan libremente profesar su religión, y habitar en paz los campos que Fernando quiera señalarnos: á este precio somos sus fieles vasallos; yo te entrego las llaves y mi fe.

Gonzalo le da la mano, le concede más de lo que pide, y tratando honorificamente á los abencerrajes, sube á Cártama en medio de ellos, entra en la ciudad como un aliado, prescribe á los españoles la más severa disciplina, prodigando las recompensas para que olviden que son vencedores. Peñaflor, nombrado gobernador de la ciudad, queda en ella con los seis mil asturianos, y el héroe acompañado solo de los abencerrajes toma la vuelta de Santa Fe.

Lara, que no osaba esperarle todavía, aunque todos los días salía á encontrarle, divisa á lo lejos á Gonzalo, vuela, le echa los brazos, y contempla el noble séquito que le rodea: saluda á los abencerrajes, ocultando la alegría que pudiera ofenderles, y dilatando por respeto de ellos el hablar á su amigo de la victoria, corre á anunciarla á los reyes.

El gran Fernando, la augusta Isabel no pueden disimular su admiración; reciben los nuevos cautivos como vasallos antiguos á quienes aman; confirman el glorioso tratado que firmó su general; dejan á la ilustre tribu su culto, sus bienes y sus riquezas, agregando á tantos beneficios una ciudad de Andalucia, para que sea el patrimonio de su noble posteridad.

En tanto que los dos esposos aprisionan los corazones de los que vencieron sus armas, un soldado pregunta por Gonzalo, y quiere hablarle en secreto, para entregarle una fle-

cha disparada de los muros de Granada, la que traía un billete cerrado en el que se leía el nombre del héroe. Gonzalo admirado toma el billete, le abre con trémula mano, y lee con dificultad estas palabras casi borradas con lágrimas.

"Mi última hora se acerca, pues Alamar me da á escojer "entre el himeneo y la muerte. Si esta bastase al tirano, no "vendría á implorar al enemigo de mi patria, y espirando "sin quejarme, daría por él mi último suspiro; pero mi pa- "dre está cargado de cadenas, mi padre por haber salva- "vado tu vida, se halla conmigo en la misma mazmorra á "donde me llevó mi amor. De aquí no ha de salir sino para "el suplicio. Gonzalo, ven á librarle; mi corazón no será tu "recompensa, pues no le doy dos veces: mi mano podrá so- "lamente pagar lo que hagas por mi padre."

Gonzalo, pálido, turbado, lee dos veces el papel, y vuelve á buscar á Isabel. La reina nota su turbación: Hablad, le dice, gran capitán, ¿cuál es el pesar que oscurece las sienes ceñidas de laureles? qué es lo que vuestro corazón desea? Yo os prometo cumplirlo, explicaos con seguridad, ¿qué premio pedis por tantas hazañas?

El asalto, responde Gonzalo, el último, el terrible asalto que ha de cautivar á Granada, que ha de precipitar del trono al infame y cruel Boabdil, que ha de vengar al cielo cansado de los crímenes del bárbaro Alamar. Ordenad el asalto para el amanecer, esta es la recompensa mayor, esta es la sola que deseo por todo lo que he podido hacer en vuestro servicio.

Al oír estas palabras pronunciadas con ojos encendidos, con el acento del furor, con el delirio del amor, Fernando inflamado se levanta: quedarás satisfecho, le dice, mañana te entrego Granada: mañana castigarás á tu voluntad los viles enemigos que te han ultrajado. Ven á dar la orden tú mismo; ven á inflamar mis valientes soldados en el fuego que arde en tus ojos; ven á decirles que tu vas á pelear, y no dudarán de la victoria.

Luego llama á los generales, y les declara su grande empresa. Somete á Gonzalo el plan del ataque, quien le perfecciona con sus consejos. Dos minas preparadas de ante-

mano, han de reventar á la aurora, y derribar las dos torres ó puertas, las más fuertes de los sitiados. El ejército, dividido en dos columnas marchará contra ambas á un mismo tiempo. El rey en persona, el joven Cortés, el generoso Lara irán al frente de los aragoneses, catalanes y baleares para atacar por la derecha. El prudente Medina y el invicto Gonzalo al frente de los castellanos, leoneses y andaluces asaltarán por la izquierda. Divididas de este modo las tropas de las dos coronas, rivales en gloria por tantos siglos, querrán eclipsarse mutuamente. Isabel los visita y los anima; Gonzalo, que acompaña á la reina, muestra la reluciente espada del Cid. Todo está pronto, todo dispuesto, y los soldados desean que llegue la aurora.

En fin llegó, llegó aquel gran día que había de iluminar el triunfo más ilustre, la conquista más importante que hicieron los cristianos á los musulmanes; que había de vengar ocho siglos de oprobios, volver á la España su libertad, al verdadero Dios sus antiguos templos, y empezar la larga sucesión de victorias que llenó del nombre español las tres partes del mundo conocido, y el nuevo mundo que luego descubrieron.

Gonzalo es el primero que, ya armado, llama, excita á sus compañeros. A pié como los demás, sale de la ciudad y los forma en la llanura. Impaciente de oír la señal, acusa la lentitud á Fernando, vuelve á las puertas de Santa Fe, acelera la marcha de los batallones, les muestra el sol que apenas brillaba, creyéndole ya en su ocaso. Gonzalo va á librar á su amada, va á castigar un rival odioso, va á vencer por su patria: amor, venganza, virtud, todo le eleva sobre sí mismo. Aquella alma grande no basta á los movimientos que la oprimen. Corre, vuela por las filas, abraza á cada soldado, tremola en sus manos la espada vencedora, mira los muros de Granada, como el viagero, en medio de un desierto, atormentado de la sed ardiente, sin poder todavía acercarse.

El prudente Medina modera su ardor y le muestra á lo lejos á Fernando formando los aragoneses; Isabel, en lo alto de una torre, arrodillada, los brazos tendidos al cielo, implorando al Dios de los ejércitos; Lara, y el joven Cortés, al

frente de sus columnas, los moros sobre sus muros, el arco tirante, la flecha en la mano, esperando con fiereza el ataque. Boabdil no se ve entre ellos; las heridas y la pusilanimidad le detienen en la Alhambra; pero el feroz Alamar, instruido por el último asalto, temiendo el nuevo acometimiento, había introducido en los fosos las rápidas aguas del Darro, había prevenido vasijas llenas de betun, de salitre, de aceite hirviendo, flechas dardos encendidos; había juntado montones de rocas, todos los recursos de la desesperación, de la rabia, del terror, nada había descuidado Alamar, y tantas máquinas mortales amenazan particularmente á Gonzalo.

El rey de Aragon envía dos cuerpos de caballería, que vuelan, cargados de faginas, á cegar dos parages del foso, y acaban su empresa al traves de las flechas enemigas. El ejército entónces empieza á moverse con lenta y sosegada marcha. Alamar envía nuevos refuerzos á las dos torres á donde se dirigen. El aire se oscurece con las flechas de los moros, y resuena con sus espantosos gritos; los españoles marchan en silencio al abrigo de sus escudos, y en llegando cerca del glasis se paran, bajan sus lanzas, y esperan la última señal.

En este instante por ámbas partes se oye un subito y espantoso trueno, tiembla la tierra, conmuévense los montes, y los valles le repiten á lo léjos: los torrentes de espeso humo esconden los muros de Granada, los torbellinos de polvo se levantan hasta el cielo, los gritos y los gemidos se mezclan con el ruido tremendo, y disipada la nuve de humo y polvo, se ven los dos fuertes torreones arrancados por sus cimientos, formando un monton de ruinas, quedando las faginas cubiertas con sus despojos, y con los miembros dispersos y sangrientos de los desventurados que los defendían.

Entónces suenan las trompetas, y Gonzalo, arrojando un horrible grito, se pricipita con espada en mano, pasa el foso, sube á la brecha, derriba, mata, rechaza á los musulmanes que habian acudido, llama á los castellanos que vuelan sin poder seguirle, y solo sobre los altos muros, amontona los moribundos cuerpos. Los almoradíes, mandados por

Abad, se reunen contra el héroe: él ataca, deshace el batallón, esparce al rededor las víctimas, disipa, destruye, pone en fuga cuanto se opone á su brazo, y uniéndosele en fin los suyos, toma el estandarte de Castilla, salta por entre los cadáveres. las ruinas y los despojos, y le enarbola sobre las murallas.

Alamar, con los zegríes, peleaba en la otra brecha; Alamar había sostenido los esfuerzos del valeroso Lara; su maza terrible había derribado al temerario Cortés, y Fernando dos veces rechazado no podia trepar por la muralla. El fiero Alamar insultaba á los cristianos, creyéndose ya vencedor, cuando divisa á lo lejos el estandarte plantado por Gonzalo, y oye á los españoles repetir su nombre glorioso. El africano palidece enfurecido, descarga sobre la tierra su maza, baja la frente, vacila un instante sobre el partido que le queda, y dando feroces miradas á los zegríes que le rodean: valiente Maaz, dice á su jefe, quédate en esta brecha con tus compañeros, perezca el último antes que abandonarla. Yo corro con los alabeces á desalojar al enemigo del muro, á castigar, á esterminar al detestable.... acabar no pudo: la cólera no le deja pronunciar el nombre que aborrece. Echa sobre sus espaldas la pesada maza, y al frente de los alabeces, por encima de la larga cortina que juntaba las dos torres destruidas, marcha con pasos veloces hacia los castellanos.

Gonzalo le salía al encuentro. Gonzalo, apenas vencedor, iba á poner en libertad á Zulema, pero sabedor de que su amigo está peleando en la otra brecha, muda de intento, y vuela con los leoneses á socorrer al valeroso Lara. Llama y reta en alta voz á Alamar: el africano le oye y responde á lo lejos. Ambos reconocen su voz, y corren á encontrarse: ambos se descubren en fin, salen delante de sus tropas, y se encuentran en medio de la muralla.

¡Dios de las batallas! ¿quién podrá pintar la fuerza, el odio, la rabia de los implacables rivales? quién podrá explicar el furor ciego, el deseo de la venganza, la sed ardiente de sangre que á ambos devora? Sin atender á sus vidas sin pensar en sus escudos, Alamar alza la maza, Gonzalo su espada cortadora, y teniéndolas con ambas manos, se acer-

can y descargan. Sus golpes forman uno solo, que el eco repite. El casco de Gonzalo se rompe, la piel de serpiente de Alamar queda cortada; ambos arrojan sangre por ojos y narices. El español vacila, el africano se sostiene sobre una rodilla; pero levantándose al punto, Alamar saca el alfange, Gonzalo le ataca de más cerca, y las armaduras vuelan en pedazos; el metal y las escamas saltan al impulso del héroe; los golpes suenan sin interrupción, y al ruido se creería que peleaba un ejército entero. Los leoneses y los alabeces, yertos de temor, los miran; todos quedan suspensos, todos los ojos, todos los ánimos se fijan en los dos guerreros.

Despojados casi de sus armas, paran solo con la espada: fatigados, más no menos ardientes acercan cada vez más; pero el español acosa al africano hasta el parapeto de la muralla, no pudiendo ya huir, más, se arroja sobre su enemigo, cuerpo á cuerpo, y quiere ahogarle en sus brazos. Gonzalo le recibe, le aprieta, le estrecha contra su pecho acerado, aumenta sus esfuerzos, le mueve como si fuese una robusta encina asida á la tierra, le derriba sobre el parapeto, y queriendo acabar su victoria, le precipita de lo alto del muro; pero Alamar, teniéndole asido, le arrastra en la fatal caída.

Ambos caen en medio de las aguas, haciéndolas saltar al aire, ambos se sumergen, y vuelven á aparecer separados. Armados de su espada terrible, atada al brazo con una cadena, nadan con una mano, y con la otra se acometen con nuevo furor, tiñendo con su sangre las aguas. La de Alamar corre con abundancia, y sus fuerzas no igualan á su furor. Gonzalo lo nota, y siente aumentarse las suyas. Arrójase sobre su enemigo, le ase, le hiere en la garganta, saca la espada para volver á meterla. Ambos desaparecen otra vez, y la negra sangre sube sobre las aguas; pero al cabo de pocos instantes, se ve Alamar, los brazos abiertos, transportándole la corriente ensangrentada. El héroe vencedor sale á la orilla, marcha á la brecha, y sin tomar aliento vuela á la mazmorra.

Llega rodeado de hachas, rompe las puertas de metal, penetra hasta donde estaba la princesa, que postrada junto á Muley-Hassen, solo esperaba la muerte. Ya es-

tais libre, exclama Gonzalo arrojándose á sus piés; Alamar pereció, vengada estais. Y tú, anciano respetable, tú á quien debo la vida, perdona las tristes hazañas, que mi deber me prescribía. Yo he servido á mis reyes y mi patria; ya cumplí con ellos, no contigo, dispón ahora de mi suerte. ¿Quieres honrar á Fernando, recibiendo de él el obsequio que merecen tus virtudes? ¿Quieres huir de Granada, y desterrarte á otros climas? Todo lo puedo, y todo lo haré para suavizar tus desgracias, para seguirte como un esclavo, para obtener tu amistad, más grata á mi corazón que mi gloria.

Muley le escucha y guarda largo silencio; alza los ojos al cielo, le acusa en lo interior de su corazón, sintiendo haber vivido tanto. En fin, cediendo al destino, echa los brazos á su hija, vertiendo en su seno amargas lágrimas; y mostrándola á Gonzalo, protégela, le dice, de nuestros crueles enemigos: viva ella, y viva libre.... y no pienses en mí.

Salen luego de la horriblo mazmorra, y marchan guiados por Gonzalo hácia el palacio de la Alhambra. Fernando le ocupa ya, Fernando vencedor luego que Alamar faltó de la brecha, envió á Lara á apoderarse del rey Boabdil. El monarca tímido, rodeado de enucos, esperaba temblando las cadenas, y derramaba inútiles lágrimas. Su madre Aixa, puesta á su lado, brillando la cólera en sus ojos, contemplaba en el indigno hijo: llora, le dice, que bien debe llorar como mujer, quien no supo defender el trono de sus abuelos como hombré.

Lara se muestra en este instante, manda á Boabdil que le siga, y le conduce á los piés de Fernando. El destronado rey hinca la rodilla, Fernando encubre su desprecio bajo una fingida clemencia, levanta al débil enemigo, á quien conoce y no teme, y le da la libertad.

En fin Granada se rindió. El español triunfante enarbola, por todas partes, las torres de Castilla, coronando tan felices hazañas con la humanidad para con los vencidos. Lara, Medina, todos los generales mandan respetar á un pueblo que tiembla, y hacen sagrados á los ojos del soldado los asilos de los desdichados. Las murallas están cubiertas de sangre, pero la ciudad permanece tranquila. Fernando les

deja á los moros su culto, su libertad y sus bienes; recibe de las manos de Gonzalo al virtuoso Muley y á la tierna Zulema, como á una hija querida, como á un rey que estimaba por largo tiempo, colmándolos del respeto debido á sus desgracias, de los honores que debe á su estado; y queriendo dar á Gonzalo el premio debido á sus hazañas, manifiesta al héroe su reconocimiento en los beneficios que prodiga á Zulema.

A la mañana siguiente, la augusta Isabel, acompañada de su corte, montada sobre un caballo blanco que ocultan las piedras preciosas, va á las puertas de la ciudad, en donde Fernando le presenta las llaves; entra en triunfo, en medio de todo el ejército, que bendice su glorioso nombre, por entre el pueblo maravillado al ver la clemencia de los vencedores. Tranquila y modesta después de la victoria, protege á los moros y honra á los españoles. Gonzalo y Lara, puestos á su lado, la conducen á la mezquita, convertida ya en templo de Cristo. La reina da gracias al Dios de los ejércitos, le suplica que vele siempre por el imperio que le confió, pidiéndole, no que ensanche sus límites, sino que le dé las virtudes que pueden hacer felices á sus vasallos.

Sobre este mismo altar, en este mismo templo, pocos días después, Gonzalo recibió la mano de Zulema. Muley, vencido por sus virtudes, consintió en llamarle su hijo, sin dejar de amar á su hija, aunque siguiera la ley de los cristianos. La reina y Fernando fueron testigos de tan dulces nudos: Lara cuya felicidad se igualaba tal vez con la de Gonzalo, estrechaba en su seno á su amigo, y el mayor de los héroes, el más fiel de los amigos, la más amable esposa, empezaron una larga sucesión de días afortunados y gloriosos.

Fin.

PENSAMIENTOS DE VICTOR HUGO.

Palermo tiene el Etna; París el pensamiento.

El ideal se compone de tres rayos: lo verdadero; lo bello; lo grande.—De Jerusalén se desprende lo verdadero. Allí fué dicha por el Mártir Supremo la suprema palabra: libertad, igualdad, fraternidad. De Atenas se desprende lo bello. De Roma lo grande.—Hoy de Jerusalén queda un cadalso, el Calvario. De Atenas una ruina, el Parthenón. De Roma una fantasma, el imperio romano.

Esas ciudades ¿han muerto? No.—El huevo roto no representa la muerte del huevo sino la vida del ave. Sobre esas envolturas yacentes se cierne la idea que vuela. Sobre Roma el poder; sobre Atenas el arte; sobre Jerusalen la libertad.

París es la suma de estas tres ciudades.—Del grito del Gólgotha ha sacado los derechos del hombre. La función de París es la difusión de la idea: tiene sobre la tierra la influencia de un centro nervioso; si se extremece, todo tiembla.

En 1864 la Francia exportó diez y ocho millones doscientos treinta mil francos en libros. El hogar de la razón es necesariamente el hogar del arte.

En París está el yunque de la fama: es el punto de partida de los acontecimientos.

El fondo del siglo es grande y honrado.

Digámoslo: después de la revolución francesa, ninguna gangrena del pueblo es posible.—Gracias á la Francia penetrante; gracias á nuestro ideal social, infiltrado á estas horas en todas las inteligencias humanas de uno á otro polo; gracias á esa vacuna sublime, la América se cura de la esclavitud, la Rusia de la servidumbre, Roma del fanatismo, las creencias de lo absurdo, los códigos de la barbarie.—De todas partes desaparece el virus: ese es uno de los más grandes aspectos de la revolución.

Y qué es la Revolución francesa? Una vasta curación. Existía una peste: el pasado. Ese horno ha quemado aquel miasma.

Ser París es marchar adelante. En París han sido propuestas, debatidas y resueltas en el sentido de la libertad todas las grandes cuestiones de esta época: derecho del individuo, base y punto de partida del derecho social; derecho al trabajo, derecho de la mujer, derecho del niño; abolición de la ignorancia; abolición de la miseria; abolición de la gleba en todas sus formas; inviolabilidad de la vida humana.—París es la ciudad del poder por la concordia, de la conquista por el desinterés, de la victoria por la dulzura, de la justicia por la piedad y del deslumbramiento por la ciencia.

El que sueña es el precusor del que piensa.—La primera fase de lo posible es ser imposible. ¿Qué mayor sueño que Dionisio Papin? ¿Se imagina nadie una marmita transfigurando el universo? El mañana de una multitud de quimeras ha llegado: de ello se compone hoy la riqueza pública y la prosperidad universal. Son sueños condensados en hechos.

El inmenso viento del porvenir sopla la paz.—¿qué hacer contra el huracán de la fraternidad y de la alegría? ¿Pensais que no sabemos que la guerra ha muerto? Murió el día en que Jesús dijo: "Amaos los unos á los otros"

Las masas son las fuerzas: desde el 89 son también las voluntades; de aquí el sufragio universal.—¿Qué es la guerra? El suicidio de las masas. Lo que haceís, pues, es poner el suicidio á la orden del día. Los dos extremos de la guerra, son: la miseria y la ignorancia. La propiedad de la ig-

norancia es sufrir. No creemos más que en la vida, en la justicia, en la libertad, en la cuna de los niños, en la sonrisa del padre, en el cielo estrellado. La decadencia es incurable; la reación momentánea. El minuto es el enfermo; nó el siglo.—Muchas cosas serían ó querrán ser; pero la risa de París es un obstáculo.

Fijaos en una palabra: nacimiento corresponde á la voz libertad.— Decir "la madre ha librado" equivale á decir "el niño ha nacido." Decir "la Francia es libre" equivale á decir "el alma hunmana es mayor de edad."—El presente por robusto que parezca, por altanero que sea, está atacado de una enfermedad incurable: el porvenir. Todas las mañanas la humanidad al despertarse mira esa esquina. París anuncia allí un espectáculo hasta que anuncia su revolución.

En esta hora de reacción contra todas las tendencias del progreso denunciada de todas partes, de parte de la Encíclica, de parte del derecho divino, de parte del buen gusto, de parte del *magister dixit*, de parte de la rutina, de parte de la tradición ; en esta insurrección flagrante de todo el pasado, pasado fanático, pasado escolástico, pasado autoritorio, contra ese poderoso siglo X I X hijo de la revolución y padre de la libertad, es útil, es necesario, es justo atestiguar la existencia de Paris. En el momento presente, la coalición nocturna de las viejas preocupaciones y de los viejos regimenes, triunfa, y crée á París en derrota, del mismo modo que los salvajes creen al sol en peligro durante el eclipse. La Exposición universal no se retracta: el porvenir no es el odio, sinó la unión; no es el ruido de los cañones, sinó la marcha de las locomotoras.

Michelet y Victor Hugo son dos ecos unísonos que se responden.—Michelet dice en su "Biblia de la humanidad:" "Marchemos á las ciencias de la vida, al museo, á las escuelas, á las universidades; marchemos á las ciencias de la historia y de la humanidad, á las lenguas de oriente. Desde la India hasta el 89 desciende un torrente de luz, el río del derecho y de la Razón. Una enorme luz de rayos cruzados, terriblemente poderosa, más que la luz eléctrica, aplastando al pasado en todas sus ciencias de estupidez, ha

mostrado en su lugar el acuerdo victorioso de dos hermanos, ciencia y conciencia."

Z.

RIMA.

De este profundo sueño en que tu orgullo
    Mi pecho sumergió,
Cual Lázaro á la voz de Jesucristo
    Despertaré á tu voz.
Y como el ave desde el pardo nido
    Saluda á su Criador
Cuando mira en las nubes enlutadas
    Los fulgores del sol;
Elevará en la noche de mis duelos
    Un himno á tu pasión,
Al asomarse en tus pupilas negras
    Su trémulo fulgor.

Ravul.

LA CARCEL MODELO.

Entre los más notables establecimientos públicos de Madrid figura la *Cárcel Modelo*, un hermoso edificio de construcción á la vez elegante y severa.

Aquí le llaman generalmente *El Abanico*, por su disposición interior: cinco radios que parten de la entrada principal.

La construcción satisface todas las exigencias modernas respecto á edificios de este género; y el funcionamiento del régimen penitenciario, si bien deja mucho que desear en algunos detalles importantes, está bastante adelantado.

La cárcel tiene 1,026 celdas, distribuidas en los cinco radios del *abanico:* pequeñas, pero bien aireadas, y con aquellos muebles más indispensables para la vida ordinaria. Cada sentenciado ocupa una, donde puede dedicarse á solas á aquellos trabajos compatibles con la privación de la libertad; y cuando tiene que salir al locutorio ó al paseo, debe cubrirse con el capuchón, con lo cual debe impedirse que se conozcan.

En eso consiste uno de los más grandes adelantos de la ciencia penal, la cual, fundándose en principios de fisiología cerebral ya indiscutibles, considera el delito, más bien como efecto de impulsos irresistibles, que como acción deliberada, y la pena, más bien como medio de corregir moralmente al delincuente, que como expresión de la venganza

social. Y como todo delito se ha verificado en un estado patológico del agente, y ese estado casi siempre no dura más que breve espacio de tiempo, el aislamiento de la prisión produce dos inapreciables efectos: á saber: apresurar la regeneración moral, y evitar que á la simple corrección se añada aquella otra pena, más tremenda que ninguna y siempre injusta, que consiste en deprimir la dignidad personal y avergonzar al delincuente, quien al salir de la prisión no debe sentirse insultado por las miradas que le recuerdan su falta, su crímen ó su desgracia.

Los paseos son también para una persona sola, y están separados de los demás por altas paredes.

Esta cárcel es únicamente para hombres y niños. La primera vez que estuve en ella, el empleado que me sirvió de guía me hizo ver dos muchachos de once años, uno de los cuales sufría ya la *quinta* reclusión por muy inclinado á esos pequeños robos tan frecuentes en las grandes ciudades.

—Si creerá Ud., me dijo el guía, que estos pilluelos están mejor aquí que libres. Viven contínuamente en la calle: comen cuando les dan limosna, ó roban un panecillo en la tahona: duermen en el primer portal que se les antoja, y siempre andan perseguidos por los guardias de orden público.

Miré otra vez con interés compasivo aquellos dos aprendices—ó quizás maestros—de *tomadores;* y cuando la notaron, me hicieron una porción de muecas desdeñosas, saltando por la prisión como dos monos.

Expresé mi extrañeza de que los tuviesen juntos, con lo cual se les hacía menos provechosa la detención, y ocasionada á desarrollar en ellos tal vez mayores vicios; pero el guía no comprendía mucho de doctrinas penitenciarias y se conformó con contestarme que así lo tenía dispuesto el superior.

Del departamento de los niños pasé al de los presos políticos; y declaro que no pude contener una exclamación de asombro, no obstante leer frecuentemente en los diarios de Madrid contínuos anuncios de prisiones de periodistas.

La adelantadísima organización de la Cárcel Modelo cho-

ca con ese departamento dedicado á pensadores, errados talvez en sus propósitos, pero que no debieran ya ser perseguidos por las leyes penales.

La ciencia ha desechado, por absurda, la clase de los delitos llamados de opinión, y las naciones más civilizadas tienden á borrarla de sus códigos. Venezuela ha realizado ya ese progreso, y por ello merecen elogios sus gobiernos liberales.

En este período histórico, en que todo progreso viene directamente de los esfuerzos cerebrales, como que el objeto del hombre es someter los fatales movimientos del mundo físico y la lenta evolución de los grupos étnicos al empuje rápido de la actividad orgánica, concentrada en ideas,—la persecución del pensamiento es, además de un acto bárbaro, una peligrosa insensatez.

Cuando la teocracia y el absolutismo dominaban el mundo europeo, el supremo argumento de los gobiernos contra sus contradictores eran el tormento, la horca y la hoguera. Ahora que la teocracia y el absolutismo se disfrazan con otros nombres para engañar á los pueblos, se conforman con la cárcel, como si la idea perseguida, por más absurda y utópica que sea, estuviese en un solo cerebro, y pudiesen los muros de una prisión evitar que su prestigio irradie al exterior.

Como del choque de teorías é hipótesis distintas en la esfera de las ciencias, surge luminosa la verdadera doctrina, imponiéndose á todos los cerebros con los resplandores de la razón y la fuerza de la lógica; así en el mundo político, los sistemas opuestos se combaten hasta que acepte el más racional la opinión pública, juez supremo, y lo sancione como definitivo la experiencia, guía infalible del individuo y de los pueblos.

Además de que tales persecuciones contradicen abiertamente el concepto fundamental del delito y el objeto de la pena; y podrían más de una vez producir verdaderos suicidios sociales. Comparar el que mata ó roba con el que predica un ideal, que le llena el cerebro como con resplandores de aurora y pone en su alma fe de apóstol y entusiasmos de mártir, es un atentado contra la moral pública y una

bofetada al buen sentido. Y luego, las más conmovedoras páginas de la historia están llenas con los martirios de cuantos por haber previsto las redenciones del porvenir, encontraron en su tiempo, como el Dios de los cristianos, su corona de espinas y su cruz.

De estas consideraciones filósoficas me distrajo uno de los presos políticos, el cual salió de su celda á saludarnos cortesmente. Hice mi visita aquel día acompañado por dos señoras que lo escuadriñaban todo con una curiosidad delíciosa, ocurriéndoseles á cada paso observaciones muy originales, y riéndose á espaldas del guía que mostró cierto apasionamiento por la más joven.

Los presos políticos reciben visitas en sus mismas celdas, y no están obligados á ponerse el capuchón. Verdad es que si se les sometiese al mismo régimen que á los otros, la injusticia tocaría ya los límites del salvajismo, y esta es otra de las particularidades de los llamados delitos de opinión. Los que se ven perseguidos por ellos, no se avergüenzan nunca de sus actos, sino que antes bien los proclaman con orgullo.

El preso que salió á recibirnos con esta deliciosa familiaridad española, mucho más agradable y atractiva que aquella estudiada *gentileza* de los parisienses, era un ex-director de *El Progreso*, diario republicano de Madrid.

Las señoras siguieron con el guía á observar un patio interior, y yo entablé mi conversación con el agente periodista.

Me hizo entrar en su celda, me ofreció cigarrillos y cambiamos nuestras tarjetas.

Está condenado á dos años de prisión por haber escrito en su diario que todas sus desgracias le venían á España de la dominación de los Borbones y los Austrias; y aunque ha interpuesto recurso de casación, no espera ningún resultado favorable.

—No importa, me dijo: no pasaré aquí esos dos años. Esto se viene á tierra el día menos pensado. La Monarquía está sostenida por débiles hilos que cortará la Revolución con el primer sablazo.

Y con creciente entusiasmo comenzó á pintar en el por-

venir auroras de engrandecimiento y libertad para España, juzgando al propio tiempo con explicable rudeza al Gobierno de Sagasta y los fusionistas, el cual emplea en el poder los mismos procedimientos anteriores de Cánovas y Pidal.

El guía vino á interrumpir nuestra conversación, y nos despedimos como antiguos amigos, exigiéndome que volviese otra vez á fumar en su celda un cigarrillo.

Bajamos una escalera, y nos encontramos en la *Capilla expiatoria*, que el guía nos explicó con tranquila naturalidad. Le dejé conversar con las señoras, y me acerqué á los sitios donde oyen la última misa los condenados á muerte, á ambos lados del altar, al travéz de rejas de hierro.

En frente del altar hay una puertecita baja y estrecha: es el lindero entre los alegres dominios de la vida y las soledades de la muerte.

Por allí pasan temblando, casi inertes ya, empujados por los verdugos, los que en el paroxismo de la cólera, ó en las torturas del hambre, ó en los ciegos arrebatos de la venganza, bajaron como por las faldas de un abismo hasta las profundidades del crímen. A su espalda ven el sacerdote, severo y rígido que les bendice é intenta consolarles........

. . . .

Más allá de aquella puerta divisan los aparatos del último tormento, que los atraen con hambre insaciable. Un grito sordo conmueve el aire, grito de despedida al hogar, al amor y á la esperanza. Un resplandor melancólico, como de estrellas que se extinguen, anima los ojos de la víctima.... y luego: de la vida de un hombre no queda más que la rigidez del cadaver, la frialdad de la muerte, el negror de la nada.

Y mientras la sociedad se declara satisfecha y vengada, la justicia llora inconsolable sobre los libros implacables de la ley.

Ciertos dioses antiguos veían continuamente sus altares regados con sangre humana, que los sacerdotes les ofrecían para hacerlos propicios á sus ambiciones. Algo de aquellos dioses se encarna todavía en este fetiche social que llaman vindicta pública, y muchos de aquellos sacerdotes

hay en estos jueces modernos, que pueden convencerse de que la persecución moral de un desgraciado haya llegado á hacerle indigno del primero y esencial de todos los derechos, el derecho á la vida.

A los legisladores, que mantienen todavía tal *pena*, (así la nombran, confundiendo el claro concepto de la penalidad con la salvaje idea de la destruccion). ya el progreso intelectual les ha calificado de ignorantes ó de injustos. Nada les importa que la fisiología enseñe que el funcionamiento de nuestros órganos no depende únicamente de la voluntad individual; que la patología cerebral les demuestre que así como hay deformidades físicas en la célula nerviosa hay también deformidades morales que vienen directamente de aquellas; y que la filosofía jurídica les grite que si la sociedad tiene siempre el derecho de corregir, nunca tendrá el derecho de exterminar. Continúan agarrados á sus ídolos, con los ojos cerrados á los resplandores de la ciencia, y el alma insensible á los ayes de la desgracia y á las protestas de la desesperación....

Salí de la *Cárcel Modelo*, que por tantos respectos honra á España, con dos recuerdos penosos: aquella prisión del pensamiento, y aquella *Capilla*........................ último calabozo de la vida.

Mientras la notable penitenciaría conserve esos dos atavismos, sus perfecciones se mostrarán siempre oscurecidas, como limpio cielo americano en cuyo centro se condensasen dos nubes sombrías.

Madrid, Setiembre de 1886.

José Gil Fortoul.

CARTAS AMERICANAS

SOBRE

VÍCTOR HUGO,

Á UN DESCONOCIDO.

Muy señor mio: La carta que usted me dirige, ocultando su nombre, llegó á mi poder pocos días há, con el periódico en que viene inserta: *La Miscelánea, revista literaria y científica* que se publica en Medellín, república de Colombia. A pesar de lo indulgente, fino y hasta cariñoso que está usted conmigo, lo cual me lisonjea en extremo, no he de negar, aunque lo achaque usted á soberbia, que me han dolido sus inpugnaciones y que me siento picado y estimulado á replicar á ellas. Ya hace meses que recibí otra revista colombiana, que también me inpugnaba y por el mismo motivo. El que escribió este otro artículo en contra mía y le publicó en la revista de Bogotá titulada *El Telegrama*, daba su nombre: era el señor Rivas Groot, á quien debe usted conocer.

A él y á usted voy á contestar en esta carta, haver si logro justificarme.

No es posible que Vd. se figure bien cuánto nos halaga, á los que en esta Península, donde se lee poquísimo, nos dedicamos á la literatura, que por esas regiones trasatlánticas nos lean Vds. y nos hagan algún caso.

Así es que deseamos conservar el buen concepto en que Vds. tan generosamente nos tienen, y defendernos de cualquier inculpación que tire á menoscabarle.

Usted y el señor Rivas Groot me acusan de Zoilo; de que procuro rebajar el mérito de Víctor Hugo. Pero aunque fuera así, ¿es Víctor Hugo inexpugnable y está por cima de toda crítica? ¿Los fallos que se han dado en su favor, son tan sin apelación que le dejan más á salvo de todo ataque que á Calderón ó á Shakspeare, pongo por caso? Pues bién, el valor de estos dos insignes poetas ha sido de harto distinta manera ponderado y tasado. ¿Qué distancia no hay entre el mediano aprecio que concede Sismondi á Calderón y la idolatría con que le veneran Schack y ambos Schlegel? ¿Seguiremos á Voltaire y Moratín, ó á Emerson y á Carlysle, para marcar los grados de entusiasmo que debe inspirarnos el autor de *Hamlet?*

La verdad es que si hay una inconcusa filosofía del arte, una estética perenne, no se funda en ella hasta ahora ningún inalterable código universal, ó sea ordenada recopilación de reglas con sujeción á las cuales se ejerza la crítica. Y aun dado que el código exista, yo creo que ha de ser difícil de interpretar y de aplicar cuando tanta discrepancia se nota en los juicios, no ya sobre un singular autor, sino sobre siglos enteros de la literatura de todas las naciones.

Hasta hace pocos años la crítica ilustrada afirmaba que casi toda literatura era bárbara é insufrible, salvo en los cuatro siglos de Pericles, Augusto, Leon X y Luis XIV, á los cuales correspondían las cuatro Poéticas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau. A hora hemos venido á dar en el extremo contrario. El *Mahabarata*, el *Ramayana*, las *Edas* y el *Nibelungen*, parecen á muchos mejor que la Eneida y el *Minnegesang* mejor que las odas de Píndaro y del Venusino.

Sin duda que se ha adelantado mucho en la estética. Sin duda que la erudición ha traído de remotos países ó ha desenterrado del polvo de las Bibliotecas ignorados tesoros literarios. Idiomas, civilizaciones enteras, himnos dramas, epopeyas, todo ha vuelto á la luz. Ha habido y hay renacimiento universal y cosmopolita. Pero ¿no recela

usted que tanta novedad nos deslumbre y atolondre? ¿No podremos decir, citando lo del antiguo romance.

Con la grande polvareda
Perdimos á don Beltrane?

¿Y este don Beltrane, en el caso presente, no será quizás el sentido común, ó mejor dicho, el recto, yreposado juicio¿ La crítica ántes no era tan profunda: no se fundaba en filosofías que el crítico á menudo no entiende, sino que se fundaba en cualquiera de las cuatro ya citadas Poéticas ó en todas ellas, á cuyos preceptos, convengo en que muy literalmente interpretados, solía ceñirse el que críticaba; pero hoy se va por los cerros de Ubeda, arma un caramillo de sutilezas, abre abismos rellenos de inefables sentimientos y pensamientos y se empeña en convencernos de todo lo que se le antoja, haciéndonos tragar como sublimidades mil rarezas y como maravillas del *genio* mil extravagancias.

Contra estas extravagancias y rarezas, que yo no quiero tragar, y de cuya bondad no logra nadie convencerme, es contra lo que yo voy. A Víctor Hugo, aunque abunda en ellas, como el conjunto de mil autores de los más estravagantes, yo lo celebro, tal vez en demasía. Yo he llegado á decir que pongo á Víctor Hugo en el trono como rey de de los poetas de nuestro siglo por su fecundidad, por su pujanza de imaginación y por otras prendas, si bien Goethe era más profundo y más sabio; y Leopardi, que también sabía más, era más elegante, y más sentido, y más limpio y hermoso en la forma, y Manzoni y Whittier y Quintana, más firmes, constantes, fieles y sinceramente convencidos en sus opiniones y doctrinas y Zorrilla, más espontáneo, más rico de frescura y menos dado á rebuscar pomposidades enormes para llamar la atención.

Sin rayar en delirio no se puede hacer mayor elogio de Víctor Hugo, á pesar de las cortapisas. Ni usted ni el señor Rivas Groot debieran ponerme pleito, sino los aficionados deEspronceda, de Heine, de Shelly, de Byron, de Moore de Tenyson, de Garrett, de Miskiewich, de Lermontoff, de Puschkin y de tantos otros á quienes dejo tamañitos.

Y no hay contradicción en mí, como supone el señor Ri-

vas Groot. Si hay contradición está en la misma naturaleza de las cosas. Ni yo me contradigo elogiando en general y tratando luego en los pormenores, de hacer añicos el ídolo que he levantado. El ídolo quedaría en pié, aunque de mi voluntad dependiese derribarle; pero lo que hay en él de feo y de deforme no se lo quitarán de encima sus más entusiastas adoradores.

¿Fué ó no fué Góngora un excelente é inspirado poeta? Quién se atreverá á negar que lo fué? Sus romances, sus letrillas, algunos sonetos, la canción á la invencible Armada, dan de ello claro é irrefagable testimonio. Hasta en el *Polifemo* y en las *Soledades* su ingenio resplandece. Pero, ¿será menester, á fin de no incurrir en contradicción, cerrar los ojos y no ver los desatinos, las extravagancias y el perverso gusto que afean las *Soledades*, el *Polifemo* y otras obras de mi egregio. paisano?

Hágase usted cuenta de que Víctor Hugo es algo semejante: es un Góngora francés de nuestros días. Ha escrito más que Góngora y ha tenido más aciertos y ha creado más bellezas que Góngora; pero también ha dicho muchísimos más disparates. Si me pusiera yo á sacarlos á relucir, ni en cuatro ó cinco tomos gordos lo conseguiría. Me remito por lo tanto y para abreviar, á los que ya puse en mis *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*. Si todo lo citado allí no es desatinado, por la forma ó por el fondo, ó por forma y fondo á la vez, sin duda que yo soy el desatinado, y no discuto y me doy por vencido. Al público imparcial y juicioso apelo. Aquí solo voy á replicar á las razones que da usted para demostrar que dos ó tres de esas frases, que cito yo como grotescas, encierran pensamientos profundos y son como un pozo de inconsolables filosofías.

A Nuestro Señor Jesucristo se le representa simbólicamente bajo el nombre de *león* y bajo la figura de *cordero*. Es el León de Judá, es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; pero ambos nombres están ya consagrados; por cerca de veinte siglos el de *cordero*, y el de *león* por mucho más: lo menos desde los tiempos de Isaías. Ambos nombres de *león* y de *cordero* responden á un simbolismo propio de las lenguas y costumbres del antiguo

Oriente. Y en el día de hoy no chocan, antes gustan, bien empleados, aunque no se apliquen á Cristo. De un militar animoso y fuerte se dice que es un león, y de un joven inocente y manso se puede decir, en son de elogio, que es un cordero. Pero, Señor desconocido, por las ánimas benditas, ¿habilita esto y faculta á nadie para llamar también á Cristo *inmensa lechuza de luz y de amor*, aunque en francés sea más eufónico que en castellano el nombre de lechuza? Las comparaciones de dioses, de héroes, de semidioses y hasta de hombres, con animales, no se aguantan hoy, ni se oyen sin risa, como no sean de las ya consagradas por miles de años, ó de las que se hacen con suma habilídad, entre las cuales no es posible poner la de la lechuza aplicada á Cristo, aunque la lechuza sea emblema de vigilancia, de sabiduría y de otras cosas muy estimables. En lo antiguo había cierta candidez que consentía esto: pero ¿cómo tomar hoy la misma venia? Homero compara á los guerreros á las moscas, que acuden á un tarro de leche, á las grullas, que van á combatir á los pigmeos, y compara á Ulises con un carnero lanudo, y á Ayax, defendiendo el cuerpo de Patroclo, á pesar de tanto troyano como embiste y cae sobre él, á un burro terco y hambriento, que sigue pastando á pesar de los muchos villanos, armados de estacas, que le sacuden para alejarlo del pasto. Todo esto es precioso, y nos hace muchísima gracia, en Homero pero ¿quién no se burlaría ó se indignaría si comparásemos hoy á Napoleón I á un carnero lanudo, y á Daoiz y á Velarde, que se defienden con igual obstinación que Ayax, á lo mismo que Homero compara á Ayax?

Además, Víctor Hugo no se limita á comparar. Con su estilo enfático, hace más, trasforma. No es Cristo como una lechuza ó semejante á una lechuza, sino que es lechuza.

Sobre otra de mis citas trata usted de darme una lección, pero sin motivo. El vocablo francés *crachat* significa vulgarmente placa de comendador ó de caballero gran cruz. Convenido. ¿Cómo he de ignorar yo esto, por poquísimo francés que sepa? Lo que me sucedió es que al traducir

L'univers etoilé est un crachat de Dieu,

hallé más grotesca aún la traducción que usted hace que la que yo hice.

Yo no podía figurarme al Padre Eterno de uniforme, con sus grandes cruces colgando, y hasta con espadín, y sombrero de tres picos. Vea usted por qué no traduje que el cielo estrellado era la placa de Dios. Pase por que sea el cielo estrellado el manto de Dios, su vestidura, su túnica, pero su *crachat*. . . . vamos, esto es ya demasiado. Todavía, á pesar del alto concepto metafísico y todo espiritual que hoy tenemos de Dios, se consiente que, por la larga costumbre, nos le representemos, valiéndonos de imagen material, como un anciano venerable, con luengas y flotantes vestiduras. Lo que no se puede sufrir es representarle con uniforme de ministro y con placas, aunque sean estas placas soles. Sin duda que uniforme y placas tan desmedidos tienen cierta sublimidad matemática y corresponden á la inmensidad de Dios por lo extenso; pero hay bastante grosería materialista y risible en figurarse á Dios así, como un sér excesivamente corpulento y vestido á la moda de nuestros días.

Además habiendo en francés la palabra *placa* valerse de la palabra *crachat*, más innoble y muy anfibológica, me pareció tan fuera de lo que se usa que no quise yo persuadirme de que Víctor Hugo hacía de Dios un *Monsieur décoré*. Entendí, pues, que la intención de Víctor Hugo era la de buscar, no la sublimidad matemática extensa, sino la sublimidad dinámica, y traduje suavizando, y aún creo que no traduje mal, *El cielo estrellado es un esputo de Dios*. La imagen tiene de esta suerte sabor á poema indio, y hace más grande, y poderoso á Dios escupiendo el mundo que llevándole colgado en el uniforme como una venera.

Más natural que llevar colgado el universo, es en un Dios creador lanzarle de su boca. Algo, aunque al revés, recuerdo yo haber leído en el Ramayana. Siva, el Dios destructor, se encoleriza contra los sesenta mil hijos del rey Sagara y de su legítima esposa Sumatis, hermana de Garuda, rey de los pájaros, porque estos príncipes habían hecho doscientas mil insolencias y travesuras, y sin respeto ni consideración á las tortugas y elefantes colosales que sostienen la pesadumbre del mundo, han bajado al abismo. Entonces Siva

da un resoplido con las narices, y los sesenta mil héroes quedan reducidos á ceniza.

En edades primitivas, cuando, para el vulgo al menos, la idea de la divinidad tenía no poco de infantil, es esto extremadamente sublime; pero en nuestra edad el poeta que nos quiera representar á Dios valiéndose de imagenes materiales, por gigantescas que sean, se expone, á mi ver, á dar en lo ridículo al ir á buscar lo sublime.

En resolución, y como usted mismo declara, yo elogio mucho á Víctor Hugo. La diferencia entre usted y el señor Rivas Groot por un lado, y yo por otro, está en que yo elogio, á pesar de sus pecados, y usted y su compatriota encarecen el elogio hasta declararle impecable.

Acaso consiste esta diferencia en que usted se deja guiar en sus juicios por una estética muy encumbrada, mientras que yo, aunque gusto de la estética, y creo que para cierta crítica afirmativa es indispensable, todavía estimo los antiguos preceptos de las Peéticas, fundadas sólo acaso en el sentido común, en el buen gusto y en la observación y el estudio, y creo que dichos preceptos, si no valen para describir bellezas y sublimidades, son infalibles y seguros en lo tocante á señalar los verdaderos defectos. Y es indudable que estos defectos deben señalarse, sobre todo en los autores famosos, á quienes suelen imitar los que empiezan, imitando con más frecuencia los extravíos porque son más fáciles de imitar.

Solo me queda por decir que agradezco á usted mucho las muestras de afecto y de estimación que me da en su carta, la cual, aunque no sea sino por esto, no he querido dejar sin contestación.

Créame Ud. su afectísimo,

JUAN VALERA.

EL AHORRO.

(*Fragmentos de Samuel Semiles.*)

GASTAR MAS DE LO QUE PERMITEN LOS RECURSOS.

Pero que dirá la señora Grundy!

(*Anécdota antigua.*)

El *Sí* y el *Nó* son, tanto para el bien como para el mal, los gigantes de la vida.

Jerrol.

Cien años de vejaciones no pagan un cuarto de deuda.

(*Del francés.*)

La respetabilidad es una cosa muy buena para los que puedan comprarla por dinero de contado;pero verse obligados á endeudarse por ella, es bastante para romper el corazón de un ángel.

Jerrol

Los gastos excesivos, la prodigalidad, la disipación, es el pecado más generalizado de la sociedad moderna, que cometen no solo las clases ricas y medianamente acomodadas, sino las clases obreras. Nunca hubo más ardiente deseo de ser rico, ó á lo menos, de parecerlo. Las gentes no se conforman con las ganancias del trabajo honrado, sino que quieren ser ricos de la noche á la mañana, valiéndose, para ello, del juego, del petardo, ó sonsacando, engañando y tram-

peando. Esta tendencia general nos envuelve como una atmósfera especial, en la vida de las ciudades: podéis verla en las calles, en los paseos, en las iglesias; uno de sus signos es el lujo en los vestidos; cada uno quiere gastar más de lo que le permiten sus recursos, en una palabra. El resultado lo podéis palpar en las quiebras de los comerciantes, en las bancarrotas, en los juzgados, donde se exhiben la picardía y el fraude de los hombres.

Hay que guardar las apariencias: los hombres deben figurar como ricos. Esto lo podrán los hipócritas, pero sólo para los que quieran dejarse engañar. Hay gentes que quieren vivir de cierto modo, habitar buenas casas, dar buenas comidas, beber vinos superiores y tener ajuar elegante; pueden lograrlo, pero solo merced al engaño y á la falta de honradez. Cada cual se maravilla de la generosidad de Redpath y de Robson; hay, empero, cientos, sinó miles, de Redpaths y Robsons ahora.

Hay otras gentes que aunque no engañan, sí prodigan, y que están, no obstante, á punto de engañar; que viven como se lo permiten sus recursos, pero que frecuentemente se exceden en los gastos; los tales desean se les considere *gente respetable*; su guía es el pernicioso adagio *uno debe hacer lo que los demás hacen*; no consideran si al remate del camino que llevan hallarán la ruina, preocupado como está su pensamiento de conquistar el *respeto* de los demás. Al obrar así, casi siempre sacrifican el respeto que se deben á sí mismos. Miran el vestido, el alojamiento, la manera de vivir, la observancia de la moda como los solos fundamentos de la respetabilidad y la posición. En su culto por las apariencias á los ojos del mundo son enteramente hipócritas y falsos. Su tendencia es á no aparecer pobres, á no omitir esfuerzo para ocultar su pobreza; gastan el dinero aún antes de haberlo ganado; deben al especiero, al pananadero, al carnicero, á la modista; sostienen á los *amigos* de moda á costa de los tenderos. Cuando las desgracias sobrevienen y cuando las deudas son abrumadoras, ¿qué se hicierón los *amigos*? Huyeron apenas llegó á sus oídos que el *debe* era mayor que el *haber*.

Los que tienen el valor moral de decir *yo no puedo ha-*

cer ese gasto, casi han desarmado á la pobreza. Los amigos en el buen tiempo de nada sirven, excepto para indicar hasta dónde se abaten los seres humanos. Otra cosa son los amigos en la adversidad. ¿Para que sirven, qué valen los que llamaremos amigos de visita? No lo elevan á uno ni en la escala social ni en la vida de los negocios. El buen éxito depende del carácter y de la estimación general en que una persona es tenida; y si se intenta cosechar la recompensa de la victoria antes obtenida ésta, la medio formada base se hunde y el aspirante cae, y no se le compadece, en el boquiabierto dragón de la deuda.

Mrs. Grundy es una personalización en la fábula del *convencionalismo* del mundo: están rspresentados en ella la costumbre, el hábito, la moda; puede ser una persona vulgar, pero su poder es, no obstante, prodigioso; la copiamos, la imitamos en todo; nos sobrecogemos al aproximarse; somos obedientes á sus mandatos; tememos provocar su ceño adusto ó sus malas palabras si somos indolentes. "Qué dirá la señorita Grundy!" subyuga muchos nobles impulsos y hace imposibles muchos actos de abnegación.

Paréceme que hay general aunque inconciente conspiración contra la individualidad de cada cual: desalentamos la confianza que tienen los demás en sí mismos y recetamos como única medicina la conformidad. Cada uno quiere ver y pensar con los ojos y con el espíritu de los demás. Somos idólatras de los usos y costumbres porque miramos atrás y no adelante ni arriba. Arrastrados por la ignorancia y la debilidad temblamos de quedarnos solos ó de pensar y obrar según nosotros mismos. El convencionalismo lo gobierna todo. Tememos exhibirnos con el aire del que piensa y obra por sí mismo; tememos obrar en conformidad con nuestra inspiración personal, y tememos sostener nuestra libertad espiritual. Muy satisfechos quedamos con llevar frutos ajenos, y olvidamos que cada uno debe dar su flor y su fruto.

En los asuntos privados el mismo modo de ser es igualmente pernicioso. Vivimos como lo ordena la sociedad, cada cual de acuerdo con la clase á que pertenece. Nos domina una reverencia supersticiosa por la costumbre. Vesti-

mos, comemos y vivimos según la ley de Grundy. En tanto que así obremos, seremos *respetables* de acuerdo eon las nociones de clase. Por ello tantos caen en la miseria, vendados los ojos, sin tener otra excusa que el loco temor al *mundo; temen lo que los demás digan de ellos;* y en un noventa por ciento de veces, los que podrían dejar oír la voz de la censura no son los más sabios ni los más previsores sino los más tontos, vanos y poco ó nada perspicaces.

Sir Wiliam Temple ha dicho que la pretensión de ser lo que uno no es ó de tener lo que uno no tiene, es la raíz de toda inmoralidad. Esta frase correcta del hombre de Estado es confirmada por la experiencia universal.

El culto á las apariencias es uno de los más grandes males sociales de esta época; hablamos del esfuerzo general, particularmente entre las clases media y alta, por parecer lo que no son. Vivimos vida de disimulo, y aparentamos una superioridad que estamos lejos de poseer. A lo que más se aspira es á lo que se llama respetabilidad, la que siendo lo que debe ser, es cosa deseable. Ser respetado, en el sentido recto de la expresión, es objeto á que debe aspirar toda persona digna; pero la respetabilidad tal como se la entiende hoy día consiste en las apariencias exteriores, ó sea, en vestirse bien, en habitar buenas casas, en vivir á la moda; mira á lo exterior, á la mera ostentación; gusta del ruido del oro en el bolsillo.... todo esto forma la moderna respetabilidad, pero en ella no hay nada de bondad ni de dignidad moral. Por eso un hombre en estos días puede ser perfectamente *respetable*, y sin embargo, del todo despreciable.

De este hábito falso y desmoralizador viene la grande estimación que se tiene por dos cosas, bastante buenas cuando ocupan su puesto, el rango y la riqueza. Cada gremio quiere alzarse sobre los otros. El espíritu de casta obra con igual fuerza en las más altas como en las más humildes clases de la sociedad. En Birmingham había un Club de obreros cuyas levitas (*coat*) unas tenían cola y otras nó: los de las primeras se reían de los otros. Cobbett, tan feliz en sus apodos, llamaba á su contrario político, Mr. Sadler, *lencero.* Pero el lencero tenía á su vez á mucha gente debajo de

él. El lencero tenía al revendedor, el revendedor al mecánico y éste al jornalero. El sirviente que cuida las vacas de un barón se siente más alto que el que sirve á un cervecero.

No importa la clase á que uno pertenzca ó la grada que ocupe en la escala social, pues que todo hombre tiene siempre alguno que le es inferior. Entre las clases medias esta especie de exclusivismo es muy marcado: cada círculo cree que es una degradación mezclarse con el círculo que le es inferior. En las ciudades pequeñas y en los pueblos hay distintas tertulias, que se mantienen cautelosamente lejos unas de otras, tal vez despreciándose, y muy frecuentemente dirigiéndose palabras y expresiones inconvenientes. Las ciudades antiguas generalmente tienen á menos seis clases distintas, separadas entre sí y en diferentes grados; y en tanto que cada una de ellas tiene su círculo exclusivo, á que no puede entrar el que es reputado como de rango inferior, lucha por borrar la línea de demarcación social que ha trazado la inmediata superior Aprovechan cualquiera oportunidad de salvar esa línea, y entrar así á un círculo más exclusivo aún que el de que acaban de salir.

Hay asimismo una lucha desesperada por conquistar los primeros puestos; son muchos los arbitrios empleados para ganarlos. Aspirando al homenaje de la sociedad, debemos ser ricos, ó á lo menos parecerlo. De aquí los esfuerzos para vivir á la moda y para tener, si no la riqueza, ó lo menos sus apariencias, la abigarrada comitiva de los gustos viciados, la compañía de corazones apocados y espíritus aturdidos, la probidad, la locura.

Una de las prácticas más desmoralizadoras del refinamiento moderno, es el sistema de los convites espléndidos. El pueblo mismo llena sus casas de *respetable* gentuza para conformarse con la ridícula costumbre. Rosseau, con todas sus aberraciones de espíritu, dijo: "Prefiero tener mi casa muy pequeña por un día, que muy grande por un año." La moda justamente trastrueca la máxima; el malestar doméstico frecuentemente principia con muy buena habitación y muchas comodidades. La desgracia consiste en que jamás nos sirve de ejemplo el nivel inferior sino el superior.

No es, sin embargo, en el culto á las apariencias, sino en los medios empleados para guardarlas, donde está la causa fecunda de la inmoralidad. El hombre que ha logrado alcanzar cierta posición, corre todos los riesgos por conservarla; cree que es descender, no obtener alguna cosa superflua. Otro que tenga coche y que beba champagne, no tolerará descender á andar en calesa ó á beber cerveza, y otro respetable que tenga calesa, juzgará que es una degradación viajar á pié ó en coche de alquiler de su casa en el campo, á su oficina en la ciudad. Todos estos y otros muchos, primero descienden á la inmoralidad que de su rango aparente, aceptan lo que no es honrado antes que perder el falso aplauso y el hueco respeto de ese hinchado loco que se llama el mundo.

Cada lector recordará casos análogos á estos de hombres respetables, quienes de una extravagancia pasan á otra, malbaratan riquezas que no les pertenecen, en orden á no perder su reputación y á hacer figura entre sus relacionados. No hay para que decir qne todo termina en destrucción repentina, en descenso espantoso, en bancarrota completa, en la ruina, quizá de miles de personas. Felices los que pueden pagar un cinco por ciento de sus deudas. No es mucho decir que las cinco sextas partes de los fraudes y petardos que afean las transacciones comerciales han tenido su origen en la enfermiza moralidad de *guardar las apariencias.*

Para ser respetable, en el falso sentido de la palabra, todo se sacrifica: la paz, la honradez, la verdad, la virtud, y todo por guardar las apariencias. Debemos trampear, engañar, defraudar para que el mundo no vea lo que hay detrás de nuestra máscara! ¡Atormentarnos y esclavizarnos para arrancar el aplauso ó siquiera obtener la buena opinión del mundo!

A este falso sentimiento se deben muchos suicidios. Los hombres vanos prefieren abandonar la vida antes que las nociones de respetabilidad de la clase á que pertenecen. Cortan primero el hilo de la existencia que el de la moda. Poquísimos suicidios se habrán cometido por verdadera necesidad.

"Nunca hemos oído hablar—dice Joel Barlow—de un hombre que se haya suicidado por falta de pan, y sí muchas veces por falta de un coche."

De este vacío y miserable espíritu de clase y casta, las mujeres son las víctimas especialmente. Se las educa generalmente con falsas nociones de la vida, y aprenden á estimar á los hombres y á las cosas por su aspecto exterior y no por su mérito intrínseco. Su educación tiene por objetivo principal agradar y atraer la admiración de los demás, ántes que desarrollar y hacer progresar las cualidades del espíritu y del corazón. Están imbuidas en nociones de exclusivismo, de moda, de gentileza. Una respetable posición en la sociedad es la única meta á que se dirigen. Ser criminal ó vicioso es virtualmente á sus ojos menos horrible que ser vulgar. Atrincheradas en la Bastilla de el exclusivismo, las mujeres viven allí cautivas de los viles artificios y egoísmos de lo convencional, de la moda, del lujo, etc. La benevolencia genuina de su naturaleza es de ese modo pervertida, su corazón se empequeñece, y las fecundas fuentes de la felicidad, las que consisten en la dulce simpatía por la humanidad en todas las condiciones de la vida, quedan cegadas talvez para siempre.

¿No es verdad que en lo que se llama sociedad á la moda, la mera exterioridad es mirada como una virtud? que ser rico, ó tener las apariencias de tal, es estimado como un mérito de orden superior, y ser pobre ó parecerlo (parece increíble) una ofensa imperdonable? Además, es tal la necesidad del espíritu de casta, que si una joven perteneciente á la mejor clase, por desgracias ó reveses de familia, se ve obligada á ganar el pan con el sudor de su frente, pierde inmediatamente su posición y queda virtualmente expulsada de la "respetable" sociedad. La resolución de ser independiente—la más vigorosa resolución que puede tomar el alma—es mirada en tales círculos como una cosa degradante; y aquellos que han sido educados bajo la influencia de la moda se someterán á las más severas privaciones antes que perder la respetabilidad de casta.

Educados así no es extraño que las mujeres ayuden eficazmente á los hombres á sostener la extravagancia gene-

ral. Nunca, como ahora, ha habido tanto furor por el lujo entre las inglesas, rivalizamos con la corrompida época de Luis XV de Francia. Reina el delirio de la moda. A las mujeres se las considera por lo que visten, no por lo que son. El lujo y casi la deshonestidad en el vestir reemplaza hoy la prístina belleza femenil. Werdsworth nos habla de la mujer sencillamente ataviada, como del tipo de la mujer perfecta. ¿Dónde hallaremos hoy copia de ese tipo? No seguramente en las mujeres pintadas, sobrecargadas de adornos, de cabellera postiza, de lunares pintados, de falsas cejas, arlequines femeninos, conjunto de todo y nada, que han perdido la frescura de la juventud, y las galas y el primor de la naturaleza.

El mal no se detiene en las clases acaudaladas; desciende hasta á los que no viven sinó del salario cuotidiano. Estos se visten de cierto modo por consideraciones á la respetabilidad, gastan más de lo que les permiten sus recursos, van al teatro, dan comidas, etc. Dinero ganado es dinero gastado. El marido no asegura su vida, y la mujer se endeuda. Si aquel muere, ésta y sus hijos quedarán en la indigencia. El dinero que ganó durante su vida de trabajo se gastó en *respetabilidades;* y si deja unas pocas libras, la viuda y los huérfanos las gastan en respetables funerales.

"Pagaste este vestido?" preguntaba un marido á su mujer; y como le respondiese que nó, la decía: "De manera que te permites vestirte á costa de otro hombre?" Ninguna mujer debe permitirse endeudarse sin que su marido lo sepa y lo permita. La conducta contraria no tiene justificación, equivale á pretender vestirse á costa de otro. Esta es una de las cosas perjudiciales al hombre y más inconvenientes para la mujer, que se expone á perder el cariño de su marido. La vida doméstica es una perpétua escena de amargura y descontento cuando uno de los esposos, ó ambos son derrochadores.

Nuestras propias deudas ó las deudas de nuestra esposa equivalen á dar poder sobre nuestra libertad. El que debe no se atreve á mirar de frente á su acreedor. Un golpe en la puerta causa espanto; el cartero puede traer la carta de un abogado en que exige el pago de alguna deuda; como

tal vez no podeis pagarla, teneis que dar nna excusa engañosa, ó alegar un engaño para no pagarla, ó mentir porque la mentira cabalga en ancas de la deuda."

Locura, y grande, es adquirir deudas por comprar lo superfluo. Compramos objetos hermosos que no podemos pagar, halagados con el plazo de seis meses ó de un año, tentación del tendero en que caemos. Consideramos una tontería vivir de sólo nuestras ganancias y no el vivir á expensas de los demás. Podemos mirar á los comerciantes de hoy como miraban los romanos á sus criados, esto es, como á enemigos. Conceden plazo á las mujeres, el cual es una tentación irresistible, y compran loque no necesitan, llevadas ó por instintos de derroche ó por el ejemplo de gentes que son ricas; el día de pagar—que no siempre llega—reciben una cuenta que es ó puede ser excesiva, y en todo caso superior á los precios corrientes, hecho natural por cuanto los comerciantes se hacen pagar el interés del dinero.

Por todas estas consideraciones el Profesor Newman decía: "Deseo cordialmente que se establezca que las deudas adquiridas en los almacenes no se puedan exigir pasado cierto tiempo. Con esta disposición legal se lograría que sólo los bien reputados y muy conocidos del comerciante tendrían cuenta abierta en sus almacenes, y esto por cantidades pequeñas. Así se lograría también que todos los precios fuesen los precios corrientes. El deshonroso sistema de deudores á la moda, que siempre pagan muy tarde, si es que pagan, y que van con sus deudas de una mano á la otra, como se hace con una brasa, aumetándola cada vez más, queda virtualmente destruido con tal disposición. Los comerciantes se verían libres de muchos cuidados y evitarían pérdidas á veces ruinosas?

En la oración "No nos dejes caer en tentación" hay un perfecto conocimiento de la naturaleza humana: ni hombre ni mujer resisten á la tentación desde que ésta es verdaderamente tal; nuestra defensa contra ella está únicamente en no acercarnos á ella. La mujer que vacila en contraer una deuda que no debe contraer, está perdida. Tarde ó temprano se roba el oro del patrón el trabajador que lo mira con interés creciente; y obra así cuando piensa que es imposi-

ble obtenerlo de otra manera. Muy cierto es que los hábitos que se insinúan en los mil actos insignificantes de la vida constituyen una gran parte de la conducta moral del hombre,

El contraer deudas inconsideradas es una gran causa de la mala fé; no importa el orígen de las deudas para que se produzca el mismo efecto: pueden ser apuestas, pérdidas en el juego, cuentas de la modista, artículos comprados en en el almacén. Hombres bien educados y de experiencia y que han traginado el camino de las ganancias lícitas, muchas veces han abandonado las buenas vías por conservar las apariencias, por pasar el tiempo en los garitos ó por frecuentar la sociedad de los disolutos.

El autor de este libro tiene conocimiento en varios casos del modo cómo muchos jóvenes han sido distraídos del camino del bien obrar y llevados al del vicio y el crímen. En una ocasión su firma fué falsificada por un amanuense con el fin de obtener una suma de dinero para pagar las deudas contraídas en una fonda. El criminal era un joven de buena educación, hábil para el trabajo, bien relacionado y que estaba casado con una digna señora. Todo lo olvidó, parientes, amigos, esposa é hijo por amor á la bebida y al juego. Fué condenado y sentenciado á varios años de prision. En otra ocasión el delincuente era el hijo de un ministro disidente. Se robó algunos documentos valiosos que vendió por dinero; escapó y se le siguieron las huellas; se dijo que se había marchado para Australia por la vía de Southampton, y en consecuencia, se le buscó en los vapores de las líneas respectivas, pero no se encontró persona alguna que respondiese á las señas que se daban. Pasado algún tiempo, uno de los documentos que se había robado volvió á las oficinas del Banco de Inglaterra, de donde había desaparecido, enviado de Dublín. Estaba el ladron cojido: se le encontró en la peor compañía, se le llevó á Lóndres, se le siguió juicio, y fué condenado á un año de prisión. Un caso análogo sucedió después: el criminal ocupaba una alta posición en una compañía ferro-carrilera, tan alta era, que se le promovió al puesto de administrador del Real Ferrocarril sueco. Era uno de tantos que por guardar las aparien-

cias no cuidaba de la honradez, la moralidad y la virtud; se endeudó hasta más no poder, y cuando ya no tenía á quien prestar, se asoció á ladrones de profesión. Sacóse una llave de la oficina que estaba á su cargo y se la dió á un ladrón muy conocido, el cual tomó el modelo en cera y la mandó fabricar. Era nada menos que la llave de la gran caja en que se guardaban los fondos del ferro-corril de Lóndres á París. Fué con ella con la que se ejecutó el robo que es conocido con el nombre de *Gran robo del oro.* Pasado que fué algún tiempo, fueron aprehendidos los ladrones, y un sujeto que se había guardado la llave—amigo de las apariencias y administrador del Real Ferro-carril sueco, fué sentenciado á sufrir la pena de destierro de por vida.

El Reverendo John Davis, capellán que fué de Newgate, hoy difunto, publicó esta, entre otras relaciones, de las causas de crímen entre los jóvenes que él conoció mientras ejerció allí su ministerio: "Conocí á un joven, hijo de un oficial de marina, que sirvió á su país con lealtad y cuya prematura muerte obligó á la que fué su esposa á aceptar para su hijo una colocación en una oficina del Gobierno. Lo que el muchacho ganaba era entregado religiosamente á su madre, y era motivo de orgullo para él sostenerla con su trabajo. Tenía dos hermanas apenas salidas de la infancia; el sueldo que ganaba, pequeño como era, bastaba para sostenerlos á todos. Desgraciadamente le vino el deseo de vestirse bien. No tuvo grandeza de alma para ver que es más bello un corazón puro que un extorior elegante Sentía placer en ser el apoyo de su madre y hermanas, pero no sintió gran placer pensando que el ejecutar tal bondad le costaba el sacrificio de andar menos bien vestido que sus compañeros; sus vestidos podían estar gastados, podían tener manchas pero esas manchas eran las del soldado que cumple su deber en el combate, y no signo de desaseo; la necesidad los rompía, y en tanto que eran la revelación de esa necesidad, señalaban también la huella del deber cumplido, que es huella del honor; acaso sin ellas no habria podido cumplirlo. Pero nuestro joven no concibió pensamientos de esta índole moral; se avergozaba de la pobreza de sus vestidos, que dejaban ver los hilos de la trama; el gusto y

el lustre de los vestidos de sus amigos le mortificaban; sintió irresistible impulso de vestirse bien, y en mala hora compró á un sastre vestidos de moda. Su posición y sus relaciones le facilitaron crédito. Cumplido el plazo, se le exigió el pago, que no pudo hacer; y como se le importunase mucho, echó mano, en hora peor, de una carta ajena que contenía un billete de banco de diez libras. Todo se descubrió como es de suponerse: su hermoso vestido se trocó en breves días por el de deportado. ¡Cuánto mejor no hubiera sido para él conservar su pobre vestido con las huellas del honrado trabajo! Este es otro ejemplo de la gran locura del amor á la buena ropa, que invade el corazón de muchos locos jóvenes de ambos sexos."

Cuando Sir Charles Napier dejó la India, expidió una orden para el ejército en que reprobaba á los oficiales el contraer deudas sin ánimo de pagarlas. Decía el General en Jefe, que había recibido constantes quejas de oficiales que no pagaban sus deudas, y que tenía conocimiento de que en algunos casos la ruina de industriosos comerciantes no reconocía otro motivo. Severamente reprendía tal vicio, cada día más generalizado, como que anulaba el carácter del caballero y era sumamente degradante, y agregaba que quien así procedía tenía título para entrar en la sociedad de los infames petardistas, cuyo aliento corrompe. Por último, excitaba al ejercito á cumplir con su deber, á huir del derroche, á practicar la rígida economía, porque "beber cerveza ó champagne y no pagarla, ó montar caballos y no pagar su alquiler, es ser petardista y no caballero."

Lo que nos refiere Napier de los "caballeros" de la India, es por muchos aspectos copia de lo que vemos aquí. Muchos dignos sujetos que han enviado sus hijos á Oxford y á Cambridge á seguir una carrera literaria, y donde no han aprendido sino á ser caballero en el sentido popular de la voz, han sido arruinados por sus extravagancias. Ser caballero en nuestros días es ser tahúr, bailarín, cazador, bebedor, etc.; el caballero vive de prisa, gasta mucho, bebe bastante, muere pronto; no goza de crédito entre las gentes sensatas, y cuando de él se nos habla

no entendemos que se quiere significar un hombre cumplído, laborioso, virtuoso.

Los jóvenes se endeudan sin consideración á nadie ni á nada: y la inmoralidad del sistema se extiende á toda la sociedad. Al paso que las costumbres son más refinadas y las necesidades mayores, los medios de satisfacerlas no aumentan en proporción, y como siempre se satisfacen, las deudas aumentan de día en día hasta que vienen á ser una rueda de molino al cuello; y como los hábitos una vez formados no se desarraigan facilmente, la actual inclinación á endeudarse, sin esperanza y á veces sin intención de pagar, zapa la moralidad pública y extiende la miseria en las clases alta y media de la sociedad. Pasa mucho tiempo antes de que la moralidad recobre su imperio. Los que tienen el valor de oponerse á gastos no bien justificados deben adoptar, para perseverar en el buen caminc, un plan uniforme, y el mejor de todos es no abrir cuenta para no comprar nada al fiado, y cuando esto suceda por un caso imprevisto, pagar lo que se deba á la mayor brevedad. El hombre que debe no es dueño de sí, está á merced del que le presta; es blanco del abogado, muletilla dol acreedor, escándalo del vecino, esclavo en su propia casa; su carácter moral se abate, y aún su propia familia le mira con piedad.

"Siento placer en pagar mis deudas"—decía Montaigne—"porque me libro de una carga pesada y de una imagen de la esclavitud." Jhonson tuvo razón en llamar á la Economía madre de la Libertad. El hombre que debe ro puede ser libre. El efecto inevitable de las deudas no es sólo perjudicar la independencia personal sino, á la larga, causar la degradación moral. El deudor está expuesto á costantes humillaciones. El hombre de principios tiene de sentirse humillado al pedir prestado dinero que no puede volver, ó beber vino, usar ropa,guardar las apariencias, con el dinero ajeno. El Conde de Dorset, como muchos otros jóvenes nobles, se endeudó mucho y prestó dinero sobre sus propiedades? pero se curó de su prodigalidad por la impertinencia de un alguacil encargado de exijirle el pago de lo que debía. Desde el día en que al entrar á su casa vió en

ella al alguacil, determinó economizar y no deber á nadie nada, y cumplió su palabra.

Todo hombre debe tener la fortaleza de vivir con sus propios recursos, de llevar cuenta exacta de sus rentas y gastos; debe saber lo que tiene y lo que no tiene. Sólo así podrá mirar al mundo cara á cara. Si es casado, su mujer no debe ignorar lo que tiene. Si su esposa es una mujer prudente, debe ayudarle á economizar y á facilitarle el modo de vivir honrada y honestamente. Ninguna buena mujer consentirá jamás en usar vestidos y en dar comidas á costa del comerciante.

El conocimiento de la Aritmética es absolutamente necesario á los que deseen vivir según sus propios recursos. Las mujeres especialmente la ignoran; apenas sí se les enseñan los primeros elementos por sus maestras, que juzgan inútil tal conocimiento. Se prefiere que aprendan lenguas, música, el manejo de los globos, etc. Todo esto es muy importante, pero las cuatro reglas de la Aritmética lo son más. ¿Cómo pueden ellas comparar sus gastos con sus entradas, sinó saben sumar y restar? ¿Cómo han de saber qué cantidad han de gastar de su renta en vestidos, en alimentos, en el pago del servicio doméstico si no conocen el valor de los números? ¿Ni cómo examinar las cuentas que les presenten sus sirvientes y los proveedores de la casa? El descuido de la enseñanza de la Aritmética es la causa no sólo de gastos excesivos sinó de grandes miserias. Muchas familias de buena posición han caído en la pobreza por ignorar este ramo de los conocimientos.

Muchos jóvenes se casan sin reflexionar en lo que hacen. Un joven vé á una muchacha bonita en una sala de baile, le gusta, baila con ella, le coquetea, y se va á su casa á pensar ella. Al fin se enamora, la corteja, se casa con ella, y en el hogar que forma aprende acerca de la muchacha muchísimo más de lo que sabía. Todo hasta entonces fué "muy lindo;" la cara de su novia fué encantadora, graciosa y bella; pero entra en otra esfera de la vida, en donde la ve de más cerca, todos los días, y entonces la escena cambia.

La mayor parte de los recién casados necesitan algún tiempo para establecerse convenientemente. Aún aquellos

cuya vida de casados ha sido muy feliz, no llegaron á la paz y al reposo sinó después de un período de pequeñas luchas y resistencias, y momentáneos desvíos. El marido no halla desde luego su puesto ni la mujer el suyo. Una de las más felices mujeres que conocemos nos ha contado que el primer año de su matrimonio fué el menos satisfactorio de todos: tuvo que aprender muchas cosas, tuvo miedo de no obrar bien y no halló el puesto que le tocaba ocupar. Esforzándose los casados en conocerse el carácter, y en general las naturalezas buenas y amantes no hallan dificultad en vivir en paz y armonía en el seno del hogar doméstico.

Así no pasan las cosas en el hogar de la muchacha bonita de que hablamos antes. Ambos entran á su nueva vida impensadamente ó quizá con exageradas esperanzas en una felicidad imposible; no saben que la posición de amantes es completamente diferente de la de esposa y marido; ni están preparados para sufrir el desgaste que ocasiona el contacto con caracteres diferentes: por todo ello ambos á dos sienten desencantos. Se relajan todas aquellas pequeñas atenciones que son la novedad y el encanto de los amantes; la linda muchacha que siente el frío de cierta indiferencia se deshace en lágrimas. No hay cosa de que el hombre se canse más pronto que del llanto, especialmente del que es originado por monedas. Las lágrimas entonces alimentan la repulsión en vez de excitar simpatía, y causan desabrimiento en quien las derrama y en quien las hace derramar. Las lágrimas son armas peligrosas para jugar con ellas. Muy feliz la mujer que en vez de esgrimar tales armas, solo maneje las de la bondad y la alegría. Muchas son las vidas que se han hecho miserables por el amor excesivo á los pequeños cuidados y mimos; formado en tal escuela el carácter, los goces racionales de la vida vienen á ser imposibles.

Las cualidades mentales son ciertamente prendas admirables en la vida doméstica, deslumbran y deleitan, pero no excitan el amor y el cariño que inspira un corazón noble. No duran la mitad de lo que dura éste ni causan la mitad de la dulcedumbre que éste causa. Y sin embargo, no se cultiva con el esmero que debiera la bella cualidad del buen carácter y de la buena índole; y este descuido hace de vi-

das que en otras circunstancias habrían sido felices, una escena de amarguras y una lucha innoble de malos hábitos. Muchas veces hemos visto á hombres y mujeres alejados unas de otros como si tuvieran espinas, de suerte que nadie se les acerca por temor de que lo hieran. Por falta de un pequeño dominio sobre nuestro carácter en determinadas ocasiones, causamos un gran mal á la sociedad y á nosotros mismos. El placer se trueca en amargura, y la vida viene á ser como un viaje con los piés descalzos por sobre zarzas y espinas.

En el ejemplo que hemos citado de la muchacha bonita, la cara bonita pronto se olvida. El joven se enamoró de la cara á ésta fué á lo que rindió sus atenciones y á lo que consagró su amor, y cuando dejó de ser bonita comprendió su equivocación. Si su hogar no tiene para él atractivos, si solo halla en él una casa cualquiera, poco á poco se irá alejando, se entretendrá por la noche en el teatro ó se consolabá fumando cigarro, jugando á los naipes, hablando de política, y la pobre de linda cara cada día verá como sus esperanzas se desvanecen y cuan miserable es. Tal vez tengan hijos, pero ninguno de los dos sabrá educarlos, y no los considerarán sino como entretenimientos de niños, como muñecas de jóvenes. Tan infeliz pareja mucho será que tenga una hora en su vida de verdadera felicidad. Solo hay una sucesión de pequeñas miserias que sufrir donde no hay verdadero hogar; y donde no hay alegría ni disposición para tolerar, obligar ó simpatizar, allí el afecto decrece gradualmente en los esposos.

Se ha dicho que cuando la pabreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana; pero la verdad es que el amor huye también de la casa de los ricos, les huye cuando les falta corazones amantes y dulces. Tal casita puede ser bastante cómoda;puede no haber en ella ni sombra de la pobreza, sus cuartos estar bien amueblados, su mesa bien provista, y con todo, no haber en ella alegría: faltan los séres contentos y de buen humor. El bienestar físico no es sinó una parte pequeña de la felicidad de un hogar; y en éste, como en todos los negocios de la vida, la situación moral es la

que determina la felicidad ó la desgracia de la humana condición.

Muchos jóvenes piensan muy poco en lo que sigue á los amores y al matrimonio y mucho menos en la seriedad del paso que dan; olvidan que una vez dada la promesa, no pueden retirarla, y que el vínculo no puede desatarse, y que si cometen una equivocación, sus inevitables consecuencias no se pueden eludir. La máxima de que el matrimonio es una lotería, será cierta si olvidamos las enseñanzas de la prudencia, si nos negamos á examinar, á inquirir y á pensar; si escogemos á nuestro marido ó á nuestra esposa con menos reflexión de la que prestamos al contratar un criado de quien podemos deshacernos cualquier día; si solo nos fijamos en los atractivos de la cara, del cuerpo ó de la riqueza, ó seguimos un impulso ocasional ó los consejos de la avaricia,—así el matrimonio puede ser una lotería, en que *podemos* sacar un premio, pero en donde hay noventa y nueve probabilidades contra una de que solo saquemos boleta blanca.

Pero negamos que el matrimonio tenga semejanza necesaria con la lotería. Cuando á las jóvenes se les enseñe á amar con prudencia y qué cualidades deben estimar en un compañero de por vida, en lugar de dejarlas recojer informes sobre el asunto de los ficticios y generalmente falsos personajes de las novelas; cuando á los jóvenes se les acostumbra á pensar en las virtudes, gracias y sólidas dotes que debe poseer una esposa, con quien van á pasar sus días, y de cuyo carácter y buen juicio toda la felicidad del hogar depende, entonces se verá que hay muy poco de lotería en el matrimonio, y que, como en cualquier interés ó negocio, el hombre y la mujer que juzguen y obren prudentemente, con previsión y discriminación, cosecharán buenos frutos en lo porvenir. Es natural que se cometan equivocaciones como en todas las cosas humanas; pero nada que se parezca al lastimoso yerro de los que arriesgan su felicidad á la casualidad de una lotería.

Otra gran cosa es ser capaz de decir *No* cuando convenga, cuando las instigaciones vengan ó nos asaltan las tentaciones de una manera resuelta y decidida. "No, yo no

puedo hacer ese gasto," es rumbo que pocos tienen el valor moral de tomar, porque no consideran sinó sus placeres egoístas y son incapaces de practicar la abnegación; ceden, siguen adelante y gozan; y en el término del camino hallan el desfalco, el fraude, la ruina. ¿Qué dice la sociedad en tales casos? Que el hombre gastó más de lo que le permitieron sus recursos. De aquellos que gozaron de sus prodigalidades, ninguno le será grato, ninguno le compadecerá, ninguno le ayudará.

Todos habrán oído hablar de sujetos que eran incapaces de decir *No*, que de todos fueron amigos menos de sí mismos, y que en sí mismos tenían el peor enemigo; que agotaron sus recursos, y que luego acudieron á sus amigos en busca de fianzas, escrituras y promesas de pago; y que después de gastar su última guinea murieron en olor de su inofensiva estupidez y locura.

Su rumbo en la vida parece fué dirigido por la máxima de hacer por cada uno lo que cada uno exigiese de ellos. Si su corazón latió de amor por su prójimo, ó si lo que hicieron fué por no disgustarlos, cosa es que no se sabe; lo que sí es cierto es que no hubo promesa que no hicieran, dinero que no prestaran; que no podían decir *No* por falta de valor moral.

Si el padre deja á uno de los que no pueden decir *No* alguna fortuna, muy pronto éste se vé rodeado de importunos que solicitan sus auxilios. Entonces es cuando debe decir *No*, pero no se atreve. Tiene formado el hábito de ceder; no le gusta que le importunen; no se atreve á chasquear á nadie, y su debilidad la paga su bolsa. Mientras haya dinero habrá amigos; es fiador de todos. "Fírmame esta obligación," es exigencia que se le hace todos los días. "Qué es esto?" pregunta con dulzura, porque en medio de su simpleza se complace en su crédito, y firma! Tres meses después, ¿quién ha de pagar la obligación y sus intereses sinó el buen hombre que no pudo decir *No?*

No es raro que un cervecero á quien apenas conoce y á quien sus especulaciones han arruinado, acuda á él en sus necesidades y apuros. No tiene la fuerza de voluntad de decir *No*, y por eso es punto á donde llega todo necesitado,

espita que hace girar toda alma sedienta, molino que muele el grano del prójimo, y, en una palabra, un hombre de buen corazón que á nada en la vida dice *No*.

Es de grande importancia para la paz y bienestar del hombre que tenga el valor de decir *No* cuando convenga. Muchos se arruinan por decir lo contrario. El vicio muchas veces se apodera de nosotros por tal debilidad. Ofrecemos sacrificios á la moda por no tener la energía de pronunciar el monosílabo. La mujer bella, á quien un rico tonto le propone matrimonio, vacila en pronunciarlo porque tiene la ambición de ocupar una alta posición; y el cortesano no dirá nunca *No*, porque su consigna es sonreír y prometerlo todo.

Cuando el placer nos tienta con sus seducciones, obtenemos un triunfo sobre él diciendo *No;* el corazón se siente orgulloso de sí mismo, y la virtud se fortalece y saca nuevas fuerzas de la lucha. Cuando la disipación nos invita á gozar de sus secretos deleites, decir *No* es ceñirnos la corona del vencedor. Pero si accedemos y sucumbimos, la virtud huye azorada, y la confianza que el hombre debe tener en sí mismo recibe un golpe fatal. Los primeros pasos en esta senda costarán algún esfuerzo, pero la fuerza vive de sí misma. El único medio de quitar su eficacia á la tentación, al egoísmo, á la locura, á los malos hábitos, es salirles al paso con un enérgico *No*, que entonces tiene una gran virtud.

Un hombre puede vivir haciendo gastos superiores á sus recursos, hasta que no tenga nada literalmente; y aún cuando muera condenado "la sociedad" no le abandona sino hasta que el sepulcro lo oculta á sus miradas. Debe ser enterrado como "la sociedad" dispone, debe hacérsele un entierro á la moda. Hasta el último instante debe atestiguar el poder de Miss Grundy. Es agradar á esta alquilar coches, carro mortuorio, pagar procesiones de dolientes, etc., etc. Todo esto es indigno y profano en la solemnidad de la muerte. Pero la indignidad y la profanación no es solo de las clases acomodadas; las clases medias y las trabajadoras deben tener en tales casos un funeral "respetable;" unas y otras son víctimas de la rapacidad de las agencias mortuo-

rias. El gasto que ocasionan los entierros de tono recae sobre la familia del difunto en las circunstancias menos favorables, puesto que quien ganaba el pan es el que ha desaparecido. La desgraciada viuda, en medio de su agonía, y los huérfanos privados de la mano protectora de su padre, son quienes deben regatear el precio de los vestidos de luto, de los guantes negros y de todas las otras miserables "galas del dolor". ¿En tales momentos, cuando cada libra, cada chelin, tiene importancia mayor para la familia, no deberían los recursos que se emplean en rendir un homenaje vacío de sentido al muerto, emplearse en el consuelo y sostenimiento de los sobrevivientes? El ejemplo se propaga á toda la sociedad. Las clases trabajadoras gastan también en proporción á sus recursos. El costo medio de un entierro en Inglaterra es de cincuenta libras, si el difunto fué comerciante; si fué mecánico ó agricultor, oscila entre cinco y diez. En Escocia son considerablemente menores. El deseo de hacer un entierro *respetable* á los parientes es un sentimiento fuerte y muy difundido entre la población trabajadora, y ese deseo tiene por causa nociones falsas del honor. Se suscriben con este objeto en las sociedades respectivas, así: diez libras para el entierro de un esposo, cinco para el de una esposa. Quince, veinte, treinta y á veces cuarenta libras se gastan en el de un mecánico, cuando el difunto ha sido miembro de varias sociedades. No es raro ver figurar el nombre de un chico en cuatro ó cinco de ellas: y hemos oído hablar de un hombre en Manchester que estaba inscrito y había pagado las cuotas correspondientes en nueve sociedades!

Cuando un obrero en cuya familia ha ocurrido una muerte y no es miembro de una sociedad de honras funerales, no por eso no sigue su ejemplo, y se grava él mismo por seguir los usos de la sociedad y hacer á su esposa ó á su hijo un entierro respetable. Si es el padre de la familia el que fallece, la cuestión se complica, pues que es común ver que todos los ahorros de su vida se gastan en los funerales y en los vestidos de luto para la viuda y los huérfanos. Tal gasto en tales circunstancias es ruinoso é injustificable. ¿A caso el verdadero duelo consiste en ponerse vestidos de

cierto color? ¿No está el luto en el corazón, antes que en el vestido? Binghan hablando de los primeros cristianos, dice: "que no condenaban la costumbre de andar vestidos de luto por los muertos, ni tampoco la aprobaban; dejaban esto á la voluntad de cada cual como cosa indiferente; más bien recomendaban á los que la omitían del todo ó la abandonaban, como que obraban más de acuerdo con la fortaleza y filosofía del cristiano."

John Wesley ordenó en su testamento que se pagasen á seis pobres veinte chelines "á cada uno porque llevasen su cadaver al cementerio"; porque—decía—"deseo particularmente que no haya ni carro mortuorio ni coches ni pompas en mi entierro, excepto las lágrimas de los que me aman y que me han de seguir al seno de Abraham. Solemnemente conjuro á mis albaceas, en nombre de Dios, á que puntualmente cumplan mi última voluntad."

Es muy difícil variar las costumbres de nuestro, tiempo particularmente la del vestido de luto. Ansiosamente deseáramos hacerlo, pero á la pregunta "¿Qué dirá el mundo?" retrocedemos y hacemos el mismo papel de cobardes que nuestros vecinos. La constancia el sentido común, la razón, nunca dejan de tener influencia; y en el discurso del tiempo siempre modifican las costumbres de la sociedad. La última voluntad de la Reina Adelaida, por la cual manifestaba no querer dolientes pagados, y la igualmente característica exigencia de Sir Rabert Poel en su lecho de muerte, que no hubiera ceremonia ni pompas en sus exequias, no dejarán de producir efecto sobre la gente de rango, y por medio de ella, las clases medias, que siempre se han visto dispuestas á imitarla, recibirán el beneficio de su ejemplo con el andar de los años. Hay también, á nuestro modo de ver, una disposición creciente de parte del pueblo á evitar las inútiles ostentaciones de que hablamos; y para que esa disposición se traduzca en hechos, solo se necesita que la opinión pública se pronuncie decididamente en el mismo sentido.

En los Estados Unidos se han establecido sociedades cuyos miembros no usan ya el vestido de luto y que traba-

jan por popularizar su ejemplo. Es solamente quizá por la asociación y por el poder del número, como puede llevarse á cima esta reforma, pues que de los individuos aislados apenas puede esperarse que sean capaces de hacer ola y destruir las profundamente arraigadas preocupaciones de la comunidad.

CARTA DE BOLIVAR.

Al recibir el Libertador el *Canto á Junín*, contestóle así al poeta Olmedo:

Señor José Joaquín Olmedo.

Cuzco, á 27 de Junio de 1825.

Querido amigo:

Hace muy pocos días recibí en el camino dos cartas de Ud. y un poema: las cartas son de un político y un poeta; pero el poema es de un Apolo.

Todos los colores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre Manco-Capac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Ud. dispara.... donde no se ha disparado un tiro: Ud abrasa la tierra con las áscuas del eje y las ruedas de un carro de Aquíles, que no rodó jamás en Junín: Ud. se hace dueño de todos los personajes: de mí, forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de La Mar, un Agamenón y un Menelao; de Córdova, un Aquiles; de Necochea, un Patroclo y un Ayax; de Miller, un Diómedes; y de Lara, un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina ó heróica, que nos cubre con sus alas de proteción cómo ángeles guardianes. Ud. nos hace á su modo poético

y fantástico; y para continuar en el país de la poseía la ficción de la fábula, Ud. nos eleva con su deidad mentirosa, cómo el águila de Júpiter levantó á los cielos á la tortuga, para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros: Ud., pues nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes.

Así, amigo mío, Ud. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquíles, y con la sabiduría de su Ulises.

Si yo no fuese tan bueno, y Ud. no fuese tan poeta, me avanzaría á creer que Ud. había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa. Más no: no lo creo. Ud. es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heróico á lo rídiculo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres.

Un americano leerá el poema de Ud. como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto del Facistol de Boileau.

Por todo doy á Ud. las gracias, penetrado de una gratitud sin límites.

Yo no dudo que Ud. llenará dignamente su comisión á Inglaterra: tanto lo he creído, que habiendo vuelto la faz sobre todo el imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que Ud. Uní á Ud un matemático, porque no fuese que, llevado Ud. de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclídes ha ido á abrirle los ojos á nuestro Homero, para que no vea con su imaginación sino con sus sentidos, y para que no le permita que le encanten con armonías y tropos, y abra los oídos solamente á la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y de los publicanos.

He llegado ayer al país clásico del Sol, de los incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro: los Incas son los Vireyes ó Prefectos: la fábula es la historia

de Garcilaso: la historia, la relación de la destrucción de los indios, por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía, todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos: mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus própios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco-Capac, Adan de los indios, salió de su Paraíso titicaco y formó una sociedad histórica sin mezcla de fábula sagrada ó profana.............................

....

Dios lo hizo hombre: él hizo su reino, y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de que no teníamos ni idea, ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que con más ó menos poesía, acabo de decir á Ud.

Tenga Ud. la bondad de presentar esta carta al señor Paredes, y ofrezco á Ud. las sinceras exprecciones de mi amistad.

Bolívar